# LA HERENCIA DEL DESIERTO

## Zane Grey



*Editado por*

© 2002 – Copyright http://www.librodot.com
Todos los Derechos Reservados

## I

Pero este hombre está casi muerto.

Estas palabras estimularon el desfalleciente espíritu de John Haré, volviéndole a la vida. Abrió los ojos. El desierto extendía aún ante su vista aquella desoladora inmensidad que le había subyugado con su vasta extensión de engañadora púrpura. Junto al caído se agrupaban unos cuántos hombres de aspecto sombrío.

-Déjelo aquí - dijo uno de ellos dirigiéndose a un gigante de encanecida barba-. A este individuo lo han mandado al sur de Utah para espiar a los ladrones de ganado. Le falta poco para morir. Los bandidos de Dene andan detrás de él. No se entrometa en los asuntos de Dene.

La majestuosa respuesta que obtuvieron tales palabras hubiera podido darla cualquiera de los firmantes del pacto escocés de la reforma religiosa, o algún secuaz de Cromwell

-Martín Cole, yo no me apartaré ni el grueso de un cabello del camino recto ni por Dene ni por hombre alguno. Usted olvida su propia religión, pero yo veo claro cuál es mi deber para con Dios.

-Sí, Augusto Naab, lo sé -replicó amargamente el otro, que era un hombrecillo de escasa estatura-. Ahora me refregará por la cara las Sagradas Escrituras y comparará este hombre a aquel otro que yendo de Jerusalén a Jericó cayó en medio de unos ladrones. Pero lo cierto es que yo he sufrido ya bastante a manos de Dene.

La seria manera de hablar y la referencia a las Escrituras le recordó al desfallecido Haré que estaba todavía en tierra de mormones. Las extrañas palabras que acababa de oír le sirvieron para enlazar las duras fatigas sufridas durante los últimos días con la dolorosa realidad del momento presente.

-Martín Cole, yo sigo las enseñanzas de nuestros y padres, y las practico-repuso Naab, como si estuviera leyendo el Viejo Testamento-. Ellos vinieron a esta desolada tierra para adorar a Dios y multiplicarse en paz. Conquistaron el desierto, prosperaron en el transcurso de los años, a despecho de los otros pobladores que les siguieron y de los criadores de ganado vacuno, pastores de ovejas y demás gente hostil que tras ellos vinieron, todos opuestos en religión y enemigos de su forma de vivir. Y los nuestros jamás dejaron de socorrer a los necesitados y de asistir a los enfermos. ¿Qué son nuestros trabajos y nuestras penas comparados con los de estos infelices? ¿Hemos de apartarnos de la senda del deber y negarnos a ser misericordiosos por temor a un desalmado forajido? No me gustan las señales de estos tiempos, pero continúo siendo mormón y confío en Dios.

-Augusto Naab, yo también soy mormón -contestó Cole-, pero tengo las manos manchadas de sangre. Pronto las tendrá usted también, si quiere conservar la propiedad de su ganado y de los abrevaderos. Sí, lo sé muy, bien. Usted es fuerte, más fuerte que cualquiera de nosotros, metido en el interior de su oasis, rodeado de inmensas murallas, protegido por vastos desfiladeros, resguardado por sus amigos los indios navajos. Pero Holderness se le va acercando lentamente. Pronto no hará ningún caso de los derechos de usted sobre los abrevaderos y le quitará los animales. Además, dentro de muy poco tiempo vendrá Dene a robarle el ganado ante sus propios ojos. No se enemiste con ninguno de los dos.

-De todos modos, no abandonaré a este desvalido profirió Augusto Naab con voz sonora.

De repente, con lívida faz y mano temblorosa, Cole señaló hacia el Oeste, exclamando

-¡Mire! ¡Allá! ¡Dene y su cuadrilla! ¿Los ve, allá abajo, junto al peñasco rojo? Fíjese en el polvo que levantan, a menos de diez millas de aquí. ¿Los ve?

El desierto, gris en primer término, rojo a la distancia, declinaba hacia el Oeste. Naab y sus compañeros, con ojos tan perspicaces como los del halcón, escudriñaron la vasta lejanía,

siguiendo con la vista el declive de la ladera, y, luego, las elevadas montañas que, como una inmensa procesión de rudos gigantes, se erguían terriblemente imponentes, en dirección al Norte. A lo lejos se levantaban nubecillas de polvo sobre los blancuzcos matorrales de salvia, mientras unos bultos de forma imprecisa se movían con aparente lentitud.

Un solitario y majestuoso dardo dorado hirió la inmensidad, para ser pronto borrado por la creciente negrura, y, por fin, el sol se puso.

-Tal será acaso la voluntad de Dios-dijo Augusto Naab -. Cúmplase, pues. Martín Cole, coge a tus hombres y márchate.

Sonaron algunas palabras, a medias juramento, a medias oración; luego, golpear de estribos, crujir de monturas, tintinear de espuelas, y el atropellado rumor de briosos caballos que emprenden la marcha apresuradamente. Cole y su gente desaparecieron envueltos en un torbellino de amarillento polvo.

Una fugaz sonrisa iluminó el rostro de John Haré, mientras éste decía con voz débil:

-Temo que... su generosa acción... no me salve... y le acarree... grandes molestias. Preferiría que me dejara aquí..., pues lleva usted mujeres consigo.

-No se esfuerce en hablar -le aconsejó Naab-. Está demasiado exhausto. Tenga... beba. -Y, agachándose, acercó a los labios de Haré un frasco. El caído, q estaba recostado contra unas matas, bebió con ansia. Después, se irguió el gigantesco Augusto, ordenándoles a sus hombres

-Instalen el campamento, hijos míos. Tenemos una hora por delante, antes de que lleguen los bandidos, y si no rodean las dunas tardarán todavía más.

Haré se sintió algún tanto reanimado, y se olvidó de sí mismo en medio de la agitación que inmediatamente se produjo. Mientras duró el ir y venir, el desuncir los tiros, el manejar y dar pienso a las bestias, el descargar y desembalar provisiones y demás efectos, Naab parecía sumido en profunda meditación, o absorto en muda plegaria. Ni una vez siquiera miró hacia atrás, en la dirección por la cual se acercaba rápidamente el peligro. Tenía la vista fija en una cordillera, hacia el Este, donde la línea del desierto, bordeada por achaparrados cedros, se unía con el pálido azul del cielo, y por largo tiempo estuvo inmóvil y callado. Al fin, encaminóse adonde habían encendido el fuego; revolvió la lumbre, arregló las brasas y colocó en lugares adecuados algunos calderos de hierro, para ayudar en su faena a las mujeres que estaban preparando la cena.

Un viento frío comenzó a soplar desde el desierto, sacudiendo los matorrales, removiendo la arena y avivando los mal encendidos carbones hasta convertirlos en rutilantes ópalos. El crepúsculo huyó, y fue reemplazado por la noche; una a una empezaron a lucir las estrellas, hermosas, frías y brillantes. Desde la zona de tinieblas que circundaba al campamento llegaba el breve ladrido, el ansioso plañir, el prolongado aullar de los famélicos lobos.

-¡A cenar, hijos! -llamó Naab, echando al mismo tiempo al fuego una gran brazada de leña.

Los hijos de Naab tenían su estatura, aunque no su corpulencia. Eran musculosos, fuertes, habituados a la vida rústica y, aunque bastante jóvenes, de aspecto envejecido. El desierto había multiplicado sus años. Hare no podía distinguirlos entre sí: la piel bronceada, los ojos como de acero y las duras líneas faciales eran tan semejantes, que todos parecían exactos. Las mujeres (una de ellas de mediana edad; las otras, jóvenes) eran de rostros agradables y continente serio.

-Mescal -llamó el mormón.

Una esbelta y delgada muchacha se deslizó desde el interior de una de las entoldadas carretas. Era morena, flexible, enhiesta como una india.

Augusto Naab se puso de rodillas y, mientras los miembros de su familia permanecían con la cabeza inclinada, extendió las manos sobre ellos y sobre el alimento colocado en el suelo, diciendo

-Señor, humildemente nos postramos ante Ti en acción de gracias. Bendice este alimento que vamos a consumir. Fortalécenos, guíanos, guárdanos, como has hecho en el pasado. Bendice también a este forastero que está entre nosotros. Auxílianos, para que podamos auxiliarle. Enséñanos el camino verdadero, oh Señor. Amén.

Hare sintióse abochornado y presa de viva emoción e incapaz de dominar un doloroso nudo que se le formó en la garganta. En cuarenta y ocho horas había aprendido a odiar a los mormones hasta lo indecible; pero ahora allí, en presencia de aquel hombre austero, tal odio se le desprendía del corazón para ser substituido por un sentimiento cálido y generoso. Se alegró de ello, puesto que si tenía que morir, como creía, ya fuera por obra de malvados, o vencido su debilitado cuerpo por el agotamiento, no quería dejar la vida torturado por la amargura. Aquella simple oración le recordó su hogar en Connecticut, del cual había partido hacía mucho tiempo, y la época en que acostumbraba embromar a su hermana, enojar a su padre y entristecer a su madre mientras rezaban la acción de gracias, en la mesa, antes del desayuno. Ahora estaba solo en el mundo, enfermo y a merced de la bondad de aquellos desconocidos. Pero éstos se conducían como amigos verdaderos... y la idea lo reconfortaba extraordinariamente.

-Mescal, ocúpate del forastero y sírvele -ordenó Augusto Naab. La muchacha se arrodilló junto a aquél, para proporcionarle alimento y bebida. Los enervados dedos del enfermo se negaron a sostener la taza, y Mescal se la tenía acercada a los labios mientras bebía. El café caliente le reanimó; comió y se sintió más fuerte, empezando en seguida a hablar, pues el mormón le dirigía preguntas sobre la vida y los hechos que le habían conducido a aquel lugar, poniéndole en el lamentable estado en que se encontraba.

-Poco es lo que puedo contar -dijo-. Me llamo Hare. Tengo veinticuatro años. Mis padres han muerto. He venido al Oeste porque los médicos me dijeron que si continuaba en el Este mi vida terminaría pronto. Al principio me puse mejor. Pero se me agotaron los recursos y me vi en la necesidad de buscar trabajo. Vagué de un sitio para otro, hasta que acabé por llegar a la ciudad del Lago Salado, sumamente enfermo. Allí me trataron muy bien. Alguien me proporcionó un empleo en una gran Compañía ganadera, y me enviaron a Marysvale, al Sur, sobre las llanuras yermas. Hacía frío; volví a enfermar al llegar a Lund. Antes de saber cuáles eran mis obligaciones (pues debía hacerme cargo de mi puesto en Lund), la gente comenzó a llamarme «espía». Un sujeto apellidada Chance me amenazó, y yo lo habría pasado muy mal si el dueño de la fonda donde me hospedaba no me hubiese facilitado la fuga por una puerta excusada, al fondo del edificio. El buen hombre me dio pan y agua y me dijo «Coja este camino, hasta Bane; son dieciséis millas. Si consigue llegar allá, no faltará quien le lleve en dirección al Norte.» Caminé toda la noche y todo el día siguiente,
Después me extravié, hasta caer agotado, donde me han encontrado ustedes.

-Perdió el camino de Bane -observó Naab -. Ésta es la senda que va a White Sage. Como el suelo es de arena y piedra, no se marcan las huellas, lo cual ha sido una suerte para usted. Dene no estaba en Lund al mismo, tiempo que usted, pues, de otro modo, no le hubiera dejado escapar. No le ha visto e ignora la dirección que ha tomado. Acaso haya tratado de hallarle en Bane, y, si continúa la persecución, procuraremos ensayar algún recurso que le salve...

Uno de los hijos silbó por lo bajo, haciendo que Naab se levantara lentamente para escudriñar a través de las tinieblas, escuchando con gran atención.

- ¡Vamos! ... ¡Rápido!... -exclamó de pronto, tendiéndole una mano a Hare -. Procure ponerse en pie. Bastante tembloroso, ¿eh? ¿Puede andar? Agárrese a mí... ¡A ver... Mescal, ven acá!

-La joven obedeció, deslizándose sin hacer ruido, como una sombra-. Cógele por un brazo. - Entre ambos condujeron a Hare hasta un montón de piedras que había fuera del círculo de luz.

-No serviría de nada esconderse -continuó Naab, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo -; eso podría ser fatal. Aquí queda a la vista, desde la hoguera del campamento, pero no se le distingue bien. Pronto llegarán los bandidos, y si alguno de ellos se acercara por acá, usted v Mescal condúzcanse como si fueran novios. ¿Entienden? Ellos pasarán junto a una pareja de mormones enamorados sin darle mayor importancia. Y ahora, mozo, ¡ánimo...! Mescal, eso puede salvarle la vida.

Naab retornó al lado del fuego; su sombra descollaba en proporciones gigantescas sobre el blanco toldo que cubría una de las carretas. Fuertes ráfagas de viento animaban intermitentemente la hoguera; ésta, unas veces rugía y chisporroteaba, iluminando las inmóviles figuras de los que estaban cerca, y otras las dejaba sumidas en una fantástica oscuridad. Hare se estremeció, acaso por efecto de la brisa fría o bien por el creciente temor que le iba invadiendo. Hacia el Oeste se extendía el desierto, impenetrable, negro, vacío; enfrente, la lúgubre muralla montañosa erguía sus dentados picos hacia las estrellas; a la derecha había un cerro sobre cuya cima se destacaban, en extraño relieve, numerosas rocas y achaparrados cedros. De repente, la fugitiva mirada de Hare distinguió un bulto oscuro; lo observó con atención, viéndolo moverse y surgir por detrás de la cumbre del cerro, hasta formar una enérgica silueta negra, claramente perfilada sobre la fría semioscuridad del horizonte. Lo vio perfectamente, se dio cuenta de que estaba cerca y respiró con fuerza al tomar aquella aparición las inconfundibles formas de un salvaje piel roja, adornado con una solitaria pluma en la cabeza; montaba un flaco mustang, cuyas crines y cola agitaba el viento.

-¡Mire! -le susurró a la muchacha-. ¿No ve aquel indio, a caballo, allá en el cerro...? ¡Ya se fue...! No, lo distingo de nuevo. Pero ahora es otro. ¡Mire, hay otro más! - Y quedó casi sin resuello, contemplando, temeroso, una larga fila de jinetes que, de uno en fondo, pasó por la cima de la loma para ir a perderse de vista entre la oscuridad circundante. El débil sonar de la grava y el peculiar ruido que producían sobre el pedregoso suelo
- los no herrados cascos daban mayor realidad a aquel fantástico desfile.

-Navajos - dijo Mescal.

-¡Navajos! -repitió él como un eco- Oí hablar de ellos en Lund; los llamaban «los halcones del desierto y decían que eran peores aún que los indios piutes. ¿No cree que debemos dar la voz de alarma?... ¿Usted... no tiene miedo?

-No.

-Pero son hostiles.

-No con él - y apuntó hacia la vigorosa figura que se destacaba junto al fuego.

-¡Ah! Sí, ahora recuerdo. Ese hombre, Martín Cole, aludió a la amistad de Naab con los navajos. Deben de estar muy cerca de aquí. ¿Qué significa esto?

-De fijo no lo sé, pero supongo que se habrán metido entre los cedros para esperar.

-¿Para esperar?... ¿Qué?

-Acaso una señal.

-Entonces, ¿ustedes los aguardaban?

-Lo ignoro; hablo sólo por conjeturas. Antes solíamos ir con frecuencia a White Sage y a Lund; ahora vamos por allá muy poco, y, cuando lo hacemos, parece que por las noches hay siempre cerca del campamento muchos navajos, los cuales, durante el día, marchan por entre las colinas. Padre Naab debe de estar bien enterado de lo que ocurre.

-Su padre arriesga demasiado por mi causa. Es muy bondadoso, y sinceramente deseo poder demostrarle mi gratitud.

-Yo le llamo Padre Naab, pero no soy hija suya.

-¿Sobrina o nieta, entonces?

-No nos une parentesco alguno. Me han criado como si fuera miembro de su propia familia, pero mi madre fue una india, navaja y mi padre europeo.

-¡Cómo! -exclamó Hare -. Cuando la vi salir de la carreta la tomé por una joven india. Pero en cuanto habló... ¡Se expresa usted tan bien! ... Nadie imaginaría...

-Los mormones son bien educados y enseñan perfectamente a los niños que acogen entre ellos - respondió Mescal, y Hare se quedó un tanto cortado por la respuesta.

Quería él averiguar si la muchacha profesaba la religión de su padre adoptivo, pero parecióle la pregunta un exceso de curiosidad e innecesaria. Por otra parte, experimentaba gran interés por la joven; de improviso cayó en la cuenta de que la voz de ésta, suave y melodiosa, le encantaba; era una voz nueva para él, extraña, distinta de toda otra voz femenina que hubiera escuchado hasta entonces; y observó a la muchacha atentamente. Sólo pudo notar su limpio y enérgico perfil, antes de que ella volviese hacia él sus admirados ojos, negros como la noche. Eran unos ojos de tan penetrante mirada, que parecían traspasarle y llegar en la observación a puntos muy distantes de allí. Extendió una mano en cierta dirección, inclinóse en sentido del viento, y murmuró

-¡Escuche!

Hare obedeció, pero no consiguió oír nada, excepto el ladrido de los coyotes y el susurro de la brisa entre las hojas de la salvia. Algo vio, sin embargo: a los hombres del campamento levantarse de en tomo de la hoguera y a las mujeres meterse en las carretas y cerrar los encerados que la cubrían. Y se preparó, con cuanta fortaleza de espíritu pudo reunir, para enfrentarse con los bandidos. Aguardó, esforzándose por percibir cuantos sonidos se produjeran. El corazón latíale con tal violencia, que sus sacudidas sonaban como el redoble de un tambor batido a la sordina, y por un interminable momento sus oídos parecieron sordos a todo lo que no fuera el objeto de su intensa escucha. Luego, una ráfaga de viento más fuerte se dejó sentar y trajo en sus alas el rítmico batir de cascos galopantes. La tensión terminó. Hare sintió que se le quitaba de encima un peso enorme. Fuera cual fuese el destino que le aguardaba, pronto se decidiría. El sonido se convirtió en un atropellado tumulto. Una revuelta masa negra se dejó ver al borde del círculo opaco que rodeaba el fuego, se metió luego en el espacio iluminado e hizo alto.

Augusto Naab, con pausada deliberación, arrojó en la hoguera un haz de leña. Brotó una fuerte llamarada, lanzando en torno rojos destellos.

-¿Quiénes son los que llegan? -inquirió.

-¡Amigos, mormones, amigos! -fue la respuesta.

-¡Echad pie a tierra..., amigos..., y acercaos al fuego!

Tres de los recién llegados se adelantaron; los otros, en número de ocho o diez, permanecieron distantes, formando un silencioso grupo.

Hare echó el cuerpo hacia atrás todo lo que pudo, apoyándose contra la piedra. Había adivinado quién era el que marchaba a la cabeza de aquella gente, aunque jamás lo había visto.

-Dene -cuchicheó Mescal, confirmando la acertada presunción instintiva de su compañero.

Hare, nervioso y alarmado, no por ello dejó de darse cuenta de lo agradable que era la presencia del forajido. Por una asociación de ideas, lógica en tal instante, comparó a aquel hombre con otros granujas de la misma calaña vistos anteriormente, y le impresionó el que ahora tenía delante, cuidadosamente afeitado, joven, ágil y esbelto, de porte suelto y despreocupado. Brillábanle a Dene los ojos poderosamente mientras se quitaba los guantes y les sacudió la arena; y a no ser por lo intenso y fiero de la mirada, sus tranquilos y amistosos modales hubieran engañado a cualquiera.

-¿Es usted Naab el mormón? -preguntó.

-Augusto Naab soy.

-Está todo muy seco por aquí, ¿eh? Los caballos, cansados, imagino. Sendas arenosas, a más no poder, desde luego. ¿Dónde está el resto de ustedes?

-Cole y su gente tenían prisa por llegar a White Sage esta noche. Ellos viajan sin mayor impedimenta, mientras que yo llevo carretas pesadas.

-Naab, ¿puedo confiar en que no me dirá una mentira?

-Jamás he mentido.

-¿Sabe algo de un individuo joven que andaba por Lund..., un tipo pálido..., enfermo de los pulmones? Queremos llevarlo otra vez para el Oeste.

-Oí decir que en Lund lo tomaron erróneamente por espía y que huyó en dirección a Bane.

-¿No han encontrado rastro ninguno de él a este lado de Lund?

-No.

-Y navajos, ¿ha visto?

-Sí.

El bandido se le quedó mirando fijamente. Al parecer, iba a hablar respecto a los indios, pues así lo indicaba el brusco movimiento de cabeza que hizo al escuchar la seca respuesta de Naab. Pero se contuvo, y lentamente calzóse los guantes. Luego dijo

-Naab, un día de éstos pienso ir a hacerle una visita. Nunca he estado en su rancho del otro lado de la cordillera. Me han contado que tiene usted magníficas aguadas y ganado excelente. Y oiga, he visto a esa muchacha navaja que vive por allá, y no me disgustaría verla de nuevo.

Augusto Naab atizó el fuego con la punta del pie; se avivaron las llamas, y el mormón replicó pausadamente, clavando los ojos en Dene.

-Sí, el rancho es bueno... Buena agua, buen ganado, buenos pastos... También tengo un cementerio muy bueno: treinta tumbas, v ninguna de mujer. Esa parte del .cañón» es un espléndido lugar para enterramientos. No hay ni que cavar siquiera. Hay un cementerio al que los indios no le han puesto nombre. Tiene tres mil pies de profundidad.

-Eso debe de ser en el infierno - repuso Dene sonriendo, no dándose por enterado de la encubierta amenaza.

Despaciosamente fue revisando a los cuatro hijos de Naab, las carretas y los caballos, hasta que su vista tropezó con el grupo que formaban Hare y Mescal. Entonces hizo un movimiento en la silla como para desmontar, murmurando.

-Me parece que será bueno qué mire un poco por todas partes.

-Bájese, bájese -contestó el mormón. La profunda voz de éste, poco invitadora, vibrante y con un extraño sonido, le hubiera chocado a otro hombre menos suspicaz que Dene. El malhechor bajó la pierna que había colocado sobre el pomo del arzón, se doblegó un poco en la montura, y dio señales de estar sopesando el asunto. Claramente se notaba que no sabía qué partido tomar. Pero su indecisión fue breve.

-«Two-Spot» - ordenó -, echa tú un vistazo.

El aludido descabalgó en seguida y se encaminó hacia las carretas.

Hare, que observaba la escena, sintió aumentar sus temores al reconocer en el apodo «Two-Spot» a Chance, el bandolero a 'quien no olvidaría tan pronto. En su zozobra, se apretó contra Mescal, y vio que ésta temblaba violentamente:

-¿Tiene miedo? - le bisbiseó a la muchacha.

-Sí, de Dene - respondió ella en el mismo tono.

El bergante huroneó en una de las carretas, separó las lonas de la entrada de otra, rió ásperamente, y después, haciendo resonar las espuelas, anduvo de un lado para otro, dando puntapiés a los lechos de campaña, derribando una pila de monturas e introduciendo el desorden en todas partes, hasta que columbró a la pareja sentada en la piedra, en medio de la semioscuridad.

Fue hacia ellos, y Hare, recordando las instrucciones recibidas, estrechó a Mescal entre sus brazos, reposando al mismo tiempo su cabeza contra la de la joven. Una de las manos de ésta, trémula, buscó apoyo suavemente en el hombro del supuesto enamorado.

Rudas pisadas rascaron la arena, sonaron cada vez más próximas, aminoraron y, por último, se detuvieron.

-¡Anda! ¡En pleno idilio! Muertos para el mundo... ¡Ja, ja, ja! ...

Tras la grosera carcajada, sonaron pasos nuevamente, ahora alejándose. Él tintineo de espuelas y crujido de acciones mezclóse al impaciente piafar de caballos. Chance ocupó otra vez su montura. Y la voz de Dene dejóse oír, con su peculiar arrastre

-¡Adiós, Naab! Algún día volveremos a vernos todos.

El pesado golpear de los cascos contra el suelo fue desvaneciéndose gradualmente en la lejanía.

Con inexpresable alivio, Hare comprendió que había salido con bien del apuradísimo trance. Trató de ponerse en pie, pero le había abandonado por completo la facultad de moverse.

## II

La noche fue para Hare como un espacio en blanco; la mañana, como un desfile de confusas nubes por delante de sus ojos. Se dio cuenta de que se movía; y cuando recobró claramente el conocimiento hallóse acostado en un diván, en el porche cubierto de enredaderas de una cómoda cabaña. Vio a Augusto Naab abrir la puerta del jardín para que entrara Martín Cole. Se encontraron como amigos; en el saludo de Augusto no asomó ni la más leve señal de enojo, y Martín no era el mismo hombre que se mostró miedoso en el desierto. Hablaba a su superior con gran respeto y miramiento.

-Señor -le decía-, tuve noticia de que habíais llegado con toda seguridad. Temíamos... no sé exactamente qué. Yo, por mi parte, estuve muy inquieto hasta saber vuestra llegada. ¿Cómo se encuentra ese joven?

-Está muy enfermo. Pero mientras hay vida hay esperanza.

-¿Querrá el Obispo administrarle?

-Con mucho gusto, si el joven así lo desea. Venga, y pasemos adentro.

-Espere, Augusto -dijo Cole -. ¿Sabía usted que su hijo Snap estaba en el pueblo?

-¡Mi hijo aquí...! -La ansiedad le hizo traición a Naab -. Lo dejé en casa bastante ocupado. No debió haber venido. ¿Está... está acaso...?

-Anda bebiendo, y de un humor pésimo. Parece que negoció unos caballos con Jeff Larsen, y sacó la peor parte en la operación. Es seguro que habrá pelea.

-Él siempre odió a Larsen.

-No es extraño. Larsen es un miserable; uno de los villanos más grandes que tenemos... y ya es bastante decir. Snap ha hecho cosas peores que reñir con Larsen. Ahora mismo lo está haciendo, Augusto, mostrándose demasiado amigo de Dene.

-Ya me he enterado..., ya me lo han dicho otros... Pero, Martín, ¿qué puedo hacer?

-¿Qué? ¡Dios lo sabe! ¿Qué puede hacer ninguno de nosotros? Los tiempos han cambiado, Augusto. Dene está aquí en White Sage, libre, y bien recibido en muchos hogares. Varios de nuestros vecinos (acaso personas de quienes nos fiamos) pertenecen secretamente a su -banda.'

-Tiene razón, Cole. Existen mormones que son ladrones de ganado. Para eterna vergüenza mía, he de confesarlo. Al abrigo de la noche acompañan a Dene en sus correrías, y

aquí, en nuestro propio medio, se reúnen con él, en complaciente tolerancia. Echado de Montana, ha venido acá a corromper a nuestros jóvenes. ¡Piedad divina!

-Augusto, algunos de nuestros jóvenes no necesitan que los corrompa nadie. A Dene no le ha costado gran trabajo conquistarlos. Cuando él se presentó aquí por primera vez, traía sólo unos pocos secuaces, y ahora dispone de una banda bien numerosa. Tenemos que hacerle frente a eso.

Un hombre muy anciano, con el cabello y la barba blancos como la nieve, apareció entonces en el porche.

-Obispo, el hermano Martín se está descarriando de nuevo -dijo Naab, mientras Cole se descubría. -Martín, hijo mío, ábreme tu corazón - dijo el Obispo.

-Sufro dudas negrísimas, y no veo ninguna luz -confesó Cole con desaliento-. Pertenezco a una generación de mormones más joven que la de ustedes, v la fe me es más difícil. Yo veo señales que pasan inadvertidas para ustedes. He soportado pruebas muy difíciles. Antes poseía mucho ganado vacuno, muchas ovejas y mucha agua. Y esos gentiles, ese ranchero Holderness y ese bandido Dene, se me han llevado las vacas, me han matado las ovejas y han canalizado las corrientes, dejando secos mis campos. No me agrada el presente. Ya no estamos en los viejos días. Nuestros jóvenes se marchan, y los pocos que regresan traen ideas contrarias al Mormonismo. Nuestras muchachas y nuestros mozos crecen influídos por los gentiles que hay entre nosotros. Se casan entre sí, y eso es un golpe mortal para nuestro credo.

-Martín, arroja de tu pecho esa ponzoña que lo envenena. Recobra tu fe. El milenio vendrá. Cristo reinará de nuevo sobre la tierra.

Cole alzó las manos, con un gesto de mansedumbre revelador de esperanza.

Naab se inclinó sobre Hare, diciéndole:

-Me gustaría que el Obispo le administrara.

-¿Qué es eso? -preguntó Hare.

-Una costumbre mormona, la «imposición de manos». Deje usted que el Obispo le administre. No le impone obligación alguna. Acéptelo como si fuera una obligación.

-Lo acepto - respondió el enfermo.

Tras de lo cual, Naab dirigió algunas suaves palabras a alguien a través de la puerta abierta. Cesaron las voces que se oían; sonaron pasos cuidadosos; varias mujeres cruzaron el umbral, seguidas por hombres jóvenes de elevada estatura, muchachas de mejillas sonrosadas y niños de grandes ojos redondos. Una anciana, de cabello blanco, se adelantó con solemne dignidad. Traía una vasija de plata, que sostuvo, a disposición del Obispo, junto al lecho de Hare. El eclesiástico introdujo las manos en la vasija, ungiéndolas en fragante aceite; luego las colocó sobre la cabeza del enfermo y pronunció una corta plegaria, bella en su sencillez v trémula en la dicción.

Concluída la ceremonia, los espectadores se acercaron al «administrador», con amables palabras en los labios y plácidas sonrisas. Los niños desfilaron junto al diván, ruborosos, pero con expresión de simpatía; las mujeres murmuraron alguna frase benévola al pasar, y los hombres estrecharon la mano de Hare. Mescal pasó, junto con las otras, bajos los ojos, tímidamente sonriente, pero sin proferir una sola palabra.

-Se le ha ido la fiebre - observó Naab, con la diestra sobre la mejilla del paciente.

-Viene y se va de repente -contestó éste -. Me siento mejor ahora, aunque con bastante opresión en el pecho. No puedo respirar con libertad. Necesito aire, y tengo mucha hambre.

-Madre María, este mozo está hambriento. Judit, Ester, ¿dónde tenéis la cabeza? Ayudad a vuestra madre. Mescal, sírvele y ocúpate de que no le falte nada.

Mescal trajo una mesita y una almohada, y las otras muchachas se presentaron en seguida con alimentos y bebida; luego todas se afanaron en prodigarle tiernos cuidados.

«Me dijeron que había caído entre ladrones -murmuraba Hare para sí, cuando quedó solo -; pero no me cabe duda de que también caí entre santos.»

Sentía en su interior que nunca podría pagar a Augusto Naab los favores recibidos.

« ¡Si lograra seguir viviendo! », se decía.

¡Qué apacible era el jardín de la cabaña!

El césped resultaba un bálsamo para los ojos. Flores, nuevas para él, de agradables tintes primaverales, erguían sus frescas corolas por todos lados; árboles frutales, con las ramas entrelazadas, mezclaban el blanco y el rosado de sus florescencias. Las risas infantiles, suaves y gratas al oído, llenaban el recinto. Extrañas aves volaban de aquí para allá. Las notas de sus cantos eran extrañas, pero sus voces repetían el eterno y delicioso tema: la alegría de vivar, de amar y de sentirse embriagados por la primavera. Una zanja para el riego, oculta a la vista por verdes enramadas, corría cerca del porche, y el invisible líquido fluía con susurrante murmullo y tenue retintín musical en la armoniosa premura de su curso. Innumerables abejas trabajaban rumorosas entre las plantas florecidas.

Hare se quedó dormido. Al despertarse a medias, aún soñoliento percibió, a través de los semicerrados párpados, los destellos dorados de los rayos del sol ya cercano al horizonte; luego sintió que lo transportaban al interior de la casa, para acostarlo en una cama. Alguien, muy suavemente, le desabrochó el cuello de la camisa, le quitó los zapatos y le cubrió con una manta. Antes de llegar a despertarse del todo, lo dejaron solo, y la quietud reinó en toda la vivienda. Una lánguida sensación de tranquilidad v descanso lo arrulló hasta dormirlo de nuevo. Transcurrido un momento - o, por lo menos, así le pareció -, despertó completamente. Brillante luz diurna entraba a raudales por la ventana, y la brisa matinal agitaba la desteñida cortina.

Lo penoso de la respiración le advirtió la inminencia de un ataque de tos. Púsose la chaqueta, calzóse los zapatos y salió afuera, donde le acometió la tos, le sacudió terriblemente y, por último, le dejó en paz.

-¡Buenos días! -le voceó Augusto Naab alegremente-. ¡Muchacho: dieciséis horas de sueño!...

-¿De veras he dormido todo ese tiempo? Así no es extraño que me sienta bien hoy. Una cosa peculiar de mi enfermedad es que unos días me postra y otros me levanta.

-Con la ayuda de Dios, muchacho, conseguiremos que gradualmente vayan aumentando los días buenos. Entre a desayunarse. Después quiero que hablemos. Hoy voy a estar muy atareado herrando a los caballos y embalando provisiones. Me propongo emprender el camino de casa mañana mismo.

Mientras tomaba el desayuno, meditaba Haré sobre lo dicho por Naab. La insinuación contenida en sus palabras implicaba que el mormón intervendría en el futuro de su protegido, y éste se preguntaba si el bondadoso hombre habría determinado llevarlo con él a su hogar del desierto... ¡Ojalá fuera así! Y, por anticipado, se lo agradecía de todo corazón. Pero no experimentaba mayor entusiasmo respecto a sí mismo; el porvenir se le antojaba completamente sin esperanza en cuanto a su salud.

Naab estaba esperándole en el porche y lo sacó de la cabaña acompañándolo hacia la puerta del jardín.

-Quiero que venga a casa conmigo -le dijo.

-¡Qué bueno es usted!... Yo apenas soy, más que un mendigo... No me quedan fuerzas para ganarme la vida. Iré... aunque sólo sea para morir allí.

-Yo no poseo el don de adivinación... Sin embargo, en cierto modo veo que no morirá de esta dolencia... Vendrá a casa en mi compañía. Mi oasis navajo es un hermoso lugar. Los indios lo llaman el jardín de Eschtah. Si puede usted ponerse bien en alguna parte, será allí.

-Iré..., pero no debiera ir. ¿Qué puedo hacer yo en servicio suyo? ¡Nada!

-Nadie puede decir jamás lo que le será dable hacer por otro. Acaso llegue un día... Bueno, John, ¿quedamos convenidos? -Y le tendió su enorme y fuerte mano.

-Convenidos... yo... - y le faltó la voz al estrechar la diestra de Naab.

El vigoroso apretón que recibió le hizo enderezar el cuerpo y sentirse más animado. Fuerza y llaneza irradiaban de la callosa palma del gigante. Haré se tragó las gracias, junto con su emoción, y por lo que intentaba decir sustituyó.

-Nunca me han llamado John. No estoy acostumbrado a ese nombre. Llámeme Jack.

-Muy bien, Jack; y ahora, vamos a ver. Necesitará proveerse de algunos efectos. ¿Puede acompañarme hasta la tienda? No está lejos.

-Seguramente. Lo que más falta me hace es una navaja de afeitar, para quitarme de la cara todo el álcali y la suciedad que se me han pegado.

La ancha calle, bordeaba por casas que se asomaban entre verdes y blanquecinos huertos, se extendía en línea recta hasta la base de la pendiente que conducía a la cima de los Farallones Rosados. Una bonita plaza, tapizada de fresco césped, contenía la gris estructura de la iglesia, una escuela y otro edificio público. Más abajo de la vía principal estaban varios establecimientos, de paredes blanqueadas, protegidos contra las inclemencias del tiempo con techados de tablas. Dos hombres cubiertos de polvo venían cabalgando, uno a cada lado del caballejo más cerril y más resabiado que había visto Haré en toda su vida. La indómita bestia retrocedía, se encabritaba, respingaba y coceaba de un modo atroz, tratando de zafarse del par de lazos que la sujetaban. Frente al mayor de los aludidos establecimientos había gran número de mustangs, todos sueltos, con las bridas caídas arrastrando por el suelo. Los ociosos parroquianos, recostados contra la baranda de la tienda y apoyados en los marcos de las puertas, eran atezados mozos de cuerpo delgado, muy parecidos a los hijos de Naab. Algunos llevaban chaps, o sea zahones, de piel de carnero; todos calzaban botas de montar y espuelas; cubríanse la cabeza con amplios sombreros de fieltro y en el cinto ostentaban grandes revólveres Colt.

-Compraremos cuanto necesite, igual que si hubiera usted de trabajar en mi rancho desde mañana mismo -dijo Naab-. Lo primero que le preguntamos aquí a todo hombre nuevo es: ¿sabe montar? Y en seguida ¿sabe tirar?

-Yo montaba bastante bien antes de caer tan enfermo. En cuanto a tirar, nunca lo he hecho con revólver, pero sé manejar el rifle. Jamás he disparado contra nada ni contra nadie, a excepción de los blancos usuales, pero a éstos los he tocado siempre con notable facilidad.

-Bueno. Ya le facilitaremos excelentes blancos: leones, osos, ciervos, gatos monteses; lobos... Hay aquí un magnífico Winchester calibre cuarenta y cuatro, que mi amigo Abe quiere vender. Es de cañón largo y pesa ocho libras. Nuestros jinetes del desierto prefieren las' carabinas livianas, fáciles de llevar en la silla. La' mayoría de los mustangs no son buenos para llevar mucho peso. Ese rifle tiene gran alcance. Yo he tirado con él, y creo que es el arma que le conviene para matar lobos y coyotes. Necesita proveerse también de un Colt y de un equipó de montar.

»Y, entre paréntesis - continuó, al ascender ambos los peldaños de la entrada-, ésta es la clase de dinero que usamos en esta parte del país. -Y le tendió a Hare un papel azul un cheque manuscrito, por cierta suma, firmado, pero sin encabezamiento de Banco alguno ni de firma comercial de ninguna clase-. No utilizamos el dinero corriente. Circulan muy pocas monedas o' billetes en el sur de Utah. Muchos gentiles recién venidos tienen dinero, y algunos mormones somos dueños de un saco o dos de oro, pero poco de él entra en circulación. Nos valemos de estos cheques, los cuales pasan de mano a mano, a veces, por espacio de seis meses. Durante su curso, cada cheque sirve para pagar ovejas, vacas, caballos, granos, mercaderías diversas, o trabajo. Todos recibimos el valor correspondiente, sin desembolsar ni un centavo en efectivo.

-Tal sistema supone, por lo menos, gente honrada -comentó Hare, riendo sorprendido.

Atravesaron una ancha puerta y circularon entre un laberinto de angostos callejones formados por tongas de cajones y barriles, pilas de latas de conservas y montones de arneses v otras mercancías, hasta llegar a un espacio despejado donde unos cuantos hombres estaban apoyados contra el mostrador de la tienda.

-¡Hola, Abe! -saludó Naab-. ¿Has visto por aquí a Snap?

- ¡Hola, Augusto! -respondió el saludado-. Sí. Snap está allá dentro. Y Holderness también. Dice que ha venido expresamente desde el rancho para hablar con usted.

Abe designó una puerta abierta por la cual salían ruidosas voces. Hare se asomó por ella y vio un estrecho salón lleno de humo y de emanaciones alcohólicas. En medio de la especie de bruma que reinaba en el local, distinguió una muchedumbre de hombres en un tosco bar. Abe se llegó también a la entrada y gritó:

-¡Eh, Snap, su padre lo busca! Holderness, aquí está Augusto Naab.

Un individuo avanzó dando traspiés hacia la tienda, en la que se metió tambaleándose. Su cara, larga, con gesto de ave rapaz, era grisácea, no a causa de la edad, sino con gris-salvia del desierto. Los ojos tenían un color semejante, fríos, aunque ardiendo en ellos pequeños destellos feroces en el fondo de las pupilas. Parecía corto de talla porque andaba encorvado, pero si se hubiera erguido habríase visto que era alto. Iba vestido con una camisa de franela azul y zahones del mismo color; rodeándole las caderas llevaba un cinto, del que pendían dos grandes revólveres cuyas pesadas y oscuras culatas se proyectaban hacia fuera, y en sus altas botas de montar sobresalían las espuelas, largas y crueles.

-¿Cómo está, padre? -dijo.

-Lo estoy preparando todo hoy-contestó Naab-. Salimos mañana. Necesito que me ayudes.

-Muy... muy bien... En cuanto Larsen me devuelva mi «pinto».

-Deja a Larsen en paz. Si fue más listo que tú, olvídalo.

-Jeff se llevó mi «pinto» a cambio de un mustang inútil de una pata. Si yo no hubiese estado borracho, nunca hubiera hecho el trato. Y ahora ando buscando a Jeff.

Mordió las últimas palabras con un peculiar chasquido de sus agudos dientes, circunstancia que le hizo a Hare relacionar el salvaje castañeteo dental con el nombre que le daban a aquel sujeto[1]. Augusto Naab lo miró con ojos melancólicos, y con la boca apretada firmemente muda expresión en la que se combinaban su justificada cólera, su impotencia para poner remedio, y su tristeza. Era la mirada del hombre para quien los obstáculos nunca fueron nada, y que a la postre se hallaba ante una derrota imposible de evitar. Hare, por su parte, se dio cuenta de que aquel hijo era el primogénito de Naab, el preferido, y, no obstante, una mala cabeza, la oveja descarriada, vergüenza y dolor de su padre.

-Diga, padre, ¿es ése el espía que encontró en el camino?

Los descoloridos ojos de Snap fulminaron a Hare, y las infernales llamitas parecieron avivarse y saltar.

-Este es John Hare, a quien, en efecto, encontré enfermo y abandonado. Pero no es ningún espía.

-No podrá usted hacer que nadie crea eso. Se sabe que es espía. ¡Espía a Dene! Su nombre anda ya por todos los ranchos como contador de ganado sin marcar. Dene sabe cómo se llama, y lo tiene señalado. No le lleve a casa, como a tantos otros enfermos y perseguidos. ¿Para que servirá? Todavía no ha logrado usted convertir al mormonismo a ninguno de ellos. No lo lleve..., a menos que quiera tener una tumba más en su cementerio. ¡Ja, ja, ja!

[1] Snap, en inglés, significa, en forma verbal (to snap), chasquear, hacer estallar una cosa, romperla con ruido y violencia.

Hare experimentó un choque desagradable. Snap Naab fue tambaleándose hasta la puerta y bajó algunos escalones, siempre con la cara vuelta hacia atrás y la despectiva mirada fija en Hare; luego, la azulina bruma del bar se lo tragó.

Los que estaban junto al mostrador se marcharon; Augusto entabló conversación con el tendero, presentándole a Hare y explicándole lo que necesitaban. Juntos examinaron los variados artículos requeridos por un vaquero, y acabaron eligiendo, no los pocos efectos sugeridos por Hare, sino los muchos escogidos por Naab. La última compra fue el rifle. Era este una hermosa arma, magníficamente pulimentada y trabajada, completamente fuera de lugar entre las otras, toscas, de culata ordinaria, que estaban en el mismo armero.

-Nunca tuve antes ocasión de venderlo -indicó Abe-. Es demasiado largo y pesado para la gente de por aquí. Estoy dispuesto a darlo por la mitad de su precio, y lo mismo los cartuchos, que son dos mil.

-Aceptado -respondió Naab en seguida, con una satisfacción que demostraba que le placía la compra.

-Augusto, ¿tiene idea de dedicarse en grande a la caza mayor? -inquirió el comerciante-. ¿Algo más serio que conejos y coyotes? Ya va siendo tiempo... aunque sea usted uno de nuestros miembros más venerables. Nosotros, los mormones, tenemos... -Se interrumpió súbitamente, continuando luego en voz baja-: Ahí está Holderness.

Hare se volvió, con el interés acrecentado por la reiteración del nombre de semejante personaje. Este tuvo que agachar la cabeza para no tocar el marco de la puerta al pasar. Aventajaba en estatura hasta al mismo Naab; era un espléndido tipo de hombre, barbirrubio, de paso largo y elástico, como montañés.

-Buen día tenga usted, Naab -dijo -. ¿Es este el Joven que ha recogido?

-Sí. Jack Hare -repuso Naab.

-Bien, Hare, yo soy Holderness. Debe recordar mi nombre. A usted lo mandaron a Lund personas interesadas en mis ranchos. Creí que nos veríamos en Lund, pero no pude llegar a tiempo.

Hare tomó la mano que le tendía, y así como le repugnó Snap Naab, igualmente le desagradó este hombre. La sensación de desagrado era ahora distinta, pero intensa, pues instintivamente presintió grandes desazones. Tuvo la impresión de una indefinible sutileza, de una desconfianza inexpresable, tan incoloras como la clara y penetrante levedad ambarina de los ojos que le contemplaban.

-Holderness, ¿querría usted rectificar la historia que circula respecto a Hare? -interrogó Naab.

-¿Se refiere a lo de que es un espía? Bueno, Naab, la verdad es que para eso vino. Ya aconseje yo que no mandaran a nadie para esa clase de trabajo. No puede dar ningún resultado. Estos mormones se seguirán robando mutuamente el ganado, y por la fuerza tienen que vender los animales robados; por tanto, no pueden ver con buenos ojos que venga ningún intruso a tomar cuenta del número de las reses, de las marcas y de todo lo demás. Y si los mormones lo aguantaran, los cuatreros no lo aguantarían. Estoy dispuesto a llevarme a Hare al rancho y darle trabajo, si lo desea. Pero mejor sería que desapareciera de Utah.

-Gracias, no -replicó Hare con decisión.

-Él se viene conmigo-observó Augusto Naab.

Holderness aceptó la observación con un movimiento de cabeza casi imperceptible, e inspeccionó a Hare de arriba abajo con ojos inquisitivos, tomando nota de latentes .posibilidades. Procedía con la aguda inteligencia de un hombre que sabía de sobra lo que cierta clase de evolución significa en el desierto, pues, por el momento, el joven no le interesaba. Después, le volvió la espalda.

Hare comprendió que Holderness quería hablar con Naab a solas. Se fue para el mostrador y empezó a recoger las compras, pero no pudo evitar oír la conversación.

-¿Mal de los pulmones? -indicó Holderness...

-Sí, de uno de ellos -le informó Naab.

-Lo veo muy comprometido. Mejor será que lo mande fuera de estos lugares. Se le tacha de espía contra Dene, y nunca se le tendrá por otra cosa. Dene le matará. No es nada prudente, Naab, que lo lleve con usted. Ni aun sus amigos considerarán acertado lo que está haciendo, v, de todos modos, le ocasionara disgustos.

-Eso es ya asunto arreglado -advirtió Naab fríamente.

-Bien, pero recuerde que se lo he advertido. He tratado de mostrarme amigo suyo, y no me hace caso. De todos modos, quería que nos viéramos para averiguar cómo andamos.

-¿Qué quiere usted decir?

-Sí, cómo nos hallamos respecto a varias cosas... Para empezar, tenemos a Mescal.

-No es la primera vez que me la pide, y siempre le he dicho «no».

-Pero nunca le dije antes que me casaría con ella. Quiero hacerla mi mujer.

-No -repuso Naab, añadiendo brevedad a lo frío de la expresión.

-¿Por qué no? -demandó Holderness -. ¡Oh, bueno, no debo tomarlo como un insulto! Demasiado sé que no hay en todo Utah dinero suficiente para persuadir a un mormón a que se desprenda de una muchacha... Respecto a mi oferta por los derechos para utilizar el agua... ¿cómo estamos? Le daré diez mil dólares si me cede Seeping Springs y Silver Cup.

-¡Diez mil dólares! -exclamó Naab-. Holderness, yo no aceptaría ni cien mil. Eso es igual que pretender comprarme mi casa, mi ganado, mi rancho entero, veinte años de constante trabajo, ¡por diez mil dólares!

-¿Rehúsa? Muy bien. Entiendo que mi proposición es razonable -advirtió Holderness con viveza, pero en tono reposado-. El terreno es propiedad del Gobierno, y aunque los ranchos de usted están del otro lado de la línea de Arizona, figuran, en realidad, como territorio de Utah. Mi compañía está realizando desembolsos enormes, y el Gobierno no va a permitir que ejerza usted un monopolio. A nadie va a 'consentírsele qué acapare él sola toda el agua que existe en una extensión de cien millas., Los tiempos cambian. Tiene que comprenderlo. Y debe encontrar el medio de protegerse, antes de que sea demasiado tarde.

-Holderness, esto es un desierto. Nadie, salvo los mormones, hubiera podido hacerlo habitable. El Gobierno apenas conoce su existencia. Han de transcurrir aún lo menos cincuenta años antes de que se legisle sobre estas regiones. Escuche: este desierto pertenece a los mormones. Nosotros descubrimos los manantiales y cavamos las zanjas. Ninguno puede venir ahora a apoderarse de nuestra agua.

-¿Y por qué no? El agua no es pertenencia exclusiva de nadie. ¿Por que no?

-Porque así es la Ley no escrita del desierto. No hay mormón que rehúse acceder a que usted o su caballo beban donde quieran, o que sus reses tomen una cantidad razonable del líquido. Pero usted no puede venir aquí y coger esa agua, que es nuestra, para dedicarla a uso único suyo, suplantándonos a nosotros y dejando morir de sed a nuestros animales. ¡Vamos, hombre! ¡Si hasta los indios respetan los usos y costumbres del desierto!

-¡Bah! Yo no soy mormón ni indio. Soy ganadero. Para mí es simple cuestión de negocios. Una vez más insisto en la oferta.

Naab desdeñó el contestar. Ambos interlocutores se miraron cara a cara un momento, en silencio, pero con los ojos centelleantes. Luego, Holderness giró sobre los talones, yendo a tropezar con Hare.

-Quítese de en medio-gruñó el ranchero, lleno de disgusto e irritación. De un empellón, dado con la mano abierta, lanzó al enfermo, tambaleándose, contra el mostrador.

-Jack -dijo Naab, resollando con fuerza-, Holderness se ha mostrado hoy tal cual es. Siempre lo supe, aunque preferí otorgarle el beneficio de la duda... ¡Golpearle a usted! No poseo el don de la revelación, pero presiento... Bueno, vámonos.

De vuelta a la cabaña del Obispo, Naab no habló ni una vez siquiera; la transformación que había comenzado con el espectáculo dé su hijo ebrio alcanzó su punto culminante, de silenciosa melancolía, después del, choque con Holderness. Naab fue en busca del Obispo, y a poco oyóse la trémula voz del anciano sacerdote, que entonaba una plegaria.

Hare dejóse caer, rendido, en un sillón, en el porche; pocos minutos después le invadió el sueño, del que despertó con sobresalto. Los hijos de Naab, en compañía de Martín Cole y varios hombres más, estaban en el patio. El propio Naab empujaba suavemente a las mujeres para hacerlas entrar en la casa. Cuando estuvieron todas dentro, cerró da puerta e interrogó a Cole

-¿Fue una lucha leal?

-Sí, un encuentro parejo. Se batieron frente a la tienda de Abe. Ninguno de los dos se mostró sorprendido. Estuvieron un momento mirándose mutuamente. Luego, des-enfundaron..., sólo que Snap fue más rápido. El revólver de Larsen hizo fuego al caer el. Ese ardid que le enseñó usted a Snap le ha salvado la vida otra vez. Larsen no era nada torpe para tirar.

-¿Dónde está Snap ahora?

-Fue en busca de su «pinto». Se le había pasado la borrachera. Dijo que aparejaría en seguida. Los amigos de Larsen son de temer. Snap encargó que se le dijera a usted que se marchara pronto del pueblo, con Hare, si es que quiere sacarlo vivo de aquí. Dene se ha presentado y jura que no dejará que se lo lleve usted.

-Lo tenemos todo dispuesto para enganchar y partir en seguida - respondió Naab -. Podríamos salir inmediatamente, pero, hasta que anochezca, prefiero más estar aquí que en campo abierto.

-Snap cree que Dene vendrá hasta la residencia del Obispo en persecución de Hare.

-¡No! ¡No se atrevería!

-¡Padre! -gritó en esto Dave Naab, desde el punto de observación que ocupaba-. ¡Ahí está Dene, a caballo con Culver y -otro hombre que no conozco! ¡Llegan ya! ¡Dene ha saltado la cerca! ¡Cuidado!

El repiqueteo de los cascos y el crujir de la grava precedieron a la aparición de un fogoso caballo negro en uno de los senderos del jardín. El jinete venía echado sobre la perilla de la silla, doblándose para evitar las ramas y enredaderas, y tiró de las riendas delante del porche, saltando al suelo con la agilidad de un indio.

Era Dene, moreno, sonriente, impasible.

-¿Que busca en la morada de un obispo? -le increpó Augusto Naab, plantando su corpulenta persona precisamente delante de Hare.

- ¡Al espía!

-¿Que busca en la morada de un obispo? -repitió el mormón.

-Quiero entrevistarme con ese joven, respecto al cual me mintió usted-contestó el bandolero, cuya sonrisa se disipó lentamente.

-Nada puede tomarse como mentira, si se le dice a un forajido.

-Bueno; vengo por el, ¡predicador mormón!

-No se lo llevará.

-Lo veremos. ¡Vaya si me lo llevaré!

De una zancada se puso Naab pegado a Dene, a quien aventajaba considerablemente en estatura. .

La mirada del cuatrero vagaba, cautelosa, de Naab al tranquilo grupo de mormones, y de estos a Augusto. Luego, de súbito, su mano derecha ejecutó un rápido movimiento; pero Naab, más rápidamente aún, movió también el brazo, se vio un fulgor metálico, rodó entre la hierba el Colt del bandido y este gritó de dolor, pues los huesos del brazo le crujieron bajo la presión de la gigantesca mano.

Dave Naab saltó desde la altura en que estaba, yendo a caer directamente frente a los acompañantes de Dene, que se aproximaban, y se encaró con ellos, alerta y silencioso, con la diestra sobre la culata del arma que llevaba al cinto.

Augusto Naab, de una formidable sacudida, llevó al cuatrero hasta ponerlo contra un pilar del porche, donde lo sostuvo con férreo dominio.

-¡Cachorro maldito! ¡Hijo de mala casta! -tronó, sacudiendo la encanecida cabeza-. ¿Crees, acaso, que te tememos a ti, ni a tus malas mañas de ventajista asesino? ¡Mira! ¡Fíjate en esto!

Soltó a Dene y dio algunos pasos atrás, con la mano tendida hacia delante. De repente hizo un celerísimo ademán, más presto que la vista, y en su puño surgió un revólver, listo para disparar. Ejecutada la pasmosa demostración, volvió el arma a su funda.

-Que te sirva de lección, para que nunca se te vuelva a ocurrir el tratar de acometerme - rugió; y cerrando el enorme puño, púsoselo a Dene ante los ojos, diciendo -:

Un solo puñetazo y te rompería el cráneo como si fuera una cáscara de huevo. ¿Por qué no te lo doy? Porque, óyelo bien, insensato podenco del infierno, hay una ley más alta que todas las leyes de los hombres: la ley de Dios: ¡No matarás! Entiéndelo si puedes. Y ahora, déjanos ya en paz a mí y a los míos. ¡Lárgate de aquí!

Y empujó a Dene sendero abajo hasta reunirlo con sus compinches.

## III

Después de la partida de Dene y sus compañeros, Naab decidió dejar White Sage a la llegada de la noche. Martín Cole y los hijos del Obispo trataron de persuadirle a que se quedase, arguyendo que la pelea que, de fijo, iba a producirse, ofrecería menos peligros en el pueblo que en el camino. Naab, sin embargo, se mostró obstinado, irreflexivamente, a juicio de Cole, amenos que tuviera razones especialísimas que le obligaran a marchar durante la noche. Cuando cerró el crepúsculo, ya Naab tenía enganchados los caballos, y a las mujeres metidas en las carretas. Hare iría en el carro descubierto, que Naab había dejado en White Sage para cargarlo de grano. Cuando se había hecho ya tan oscuro que los objetos eran apenas perceptibles, un hombre saltó por encima de la cerca que rodeaba la cabaña.

-Dave, ¿dónde están los muchachos? -le preguntó Naab.

-¡No tan alto! Ahí vienen -replicó Dave cuchicheando-. Dene está furioso. Creo que le ha roto usted un hueso del brazo. Jura que nos va a matar a todos. Pero Chance y el resto de la partida no llegarán hasta más tarde. Tenemos tiempo de alcanzar el camino del Coconina, si nos damos prisa.

-¿Hay noticias de Snap?

-Se marchó antes de la puesta del sol.

Tres figuras más surgieron de la oscuridad.

-Muy bien, muchachos. Ve delante, Dave; guía tú.

Dave y Jorge Naab montaron en sus mustangs y salieron por la ancha puerta del jardín; la primera carreta emprendió la marcha tras de ellos, y su blanco toldo se fue disolviendo gradualmente en las tinieblas; la segunda arrancó también; entonces, Augusto Naab subió al pescante del tercer vehículo y arreó a los caballos con un débil chasquido de la lengua. Hare cerró la puerta del jardín y trepó a la trasera del carro.

Un ligero rumor de matas y hierbas frotando las ruedas era todo el ruido que producía el cauteloso avance. A la izquierda tenían un campo desnudo; a la derecha, bajas techumbres

y agudas chimeneas asomaban entre los árboles; aquí y allá brillaban algunas luces. No se oía una voz; ni siquiera ladraban los perros.

A poco, desembocaron en un camino donde los herrados cascos de las bestias y las aceradas llantas de las ruedas chocaban contra las piedras, haciéndolas rechinar.

Hare creyó ver algo en la profunda sombra proyectada por una fila de álamos, aguzó la vista y alcanzó a distinguir, inmóviles, un caballo y su jinete, apenas más negros que la densa oscuridad circundante. Un segundo galope, camino abajo, convenció a Hare de que sus ojos no le habían engañado.

- ¡Arre! - refunfuñó Naab a sus caballos -. Jack, ¿vio a ese individuo?

-Sí. ¿Qué estaría haciendo ahí?

-Vigilando el camino. Es uno de los escuchas de Dene.

-¿Se atreverá Dene...?

Uno de los hijos de Naab llegó a trote largo, diciendo

-Creo que era el compañero de Larsen. Estaba emboscado, a la espera de Snap.

-Pues yo supuse que era una avanzada de Dene - observó Naab.

-Puede que también fuera eso.

-Es muy probable. Date prisa y haz que la pareja de tordillos vaya lo más rápidamente que pueda. Han tenido una semana de descanso.

Hare observaba cómo iban desvaneciéndose las luces del pueblo, igual que fuegos fatuos. Los caballos mantenían un trote rápido, metiéndose cada vez más en la ventosa inmensidad de la noche desértica. Nubes semejantes a grandes vellones velaban la luz de las estrellas, las cuales transmitían, sin embargo, una débil claridad. Hare se estremeció de frío. Al acurrucarse entre las mantas que Naab le había preparado, su mano sintió el contacto de una superficie metálica, fría como el hielo. Era el rifle. Naab lo había puesto allí. Al palparlo, encontró Hare la palanca del cargador, y, abriendo éste, notó la redonda cabeza de un cartucho. El mormón había cargado el arma, poniéndola después en sitio donde su protegido tuviera que encontrarla; no obstante, no le había dicho ni una palabra al respecto. Hare no se detuvo a reflexionar en el primer impulso. Sin haber proferido una sola sílaba, Naab, con silenciosa insistencia, dando de lado la precaria salud del joven, le había asignado la representación de un papel de hombre valiente y decidido. La plena comprensión por parte de Hare de do que aquello significaba le sacó de su abatimiento, haciéndole sentirse de nuevo lleno de ánimo y resolución.

El enfermo cedió pronto a la influencia del calor que halló entre las mantas; una pesada somnolencia, que en vano trató de arrojar de sí, fue gradualmente sumergiendo todas sus ideas; el sueño le oprimió los párpados, cerrándoselos con fuerza. Cuando abrió otra vez los ojos, habían transcurrido ya varias horas. Durante un momento no supo dónde estaba; luego, el penetrante latigazo del viento helado que le azotaba el rostro, el olor a lana y el mullido abrigo de las mantas, junto con el continuo trotar de los caballos, así como el tintineo de una cadena que sonaba en algún lugar debajo de él, le hicieron recordar la realidad de aquella marcha nocturna. Dióse a cavilar cuántas millas habían hecho, cómo sabrían los conductores la dirección, para guiar a los caballos por el camino debido, y si los bandidos vendrían persiguiéndolos. Cuando Naab detuvo a los animales y, bajando de su asiento, anduvo cierto trecho para ponerse a escuchar, Hare tuvo la certeza de que Dane venía. Él también prestó atención, pero los movimientos de los caballos y el sacudir de los arneses fue todo lo que alcanzó a oír. Naab volvió al pescante; las dóciles bestias tiraron de nuevo, pero no al trote, como antes, pues ahora subían una cuesta. Poco después quedóse Hare medio dormido oyendo entre sueños el morder de las ruedas sobre el áspero suelo, y cuando cesó aquel ruido, despertóse, se sentó y escuchó hacia atrás. Pronto dióse cuenta de que la negrura de la noche se había trocado en gris; el amanecer no estaba lejos; se durmió, y despertó siendo ya de día claro. El rojizo horizonte quedaba muy hacia abajo y hacia el Este, y el

descenso que habían ya emprendido era por un como vasto mar agitado, donde las olas tuvieran una milla de largo.

-Me alegro de que haya podido dormir algo - fue el primer saludo de Naab -. Todavía no hay señales de Dene. Si conseguimos pasar la línea divisoria, estaremos seguros. Aquello de allí es el Coconina, que quiere decir Montaña de Fuego, en lenguaje navajo. Por este extremo es una meseta baja y estrecha, pero corre muy lejos hacia el Este, y llega a tener nueve mil pies de altura. Forma unas cien millas del borde norte del Gran Cañón. Ahora estamos al otro lado de la frontera de Arizona.

Hare siguió con la vista la inmensa extensión de, terreno que se elevaba en sentido oriental, pero sus inexpertos ojos no pudieron apreciar las notables proporciones del vasto conjunto.

-Todavía, hasta que pase algún tiempo, no podrá formarse ideas exactas de distancias y tamaños-dijo Naab, leyendo la expresión de la cara de Hare -. Tiene aún que aprender lo que son el aire y la luz en esta parte del país. Parece que no hay más de media milla hasta la cumbre de la divisoria; pues bien, si llegamos allí al mediodía, tendremos suerte. Mire allá: ¿distingue un punto negro, de este lado, bajo el murallón rojo? Aguce la vista. ¡Bueno! Ése es el rancho de Holderness. Está a treinta millas de aquí. El valle de las Nueve Millas conduce allí. El rancho fue antes de Martín Cole. Holderness se lo robó. Y ahora ha comenzado a extender sus campos de pastoreo del otro lado de la divisoria.

El sol, cada vez más alto, templaba el aire ambiente. Hare comenzó a notar el aumento de tamaño y la abundancia de los matorrales de salvia, que eran de color más oscuro. El primer cedro que encontraron, de escasa desarrollo, con la parte superior de la copa seca, era el' punto medio de la subida, según dijo Naab; asimismo era el precursor de otros árboles de la misma especie, que aumentaban en número hacia la cumbre. Al fin, Hare, cansado de mirar hacia arriba a las trepadoras carretas cubiertas de blancos toldos, cerró los ojos. Las ruedas tronchaban las piedras; los caballos jadeaban penosamente, esforzándose en su ruda tarea. Los frecuentes «¡i e!» de Naab eran las únicas voces que se escuchaban; el sol lanzaba a raudales sus rayos, tibios primero, calientes después; y las horas pasaban. Un ruido inesperado sacó a Hare de su letargo. El carro había interrumpido la marcha. Naab, de pie en el pescante, tendía el brazo en determinada dirección. Jorge y Dave se habían aproximado con sus mustangs, y Snap, montado en su magnífico «pinto», detuvo este bajo el extendido brazo de Augusto, dando cara al valle que había muy abajo.

-Acaso los distingas tú -dijo el padre-. Yo no alcanzo a verlos bien, y eso que vengo fijándome en ¡as nubes de polvo desde hace horas. Jorge tampoco se atreve a decidir que puede ser.

Hare, contemplando a Snap, se sintió atraído por aquellos ojos, de los cuales esperaban tanto el padre y los hermanos. Si jamás un ser humano tuvo ojos de halcón, Snap Naab los tenía. Las pequeñas motas oscuras danzaban en las pupilas de color amarillo claro. Evidentemente, Snap no había localizado aún las perturbadoras nubes de polvo, porque su mirada vagaba de un punto a otro. De súbito, cesó la extraordinaria vibración de sus pupilas, y clavó la vista, fija, acerada, segura.

-Eso es una manada de mustangs salvajes - sentenció con acento decidido.

Hare miró hasta que le dolieron los ojos, pero no pudo ver ni nubes de polvo, ni objeto alguno en movimiento.

No se habló una palabra más. Los hijos hicieron girar sus cabalgaduras y marcharon hacia el frente; Augusto Naab volvió a sentarse y tomó las riendas; la ascensión prosiguió. Al cabo de una hora vencieron los caballos la última pendiente de la cumbre y entraron en un bosque de cedros que crecían en terreno llano; una hora más tarde comenzaron a descender gradualmente.

-Aquí estamos en los estanques -dijo Naab.

Hare advirtió que estaban reunidas todas las carretas. Jorge conducía una pareja de caballos hacia abajo, por un declive rocoso, hasta un gran charco de agua amarillenta. Los otros muchachos estaban desenganchando y desensillando.

-Cerca de las tres-dijo Naab mirando al sol-. Hemos llegado a buena hora. Jack, baje y estire las piernas. Acamparemos aquí. Ahí está el camino de Coconina, por donde van los navajos a la caza del ciervo.

El lugar no era bonito, pues se reducía a un pequeño páramo lleno de peñascos, y allí formaba una bifurcación el duro camino que habían traído con el otro indicado por Augusto. El agua del charco, amarilla, cubierta de verdosa espuma, le revolvió el estómago a Hare. Las bestias la bebían a grandes tragos. Naab y sus hijos bebieron también. Las mujeres llenaron un balde y distribuyeron el contenido en varias jofainas, donde se lavaron caras y manos con evidente placer. Dave Naab silbaba mientras, vigorosamente, esgrimía un hacha contra un cedro. Hare comprendió que la tensión nerviosa de la noche pasada y de aquella mañana había cedido ya. Aunque no sabía si atribuirlo a la distancia que los separaba de White Sage, o a la llegada al abrevadero. La certeza completa del nuevo estado de ánimo de sus compañeros la tuvo al escuchar a Augusto dirigiéndoles alegremente la palabra a las bestias mientras les daba el pienso, y al oír la moderada risa de las mujeres. Hare dio mentalmente gracias a Dios porque aquella buena gente hubiera logrado escapar de los peligros en que se habían visto por su causa. Sentóse, con la espalda apoyada contra un árbol, y púsose a observar cómo encendían fuego, cómo amasaban diestramente la harina para hacer tortas, y cómo muy pronto comenzaba a hervir el contenido de los calderos.

Los abundantes alimentos se sirvieron luego sobre una lona, en torno a la cual se acomodaron hombres y mujeres, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, a la usanza india. Hare encontró difícil hacer que sus piernas torraran tal postura, y se extrañó de que aquellos otros hombres, que las tenían más largas aún que las suyas, pudieran sentarse así con tanta facilidad. El digno coronamiento de una alegre comida, después de tantas horas de ansiedad y ayuno, fue el que Snap Naab le hablara cortésmente y el ver a este inclinar humildemente la cabeza mientras su padre imploraba para todos los presentes la bendición divina. Snan comió con tanta despreocupación y tan buen apetito, como si hubiera olvidado por completo que sólo algunas horas antes había matado a un hombre; y al oír el tono con que le hablaban los demás, uno hubiera supuesto que también ellos lo habían olvidado.

Todos habían terminado de comer, excepto Snap y Dave, cuando uno de los mustangs relinchó ruidosamente. Hare no lo hubiera notado a no ser por las miradas de inteligencia cambiadas entre tos hombres. Tales miradas tuvieron su explicación algunos minutos más tarde, al sentirse ruido de caballerías en marcha, que venía del bosque de cedros, y al desembocar en el páramo un torrente de indios montados.

El nada hermoso lugar se convirtió en seguida en un maremágnum de color y acción. Los navajos cabalgaban en flacos pero fuertes y nerviosos mustangs de aspecto selvático, y arreaban muchos ponyes y burros cargados de fardos, la gran mayoría de los cuales consistían en cueros de ciervo. Cada indio, a medida que desmontaba, le quitaba a su montura la manta que le servía a modo de silla, y dirigiendo al animal al sitio donde estaba el agua, le daba una palmada en las ancas. Después descargaron las acémilas, y bien pronto el charco fue un revoltijo de chapoteantes y coceadoras bestias. De las ramas de casi todos los cedros que circundaban el páramo colgaron la provisión que traían de carne de venado. Parte de ésta estaba en grandes trozos, y otra parte mayor en oscuras tiras de tasajo. Los indígenas pusieron sus armas a un lado. Cada matorral de salvia y cada piedra baja contenía una manta. Algunas de ellas eran de un solo color, pero las más ostentaban anchas listas blancas, grises y rojas, predominando estas últimas. Los mustangs y los burros fueron poco a poco desfilando, para meterse en la sombra de los cedros, mordisqueando los brotes de salvia v las escasas macollas de hierba. Un grupo de fuegos - que despedían largas espirales de humo azulado y

estaban rodeados de indios semidesnudos de piel bronceada - completaba el pintoresco cuadro, que evocó en Hare fuertes reminiscencias de sus años infantiles. ¡Que contraste le ofrecía aquel movido espectáculo con otro campamento que recordaba, muchos años atrás, a orillas del Connecticut, donde, con un grupo de condiscípulos, pasó unos cuantos días de vacaciones, contando cuentos alrededor de la hoguera y escuchando el plácido rumor de la corriente lamiendo la margen cubierta de abundante vegetación.

El sol, sumergiéndose ya en el Oeste, lanzaba sus rayos a través de las copas de los cedros, y convertía el verde en oro. En el preciso instante de la puesta del astro rey, las mujeres mormonas prorrumpieron en un dulce canto que sonaba como una plegaria; y los labios de los hombres se movían en silencioso acompañamiento. Dave Naab, el único de ellos que estaba fumando, quitóse la pipa de la boca mientras duró aquella acción de gracias al día moribundo.

Concluída la sencilla ceremonia, uno de los muchachos echó leña al fuego, y Snap, sacando del bolsillo un birimbao, púsose a extraer del instrumento extrañas y lúgubres discordancias, por lo cual Jorge exteriorizó su disgusto, y tales fueron sus protestas, que al fin tuvo el inhábil músico que marcharse de la reunión, yendo a buscar refugio entre los árboles, donde continuó a sus anchas, con supremo egoísmo, el inarmónico concierto.

-Jack - dijo Augusto Naab -, nuestros amigos, los jefes navajos Pechocortado y Eschtah, van a venir a visitarnos. Al principio, no se fije en ellos en absoluto. Son personas de extrema dignidad, y si alguna vez entra usted en sus tiendas, ellos permanecerán tranquilos, sentados, inmóviles, un buen rato, antes de dar señales de haberle visto. Pechocortado es un jefe guerrero, mientras que Eschtah es el anciano y sabio caudillo de todos los navajos del Desierto Pintado. Acaso le interese a usted saber que es abuelo de Mescal. Algún día le contaré esa historia.

Hare hizo todo lo que pudo por mostrarse indiferente cuando los dos grandes jefes penetraron en el círculo de los mormones; fijó los ojos en las encendidas brasas de la hoguera y esperó. Por espacio de varios minutos nadie habló, ni se movió siquiera. Los indios estuvieron todo aquel rato de pie; luego tomaron asiento. Entonces Augusto los saludó en idioma navajo. Hare creyó llegado el momento de usar los ojos y los oídos. Hubo otro intervalo de silencio antes de que rompieran el suyo los visitantes. Jack sólo des veía los hombros, cubiertos por las mantas, y la parte posterior de la cabeza.

-Jack, venga acá-llamó en esto Naab -. Les he hablado de usted. Estos indios no quieren nada con los blancos, excepto los de mi familia. Espero que les haga buen efecto.

-¿Cómo estás? -le dijo el jefe a quien Augusto había designado con el nombre de Eschtah; era un hombre de porte majestuoso, mirada perspicaz y aire resuelto, a pesar de su avanzada edad.

El otro navajo le saludó mediante una expresión gutural, que Hare no entendió. Este guerrero hubiera podido llamarse muy bien Coracortada, en vez de su verdadero nombre, pues en la cara era donde llevaba las profundas señales de sus muchos encuentros bélicos. Era su rostro como una máscara de bronce fundida, con la expresión de la más indómita fiereza del desierto.

Hare se inclinó ante cada uno de ellos, sintiéndose examinado por sus ojos intensamente escrutadores, suspicaces en extremo, pero no enemigos.

-Choca - dijo finalmente Eschtah, tendiéndole la diestra.

-¡Ugh! -exclamó a su vez Pechocortado ofreciéndole la suya y mostrando el brazo desnudo adornado con ajorcas de plata.

Estas señales de amistad complacieron a Naab, quien deseaba captarse la simpatía de los jefes navajos en favor del joven.

Augusto pronunció en seguida un largo discurso, subrayando sus palabras con abundantes gestos y pasando con frecuencia de una lengua a otra. Decía: «débil... no fuerte»,

cuando le tocaba a Jack las piernas o los brazos, y «malo, malo», cuando le señalaba los pulmones, concluyendo la peroración con las palabras. «enfermo... enfermo».

Pechocortado miraba a Hare con gran seriedad, y cuando Naab termino, dijo el indio

-Chainiego... ping! - y se frotaba con la mano por encima del estómago.

-Dice que necesita usted comer carne... mucha carne de ciervo-tradujo Naab.

-Enfermo -repitió Eschtah, cuyo inglés era inteligible.

Otros indios (guerreros de curtida piel, con los negros cabellos mantenidos apretados por medio de bandas atadas en torno de la parte superior de la cabeza) se unieron al círculo, sentándose en cuclillas delante del fuego, agarrándose las rodillas con las manos entrelazadas, y participando en la conversación. Hare los estuvo escuchando un rato, y después, sintiéndose fatigado, fue en busca del cedro donde había dejado sus mantas. La alfombra de hojas secas le ofrecía un lecho muy oloroso. Colocó un saco de grano para que le sirviera de almohada, dobló en dos una manta para poner debajo, y se cubrió con las otras. Luego estuvo atento y vigilante. La leña de cedro ardía con clara llama y de vez en cuando lanzaba alguna chispa roja. Las voces de los navajos, apenas perceptibles, dejaban oír muchos taos y taas -sílabas que, según pronto pudo apreciar, eran características y predominantes en su lenguaje -. Hablaban bajo, en un profundo murmullo. Aquellos sonidos traían a la mente de Jack algo que antes le había sido agradable, pero no recordaba con precisión. De pronto se acordó claramente: era la dulce y melodiosa voz de Mescal, y lo encontró justificado en vista del parentesco de la muchacha con el caudillo navajo. Miró en torno, tratando de hallarla en el anillo de luz, pues sentía por ella una fascinación particular, muy en consonancia con el raro encanto de aquella hora. Oscuras formas pasaban de aquí para allá, bajo los árboles; el tañido de los cencerros que llevaban al cuello los mustangs maneados venían a intervalos desde el bosque; los coyotes habían comenzado sus exploraciones nocturnas con salvajes aullídos; la hoguera del campamento ardía con fuerza y proyectaba oscilantes sombras sobre. las mantas con que se cubrían los indios; el viento, ya gemía, ya arrullaba, entre el follaje de los cedros.

Volvióse Hare de espaldas contra el suelo y divisó el brillante centelleo de las estrellas a través de las ramas. Con su luz sobre la cara y el frío viento agitándole el cabello, dióse a pensar en lo extraño de todo aquello, y cuán remotamente distante estaba de cuanto había conocido antes. ¡Qué inefable y grato aquel selvático ambiente! Y una oleada de emoción, que fue incapaz de dominar por completo, le probó que él podría haber amada aquella clase de vida si... en los últimos tiempos no hubiera llegado a la conclusión de que su existencia estaba tocando a su fin. Sin embargo, la benéfica influencia de Naab ahuyentó tan triste idea, y la arrojó de sí con enfado.

El sueño no vino tan pronto como Jack hubiera querido; no sentíase bien aquella noche; la fiebre le abrasaba las mejillas, y el ardor de la sangre calenturienta le quemaba el cuerpo. Se alzó sobre los codos y, tratando de distraerse, miró una vez más la hoguera. Debía de haber pasado bastante tiempo entregado a sus sueños, porque sólo tres personas se ofrecían a su vista. Una de ellas era Naab, con la ancha espalda encorvada, cabeceando. Del otro lado del fuego, alumbrados por el rojo fulgor, estaban Eschtah X otra persona de formas esbeltas y rostro oscuro. Fijándose con mayor cuidado, Hare reconoció a Mescal. Y se sorprendió, no tanto por su presencia allí, como por el listón blanco con que llevaba ceñida su lisa cabellera, la cual le caía sobre la espalda formando dos negrísimas y lustrosas trenzas. Antes no lucía su cabeza semejante adorno. Aquella delgada cinta le prestaba el toque requerido para caracterizarla como navajo. ¿La llevaría en señal de respeto hacia su anciano abuelo? ¿Que significaría aquel distintivo para una joven criada y educada entre cristianos? ¿Sería: «sangre del desierto»? Hare no tuvo respuesta para estas preguntas, las cuales contribuyeron a aumentar en su imaginación el misterio, y quedóse dormido con la pintura en su mente de Eschtah y Mescal sentados ante el resplandor de la hoguera, y de Augusto Naab cabeceando silenciosamente.

-¡Jack, Jack, despierte! -Las palabras rompieron con dificultad la nube de sueño que le envolvía; fatigosamente abrió los ojos. Augusto Naab, inclinado sobre él, le sacudía suavemente-. No se siente bien hoy, ¿eh? Tome esta taza de café. Ya hemos cargado todo, y partimos en seguida. Beba y suba al carro. Esperamos llegar esta noche a Seeping Springs.

Hare se levantó, y trepando con bastante trabajo hasta lo alto del vehículo, se echó sobre los sacos de la carga. Sufría en aquel momento uno de los desesperantes dolores de cabeza que solían acometerle, agravando su dolencia. Inmediatamente comenzó el característico ruido de las ruedas y el sonar de las cadenas. A pesar de las sacudidas y del traqueteo, dormitó a ratos, despertándose cuando oía el frotamiento de los frenos contra las llantas. Después de un buen trecho de rápida bajada empezó el carro a rodar más tranquilo, sin el exasperante chirrido. Vio un estrecho valle. a un lado, la verde y ondulada pendiente de la montaña cubierta de cedros; al otro, el perpendicular murallón rojo, con sus picachos semejantes a ciclópeas lanzas que apuntaban hacia el cielo. Todo el día fue idéntico el paisaje que iban dejando atrás, con la sola excepción de que cada vez que Jack abría los ojos notaba que el valle parecía haberse alargado, y el murallón rojo y la verde pendiente semejaban haberse acercado en la distancia. Por fin hicieron alto, comenzando el piafar de los caballos, las fuertes voces de mando, el bullicio y la confusión de la instalación del campamento. Naab le habló con su bondad habitual, pero Jack rehusó tomar alimento; permaneció quieto en su sitio y procuró dormir.

La luz del día le alivió; sentía despejada la cabeza y más fresca la sangre. Habían levantado el campamento junto al murallón rojo. Un peñasco cubierto de liquen, humedecido por filtraciones de agua, se erguía próximo a una charca redonda. Una zanja conducía el líquido cuesta abajo hasta un estanque, donde bebían varias reses, metidas en el agua hasta las rodillas; otros animales estaban echados en la orilla, sobre el amarillento barro, tan endurecido que parecía piedra, y todavía otros subían o bajaban por ambas laderas de la colina.

Cuando, más tarde, se presentó Hare en el círculo de la hoguera, observó Naab

-Tiene usted aspecto de haberle sentado bien el agua. En realidad, es buena, aunque algo salobre. Este lugar :se llama Seeping Springs y me pertenece. Al cerro lo denominamos La Silla de Montar; como ve, está sobre el murallón y la montaña y separa dos valles. Éste de aquí, por el que vamos hoy, es donde pace mi ganado. Al otro extremo está el manantial de Silver Cup, también mío. ¡Tenga los ojos bien abiertos ahora, muchacho!

¡Qué diferente fue el comienzo del nuevo día! El cielo era tan azul como el mar; el valle se metía profundamente en el abrazo del murallón y la montaña. Hare ocupó un lugar en el pescante, al lado de Naab, donde daba cara al descenso. La fila de navajos - formando una graciosa curva ondulante, cuyos vivos colores resaltaban sobre el camino - iba sirviendo de vanguardia a las carretas de los mormones.

Augusto señaló a un ternerillo echado, medio oculto en un matorral, y dijo

-Me disgusta ver eso. Ahí está un ternero recién nacido; la madre ha ido a beber. Los lobos y los leones recorren el valle. De ese modo perdemos centenares de terneros.

Hasta donde alcanzaba la vista había ganado pastando, y sus pelajes colorados, blancos y negros moteaban el valle.

-Si bien no poblado con exceso, este campo es el mejor de Utah -observó Naab -. Y digo Utah, pero en realidad es Arizona. A nosotros los mormones nos parece que el Gran Cañón es la verdadera marca de la línea fronteriza. Hay aquí pasto suficiente para alimentar a cien mil reses. Pero la dificultad es el agua. Durante algunas estaciones, los manantiales casi se secan, aunque Silver Cup siempre tiene caudal bastante para las necesidades de mi ganado.

Jack se fijó en las macollas de hierba, muy separadas unas de otras, sobre el amarillo suelo; evidentemente, aquella tierra no podía nutrir más de una planta por cada cuatro o cinco pies cuadrados de terreno.

-¿Que es aquello? -inquirió, al divisar una nube de polvo muy movediza, con bordes negros y agitados. -Mustangs salvajes - contestó Augusto -. Hay tal vez cinco mil de ellos en la montaña, y ya van convirtiéndose en una verdadera plaga. Hacen casi tanto daño en los pastos como las ovejas; y le puedo asegurar que como un rebaño de estas pase por un campo, el ganado vacuno que haya allí se morirá luego de hambre, o poco menos. Los mustangs se están multiplicando excesivamente. También hay manadas de caballos cerriles.

-¿Cuál es la diferencia entre caballos salvajes y mustangs?

-Realmente, no lo se de fijo. Hay quien dice que los «caballos» los dejaron los conquistadores españoles hace más de trescientos años. ¿Que si son salvajes? Más que ninguna otra bestia que ande en cuatro patas. Aguarde hasta que vea a Silvermane[2] o a White-foot [3].

-¿Quienes son esos?

-Dos caballos padres, salvajes. Silvermane es de un gris acero, con la crin plateada: el caballo más hermoso que he visto en mi vida. White-foot es un viejo demonio, peludo, negro, con una pata blanca. Habría que matarlos a ambos, pues pelean con mis animales y se llevan a las yeguas. En el viaje de ida, esta vez, pude haberle pegado un tiro a Silvermane, pero lo vi tan espléndido, que me dio lástima sacrificarlo, y bajé el rifle sin haber hecha fuego.

-¿Y son muy veloces? - inquirió Hare con avidez, dejando traslucir en los ojos su gran afición ecuestre.

-¿Veloces? ¡Huyuyuy! ... ¡Como el mismo viento!

¡Espere a ver a Silvermane corriendo a todo galope! Hasta mirándolo a uno con la cabeza vuelta sobre el lomo, puede vencer al caballo más ligero que haya en esta parte del país. Los navajos han desistido ya de su propósito de atraparlo, convencidos de que es un trabajo demasiado difícil. ¡Hombre..., mire allí! ¡Jack, pronto, coja el rifle... coyotes!

Naab tiró de las riendas y señaló hacia un lado. Hare distinguió tres bestias parduscas, de hocico afilado, que se escurrían entre las plantas de salvia, y empuñó el arma. Silbó Augusto; detuviéronse los coyotes; y entonces disparó Jack. La bala levantó una nubecilla de polvo más allá del sitio ocupado por las fieras. Éstas saltaron, desapareciendo n seguida entre los matorrales.

-¡Cómo canta ese rifle! -exclamó Naab -. Da gusto oírlo. Jack, apuntó muy alto. Eso les pasa a todos los que nunca han cazado con bala. No aciertan a poner la mira suficientemente baja. Apunte bajo, más bajo de donde quiera pegar. ¡Ajá! ¡Ahí va otro... de ese lado... tírele un poco delante, y por bajo... rápido...! ¡Otra vez demasiado alto!

Y así, de esta manera, Augusto y Hare se fueron quedando muy atrás de las otras carretas. A medida que se aproximaba a su hogar, iba Naab mostrándose cada vez más afable v conversador. Cuando no estaba contestando preguntas de Jack, le comunicaba a éste, por iniciativa propia, toda clase de informaciones respecto al ganado, a los campos, a los mustangs, a los navajos, al desierto, etcétera. A Naab le agradaba charlar; había dicho que no poseía el don de revelación, pero con toda certeza poseía el del lenguaje.

El sol estaba en el ocaso cuando empezaron a subir una cuesta. Una breve ascensión y un largo recorrido hacia la derecha los condujo hasta una áspera estribación de la montaña, que corría hacia el noroeste. El campamento había sido instalado en medio de un grupo de árboles de especie desconocida para Hare. Por debajo de una peña brotaba la abundante y cristalina fuente, grata a la vista y al oído de los viajeros del desierto. En una oquedad de la roca había una taza de plata.

-Jack, nadie sabe cuánto tiempo lleva aquí esta taza, ni quién la puso, ni nada, en fin, respecto a ella. Nosotros hemos bautizado el manantial dándole su nombre: Silver Cup[4]. Y lo

[2] Crin de plata.

[3] Pata blanca.

[4] Taza de plata.

más curioso es que nunca se ha extraviado, ni han tratado de robarla. Pero... ¿podría alguien del desierto, ni siquiera un bandido o un indio, llevársela después de haber apagado su sed aquí?

La taza estaba toda abollada y mellada, brillante por los lados y verde y mohosa por el fondo. Cuando Hare hubo bebido en ella, comprendió...

Aquella noche tuvieron rústico regocijo en torno de la hoguera del campamento. Snap tañía su birimbao y cantaba. Varios de los guerreros navajos más jóvenes se entregaron a la danza, marcando los pasos con fuertes patadas en el suelo, y agitando los brazos a compás, mientras vociferaban: «ajoya-jiya-jauya», moviéndose dentro y fuera del círculo de luz.

Algunos de los mozos demostraron gran interés por el birimbao, y repetidas veces quisieron que Snap se lo prestara. Al fin, accedió el mormón, de mala gana, y el instrumento pasó a manos de un indio, quien, al tratar de hacerlo sonar, se entregó a tales contorsiones y produjo tan raros sonidos, que sus compañeros se le fueron tumultuosa y bullangueramente encima, tratando de quitárselo. Entonces Snap, temeroso por la suerte que pudiera correr su tesoro, mezclóse en la jovial refriega. Agarrábanse y soltábanse, iban de acá para allá, con estruendosa algazara, en medio del general clamoreo de los espectadores, que reían desaforadamente. Snap, pasando, por último, de las bromas a las veras, hizo tan serios esfuerzos para recuperar su birimbao, que derribaba a los navajos a diestra y siniestra como si fueran muñecos, hasta que logró su propósito. Ocultó el difícil trofeo y trató de escapar con el. Pero los otros lo agarraron, lo tiraron a tierra, y - con toda flema se le sentaron unos cuantos encima, mientras otros le registraban minuciosamente. Augusto Naab lanzaba torrentes de estrepitosas carcajadas, y Jack se reía de tal modo, que se le saltaban las lágrimas. El incidente le resultaba a este último tan divertido como inesperado. Aquellos mormones tan serios y aquellos navajos tan silenciosos eran capaces de entregarse también a la alegría.

Hare se hubiera quedado levantado hasta tan tarde como cualquiera de los demás, pero al decirle Augusto:

-¡Váyase a la cama! Mañana será un mal día! -se acogió a sus mantas, donde pronto se quedó profundamente dormido.

La mañana le halló bien, con excelente apetito, deseoso de conocer lo que traería la nueva jornada.

-Aguarde - le dijo Augusto lacónicamente.

Salieron de la gris hondonada donde habían acampado y comenzaron a trepar. Jack no notó la subida hasta después de empezada, y entonces, como los caballos tiraban y tiraban siempre cuesta arriba, con monótona persistencia, se sintió cada vez más impaciente, por lo fatigosamente igual que era todo aquello. No había nada que ver; con frecuencia parecía que iban a llegar pronto a la cumbre, pero ésta seguía elevándose aún por encima de ellos. Aburrido a más no poder, refugióse Jack en el cómodo lugar que le ofrecían los sacos de la carga.

Por fin, rebasada la cima, díjole Augusto

-¡Ahora, Jack!

Y Jack quedóse boquiabierto. Porque tenía ante sí un mundo rojo. Parecía que los ojos se le hubieran bañado en sangre. Tierra roja, suelta, desnuda de vegetación, descendía hacia abajo, muy hacia abajo, hasta una inmensa desgarradura irregular, que zigzagueaba a través del llano que se extendía debajo. A la derecha, la vastísima grieta doblaba su sinuoso curso bajo la cresta de una gran meseta cubierta de oscuros bosques; a la izquierda, enderezaba sus recodos para ir al encuentro de una ciclópea abertura en forma de V que existía en el murallón, ahora erguido hasta alcanzar las próceres alturas de una cordillera. Más allá de aquella gigantesca quebradura del terreno se dilataba algo de proporciones inabarcables, sin límites, formando una fantástica visión, interminable, de blancos yermos, de purpúreas

planicies, de rasos ajarafes, que continuaban más allá del horizonte. Era el desierto, envuelto en su débil resplandor peculiar y en su inmenso velo polvoriento.

-Ahora sí que hemos llegado a lo positivo -explicó Naab-. Esto es el Repecho del Viento; aquella franja negra es el Gran Cañón de Arizona; del lado de allá está el Desierto Pintado, donde viven los navajos; la Montaña de Coconina asoma su voluminosa cabeza por allí, a la derecha, y el murallón que tenemos a la izquierda se yergue hasta formar los Farallones Bermellón. Mírelo todo
bien, mientras pueda, porque muy pronto no podrá ver nada.

-¿Por qué?

-Por el viento, la arena, el polvo, la grava, los guijarros... ¡Tenga mucho cuidado en protegerse los ojos! Aún no había acabado de hablar Naab, cuando ya veía Hare a los indios que desfilaban por la cuesta, envueltos en espesas nubes rojas. Después desaparecieron de la vista de las carretas. Y muy pronto le azotó la espalda una ráfaga que vino a justificar el prudente aviso de Augusto. La violenta racha pasó; el aire tornó a ser claro, y de nuevo pudo Jack distinguir con facilidad los objetos. Pero pocos minutos más tarde un fuerte soplo, cogiéndole desprevenido, le llenó los ojos de polvo, muy difícil de quitar. Entonces procuró mantenerse siempre de espaldas al viento..

La tarde avanzaba aprisa; el sol resplandeció sobre las partes blancas de Coconina; luego se ocultó y el viento dejó de soplar.

-Cinco millas de arena roja-dijo Naab -. Aquí es donde se matan los caballos. ¡Arre! ¡Vamos!

No existía camino de ninguna clase. Todo era arena roja, hoyos, altibajos, dunas, algunas partes llanas, otras en declive y los caballos se enterraban hasta por encima de las cernejas.

Las ruedas se hundían profundamente y de las llantas caían pequeños chorros rojos. Naab caminaba con trabajo, a pie, llevando las riendas en la mano. Hare probó a andar también, pero se cansó pronto, y como se rezagaba y vacilaba fatigosamente, Augusto le ordenó que volviera a subir al carro. El crepúsculo vino, con los caballos aún bregando en el arenal.

-Ya traspuesto el mal paso -exclamó Naab

-¡Vaya! ¡Doy gracias a Dios cada vez que salimos de esa terrible faja de tierra! Pero, Jack, esa extensión, donde no quedan marcados los rastros, sirve para impedir que asalten de noche mi rancho. Hasta los navajos la rehuyen después que ha oscurecido. Pronto estaremos en casa. Ahí está mi señal. Mire. Brilla lo mismo de día que de noche, y le llamamos la Estrella Azul.

Alto, en el negro paredón de roca, el viento había perforado un espacio en forma de estrella, a través del cual se veía el cielo.

Los «¡Arre!» de Naab eran ahora alegres, y los cata- avivaban el paso al oírlos. Al golpear las herraduras contra el pedregoso camino saltaban frecuentes chispas.

-¡Vamos, vamos! ¡ Despacio l - les gritaba Augusto a sus bestias.

En la intensa negrura que reinaba a la sombra del inclinado farallón, los dóciles animales tenían que ir tanteando el camino cautelosamente. Al fin, dieron vuelta a un recodo, y Jack advirtió en seguida el brillo de varias luces; una fresca brisa, impregnada de humedad, le rozó las mejillas, mientras que un cavernoso ruido, profundo y prolongado, un largo retumbo, como de trueno lejano, le llenó los oídos.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-Eso, Jack, es lo que siempre estoy deseando escuchar. Significa que me hallo en casa. Es el rugido del Colorado de sumergirse por primera vez en el Gran Cañón.

## IV

El oasis de Augusto Naab era un valle de forma ovalada, llano como un salón, verde por el follaje, salpicado de blanco por las flores, y encerrado en un círculo de colosales farallones de un vivo tinte bermellón. En su curva hacia el Oeste, el río Colorado hendía los rojos murallones de Norte a Sur. Cuando soplaba viento de poniente, un mugido hosco, como si proviniera de algún lejano monstruo enfurecido, llenaba el valle; cuando el viento venía de levante, un profundo y ensoñador susurro, un canto somnoliento murmuraba entre el follaje de los álamos; y cuando no había viento reinaba el silencio, no un silencio de serena llanura o de abrupta montaña, sino encerrado, comprimido, extraño, sin el menor aliento. Aquel Jardín de Eschtah estaba tan bien defendido contra las tempestades de los elementos como contra las tormentas del mundo exterior.

Naab había hecho que Hare durmiera en el porche sin techo de una casa de madera; lo despertó temprano a la mañana siguiente, y cuando Hare levantó las mantas, cayó al suelo una copiosa nevada de blanquísimos pétalos. Un grupo de árboles de corteza gris formaban en aquel lugar un espeso dosel verde, y a través de la intrincada maraña de ramas y hojas se divisaban los paredones de color carmesí, remontándose con irresistible empuje hacia arriba, hasta ocultarlo todo, menos el lago azul del firmamento.

-Quiero que vea cómo cruzan el río los navajos -dijo Naab.

Hare lo acompañó, atravesando la arboleda hasta llegar a un camino que flanqueaba la primera elevación del murallón rojo; siguieron este por espacio de media milla, y, después de doblar un recodo, se encontraron en un sitio despejado, sin nada que obstruyera la vista. El fuerte rumor de la corriente había preparado a Hare, pero el ríe que se presentó luego a sus ojos lo dejó estupefacto. Era rojo y rapidísimo; se deslizaba en su curso como una enorme serpiente apresurada; su constreñida cabeza levantaba una cresta de encrespadas olas, y desaparecía en un oscuro precipicio, donde caía con gran estruendo.

-Ese agujero por donde se arroja es el comienzo del Gran Cañón -dijo Naab -. Ahí tiene quinientos pies de profundidad, y treinta millas más abajo alcanza una hondura de cinco mil pies. ¡Oh, una vez dentro, corre bien aprisa! Venga, aquí hemos de dirigirnos hacia la orilla.

Hare no hallaba nada que decir y sentíase infinitamente pequeño. Todo lo que había visto hasta llegar a aquel solitario lugar quedaba extraordinariamente disminuido por comparación. El «Paso de los Padres», como lo llamaba Naab, era la puerta de entrada del desierto. El rugido de las turbulentas aguas era la siniestra unisonancia de la poderosa sinfonía desértica de grandes profundidades, grandes alturas y grandes extensiones.

Los navajos habían hecho alto en una faja arenosa de la orilla. Era lo más lejos que podían llegar, por cuanto el murallón penetraba allí en el río, cortando todo ulterior avance por aquel lado. Desde aquel sitio no era visible la entrada del Cañón, y el rugido de los reciales disminuía, por consiguiente, de volumen. Pero aun en aquellas aguas relativamente tranquilas, el río hablaba con voz imponente y admonitoria.

-Los navajos entran aquí en el agua y hacen nadar a sus mustangs en dirección de aquel banco de arena -explicó Naab-. La corriente ayuda, cuando viene alta, y ahora hay una crecida de más de tres pies.

-Apenas puedo creer que sea eso posible. ¡Que enorme peligro han de correr esas pobres bestias! -exclamó Jack.

-¿Peligro?... Bueno, sí; supongo que alguno correrán -replicó Augusto, en un tono que indicaba que nunca se le había ocurrido antes semejante idea-. Muchacho, los mormones cruzaron a cientos por aquí. Muchos murieron ahogados. Este camino y este paso eran desconocidos, excepto para los indios, antes del éxodo mormón.

Los indios tenían que obligar a los caballos a meterse en la corriente. Pechocortado guiaba, y su mustang, después de muchos corcovos y muestras de resistencia a «avan-. zar, obedeció por fin, lanzándose al río con su amo, a quien hizo mojarse hasta el pecho. Otros indios, con las piernas desnudas, vadeaban detrás de las acémilas cargadas, arreándolas y apremiándolas de todas las maneras imaginables. Gritos, golpes, empellones, se mezclaban en furiosa algarabía con los resoplidos y los chapoteos.

Dave y Jorge Naab, en cachuchas, remaban lentamente a lo largo de la fila de indios y del lado inferior de la corriente. Pronto estuvieron dentro del río todos los animales, formando una procesión triangular, que se abría hacia atrás, y en cuyo vértice delantero iba de guía Pechocortado. Las bestias cargadas con fardos parecían nadar mejor que los mustangs con jinetes, fuese porque aquéllas estuvieran más acostumbradas a tal ejercicio, o porque las pieles de ciervo, que constituían la carga, les dieran mayor flotabilidad. A un tercio de la travesía, la cabeza de la tropa india entró en la fuerza de la corriente, y la línea de marcha se desordenó. Uno tras otro, todos fueron arrastrados, con una rapidez que mostraba bien a las claras el gran poder de las aguas en aquel sitio. Sin embargo, continuaron nadando persistentemente, con los flancos lustrosos, las colas unas veces a flote y otras sumergidas, las narices hacia arriba, y los hombres con las armas todo lo más alto que podían. Pero las acémilas, ahora entorpecidas por sus respectivas cargas, bregaban con la corriente, se arremolinaban, dificultaban el avance de los indios que las conducían, produciendo una confusión general. El orden que hubo al principio se convirtió pronto en confusa mescolanza y luego en un desbarajuste mayúsculo. Aquí y allí, algunos navajos echábanse al agua y, a nado, tiraban de sus cabalgaduras; otros ponían en práctica cuantos recursos se les ocurrían para que fueran adelantando los animales que tenían más cerca; los mustangs más vigorosos y mejores nadadores progresaban cuanto podían, con incesante esfuerzo; los débiles se rezagaban, y todos tenían que someterse a la irresistible voluntad de la impetuosa corriente, que los llevaba río abajo.

Hare, si bien temeroso por la vida de algunos de los navajos, y compadeciendo a las pobres bestias cargadas, no podía menos de gozarse en la escena, tan llena de vida, acción y de variados colores, en los animados gritos y agudos alaridos de los indios, en los resoplidos y relinchos de los aterrorizados cuadrúpedos, en las roncas voces de Naab a sus hijos y en el incesante y amenazador rugido que profería el Colorado a corta distancia de allí. La magnífica rudeza de todo aquello, la imprescindible necesidad de arrostrar tanto peligro y la suprema calma con que se aceptaba, removía en el interior de Jack todas sus fibras, despertando en el entusiasmo y la afición por la vida del desierto.

El estentóreo vozarrón de Augusto Naab dominaba los demás ruidos cuando gritaba a sus hijos las instrucciones que juzgaba oportunas:

- ¡ Eh, Dave ! ... ¡El «pinto» amarillo!... ¡Dale suelta! ... ¡Tú, Jorge, por aquí atrás!.. ¡Que se vaya al agua ese fardo!... ¡Mira, allá abajo, corriente abajo!... ¡Echa para adentro a ese caballo, que se lo lleva el río!... ¡Dave, en aquel enredo! ... ¡Pronto!... ¡Hay un muchacho que se está ahogando!... ¡Tiene un pie cogido!... ¡Lo están pateando!...¡Anda! ...¡Anda aprisa!... ¡Recógelo en el bate!... ¡Un pony se ha hundido!... ¡Demasiado tarde, Jorge!... ¡Déjalo, déjalo, no lo podrás salvar!... ¡Déjalo te digo, hombre!...

Y así continuó el paso de los navajos, sin que ni por un momento cesara el peligro dentro del proceloso Colorado. Los mustangs y los ponyes se hundían algún tanto en la arena del banco que había en la ribera opuesta; luego atravesaban las mimbreras que crecían más allá, y por fin aparecían en el camino que existía al pie del murallón . rojo. Dave Naab varó su bote en aquella orilla y regresó asó en el de Jorge.

-Vamos ahora a darle un vistazo a mi hacienda -dijo Augusto, cuando venían ya de vuelta.

Llevó a Jack por varios alfalfares en distintos estados de crecimiento, y explicó que le rendían seis cortes por. año. En un campo de diez acres de superficie había muchos cerdos y vacas, sueltos, pastando a su albedrío. Por todas partes estaba. el suelo mojado; pequeños raudales de agua corrían por acequias.. Próximo a aquellos campos se extendía un hermoso huerto, donde maduraban las ce, rezas, se veían los albaricoques ya grandes, los ciruelos se despojaban de los últimos pétalos y los manzanos aún se encontraban en flor. Naab hizo constar que los frutos de: su oasis eran anormales; el suelo era extraordinariamente' fértil, y podía ser mantenido siempre húmedo; la acción de los rayos del sol, reflejados por los grandes paredones; despojaba al invierno de todo rigor, y la primavera, el verano y el otoño eran tropicales. Señaló vides tan gruesas como el muslo de una persona, y racimos de uvas que medían hasta cuatro pies de largo: indicó plantas que producirían sandías y calabazas tan enormes, que un hombre no podría levantarlas, y habló de cierta gigantesca cucurbitácea que requirió los esfuerzos combinados de dos mozos bien forzudos para hacerla rodar.

-Puedo cosechar cualquier clase de fruta, hortaliza o lo que desee, en tanta abundancia, que no es posible consumirlo todo. Mi jardín es prodigioso. Pero nos beneficia poco, excepto en lo que aprovechamos, pues no se puede transportar nada a través del desierto.

El agua, que era factor principal de toda aquella riqueza, provenía de un abundante manantial, cuyo curso había sido desviado por Naab mediante la construcción de una presa y de un túnel que, perforando una parte del farallón, llevaba el precioso liquido a todos los rincones del oasis.

Entre el cercado y el murallón rojo había un llano, ancho y desnudo, que se extendía hasta las casas. En su extremo más distante se notaba un recinto verde, aislado del resto, y Jack lo reconoció como el cementerio mencionado por Snap ; Jack contó treinta tumbas, algunas con toscos monumentos de piedra, y las demás marcadas con, ornamentos sepulcrales ejecutados en madera.

-Yo tengo la reputación de curar a las mujeres y dejar morir a los hombres-dijo Naab, sonriendo-. No creó que, en justicia, la merezca. Pero el caso es que aquí no hay enterrada ninguna mujer. Algunas tumbas son de individuos que he sacado muertos del río; otras, de sujetos que vinieron a dar por acá, y que fallecieron naturalmente o los mataron, sin que nadie averiguara el secreto de su vida anterior. He numerado las sepulturas de los desconocidos y conservo minuciosas descripciones de éstos, de modo que, si algún día llega la ocasión, podré decirle a quien sea dónde está enterrado su padre o su hermano. Cinco hijos míos (ninguno de ellos fallecido de muerte natural) están aquí... ¡Dios les de descanso! Ésta es la fosa del padre de Mescal, un aventurero, a quien socorrí en Nevada, donde le halle muy enfermo. Vino conmigo, se puso bien, vivió todavía nueve años, y murió sin haber dicho jamás una palabra respecto a sí mismo, ni declarar su nombre.

-¡Qué extraño es el fin de algunos hombres -comentó sentenciosamente Jack-. Aunque, bien mirado, una tumba será siempre una tumba, y tan buena (o lo contrario) será siempre una como otra, dondequiera que este.

Y le vino la idea de si el también descansaría definitivamente en aquel apacible rincón, con su agradable luz, sencilla dignidad y modestas sepulturas, tan adecuadas a la brevedad de la vida y a la pequeñez humana.

-En este otro terreno domamos a los mustangs cerriles -indicó Augusto, llevándose a Hare de allí-. Es un sitio espléndido para eso. Espere hasta que vea a Mescal montada en Black Bolly. ¡Ésos sí que levantan polvo! Ella, a caballo, es una verdadera amazona navaja.

Tres vastos corrales ocupaban un espacio curvo junto al murallón. En uno de ellos descansaban las bestias que habían tirado de las carretas cuando vinieron desde White Sage ; en otro, más de una treintena de burros con las orejas gachas, semidormidos, pequeños y perezosos, apenas si se movían; y en el tercero se encontraban más de una docena de

mustangs, en compañía de unos cuantos caballos magníficos, que encantaron a Jack. Allí estaban el brioso .pinto. color crema de Snap, un soberbio bayo y un gigantesco corcel blanco mosqueado, que fueron los que más atrajeron su atención.

-Nuestro mejor ganado anda ahora por ahí fuera, en el rancho-replicó Naab -. Ese blanco, tan grande, es Charger, mi cabalgadura favorita. Cuando era potro, de pocos meses, se escapó, y Estuvo tres años perdido, en las montañas, completamente salvaje. Pero al fin lo cogimos. Es excelente para llevar peso, y cuando hay que correr, sabe hacerlo como pocos. Estoy viendo que a usted le gustan mucho los caballos...

-Sí -respondió Jack -; pero... me parece que ya no podré volver a montar.

Y lo dijo tranquilo, sonriente; aunque sus ojos, con la tristeza de la mirada, desmentían su aparente resignación alegre.

-Yo no poseo el don de la adivinación, mas, a pesar de ello, me parece que lo veré algún día guiando un hermoso caballo gris, de reluciente crin.

Naab, al hablar, tenía la vista fija en la lejanía.

La arboleda de álamos, en la parte occidental del oasis, daba sombra a las cinco cabañas construídas con troncos donde vivían con sus esposas los hijos mayores de Naab, y a la morada de éste, que era de dimensiones considerables. Esta última tenía, por un lado, un porche cubierto, y una especie de galería descubierta en el lado opuesto. El techo era de tejamanil; y, en conjunto, la casa ofrecía amplio y cómodo espacio habitable.

Estaba Naab señalando cuál era la casa escuela, cuando fue interrumpido por muchas risas infantiles, gritos de júbilo v el atropellado rumor de pequeñas pisadas.

-Es la hora del recreo-dijo el bondadoso mormón.

Una turbulenta muchedumbre de graciosos chiquillos, con las cabecitas despeinadas, aparecieron corriendo con bulliciosa alegría, y desde la escuela se dirigieron a formar un círculo bajo los árboles. Eran catorce en total, desde cuatro años de edad, hasta diez o doce. Jack jamás había visto niños tan robustos, ni de ojos tan brillantes y animados. A los pocos momentos, como si sus regocijados chillidos hubieran sido una señal, el sombreado círculo se vio lleno de perros, de cachorros de largas orejas, de pavos comunes, que emitían y volvían a emitir su peculiar gorgorismo, de chispeantes gallinas de Guinea, de pollos alborotadores y de otras muchas bestezuelas, entre ellas una oca silvestre, coja, que, a pesar de su defecto, correteaba a más y mejor de un lado para otro. Había también -en las ramas de los álamos - resplandecientes pavos reales, que lanzaban sus agudas clarinadas desde las altas copas, fuera del alcance de las traviesas manecitas de la chiquillería. Bandadas de negros pájaros canoros y de mansas palomas revoloteaban por encima del abigarrado congreso e iban a posarse en la techumbre de la casa. Los últimos en aproximarse fueron `ú n lanudo. carnero (que unió su frecuente bee-bee a la sonora baraúnda) y un burrito con la cabeza pelada que andaba tan torpemente como si fuera sonámbulo. Estos dos recién llegados se convirtieron en seguida en el centro de la estentórea algarabía. Después de' muchos esfuerzos y no escasos tumbos, cuatro rollizos pequeñuelos lograron montar en el burro; los demás, con ruidosas aclamaciones y gritando: «¡Noddle, Noddle, arre, arre! », trataron de hacerlo marchar. Pero Noddle, poco persuasible, sacudió filosóficamente las luengas orejas y asnalmente rehusó despertarse ni moverse. Luego, un atrevido chiquitín de seis años se agarró con ambas manos al vellón del carnero, ensayando subírsele al lomo. Varios compañeros de buena voluntad le prestaron inmediata y eficaz ayuda, diciendo

-¡Eso es, Billy! ¡Móntalo, móntalo! ¡Arre, Navy, arre!

Evidentemente, Navy no estaba habituado a que cabalgaran en el, pues en el acto inició una buena imitación de corcovos y cabriolas, a semejanza de potro cerrero. Billy aguantó, pero sin sonreír ya, y con la boca alargada hacia abajo en la comisura de los labios.

-¡Sosténte, Billy, sosténte! -le gritó Augusto, entusiasmado ante el espectáculo.

Billy se sostuvo algunos instantes más, hasta que Navy, exasperado por la turbamulta que le acuciaba de mil maneras distintas, salió de estampía, con tal violencia, que se llevó a Noddle por delante, derribándolo y desparramando a los noveles jinetes, incluso a Billy, haciéndolos caer a todos en un confuso montón.

Hare fue presentado a todo el restó de la familia Naab muy poco tiempo después de lo que queda referido. Ya conocía él a la Madre María, a Judit y a Ester, pero no así a la Madre Ruth y sus dos hijas, las cuales se parecían mucho a sus hermanas. La Madre Ruth - segunda esposa de Augusto-era más seria y triste. Las mujeres de los cinco hijos- excepto la de Snap, que era sumamente delicada' y débil -eran mocetonas fornidas, excelentes amas de casa y muy aptas para la crianza de su numerosa descendencia.

-Bueno, Jack - le dijo Augusto a su protegido-, las cosas marchan a pedir de boca. Por ahora no debe hacer más que alimentarse bien y descansar. Pasee cuanto quiera, pero sin fatigarse. Todos los días practicaremos un poco él manejo de las armas de fuego. Para eso tendré siempre algunos ratos disponibles. Conozco un ardid especial en el uso. del revólver, y se lo enseñaré. Y, cuando lo crea usted oportuno, monte el caballo que mejor le parezca. Proceda en todo como si se hallara en su propia casa.

Hare disfrutó a sus anchas de la abundante y sana alimentación de los mormones, y descansó todo lo que quiso. Antes de que lo recogiera aquella bondadosa gente, había estado más de un año comiendo poco y mal. Y ahora se: encontraba en aquella «tierra de promisión, donde manaban la leche y la miel», como solía decir la amable Madre Ruth. A veces, en la mesa, indeciso en la elección entre un jugoso roast-beef y un apetitoso pollo asado, acababa decidiéndose por tomar una copiosa ración de ambos. Y de ese modo, con tanta exquisita torta, mantequilla a pasto, riquísimas compotas de manzana y zarzamoras, suculentos pasteles de cereza, sabrosísima leche y crema a discreción, si antes le faltó poco para perecer de hambre, ahora corría riesgo de enfermar por exceso de comida. En una ocasión les declaró a sus nuevos amigos que aun exponiéndose a que lo tomaran ellos por un inmoderado tragaldabas, no sentíase con ánimo para contenerse. Ante cuyas palabras estalló Augusto en una franca y ruidosa carcajada, llena de benevolencia rara su comilón huésped, y las mujeres sonrieron con sincero regocijo.

Por espacio de varios días sintióse Jack notablemente bien, habida cuenta de que se trataba de un hombre gravemente enfermo. Augusto celebró entusiásticamente la pericia que demostraba su pupilo con el rifle, y empezó a darle frecuentes lecciones de rapidez y seguridad en la. forma de sacar de la funda el revólver Colt y dispararlo sin errar jamás el blanco. Naab era maravillosamente diestro en el uso de toda clase de armas de fuego, y su pasmosa habilidad en desenfundar el revólver (con un movimiento de tal presteza que la vista más perspicaz no lograba distinguir cómo lo hacía) dejaba atónito al admirado discípulo.

-Muchacho -le dijo una vez Augusto-: el hecho de que yo sea un buen cristiano no me impide que sepa tirar. Además, me gusta como ejercicio.

Pronto se dio cuenta Jack de lo que la conquista del desierto significaba para cualquier hombre. Augusto Naab tenía cerca de sesenta años; su pecho era tan ancho como una puerta, y sus brazos semejaban gruesas ramas de roble. Trabajaba como herrero, mecánico, carpintero, tonelero, alfarero, etc. En su herrería, en su taller, y por todas partes, se veían toscas herramientas, utensilios de todo género, carros, aperos de labranza, juegos de arneses, fragmentos de las cosas más diversas -elocuente prueba de que la necesidad es madre de la inventiva-. También ejecutaba excelentes obras de construcción, como ingeniero, albañil y cantero: el dique que contenía las inundaciones del Colorado, cuando éste se desbordaba; la represa para utilizar las aguas del manantial; el túnel para conducir éstas a través de la montaña; el inteligente sistema de irrigación; el camino en zigzag labrado en la roca viva del farallón, y otros trabajos análogos, atestiguaban su extraordinaria capacidad para manejar las líneas, su certero juicio para calcular distancias, su constancia en el esfuerzo y su enorme

fuerza de voluntad para dominar los obstáculos. Era, por añadidura, entendidísimo agricultor, profundo conocedor de la cría de ganado vacuno, diestro injertador de árboles frutales, hábil veterinario, consumado caballista y domador, experto pastor de ovejas, elocuente predicador y medico de escasa ciencia pero de abundantes recursos prácticos. Esta última habilidad suya-la del médico-era la más notable que ejercía. Curaba por instinto y por bondad de corazón; pero sanaba a los enfermos. Solía decir este hombre prodigioso: «De ningún modo combato la doctrina de nuestra Iglesia respecto a las enfermedades; pero al mismo tiempo que imploro la misericordia divina, administro un poco de la medicina que me han enseñado los indios navajos."" Pequeños y grandes acudían a él, quién con la cabeza descalabrada, quién con una herida más o menos grave en una mano, en un pie o en cualquier otra parte del cuerpo. Y aquellas ciclópeas y ennegrecidas manos de herrero practicaban curas, fáciles o difíciles, con tanta suavidad y delicadeza como si fueran las de una tierna mujer. Cualquier pobre mustang que se hubiera quebrado una pata recibía de él la más seria atención; las ovejas atacadas del mal que fuera jamás quedaban abandonadas; una vaca lastimada, un novillo corneado por otro, le hacían salir a escape en busca de ungüentos y apósitos. No podía pasar indiferente junto a un ave, doméstica o silvestre, estropeada por algún percance. Su rancho estaba lleno de ovejas y carneros de los navajos, que había hallado extraviados y hambrientos en medio del desierto. Cualquier criatura, humana o no, pero lastimada, enferma o desvalida, tenía en Naab un buen amigo. Hare acabó por considerarlo como un ser sublime, dotado de inagotable caridad y digno de ser amado como un padre.

A medida que transcurría el tiempo, iba enterándose Jack de muchas otras cosas. Una recaída en su enfermedad le tuvo recluído en cama, en el porche. De noche pasaba horas enteras escuchando el bramido del río y observando las estrellas. En dos oportunidades oyó lejanos estallidos y broncos retumbos, tan fuertes como truenos, y supo que en algún lugar, allá por los farallones, se habían deslizado aludes. De día se entretenía mirando cómo le caían encima los pétalos mustios y las hojas desprendidas de los árboles; prestaba atento oído al canto de los pájaros, y aguardaba con interés a que sonara la hora del recreo de los escolares. Al poco tiempo, fueron los niños perdiendo su natural timidez, y se acercaban gustosos a hablarle. Eran las criaturas más sanas, en todo sentido, que jamás conociera. Hare se acostumbró a narrarles cuentos, y apenas concluídas las tareas de la escuela, venían todos corriendo hacia el, para subírsele en la cama y pedirle que les contara más.

Había agotado ya su repertorio de cuentos de hadas e historias de animales, y comenzaba a referirles cosas acerca de las regiones y ciudades que conocía, cuando los niños fueron perentoriamente llamados por la Madre María. Esto le apesadumbró y lo dejó confuso, no sabiendo cómo interpretar el incidente. Sin embargo, pronto supo a qué atenerse, gracias a una discusión que oyó entre Naab y la Madre María. Ésta decía que el forastero podía hablar con los chicos cuanto quisiera, pero que no estaba dispuesta a permitir que les contara nada del mundo exterior. Los niños eran mormones, y tenían que ser mantenidos estrictamente dentro de las enseñanzas de la geografía mormona - según la cual, todo el universo, fuera de Utah, era un yermo jamás hollado por planta humana -. Augusto no seguía al pie de la letra esa parte de su ley, pues opinaba que si los niños no podían ser educados como mormones con pleno conocimiento de lo que en realidad era el mundo, al cabo terminarían por perderse para la Iglesia.

Otros acontecimientos sorprendieron a Hare. La familia de aquel generoso patriarca estaba dividida entre sí, La esposa más vieja-la Madre María-tenía en todo preferencia ; por lo tanto, la vida de la Madre Ruth no estaba exenta de penas. Los varones adultos solían pasarse el día entero en el campo, y con frecuencia dos o más de ellos permanecían ausentes varios días seguidos, dejando, solas a las mujeres. Una de las hijas enseñaba en la escuela, v las demás muchachas tenían a su cargo todas las tareas, desde alimentar al ganado hasta partir la leña. El trabajo era rudo, v las jóvenes hubieran preferido de buena gana vivir en White

Sage o en Lund. A ninguna de ellas le era simpática Mescal, contra la que decían horrores, inspirados por la malquerencia que la profesaban. La esposa de Snap, en particular, rabiosa de celos y vengativa por temperamento, nunca se refería a Mescal sino con el despectivo mote de «la India».

Tanto chismorreo contra la pobre chica que le había salvado la vida hizo que Jack comprendiera mejor cuánta la echaba de menos. ¿Qué habría sido de ella? Instigada por la curiosidad, un día le preguntó a Billy.

-Mescal está con las ovejas -gorjeó el chicuelo.

El que fuera pastora le plació a Hare, quien se la imaginó vagando libre por el rancho, con el cabello agitado, por el viento.

Un día en que Hare sentíase más fuerte, salió a pasear animadamente por la hacienda. Al regreso vio el «pinto» de Snap en el patio de la casa, y el mustang de Dave paciendo por allí cerca. En el suelo había algunos fardos cubiertos de polvo. Hare avanzó por la avenida de álamos, y ya iba a doblar por la esquina de la herrería, cuando oyó voces que le hicieron detenerse de pronto.

-¡Bueno, téngalo presente! Meteré una píldora en el cuerpo de ese espía cara de trapo como lo mande usted: allá arriba.

Era Snap quien hablaba, y terminó sus palabras con aquel rechinar de dientes que le era característico cuando estaba enojado.

-¡Alto ahí! -gritó Augusto Naab, furioso-. ¡Cierra la boca y escúchame! Has andado bebiendo de nuevo, y estás ahora borracho; de otro modo no vendrías a hablarme de matar a un hombre. Ya te lo he advertido antes-. No concederé lo que me pides hasta que no me prometas formalmente dejar de beber. -¿Por que no te corriges de ese inmundo vicio?

-Está bien; lo prometo -fue la hosca respuesta.

-De acuerdo, entonces. Prepárate en seguida para ir a Bitter Seeps.

-Pero es que ese trabajo va a durar todo el verano - gruñó Snap.

-Tanto mejor. Cuando estés de vuelta cumpliré lo ofrecido.

Hare se alejó despacio, sin hacer ruido. El violento choque que le produjeron las primeras palabras de Snap lo habían paralizado de tal modo, que aun a su pesar tuvo que oír la conversación. ¿Por qué lo amenazaría Snap? ¿Adónde querría mandarlo Augusto? Por más que pensaba no encontraba respuesta a ninguna de las dos preguntas. Pesaroso y confuso, resolvió mantenerse alejado de Snap. Se fue al huerto, pero su ausencia de más de una hora no le sirvió de nada, pues a la vuelta, después de pasar la arboleda de álamos, se enfrentó de improviso, cara a cara, con el mismo a quien no quería encontrar.

En el preciso instante del encuentro, tenía Snap aplicada a los labios una botella negra, cuyo contenido bebía. Profiriendo una soez maldición, arrojóle la botella a Hare, errando el violento golpe a la cabeza por sólo un pequeñísimo espacio.

Estaba totalmente beodo. Tenía los ojos horriblemente inyectados de sangre.

-¡Si le dice a mi padre que me ha visto bebiendo, lo mataré como a un perro! -rugió, y, golpeando con la diestra la culata del Colt que llevaba al cinto, se marchó tambaleándose.

Hare, desconcertado por el desagradable incidente, se fue inmediatamente a la cama, donde estuvo un buen rato meditando sobre lo sucedido, y en un estado de intensa lucha interior. Poco a poco se impuso a sí mismo la calma que tanta falta le hacía. Todos aquellos contornos se hallaban desiertos: nadie había presenciado la grosera acción de Snap, y esto le reconfortaba bastante. De súbito, atrajo su atención el rápido golpear de los cascos de un caballo que venía por el camino: un mustang al galope, envuelto en una nube de polvo, se acercaba.

-¡Mescal y Black Bolly! -exclamó Jack sentándose en el lecho rápidamente.

El mustang entró por la puerta del jardín, acortó el paso, y por fin se detuvo, palpitante, inquieto, sacudiendo la espléndida cabeza, negra como el carbón, demostrando

fogosidad y nobleza en todas las líneas de su hermoso cuerpo. Mescal saltó de la silla con sorprendente agilidad. En aquel momento un bulto gris se escurrió veloz por la misma puerta por donde entrara el caballo, cayó a los pie de la muchacha y comenzó a dar continuos saltos de alegría. Era un magnífico perro, de enorme tamaño, casi blanco, tan hermoso como el mustang y que, como éste, también era de origen salvaje.

Aquella era la Mescal que el recordaba y, no obstante, la hallaba algo diferente. El oscuro vestido de tela casera que antes llevaba había sido sustituído por otro de piel de ante guarnecido con flecos y abalorios.

-He venido por usted -dijo ella.

-¿Por mí? - inquirió él, sorprendido, mientras la joven se aproximaba con la brida de su cabalgadura pasada por el brazo.

-¡Quieto, Lobo! -le gritó al perro, que no cesaba de saltar-. Sí, por usted -repitió-. ¿No lo sabía? El Padre Naab dice que me ha de ayudar a cuidar las ovejas. ¿Está mejor? Así lo espero... Aunque lo noto muy pálido.

-Es que... no me siento muy bien hoy.

Jack la miró con fijeza. Contempló su abundante cabellera, sujeta por la franja blanca; admiró sus expresivos ojos, negros como el azabache; y de repente cayó en la cuenta (con un gozo nuevo y extraño para el) de que le agradaba mirarla y de que era muy bella.

## V

Augusto Naab apareció en el sendero que venía desde los campos cultivados.

-¡Hola, Mescal! -la saludó alegremente-. Conque aquí te tenemos, ¿eh? ¿Qué me cuentas de las ovejas?

-Pinte las está arreando hacia los pastos de abajo. Hay lo menos un millar de coyotes rondando el rebaño.

-Eso es malo -observó Augusto-. Jack, sin duda

tiene ahí una buena oportunidad para ejercitar la puntería. Lo prepararemos todo hoy, y saldremos mañana temprano. Usted irá en Cabezota; es lento de andadura, pero sirve a maravilla para subir cuestas. Para eso, es el mejor animal que tengo. Montar en él es como... Pero, ¿qué le pasa? ¿Qué ha sucedido para que esté enfadado?

De una larga zancada suprimió la distancia que los separaba.

-¡Oh, nada! - contestó Haré enrojeciendo.

-Muchacho, pocas son las circunstancias que justifican una mentara. Usted se ha encontrado con Snap.

Haré hubiera podido tratar de disimular, pero como la severa cara de Augusto indicaba de sobra lo inútil del disimulo, prefirió guardar silencio.

-La bebida vuelve a mi hijo violento y desconsiderado -añadió Naab respirando profundamente y esforzándose por ocultar su cólera-. No esperaremos a mañana para subir a la meseta. Partiremos en seguida.

Luego, una fugaz sorpresa en favor de Haré pasó por los ojos de Mescal; él sólo advirtió una rápida ojeada, cierto enigmático destello que le produjo una intensa emoción, entre placentera y dolorosa.

-Mescal -siguió diciendo Augusto-, entra en casa y apártate del camino de Snap. Jack, venga a ver cómo arreglo la carga. Necesita ir aprendiendo estas cosas. Yo podría cargarlo todo en dos burros, pero el camino es estrecho, y un fardo demasiado sobresaliente podría hacer que se despeñara el animal con carga y todo. Vamos a ver: tengo ya dispuestos todos

los efectos de usted, menos la silla de montar; ésa la dejaremos hasta que consigamos un caballo. Bien, todo está listo.

Concluídos los preparativos, llamó Naab a Mescal, quien, montando a Black Bolly, emprendió la marcha, dirigiéndose hacia el murallón, con Lobo trotando delante de ella. Jack cabalgó en Cabezota. Y Augusto, diciéndoles con la mano adiós a las mujeres, arreó tras de Mescal a la pequeña recua de burros cargados.

Haré se maravillaba al pensar cómo iba a serles posible trepar por el empinadísimo farallón. Cuando estuvieron cerca descubrió una senda, como de un metro de ancho, que serpenteaba hacia arriba, en múltiples sinuosidades, por un saliente del inmenso muro. La roca era un esquisto rojo, bastante blando, y la senda había sido trazada en la piedra viva, con una inclinación pronunciadísima. Tan escarpado era, en efecto, el caminito, que parecía que los burros fueran subiendo casi levantados, en posición vertical. Cabezota, el jumentillo que llevaba a Jack, entró sin temor alguno en la senda, agachó la cabeza, bajó las orejas y paso tras paso, lento pero seguro, comenzó paciente la ascensión. Augusto, a pie, cerraba la marcha.

La primera cosa que sorprendió a Hare fue ver cómo se paraban en las curvas los burros que le precedían y daban la vuelta en un espacio tan pequeño, teniendo que poner casi juntas las cuatro patas. Y, a pesar de lo reducido del espacio, estaban tan bien adiestrados que, al girar, apenas si alguno rozaba con su carga la cercana pared del farallón. Después de rebasada cada una de aquellas vueltas, se hallaban a una altura considerablemente mayor, y los que iban delante venían entonces en sentido opuesto al de Jack, quien a veces hubiera podido tocarlos con sólo extender el brazo. Mirando Hare hacia arriba, vio a Mescal, precisamente encima de él, inclinada hacia delante y agarrada con sus morenas manos al pico de la montura. Dirigió luego la vista hacia fuera y hacia abajo, y distinguió, ya muy lejos, la verde arboleda de álamos. A partir de ese instante fueron acumulándose sobre él las sensaciones. Rodeos y más rodees; arriba, arriba, siempre arriba; firmes, constantes, seguros. El hermoso mustang adelantaba infatigable. Hubo numerosos ruidos de entrechocar de piedras sueltas, golpear de cascos, arañar de los fardos contra la roca... A un lado se elevaba el ferruginoso murallón, no liso ni brillante visto de cerca, sino mate, muerto, corno piedra próxima a disgregarse. La senda se convertía luego en un zigzag a lo largo de un contrafuerte lleno de grietas, donde muchos peñascos amenazaban desprenderse y caer. Algo más adelante, una pendiente acentuadísima, por la que treparon cautamente los burros, los condujo a un espacio llano que se extendía hacia la izquierda.

Mescal hizo alto en un promontorio. Con el pelo revuelto por el viento, la blanca franja que le ceñía la cabeza y la lista roja que adornaba sus polainas con flecos, la muchacha daba inexpresable vida y belleza a aquella salvaje peña, que se destacaba abrupta e imponente contra el resplandeciente azul del cielo.

-Este lugar es La Atalaya -dijo Naab-. Constantemente, mientras dura la luz del día, tengo aquí a un indio, para que vigile. Es un peón, un esclavo navajo. No habla, pues nació sin lengua, o se la cortaron, pero posee la mejor vista de cuantos indios he conocido. Si se fija usted, verá que desde este punto se domina la hacienda, el Paso, el camino que está al lado de allá del río, el Farallón del Eco, enfrente, desde donde me hacen señales los navajos, y el camino que va a White Sage.

El oasis quedaba debajo del promontorio, y el río, deslizándose en atrevida curva desde la gigantesca grieta de los farallones, enviaba hasta allí su potente rugido. A la derecha, la nevada cumbre del Coconina obstruía el horizonte. Más allá de la línea del Cañón se divisaba el inmenso y multicolor desierto. ,

-Con ese peón aquí de guardia, no es probable que jamás me cojan de sorpresa -prosiguió Naab-. La ancha faja de arena roja me protege contra cualquier ataque nocturno por ese lado, y nunca he tenido nada que temer por la parte del río.

A poco se presentó el peón, saliendo de una pequeña cueva excavada en la roca, y mediante gestos expresó la salutación que no podía articular. Para Hare, que aún no sabía distinguirlos, todos los indios se parecían entre sí. Sin embargo, a éste lo encontró distinto, no en cuanto a la delgada figura, envuelta en una manta, ni al modo de llevar el negro cabello, ni por el bronceado color de la piel, sino por el pronunciado aspecto de ave de rapiña que tenían sus facciones y la chispeante expresión de sus animados ojos. Naab le entregó un saco con cosas que llevaba para él, le dijo algunas palabras en su lengua, y palmeó a los burros en la grupa, haciéndoles continuar la marcha.

La subida fue en lo sucesivo más rápida, porque la pendiente era menor, y el camino seguía entre grandes pedazos rotos del farallón. El color de las piedras había cambiado, de rojo en amarillo, y pequeños cedros crecían en los lugares más protegidos contra la furia de los elementos. Hare se equivocó tan persistentemente al tratar de calcular las alturas, que por último desistió de hacer nuevos cálculos. La carga y dura jornada casi le había agotado las fuerzas, y cercano ya del punto de destino, llegó a temer no poder continuar manteniéndose sobre el lomo de Cabezota. El aire se había tornado frío y enrarecido, y aunque: faltaba lo menos una hora para la puesta del sol, tenía las manos completamente entumecidas.

-¡Animo, Jack! -le dijo Augusto, Ya estamos llegando.

Al fin, Black Bolly desapareció, y lo mismo los burros, uno por uno. Cabezota también, sacudiendo las orejas, alcanzó una llanura. Haré vio entonces un bosque de cedros verdigrises, con amarillos riscos que se levantaban en segundo término, y una racha de viento frío le azotó el rostro. Por un instante creyó que iba a ahogarse; no podía respirar. El aire era tenue y enrarecido. Haciendo un esfuerzo, aspiró profundamente, tratando de librarse de la sofocación que sufría. Pero pronto se dio cuenta de que su malestar provenía no del enrarecimiento de la atmósfera, sino del intensísimo olor, entre acre y fragante, de que estaba impregnado el ambiente.

La faltaba materialmente el resuello, v experimentaba una angustia análoga a la asfixia. Aquella sofocante fragancia no era la que se nota en los pinares, pero le recordaba fuertemente el olor de los pinos.

-¡Ajá! ¡Esto sí que es bueno! -exclamó Naab ensanchando su ciclópeo tórax- Éste es el aire que le conviene, muchacho. ¿No !o siente? Bueno, aquí tenemos el campamento, donde va a pasarse una larga temporada.

que viene ahí es Piute. ¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Y las ovejas?

Un indio de baja estatura, rechoncho; con cara de buen humor, meneó la cabeza hasta hacer danzar con fuerza las argollas de plata que le colgaban de las orejas y respondió

-Mal... ¡diablo coyote!

-Piute..., dale !a mano a Jack. El mata coyote..., tiene fusil grande -dijo Naab.

-¿Cómo va, Jack? -repuso Piute, tendiéndole la diestra, y en seguida comenzó a examinar el rifle ¡Diablo! -dijo admirado-. ¡Fusil grande, bonito!

-Jack, este indio es de toda confianza, a pesar de ser un para de raza piute -continuó Augusto-. Lo he tenido conmigo desde que lo encontró Mescal en el camino del Coconina, hace cinco años. Lo que no sepa por él respecto a estos contornos, no vale la pena de aprenderlo.

En una depresión resguardada del viento estaba e! lugar donde acampaban. Un vivo fuego ardía en el centro; suspendida de la gruesa rama de un cedro y sujeta a estacas por sus cuatro patas había una tienda de forma cónica, semejante a un tepí indio; una laja de roca colocada en posición adecuada suministraba seguro refugio para Piute, al mismo tiempo que servía como depósito para las provisiones, y en un extremo del campamento manaba una fuente de agua fresca y cristalina. Junto al árbol que marcaba la entrada a aquel recinto comenzó luego Augusto a preparar la yacija para Hare.

-En este sitio dormirá usted, llueva, truene, brille el sol o caiga nieve -le dijo -. Yo, por mi parte, me he pasado casi toda la vida durmiendo en el suelo, y me consta que la tierra es una cama excelente. Voy a excavar un poco en esta capa de hojas secas, para formar un hueco para !as caderas. Ya está... Ahora, este encerado, así; esta manta, así. Después las otras mantas. Los pies debe tenerlos siempre un poco más altos que la cabeza; en realidad, aquí estamos cuesta abajo, y defendidos contra el viento. Con poco que se cuide, nunca se resfriará. Todo !o que tiene que hacer es cambiar de posición, según del lado que sople la brisa. Cúbrase bien, primero, con las mantas, y luego con el encerado. Si lloviese o nevara, tápese la cabeza, y duerma, muchacho, ¡duerma a pierna suelta, arrullado por el viento!

Rendido de fatiga, tendióse Hare en el improvisado lecho, desde donde su vista abarcaba toda la depresión. a la cual guardaba como centinela apostado en la misma entrada. Naab echó más combustible al fuego; Piute mondaba patatas con minucioso cuidado; Mescal, arrodillada, desnudos los morenos brazos, heñía masa en un barre- no; Lobo, acurrucado en un rincón, miraba atentamente a su ama; Black Bolly levantaba la cabeza para elevar el morral de pienso aprovechando así hasta !os últimos granos.

Cuando estuvo lista la cena, Augusto llamó a Jack, y al ver a éste atacar con excelente voluntad los huevos con tocino y las tortas calientes, movió sonriente la cabeza, diciendo, con aire aprobatorio

-Así me gusta. Me agrada mucho ver eso. Tiene que comer en grande. Piute traerá ciervos, o usted mismo los: cazará. Coma todo el venado que pueda. Recuerde lo que dijo Pechocortado. Después, descanse. Ése es el secreto. Si come bien y descansa bastante, pronto recobrará las fuerzas.

El borde del murallón distaba apenas cien pasos desde el centro del campamento, y cuando Hare fue hasta allá, después de cenar, el sol había ya ocultado la parte inferior de su rojo disco detrás de las arenas del desierto. Observó cómo seguía ocultándose, mientras el torrente de luz rojo-dorada se volvía más y más oscuro. Absorto en el espectáculo, parecía no pensar en nada; miraba y remiraba, hasta que vio morir la última chispa de fuego en las nevadas laderas del Coconina. El desierto fue haciéndose cada vez más confuso; el oasis perdió sus contornos en el insondable pozo color de púrpura, excepto una débil claridad, que siempre se advertía.

El balido de las ovejas le volvió a la realidad, y regresó al campamento. El fuego estaba aún bien encendido. Lobo dormía cerca de la tienda de Mescal, Piute se había recogido y Naab se había arrollado en unas mantas. Arrastrándose hasta el interior de su cama, Hare estiró los doloridos miembros y permaneció tan quieto como si jamás hubiera de moverse. Aunque sentíase mortalmente cansado, el continuo balar de las ovejas, el claro retintín del cencerro que tenía al cuello Black Bolly, y el menos acentuado sonido de las esquilas del rebaño, le impidieron durante largo rato conciliar el sueño. Acompañado por el susurro del viento entre el ramaje de los cedros, el concierto de los cencerros formaba una música agradable, que estuvo escuchando hasta que, por fin, se le cerraron los ojos y ya no oyó nada más.

Una delgada capa de hielo crujió al quebrarse cuando Jack movió el encerado, por la mañana, al despertar; y todo lo que alcanzaba a ver desde aquel sitio estaba blanco por la escarcha. Deslizóse de entre las mantas, y en seguida percibió el mismo fuerte olor de la víspera; la intensa fragancia de la salvia negra y del enebro le invadió con tan repentina violencia, como si recibiera un golpe. Le pareció que se le pegaban las ventanas de la nariz, como si las tuviera llenas de alguna substancia resinosa; y al abrir los labios para respirar, un agudo dolor, igual que una puñalada, le atravesó los pulmones. La idea que inmediatamente pasó por su cerebro fue tan penosa como la sensación física. ¡Había cogido una pulmonía! ¡Lo que estaba temiendo desde hacía tiempo! Dejóse caer contra el tronco del cedro, vencido por súbito sobresalto. Pero se repuso pronto, pensando con amargura que, de todos modos,

hacía tiempo que tenía perdida toda esperanza de restablecerse, si bien lo había olvidado por el interés que su nueva situación le inspiraba. Sin embargo, no podía volver a su antigua resignación. Le contrariaba asimismo admitir que la magnífica rusticidad de aquel país y el nuevo espíritu de que se creía animado entre aquella gente habían despertado en él el ansia de vivir. Tal admisión sólo significaba que la muerte le haría perder ahora más que antes. Luchó un instante consigo mismo, tratando de serenarse, y por último lo consiguió. Metió la mano debajo de la camiseta de franela, que llevaba puesta, y se palpó la región pulmonar, descubriendo que el punto más dolorido no era la punta del pulmón derecho, como de ordinario, sino que ahora le dolía por igual todo el pecho. Las pequeñas inspiraciones no le molestaban, pero si aspiraba el aire profundamente, sentía como si dentro del tórax le estuvieran pinchando un millar de agujas. En lo más hondo, le parecía tener una oquedad que le quemaba.

Calzóse las botas, vistióse la chaqueta y se fue a la fuente, para asearse; pero el agua estaba tan fría, que las manos se le entumecieron de tal modo, que se negaron a sostener el peine y el cepillo cuando intentó peinarse. Presentóse, pues, junto a la crepitante hoguera, desgreñado, medio helado, temblando, pero alegre en apariencia. No quería que Naab notara nada. Si se moría hoy, mañana o la semana próxima, ya lo encontrarían muerto junto al cedro; pero no podía, de ninguna manera, irle con gimoteos a semejante hombre.

-¡Ya de pie al salir el sol! -fue el saludo de Augusto. Su jovialidad era tan reconfortante como su extraordinaria fuerza vital. Siguiendo el ademán con que acompañó Naab aquellas palabras, vio Jack el astro del día: un globo de color rosado, luciendo apenas a través de la azulada niebla, que se iba elevando, perezoso, entre los dorados peñascos del murallón oriental.

Mescal tuvo para él un tímido «Buenos días., mientras Píute, con amplia sonrisa, le dedicaba un familiar «¿Cómo va?» El peón esclavo, que ya se había desayunado y se preparaba a partir, movió los labios con amistosa expresión, no menos significativa por ser muda.

-¿Oyó anoche a los coyotes? -le preguntó Augusto a Hare-. ¿No? ¡Hombre, pues si entonaban el coro más ensordecedor' que he .escuchado en mi vida...! Debía de haber más de mil juntos. De buena gana me quedaría aquí algún tiempo, para que matáramos unos cuantos, pero por ahora no me es posible. Debe practicar mucho con el rifle, pero no descuide tampoco el Colt. Ejercítese especialmente en el ardid que le he enseñado. Piute tiene una carabina con la que a veces les tira a los coyotes, pero sin mayor resultado, porque, ¿quién ha visto a un indio que haga nunca blanco?

-¡Diablo..., fusil no bueno! -protestó el aludido, quien, por lo visto, entendía bastante bien el inglés. Naab se rió, y mientras Jack tomaba el desayuno, estuvo hablándole de las ovejas. El rebaño constaba de tres mil cabezas. En gran parte, era ganado navajo: animales pequeños, pero robustos, que medraban bien con cualquier cosa, pues comían de todo, menos los cactos, y requerían poca agua. El rebaño había crecido considerablemente en pocos años, porque al principio lo formaban escasas reses. Por hallarse extraordinariamente libres de las enfermedades y pestes que retardan el aumento en los terrenos bajos, las oas se habían multiplicado en progresión rapidísima, año tras año. Si no fuera por los ataques de las bestias salvajes, le sería fácil duplicar el número actual, llegando en breve tiempo a ser rico, sólo con el rebaño. A la aproximación del invierno, lo hacía llevar al oasis; las demás estaciones las pasaban en los pastos altos, hasta donde no podía trepar el ganado vacuno. En la meseta donde estaban ahora había hierba bastante para un millón de ovejas. Después del deshielo de la primavera, desde comienzos de marzo hasta fines de mayo, caía alguna nieve, y eran frecuentes las heladas, hasta principios del verano; luego, las lluvias de julio convertían todo aquello en un verdadero jardín.

-Coja el «cuarenta y cuatro» -concluyó Naab-, y vamos a dar una vuelta.

Con el rifle bajo el brazo, Jack se olvidó de que estaba enfermo. Cuando llegaron cerca del rebaño, el tufo que éste despedía amortiguó el penetrante y pegadizo olor a salvia negra y enebro. Las ovejas pacían por todas partes, bajo los achaparrados cedros. Herbajeaban con la nariz metida en la escarcha, y de todo alrededor venía el retintín de los pequeños cencerros que colgaban del cuello de los moruecos de retorcidos cuernos, y una interminable variedad de balidos.

-Ahora están esparcidas -dijo Naab-. Mescal las arrea de cuando en cuando, y Piute va delante para elegir los sitios mejores donde dejarlas ramonear. Fíjese en el perro, Jack; es casi como una persona. Su madre fue una magnífica perra de pastor que conseguí en Lund. Seguramente tenía alguna sangre salvaje. En cierta ocasión en que yo estaba cazando ciervos en el Coconina se me escapó con unos lobos del bosque y pensé que la habrían matado. Pero algún tiempo después volvió a casa, y tuvo tres cachorros. Dos eran blancos, y el otro, negro. Creo que a este último lo mató ella misma. Y algo más tarde abandonó a los demás. Uno murió y Mescal crió el otro: Le pusimos por nombre Lobo. Adora a su dueña, se lleva muy bien con las ovejas y detesta a los lobos. Mescal suele ponerle una campanilla cuando sale a pastorear, y el ganado conoce perfectamente el sonido de esa campanilla. Creo que convendría que Mescal le atara al cuello alguna señal roja... una corbata como si dijéramos, para evitar que lo confundiera usted con un lobo.

Ágil, alerta, el gran perro blanco no se estaba quieto ni un segundo. Su deber consistía en mantener compacto el rebaño, atajar a los animales que se desviaran y hacerles volver junto a sus compañeros, v cumplía al dedillo con su obligación. Había arrojo y ardor en su trabajo. Nunca ladraba. Daba vueltas en torno del rebaño, v las pequeñas reses navajas, que siempre pretendían pasar a terreno vedado, se veían forzadas a retornar, balando, al sitio debido; las más fuertes obedecían de mala gana, y, con frecuencia, los carneros (los de los cencerros) se plantaban en firme, desafiantes, bajas las macizas cabezas bien armadas de cuernos, como prestos a embestir. Jamás, sin embargo, se resistían cuando llegaba Lobo, pues la decisión de éste era tal, que los reacios carneros pronto comprendían que toda resistencia sería inútil. A veces, mientras estaba ocupado por un lado, alguna oveja díscola huía por el otro, yendo a meterse en la espesura. Entonces lo llamaba Mescal, y él acudía presuroso, alta la orgullosa cabeza, lleno de brío, pronto a obedecer. Y bastaba una palabra de la muchacha, o un significativo movimiento del látigo, para que el inteligente guardián partiera como una flecha y obligara a la descarriada oveja a volver con sus compañeras, balando amedrentada.

-Ahora las maneja con facilidad -advirtió Naab-; pero cuando vienen los corderos, es casi imposible gobernarlas. Los coyotes y los lobos merodean por la maleza y se apoderan de todo animal que se descarría. El peor enemigo que tienen, sin embargo, es el oso pardo. Por lo general, se trata de fieras muy astutas, y peligrosas de cazar. Suelen atacar de noche, matan a las madres y les devoran la ubre..., ¡nunca otra parte del cuerpo! Hay noches en que un solo oso destruye así hasta cuarenta ovejas. Piute ha visto las huellas de uno de ellos allá arriba, y cree que debe de andar tras el rebaño. Vamos a penetrar algo en el bosque, siguiendo el contorno de la espesura, pues Piute se mantiene siempre en los páramos, y trataremos de encontrar algunos coyotes.

Augusto le recomendó a Jack que adelantara con precaución, deslizándose de cedro en cedro y utilizando los matorrales de salvia y de enebro para disimular su avance.

-Esté atento, Jack. Ya he visto dos. Fíjese en todo lo que se mueva. No trate de descubrir a ninguno quieto, porque no podrá verlo hasta que se haya movido él. Son grises, muy semejantes en color al de los troncos de los cedros y al de la hierba y la tierra. ¡Bueno! Sí, lo veo, pero no tire. Está demasiado lejos. Espere. Huyen cautelosamente, pero vuelven. Es mejor aguardar y proceder sobre seguro. ¡Ahora, allí cerca de aquella piedra... apunte bajo y dése prisa!

En el curso de una milla, sin aproximarse al ganado, vieron más de veinte coyotes, cinco de los cuales mató Jack de otros tantos tiros.

-Le ha cogido bien el golpe a la cosa -observó Naab, frotándose las manos-. De seguir así, pronto acabará con esas alimañas. Piute desollará a los que hemos cazado, y salará las pieles. Yo me voy ahora a la parte alta, para buscar el rastro del oso. Continúe usted por su propia cuenta.

Hare no se fijó para nada en el tiempo que transcurría mientras andaba bajo los cedros y por en medio de los matorrales, buscando coyotes. Al cabo de un rato, los gritos de Naab, llamándole, atrajeron su atención; contestó, e inmediatamente emprendió el regreso. Cuando se encontraron, contó Jack con todos sus detalles cuanto había hecho, y, como el tono de la narración era entre excitado y poco satisfecho, le preguntó Augusto

-¿Está cansado?

-¿Cansado? ¡Oh, no! - respondió Jack.

-Bueno, pero no debe extralimitarse el primer día. Le traigo noticias interesantes. Hay algunos caballos salvajes en las tierras altas. No los he visto, pero encontré, huellas por todas partes. Si bajaran por acá, mande a Piute que les cierre el camino por el lado de arriba, y haga usted otro tanto por abajo, por la senda que vinimos. Sólo existen esas dos salidas, y por ningún otro sitio puede escaparse de esta meseta ni siquiera un ciervo. Son dos pasos angostísimos, y en ambos tengo colocadas puertas especiales, muy seguras, las cuales me sirven principalmente para que el ganado no se vaya. Ahora nos prestarán otro servicio. Si logra dejar encerrados a los caballos, avíseme en seguida por medio de Piute.

Yendo para el campamento, se cruzaron con el indio, quien estaba metiendo el rebaño en un corral construido contra un cerrejón de piedra. Naab lo envió en busca de los coyotes muertos.

Los tres burros estaban aparejados para partir. Dos de ellos con los aparejos vacíos y Cabezota, menos somnoliento que de costumbre, comía en la mano de Mescal los granos que ésta le daba.

-Mescal -preguntó Augusto-, ¿no sería mejor que me llevara a Black Bolly a casa?

-¿No la puedo conservar aquí conmigo?

-Tuya es. Pero te expones a perderla. Hay caballos salvajes por allá arriba. ¿Tendrás cuidado de manearla bien?

-Sí -repuso la muchacha, no de muy buena gana-. Aunque no creo que Bolly me abandone.

-Bueno, allá tú; pero a mí no me extrañaría que se te escapase con maneas y todo. Jack, oiga otra de las noticias que le traía: hay un gran oso pardo escondido en el camino, acechando al rebaño. Ahora bien, lo que yo quisiera saber es... ¿se lo dejo a usted, o desatiendo mis otros trabajos y me quedo aquí para esperarlo?

-¡Oh! Lo que es eso... -contestó Hare, hablando lentamente-. Como usted disponga... Si le parece que puede dejarlo a mi cargo... Yo estoy pronto para todo.

-No lo dudo; pero no es agradable enfrentarse con
una fiera de ésas. Al sentirse herida, se le viene a uno encima con verdadera furia.

-Dígame lo que debo hacer.

-Si se decide a bajar, es más que probable que sea después de oscurecido. No se arriesgue a atacarlo entonces. Aguarde hasta que amanezca y haga que Lobo siga el rastro. El oso estará entre las rocas, v con ayuda del perro lo descubrirá, de fijo, dormido en alguna cueva. Sin embargo, si ya entrado el día lo hallara despierto, haga esto: no desperdicie los tiros. Súbase a una peña o' a un árbol grande, si hay alguno cerca. Si no, hágale cara sin temor; rodilla en tierra, apunte bien y dispare. Después, déjelo venir. Fíjese si lo hiere, rugirá, y se irá en el acto contra usted, no cejando en la acometida hasta quedar muerto. Tenga confianza en sí mismo y en su arma, porque es seguro que usted lo puede vencer. Apunte

bajo y haga fuego con serenidad. Si no lo derriba a los primeros disparos y él continúa atacando, hay un golpe que siempre es mortal, y puede dárselo al erguirse él sobre las patas traseras. Porque entonces le mostrará un espacio medio pelado que tiene en el pecho. Colóquele allí una bala cuarenta y cuatro, y tendrá ya más que suficiente.

Augusto había hablado con tal reposo, que parecía estar explicando cómo había que esquilar a una ovejita de un año. Y la cosa le hizo a Jack tanta gracia que no sabía si expresar sorpresa o echarse a reír. Realmente, aquel maravilloso hombre del desierto estaba despojado de todos los falsos temores de la civilización.

-Ahora, Jack, me marcho. Adiós, y buena suerte. Mescal, cuídalo... ¡Hola! ¡Cabezota! ¡Arre...! ¡Molleta! ¡Vamos...!

Y con abundantes palabras animosas y palmadas en las ancas arreó a los burros, haciéndoles emprender el camino del bosque, donde ellos y su gigantesco conductor desaparecieron en seguida entre los árboles.

Piute volvió, agobiado bajo el peso de los coyotes, los cuales eran tantos, que apenas si se veía al indio debajo de la pila de cuerpos grises que traía. Con un ferviente « ¡Diablo!», los descargó al pie de un cedro, y salió trotando hacia la espesura, en demanda de un nuevo cargamento. Jack insistió en que se le diera parte en las tareas usuales, y Mescal, por complacerle, le asignó el trabajo de juntar leña para el fuego; romper las brasas muy grandes en pedazos pequeños v reunir éstos en montones. Más tarde comieron, ellos dos solos. Jack no le hizo gran caso a la cena; la agitación le había quitado el apetito. Le contó a la joven cómo se las había compuesto para acercarse a los coyotes, cómo se le habían escapado muchos y cómo erró el tiro al disparar sobre un lobo gris. Después formuló infinitas preguntas respecto a las ovejas, y quiso saber si hallaría más lobos, v si a ella le parecía que el oso vendría aquella noche. Los sucesos del día :lo habían animado en extremo.

La puesta del sol lo atrajo otra vez al borde de la meseta. Espesas y oscuras nubes cubrían el desierto, como si fuera la inmensa humareda de un formidable incendio en las praderas. Casi tropezó con Mescal, que estaba sentada apoyada contra una roca. Lobo tenía la cabeza en el regazo de su dueña y gruñó al ver a Hare.

-Hay tormenta en el desierto -dijo ella- Eso que parece humo es arena levantada por la tempestad. Puede que tengamos nieve esta noche. Hace más frío, y el viento sopla del Norte. ¿Ve?, yo tengo una manta; convendría que usted también cogiera otra.

Él le dio las gracias y fue en busca de la manta. Piute estaba cenando, y el peón acababa de llegar. La brillante hoguera del campamento daba un calor muy agradable, pero Jack no sentía frío. No obstante, se abrigó bien y volvió junto a Mescal, sentándose a su lado. El desierto se mostraba oscuro, indistinto en el primer plano e inescrutable más allá; el «cañón» perdía sus contornos en medio de una lobreguez que crecía por momentos. La solemnidad de la escena aplacó la inquietud, las extrañas ansias que le habían invadido.

-¿Qué le sucedía?, se preguntó. Sacudió la cabeza, un tanto preocupado. Con la tranquilidad de espíritu le fue volviendo la sensación de fatiga, el penetrante dolor en el pecho, y notó de nuevo el peculiar aroma de la salvia negra y el enebro.

-¿Le agrada esto? - inquirió él.

-Sí.

-¿Viene aquí con frecuencia?

-Todas las tardes, hacia el anochecer.

-¿Es la puesta del sol lo que le interesa, o escuchar cómo ruge el río, o, acaso, sentirse en las alturas por encama de todo?

-Tal vez sea esto último; aunque no lo sé.

-¿Y nunca se siente sola?

-No.

-¿Prefiere vivir aquí, con las ovejas, mejor que en Lund o en Salt Lake City, como les gustaría a Ester y Judit?

-Sí.

Cualquiera otra respuesta no hubiera estado de acuerdo con la impresión que en aquel instante le producía ella. Hasta entonces, apenas si la había considerado como una mujer joven y agraciada; sólo había sido parte de la belleza de aquel paisaje de tierras desérticas. Pero ya comenzaba a ver en la muchacha un ser inteligente y comprensivo influído por su presencia. Si la situación era extraordinaria para él, ¿qué sería para ella? Como toda persona de escaso trato social, tímida, algo esquiva, no habituada a hablar con hombres, Mescal se mostraba turbada por muchas preguntas, y como atemorizada por el sonido de su propia voz. Sin embargo, en reposo, observando las luces y sombras, era serena, imperturbable; la tranquila mirada de sus oscuros ojos era soñadora, triste, y tenía la severa intensidad, la fuerza múltiple y vigorosa del desierto.

La creciente oscuridad y el rocío que comenzó a caer les obligó a replegarse al campamento. Piute y el peón estaban desollando coyotes a la luz de la hoguera. Todavía no se había levantado la brisa nocturna; el ganado permanecía quieto y 'silencioso; no se advertía ruido alguno, salvo el chasquear de las ramas de cedro al quemarse. Jack empezó a hablar; sentía la necesidad de comunicarse con alguien, y así, dirigiéndose a los dos indios, charló a más y mejor, dejando fluir las palabras como un torrente. Piute, de cuando en cuando hacía signos de aprobación y soltaba un «¡Diablo!» cada vez que su inteligencia comprendía algo en particular, y el peón mudo torcía la boca, clavando sus oblicuos ojos en Jack con extasiado interés. La voz de un semejante resultaba en extremo grata para aquellos centinelas del solitario campo de pastoreo. Hare hablaba sin cesar: de las ciudades que había visto, de los buques en que había viajado, de las diversas gentes que había conocido, de las mil y una cosas corrientes en la vida civilizada, y descubrió (con agrado) que Mescal también escuchaba. Y no sólo escuchaba como los otros, sino que parecía absorta. Aquello era, para su sencilla mente, como una novela la realización de vagos sueños imprecisos. No buscó el refugio de su tienda hasta que Jack cesó en su charla; entonces, con un rápido «Buenas noches», desapareció.

Desde su abrigado lecho, metido entre las mantas, Jack velaba, y mientras estuvo despierto se fijó en las escasas cosas que ocurrieron en los últimos momentos de vigilia aquel día memorable. Una estrella se asomaba a través del follaje del cedro. El viento, tenuamente suspirante al principio, fue aumentando gradualmente de fuerza, hasta azotarle con su hálito helado, trayéndole al mismo tiempo la molesta fragancia del enebro y la salvia negra, mezclada con perfume de cedro, que la hacía mas soportable.

Pero aquel día fue sólo el primero de una larga serie de jornadas llenas de acontecimientos, de acrecentado encanto, de olvido de sí mismo, de horas que pasaban sin notarlas. Cada día subsiguiente se parecía a su predecesor, pero era más rico en emociones. Cotidianamente, la escarcha plateaba al amanecer; las ovejas pacían; los coyotes acechaban en los matorrales; el rifle sonaba de continuo y con creciente eficacia. Cada anochecer, los bellos ojos de Mescal se complacían en la contemplación del desierto, con Jack sentado a su lado, en silenciosa camaradería; y noche tras noche, a la luz de la hoguera, proseguía él su inagotable charla, teniendo por auditorio a Piute y el peón.

Los indios eran oyentes interesadísimos por cuanto Jack decía (ya le entendieran o no), pero su conversación con ellos era, en realidad, un pretexto. Lo que de veras quería era revelarle a Mescal el mundo exterior, y con placer notaba que a la joven le agradaban extraordinariamente sus relatos, evidenciando mayor atención en cada una de aquellas sencillas veladas. Una noche les estaba hablando de Nueva York, de sus colosales edificios, dentro de los cuales trabajaban centenares de personas, y de los ferrocarriles elevados (era allá por el año mil ochocientos setenta y tantos, y tal medio de locomoción constituía aún

gran novedad). Entonces ocurrió algo insólito: Piute interrumpió muy seria y enérgicamente al narrador, pidiéndole que explicara con más claridad lo último que acababa de decir, pues le parecía demasiado extraño. Jack, mediante gestos y palabras, hizo todo lo que pudo por complacer a su recalcitrante oyente, pero, en vista de su fracaso, recurrió a Mescal para que le tradujese al indio sus verídicas explicaciones. La muchacha, con sorprendente facilidad, replicó en navajo las palabras de Hare. Mas el resultado fue que Piute no quiso, de ningún modo, aceptar como cierto aquello de que hubiera trenes qué llevaran a la gente por el aire. Perdió su complaciente sonrisa, y miraba a Jack con mucho disgusto. Claramente se notaba que experimentaba la amargura de quien se siente defraudado por alguien en el que tuvo ilimitada confianza.

-¿Diablo, grande mentira! - exclamó, y, refunfuñando, se alejó con paso majestuoso, perdiéndose a poco en las tinieblas.

La duda tan expresivamente demostrada por el indio desconcertó a Jack, pero sólo breves instantes, pues la sonora y argentina carcajada que soltó Mescal bastó para convencerle de que el incidente los había aproximado más. ÉI rió a su vez, y descubrió que detrás de la aparente reserva de la joven existía un gran caudal de alegría y travesura. En lo sucesivo le habló directamente a Mescal. Roto el hielo, comenzó ella a formular preguntas, tímidas al principio, pero cada vez más francas a medida que iba teniendo confianza, hasta que, enajenada por su ferviente deseo de aprender cosas respecto a gentes v ciudades, inquirió sin tasa, especialmente respecto a las mujeres, cómo se vestían, cómo vivían, y todo lo demás que la existencia civilizada significaba para ellas.

La ocupación más agradable de su vida la encontró Jack en la enseñanza de aquella hija del desierto. ¡Cuán ingenua y natural era en sus preguntas, y con cuánta facilidad y rapidez se hacía cargo de todo! La tarea de ilustrar su mente era tan plácida y halagüeña como observar el abrirse de una rosa.

A fines de mayo llegaron los corderos, y Mescal, Lobo; Piute y Jack no supieron desde entonces qué cosa era el reposo. La noche ofrecía mayor seguridad que el día para el rebaño, pero el continuo aullar de innumerables coyotes la convertía en un suplicio para los pastores. Al parecer, los lanudos corderillos vinieron todos en un solo día, como por obra de magia, y llenaron el bosque de trémulos balidos. Se les veía a centenares tambalearse tratando de seguir a sus madres; después, a los pocos días de nacidos, brincar como chiquillos revoltosos... y en seguida comenzó la carnicería. Audazmente brotaban los coyotes de la espesura y de los matorrales, y muchísimos corderos jamás volvieron junto a las ovejas que les habían dado vida. Sombras macilentas se deslizaban siempre, subrepticiamente, por las cercanías del ganado, mientras los grandes lobos de la selva acechaban emboscados para apoderarse de las presas. Paute no dormía, ni poco ni mucho, y Lobo tampoco les daba descanso a las mandíbulas, ni de día ni de noche. Jack recogió cincuenta v cuatro coyotes el segundo día; el tercero los dejó tendidos donde los mataba: setenta esta vez. En muchas ocasiones el cañón del rifle se calentaba tanto, que le quemaba las manos. La puntería se le afinó de tal modo, que no erraba tiro, ni siquiera cuando disparaba sobre las hambrientas fieras que iban a carrera tendida, las cuales caían indefectiblemente. Más de un coyote murió con un cordero entre los dientes.

Una noche, después de encerrados corderos y ovejas en el corral, estaban reunidos los pastores en torno de la hoguera, cuando, de pronto, se levantó el perro temblando, olfateó el frío viento y. se le erizaron todos los pelos.

-¡Lobo! - exclamó Mescal.

Las ovejas comenzaron a balar. Un chasqueante estallido, un astillar dé madera, denunció la irresistible embestida que en aquel momento estaba sufriendo la cerca del corral.

-¡Chis..., chis! -hizo Piute.

Lobo, sin atender los gritos de Mescal, partió como un rayo por entre los cedros. El tropel del ganado, atropellándose confusamente y pateando de un lado para otro del corral, fue seguido por un ronco rugido.

-¡El oso!... ¡El oso!... - gritó la muchacha con los oscuros ojos puestos en Jack. Éste echó mano al rifle.

-¡No vaya! -imploró ella, agarrándole por un brazo-. De noche, no... Recuerde que el Padre Naab dijo que no.

-¡Escuche eso! -replicó Hare-. Es imposible que yo no haga nada. Iré, pase lo que pase. ¡A ver: súbase a ese árbol... pronto!

-¡No... no!

-¡Haga lo que le digo! - era una orden perentoria.

La joven vaciló. El dejó caer el arma y la obligó a obedecer, imponiéndose con energía- : ¡Suba!

-¡No... no vaya, Jack! - insistió Mescal, subida ya en el árbol.

Con Piute pisándole los talones, corrió fiare, sumiéndose en seguida en la oscuridad.

## VI

El buen sentido del indio, característico de su raza, que le hacía ducho en buscar la mayor ventaja en la posición para el ataque, fue de gran ayuda para Jack. Piute le guió hasta el borde de la meseta, adonde daba uno de los costados del corral. A la pálida luz de las estrellas podía verse a las ovejas corriendo espantadas, en grupos, apelotonadas, echándose contra la cerca. Sus aterrorizados balidos formaban un estruendo ensordecedor.

El indio gritaba, pero Jack no podía entenderle. Un gran bulto oscuro era plenamente visible en la sombra del cerrejón. Piute disparó su carabina. Y antes de que Jack pudiera usar el rifle, el bulto aquel emprendió la huída con sorprendente rapidez. Entonces, sucesivas llamaradas, en relampagueante serie, iluminaron el corral. Mientras hacía fuego, Jack divisaba al oso moviéndose apresurado como una mancha negra en medio de un gran borrón blanco. A juicio suyo, ninguna de las balas dio en el blanco. Cuando estuvieron ciertos de que el visitante se había marchado, Jack descendió al interior del corral. El y Piute buscaron las ovejas muertas, pero, con sorpresa de ambos, no hallaron ninguna. Si la fiera había matado alguna, se la llevó; y calculando su fuerza por el boquete que abrió en la cerca, bien podía transportar consigo una res, por grande que fuera. Repararon el desperfecto y regresaron al campamento.

-Ya se fue, Mescal. Baje -dijo Jack-. Déjeme que la ayude... ¡así! ¿No hemos andado con suerte? Al fin y al cabo, no era tan fiero. Los fogonazos de nuestras armas, o el perro, lo asustaron. Me extrañó ver lo rápido que corría.

Piute encontró, colgando de las mandíbulas de Lobo, algunas vedijas de lana parda.

-Ha mordido al oso, de seguro -observó Hare -. ¡Valiente guardián! Acaso se debe a él que la fiera... Pero ¿qué le sucede, Mescal? Está pálida..., tiembla... No hay ya peligro. Piute y yo nos turnaremos para vigilar en compañía de Lobo.

Mescal se retiró silenciosamente a su tienda.

El rebaño se aquietó al fin y no causó ninguna nueva molestia aquella noche. La aurora vino gris, con viento frío del Norte. Sombrías nubes se arremolinaban, tapando las cumbres de los riscos en la parte alta de las cordilleras, y una ligera nevada blanqueaba los cedros. Después del desayuno trató Jack de hacer que Lobo siguiera el rastro del oso, pero sin resultado, pues las huellas habían desaparecido.

Al día siguiente condujo Mescal al rebaño en dirección este, hacia los riscos, y a mediados de la tarde alcanzó el borde del repecho. Crecía la hierba lozanamente por allí, v era fácil conservar reunidas a las ovejas. Además, aquella parte del bosque tenía menos árboles, y apenas salvia alguna, ni matorrales; por tanto, los corderos estaban más seguros, descontando el peligro que pudiera esconderse en los agrietados peñascos que dominaban los lugares abiertos por donde pastaban los lanudos animales. La tarea de Piute, en aquellos momentos, consistía en arrastrar a los coyotes muertos hasta la orilla de una meseta y arrojarlos hacia abajo. Mescal descansaba sobre una piedra y Lobo estaba echado a sus pies.
Jack encontró el rastro fresco de un ciervo, y lo siguió por entre los cedros, pasando luego por el repecho, cuesta arriba, en sentido de las grandes aglomeraciones de peñas.

De pronto, un grito de Mescal le detuvo; otro grito más y un penetrante alarido de terror mortal le hicieron descender a escape cuesta abajo. A todo correr salió del bosque, penetrando en el espacio abierto.

El blanco v antes tranquilo rebaño habíase dispersado, huyendo y saltando frenéticamente en todas direcciones, para librarse de la persecución de un enorme oso de lomo plateado.

La furiosa bestia descargaba terribles zarpazos a diestro y siniestro, convertida en una espantosa y brutal máquina de destrucción. Apenas lo tuvo Jack a tiro, le envió una bala, que dio en el blanco. Al sentirse tocado por el proyectil, el oso giró sobre sí mismo, se mordió el costado y luego se irguió, lanzando un rugido de rabia.

Pero no vio a Jack. Vuelto entonces a poner a cuatro patas, lanzó su enorme mole hacia donde estaba Mescal. Toda la sangre afluyó al corazón de Hare, y sus vacías venas parecieron congelarse.

La fiera saltaba por encima de las desparramadas ovejas. El terror por la suerte de Mescal dominaba a Jack; si hubiera poseído alas, le habrían parecido torpes para volar en defensa de la joven. Interrumpiendo su carrera con tal brusquedad que le obligó a caer de rodillas, se echó el rifle a la cara. El arma le temblaba en las manos como si fuera un mimbre. La mira globular describía un borroso círculo alrededor del oso. Sin embargo, disparó... en vano..., de nuevo... y en vano también.

Destacándose sobre los medrosos balidos y el pisoteo de las pezuñas, resonó otro grito de Mescal, angustioso, desesperado.

Se había ella vuelto de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho. Lobo, para protegerla, se agachaba, tensas las patas, presto a saltar, con el pelaje erizado, abiertas las fauces.

Gracias a un repentino fulgor de la memoria, las palabras dichas por Augusto Naab tuvieron la virtud de tranquilizar los nervios de Jack. Apuntó bajo delante de la acometedora fiera. Cayó ésta, resbalando y emitiendo un ahogado mugido de cólera. Saltó en seguida, pendiéndole rota e inútil una pata, pero prosiguió, cojeando, su veloz ataque. Un zarpazo bastó para quitar de en medio al fiel perro. Jack tiró otra vez. El oso se convirtió en un verdadero demonio, revolviéndose en todos sentidos, mortalmente herido, pero todavía lleno de salvaje furia. Jack apuntó bajo y disparó de nuevo.

Lentamente ahora, el feroz bruto se levantó sobre las patas traseras, teñido en sangre el blanquecino lomo, bamboleante la hirsuta e imponente cabeza. Otro tiro. Hubo un amplio manotazo en el aire de la formidable zarpa, y luego el oso fue desplomándose lentamente hacia delante, estirándose al fin a todo lo largo, como si se tendiera a descansar.

Mescal, vuelta a la vida, se tambaleó, retrocediendo. Entre ella y las garras del sanguinario atacante apenas si había la distancia de un paso corto.

Jack, aproximándose a grandes zancadas, se aseguró de que su adversario estaba bien muerto, antes de mirar a Mescal. Ésta parecía una difunta, de puro pálida y desfallecida. Lobo gruñía en torno a ella. Piute vino corriendo de entre los cedros.

Los ojos de la muchacha continuaban muy abiertos, fijos, como paralizados de miedo.

-Yo no podía correr... ni moverme siquiera -exclamó estremeciéndose. Y un ligero rubor substituyó a la palidez de sus mejillas cuando alzó el rostro rara dirigirse a Jack, diciendo -: Le faltaba bien poco para alcanzarme.

Piute encomió a su vez

-¡Diablo! ... ¡Oso grande montón...! ¡Jack mató... ¡Gran jefe!

Hare rió de buena gana, pasado ya el tremendo susto, y consagró su atención a las dispersas ovejas. Hízose de noche antes de que lograran reunir de nuevo el rebaño, y nunca supieron si habían recogido la totalidad de las reses o no, La hora de cenar fue ínusitadamente silenciosa aquel día. Piute mostrábase jovial, pero nadie tenía ganas de conversación, salvo el peón mudo, quien sólo podía expresarse por señas. La reacción subsiguiente al esfuerzo realizado para salvar a Mescal le produjo a Jack una afonía tan fuerte, que apenas le era posible cuchichear. La joven, por su parte, no pronunciaba ni una palabra; sus largas y negras pestañas ocultábanle los ojos; permanecía totalmente callada, pero había cierta elocuencia en su mismo silencio. Lobo, siempre indiferente para todos, menos para Mescal, había cambiado de conducta, y ahora, como en muestra de cumplida satisfacción, apoyaba la cabeza en las rodillas de Jack. Pasado así, junto a la hoguera, el tiempo de costumbre, el sueño los fue reclamando uno por uno.

Amaneció un nuevo día, v todos ellos se despertaron frescos, exactos en el cumplimiento de sus deberes y despreocupados de cuanto había sucedido antes.

Y fueron deslizándose los días. Vino junio, con más vagar para los pastores, mejores pastos para las ovejas, rocíos más abundantes, escarchas más ligeras, livianas nevascas, mitad lluvia, y pimpollos y flores por todas partes, hasta en los zarzales. En los lugares protegidos contra la intemperie lucían en gran número las velloritas silvestres,
y las campánulas ostentaban sus azules corolas cara al sol.

La última tormenta de nieve del mes de junio estuvo amenazando durante toda una mañana, amontonadas sobre los amarillos riscos las plomizas nubes, en espera del viento. Luego, como buques que levaran anclas a una sola voz de mando, comenzaron a navegar hacia fuera; y el bosque de cedros vino a ser el centro de una deshecha tempestad, de atronadora fuerza. Los copos eran tan grandes como plumas, húmedos, casi tibios. Los acha-parrados árboles se convirtieron pronto en montículos blancos; las ovejas se trocaron en ambulantes masas de chorrean de nieve, y los corderillos se perdían en el espeso manto, de color tan puro como sus albísimos vellones. Aunque la tormenta tardó en desencadenarse, fue breve en pasar. Arrastrada por el viento hacia el desierto, lanzó entre los cedros sus últimos rugidos y partió, llevándose sus espesos nubarrones. fue a flotar allá lejos, sobre el «cañón», dejando caer sus largos velos, que, adelgazándose, perdían su blancura, oscurecíanse, y por último iban a desvanecerse por encima de la inmensa y dorada extensión desértica. Las sinuosas columnas de nieve se fundieron en rectas líneas de lluvia, cuyas gotas parecían de plomo; la lluvia se deshizo en vaporosa niebla, y la niebla se disipó al ponerse en contacto con el ardiente fulgor rojo-dorado de la vasta inmensidad de llanuras y altibajos, dunas y arenales. Al sediento desierto no llegó humedad alguna.

Jack se presentó en el campamento con un nevado bulto sobre los hombros. Lo depositó en el suelo y vióse entonces que era un cervatillo. Después sacudióse la blanca capa que le cubría la ropa y, silbando, empujó con un pie los maderos que ardían en la hoguera, miró a lo lejos, a los plateados cedros, chorreando ahora agua bajo la caricia del sol, contempló los arco iris que se habían formado tras de la desvaneciente neblina, y por último fijó los ojos en la nieve que cubría todos aquellos contornos, la cual había comenzado ya a derretirse rápidamente.

-Me extravié durante la turbonada. ¡Magnífico! ¡Magnífico! -exclamó, estirando enérgicamente los brazos, entusiasmado.

-¡Jack! -dijo Mescal- ¡Jack! -En su memoria había revivido alguna cosa ya olvidada. El color oliva oscuro de su tez enrojeció; los ojos se le dilataron y ensombrecieron con raros destellos de emoción-. Jack - repitió.

-¿Qué hay? - repuso éste, sorprendido.

-¡Cómo está usted...! ¡Hay que verlo...! Nunca soñé... ¡Si hasta lo había olvidado...!

-¿Qué me sucede a mí? - inquirió él.

Como abstraída, con la mente en el pasado, respondió la joven

-Estaba usted muriéndose cuando lo encontramos cerca de White Sage.

Jack se irguió recogiendo súbitamente el aliento, y la miró como si fuera ella un fantasma.

-¡Oh Jack! -continuó diciendo la muchacha, con acento convencido-. ¡Pronto estará del todo bien! - Y sus labios se curvaron en una graciosa sonrisa.

Por un instante, Jack Haré puso el alma entera en sus propios ojos, escudriñando el rostro de Mescal, en busca de la verdad. Mientras aguardaba resignado la muere se había olvidado por completo de que ésta le tenía entre sus garras; ahora lo recordaba, cuando la vida se le mostraba gozosa en los bellos y oscuros ojos de la muchacha. Una alegría sin límites, arrebatada, impetuosa, le inundó el corazón.

-¡Mescal..., Mescal! -profirió entrecortadamente. No podían ser más cordiales y sinceros aquellos ojos que le bañaban en súbita luz; amables y dulces eran los labios que le pronosticaban que viviría, llenándole de grata esperanza. Suavemente, instintivamente, la besó... fue un beso de inefable gratitud. Luego huyó al bosque, corriendo sin rumbo fijo.

Aquella carrera terminó al sentirse agotado completamente, en el punto más lejano del borde de la meseta. Los desplegados cedros parecían tener ojos; y en aquel'. momento Jack prefería evitar toda mirada.

-¡Dios mío! -murmuró -. ¡Pensar que me interesara tanto!... ¿Qué ha pasado?

Con el transcurso de las horas vino el descenso a los fatigados miembros, el reposo al agitado pecho y a los ansiosos pulmones, pero no la serenidad al turbado espíritu. En medio de la pertinaz duda, que se negaba a morir, se contemplaba a sí mismo. La delgadez de los brazos, el aplanamiento del tórax, las concavidades, denunciadoras de la enfermedad, habían desaparecido. No reconocía su propio cuerpo. Respiró a pleno pulmón. ¡Ningún dolor..., antes bien, alborozo! Se golpeó el pecho... ¡Tampoco le dolía! Se hundió los trémulos dedos en la firme musculatura, sobre la punta del pulmón derecho -lugar, antes, de continuo sufrimiento- ¡Nada!

-¡Yo quería vivir! -gritó.

Sepultó la faz en el fragante enebro; se revolcó sobre la blanda alfombra de mullida tierra parda, y se abrazó a ella estrechamente; refrescó sus ardientes mejillas en los floridos ramos de las velloritas. Sus ojos se abrieron a un nuevo y más brillante verdor del follaje de los cedros, a un cielo de más puro azul, a un desierto más extraño aún, más atractivo, tan arrobador como la vida misma. Contó hacia atrás, en su mente, un mes, dos meses... y le sorprendió lo rápido que transcurría el tiempo. Trató de imaginarse el porvenir, de representarse cómo sería el futuro, y todo era bello... Largos días, abundante caza, frecuentes excursiones a caballo, muchos y útiles servicios a su excelente amigo, libertad en las dilatadas estepas, blancoazulinas auroras sobre los riscos del Este, rojodoradas puestas de sol sobre las violáceas montañas del desierto... Se vio a sí mismo gozando de rebosante salud, de acrecentada fuerza, conquistando día tras día el espíritu de aquella formidable rusticidad, de aquellos ilimitados yermos, luchando por todo aquello, viviendo sólo para tal fin y, en fecha todavía remota, cuando hubiera logrado la victoria, muriendo por ello.

De pronto se le iluminó el entendimiento. La encumbrada meseta, con su salutífero y curativo hálito de salvia y enebro, le había devuelto el vigor perdido; el silencio, la soledad, la lucha, en tan peculiar ambiente, habían desarrollado facultades que dormían

profundamente en su interior; pero era Mescal quien había dado dulzura y significación a aquella vida salvaje. Mescal, la personificación del espíritu del desierto. Como si lo revelara una misteriosa e intensísima luz, Hare adivinó su amor. En todos aquellos días pasados en la meseta, viviendo con ella la libre y natural existencia de los indios, pegada a la tierra, su inconsciente amor había madurado. Ahora comprendía el encanto que para él tenía la joven; ahora se daba cuenta del atractivo que hallaba en aquellos ojos maravillosos, fulgurantes de fuego interior, ejercitados en la continua brega con el desierto, tan parecidos a los ojos del halcón de su anciano y astuto abuelo. La certidumbre de lo que venía a significar para él fue acrecentándose, junto con un intenso deseo que le enardeció la sangre.

La oscuridad envolvía ya la meseta cuándo Hare regresó al campamento. Mescal no se hallaba allí. La cena esperaba; Piute canturreaba entre dientes; el peón, sentado junto a la hoguera, le hacía visajes al fuego. Hare les dijo a los otros que comieran, y él se marchó, camino de su habitual observatorio.

Mescal estaba en su lugar de costumbre, con Lobo a su lado, observando atentamente el desierto, donde los últimos fulgores de la luz doraban las «mesas». ¡Cuán fría y serena era la expresión de su cara! ¡Qué extraño para él, en su nuevo estado de ánimo!

-Mescal, yo no sabía que te amaba... antes..., pero ahora lo sé -le dijo.

La muchacha abandonó rápidamente su reposada actitud ocultando sus hermosos ojos; la mano que apoyó sobre la cabeza de Lobo temblaba visiblemente.

-Dijiste la verdad. Me pondré bueno del todo. Y prefiero haberlo oído de tus labios, que de boca de ninguna otra persona del mundo. Tengo el propósito de vivir mi vida aquí, donde me han sucedido estas maravillas. La amistad del hombre bondadoso que me salvó, este desierto, salvaje, libre, la gloria de una nueva esperanza, fuerza, vida... y amor.

Le cogió una mano, murmurando

-Porque te amo. Y tú, ¿me quieres? ¡Mescal! Tiene que ser completo. ¿Me quieres... un poco?

El viento la despeinó en forma tal que no podía verle la cara; trató suavemente de hacerla volver hacia él. La mano que antes le cogiera yacía cálida y trémula en la suya, sin que tratara de retirarla. Jack aguardó, temeroso y esperando a la vez. La mano tranquilizóse al fin. El delgado cuerpo, hasta entonces rígido en la presión de su brazo, fue cediendo gradualmente y se le rindió; hundió la cara en el pecho de él, y su oscuro cabello, desprendido de la blanca banda, le cubrió a ella y voló, a impulso del viento, hasta los labios de Jack.

Ésa fue la respuesta.

El viento cantaba entre los cedros. No era ya un suspiro triste como el recuerdo de un pasado huído para siempre, sino un canto de lo que a él le había acontecido: ¡de esperanza, de vida, del amor de Mescal, de las cosas que habrían de ser!

## VII

Escaso rocío cayó en la noche del primero de julio; la aurora brilló espléndida, sin niebla alguna; el sol se levantó cálido y soberbio; había comenzado el corto verano de la meseta.

Al terminar Hare su desayuno, contento y animoso, fue interrumpido en su alegre silbar por Piute, quien, levantando un dedo, exclamó

-¡Uf!

Black Bolly había tirado del morral v desprendióse del cabestro, yendo hacia el claro que había entre los cedros, con la cabeza en alto y las negras orejas levantadas.

-¡Bolly! - llamó Mescal. La yegua no se detuvo.

-¿Qué demonios...? - exclamó Hare, corriendo detrás del animal para cogerlo.

-Nunca vi a Bolly conducirse así -dijo la muchacha -. Mire... no ha comido ni la mitad de la avena. Bueno, Bolly... ¡Jack, mire a Lobo!

El perro se había levantado y estaba cautelosamente husmeando en todos sentidos. Olfateaba el viento, girando en torno, y poco a poco fué poniéndose tieso, hasta quedar con la cabeza orientada hacia el Este, apuntando hacia el borde de la meseta.

-¡Quieto, Lobo, quieto! - le ordenó Mescal al ver que el fiel perro se preparaba para echar a correr. -¡Uf! - gruñó Piute.

-¡Escuche, Jack! ¿No oyó? - murmuró la joven.

-¿Si oí... qué?

- ¡Escuche!

La tibia brisa bajaba a rachas desde los riscos; susurraba entre los cedros y le lanzaba al rostro oleadas del humo de la hoguera, y luego trajo un silbido profundo y prolongado. Nunca había oído nada semejante. El sonido rompió de nuevo el silencio, más claro, más perceptible, mucho más agudo.

-¿Qué es eso? - inquirió Jack alcanzando el rifle.

-Mustangs salvajes - contestó Mescal.

-No - la corrigió Piute, sacudiendo impetuosamente la cabeza-. ¡Cli, cli!

-Dice, Jack: «caballo, caballo». Es un caballo salvaje.

Por tercera vez sonó el silbido, viniendo de lo alto de la serranía, rompiendo el aire, fuerte y cortante: el fiero y agudísimo reto de un enardecido caballo cerril padre.

Black Bolly se encabritó, poniéndose casi sobre los remos traseros.

Jack corrió hasta las alturas que dominaban al campamento y oteó los contornos por encima de los cedros.

-¡Oh! -gritó, haciéndole señas a Mescal para que fuera. Ésta no perdió tiempo en ir a reunirse con él. Piute ató en seguida a Black Bolly y se apresuró a seguir a la joven.

-¡Miren, miren! - gritaba Jack, señalando una eminencia que sobresalía a la izquierda de los amarillos riscos. En la pelada cumbre estaba un espléndido caballo, destacándose claramente contra el brillante cielo matutino. Era de color gris acero, indómito y altivo, con larga crin plateada que ondeaba con el viento.

-¡Silvermane! ¡Silvermane! -exclamó la joven.

-¡Qué magnífico animal! -dijo Hare, admirando la hermosa figura de la bestia, que un instante después desapareció por la opuesta ladera. Otros caballos, negros y bayos, mostráronse un momento entre la salvia, y, también pasaron, perdiéndose de vista.

-Anda con otros varios de su manada -observó Jack, estremecido de entusiasmo -. Mescal, están en los terrenos altos, paciendo descuidados. El viento nos favorece. Ese silbido que oímos fue un desafío, a juzgar por lo que Naab me ha dicho de los caballos padres salvajes. Silvermane vino a esa loma y lanzó su reto, para pelear, a todo caballo, indómito o domado, que pudiera haber en las tierras de abajo. Yo voy a deslizarme en medio de los cedros para cerrarle el camino que conduce a las alturas, y tú y Piute cortadle la retirada por ese otro extremo. Después debe ir Piute inmediatamente a decirle a Naab que tenemos al caballo cogido entre las dos puertas.

Jack eligió, para iniciar su maniobra, la parte más baja del borde de la meseta, donde eran más espesos los cedros, para ir rodeando desde allí hasta colocarse detrás de la manada; corría de un árbol a otro, evitando los espacios abiertos, aprovechando los matorrales y manteniéndose lo más lejos posible del punto por donde se proponía cerrar; pero como sabía que el camino pasaba por una brecha de los grandes riscos, trepó cuesta arriba y, metiéndose por entre los montones de peñascos, alcanzó la base del murallón. Las huellas de la manada aparecían recientes y claras en el camino. Siguió éste, y por fin llegó al lugar que buscaba.

Cuatro sólidos postes formaban la armazón principal de una fuerte tranquera, para poder cerrar la abertura en caso necesario, y cierto número de barras de madera, en el suelo, estaban preparadas para ser colocadas en los lugares correspondientes. Púsolas como debía, y quedó hecha una barrera de diez pies de alto, de todo punto infranqueable. Hecho esto, regresó a escape al campamento.

-Jack -díjole Mescal en cuanto lo vio-, Bolly necesita que se le vigile hoy más que al ganado. No hace otra cosa que tratar de soltarse y va a romper el cabestro. -Quiere irse con la manada. ¿No es eso?

-No me agrada pensarlo; pero el Padre Naab no se fía de Bolly, aunque es el mejor mustang de cuantos ha domado.

-Pues guardémosla aquí -repuso Jack, recordando la advertencia de Augusto- Voy a manearla, y así, aunque rompa el ronzal, no podrá llegar muy lejos.

Cuando aquella tarde encerraron Mescal y Jack el rebaño, algo más temprano que de costumbre, ya había regresado Piute con Augusto Naab, Dave y Billy, los cuales trajeron consigo varios mustangs y una recua de burros.

-¡Hola, Mescal! - exclamó alegremente Augusto, al ver llegar al campamento a los dos jóvenes-. ¡Bueno, Jack..., válgame Dios! ¡Pero, muchacho, qué bien y qué moreno está... y qué robusto! -Estrujó la mano de Hare en su amplia diestra, y sus bondadosos y grises ojos brillaron de contento -. Yo no poseo el don de adivinación..., pero, Jack, usted va a reponerse del todo.

-Sí, yo... -No encontraba palabras con las cuales expresarse, pero se golpeó el pecho de un modo muy significativo y sonrió.

-¡La salvia negra y el enebro! -exclamó Augusto-.En medio de este aire, quien no muere rápidamente de pulmonía, no tarda en ponerse completamente bien. Nunca dudé en el caso de usted, Jack..., ¡y, doy gracias a Dios!

Naab interrogó después a Mescal y a Piute respecto al ganado, y quedó muy satisfecho de los informes que ambos le dieron. Sacudió la cabeza cuando Jack le exhibió la piel del oso, y pidió que le contaran la historia de aquella matanza. El relato de Jack fué pobre en detalles, y rebajó mucho la parte que le había correspondido, pero Mescal puso las cosas en su lugar, refiriendo el suceso tal como aconteció. Entonces, la gigantesca mano de Augusto reposó complacida sobre el hombro de Tack. Luego, al ver en el rústico depósito la pila de pieles de coyote, expresó su sorpresa y satisfacción. Habló en seguida del objeto que le había traído a la meseta, diciendo

-¿De modo que han acorralado a Silvermane? Bien, Jack. Como no se tire por el farallón abajo, es nuestro. No puede escapársenos de ninguna manera. ¿Cuántos caballos andan con él?

-No los pudimos contar. Yo vi, por lo menos, doce.

-¡Magnífico! Deben de acompañarle los mejores de la manada. ¿No eran todos ellos negros y bayos?

-Sí

-Jack, la historia de ese caballo es tal, que no puede decirse que le favorezca mucho. Lo hemos acorralado por pura casualidad, y con una suerte extraordinaria. Si no me engaño en mis conjeturas, anda detrás de Bolly. Hasta ahora ha causado infinitas molestias y considerables perjuicios a cuantos rancheros hay desde la línea divisoria de Montana hasta los confines extremos de Utah. ¡Los caballos que ha matado y las yeguas que ha hecho escaparse...! Bien, Dave, ¿lo haremos rendirse por sed o lo encerraremos en un largo corral que construyamos?

-Antes de decidir nada, será mejor que veamos mañana lo que conviene más - respondió Dave-. Va a costar bastante trabajo dominarlo, pero no hay ningún sitio por aquí

suficientemente adecuado para hacer un corral-trampa. Creo que será preciso perseguirlo, hasta cogerlo.

-Mescal, ¿ha sido buena Bolly desde que bajó Silvermane?

-No, no lo ha sido -declaró la muchacha, y explicó lo ocurrido.

-Bolly no merece censura -terció entonces Billy Naab-. Cualquiera otra mustang hubiera hecho lo que ella. Hay que ponerle el cencerro y tenerla bien maneada.

-Silvermane se fijará mucho en eso si quiere llevársela, ¿no es cierto? -preguntó burlonamente Dave-. Lo que yo digo es que la tengan fuertemente atada, con un buen cabestro.

-Dave está en lo justo -aprobó el padre-. No se puede uno fiar más de un mustang que de cualquier caballo salvaje.

Augusto tenía razón. Hacia la medianoche, rompió la yegua el ronzal y se marchó al bosque, con maneas y todo. El indio fue el primero en oírla, y despertó a Augusto, quien hizo levantar a los demás.

-No hagan ruido -ordenó Naab, al llegar Haré, poniéndose la chaqueta-. Probablemente vamos a tener pronto en qué entretenernos. Bolly se ha soltado; rompió la cuerda, y creo que Silvermane anda cerca. Escuchen ahora con la mayor atención.

La ligera brisa les favorecía; la hoguera estaba apagada, y la noche era clara, con muchas estrellas. Llevaban poco tiempo en techo, cuando resonó el agudo relincho de un mustang Los Naab se pusieron en pie y se miraron unos a otros.

-Bueno, ¿qué les parece? - murmuró Billy procurando no levantar la voz.

-Ni más ni menos que lo que yo esperaba - repuso Dave en el mismo tono-. Esa fue Bolly. -Efectivamente, Bolly fue -corroboró Augusto- ¡Maldita sea su negra piel! Pero, muchachos, ¿lo ha hecho para llamar a Silvermane, o para prevenirle? ¿Qué les parece?

-¡Vaya uno a saber...! -contestó Billy-. Por ahora, quedémonos apostados aquí mismo y aventuremos la posibilidad de que él se aproxime. De una cosa sí que no cabe duda: es imposible amansar por completo a una yegua salvaje. El espíritu de rebeldía podrá acaso dormir en ella incluso durante años, pero, al fin, cuando menos se espere...

-¡Silencio...! -interrumpió Dave-. ¡Oigan...! Jack aguzó el oído todo lo que pudo, pero únicamente

-percibió el lejano ladrido de un coyote. Fue pasando el tiempo.

-¡Ahí está! -bisbiseó de pronto Dave.

De la serranía vino el apagado rumor de piedras golpeadas.

-¡Ya vienen! - advirtió Billy.

A poco, choques más perceptibles precedían al sonar de las piedras, y los sonidos fueron gradualmente convirtiéndose en un rítmico galope. Éste se amortiguaba a intervalos, probablemente cuando los caballos corrían bajo los árboles; pero asimismo se acentuaba cuando pisaban -terreno más duro, en los claros del bosque.

-¡Ahora los veo! -susurró Dave.

Una larga X ondulante línea negra emergió de entre los cedros: era una fila de caballos que se acercaban, bajas las .cabezas. Los animales apresuraron más el paso en las cercanías de la fuente.

-Veintitantos, todos negros y bayos -dijo Augusto-, y algunos son mustang. Pero, ¿dónde está Silvermane? ¡Atención...!

De en medio de los árboles comenzó a oírse el peculiar ruido de un caballo maneado que, a saltos, trata de adelantar terreno, seguido por resoplidos y aplastamiento de matorrales, junto con el enérgico batir de otros cascos contra el suelo. La larga línea negra se detuvo, y los animales comenzaron a piafar. Luego aparecieron abajo, en el claro alumbrado por las estrellas, dos sombras: la primera, un gran caballo gris con nevada crin; la segunda, un mustang más pequeño, de negro y lustroso pelaje.

-¡Silvermane y Bolly! -exclamó Augusto-. ¡La yegua ha roto las maneas!

El brioso caballo padre, en la realización de una conquista como las que le habían hecho rey de todas aquellas tierras salvajes, actuaba de una manera magnífica. Giraba alrededor de la yegua relinchando y dando botes, arqueaba elegantemente el cuello y la empujaba con la cabeza. Procedía como dueño y señor. De repente, Black Bolly, con un bufido, se volvió v echó a correr por el claro abajo. Silvermane lanzó un alarido de cólera o terror, y partió como un rayo en persecución de ella. Ambos desaparecieron en la negrura del bosque, y la manada los siguió en desorden.

-Esta vez he perdido -manifestó Billy-. La yegua nos ha hecho la jugada al final. Cogida cuando apenas tenía un año, domada mejor que ningún otro mustang de cuantos tuvimos, nos ha ayudado a atrapar muchos caballos, ¡y ahora se escapa con ese gran bruto de melena blanca!

-Los dos formarán una pareja soberbia -replicó Dave -, y si salen de aquí, los haremos meterse en la Gran Hoya Salada.

-Mescal, tu mustang se está portando admirablemente -dijo con sorna Augusto-; no sólo se ha soltado, sino que, además, relinchó para darles la alarma a Silvermane y sus compañeros. Bueno, a envolverse ahora todos en sus mantas y a dormir...

Mientras se desayunaban al día siguiente, los Naab se enzarzaron en una discusión sobre la posibilidad de que existieran otros medios de salir de la meseta que los dos caminos ya cerrados. Nunca habían perseguido a los mustang por aquellas cercanías, y en el caso de un caballo como Silvermane, que se atrevería a todo, por disparatado que pareciera, era prudente conocer de antemano el terreno con la mayor exactitud. Billy y Dave sacaron sus cabalgaduras del corral de las ovejas (donde las habían dejado la noche anterior) y partieron en direcciones opuestas, para rodear de punta a punta el borde de la meseta. Ésta era la forma triangular y medía de perímetro unas seis a siete millas. Los dos hermanos completaron el recorrido en menos de una hora.

-Acorralado - dijo lacónicamente Dave a su regreso.

-¡Bueno! ¿Lo viste? ¿Qué clase de compañía trae? - interrogó el padre.

-Si logramos coger lo más selecto del montón, bien valdrá un par de semanas de trabajo -respondió Dave-. Lo vi, y a Bolly también. Creo que a ella la recuperaremos fácilmente. No estaba mezclada con los demás, y parece que las yeguas de la manada se mostraban celosas. Pienso que podemos hacerla entrar en una obra del murallón y agarrarla. Entonces Mescal nos ayudará a cazar al otro. Busquen ustedes, en este extremo, el mejor espacio llano, y derribaremos los cedros que hagan falta para formar la trampa.

Los hermanos, a una señal del padre, marcharon hacia el bosque. Naab había retenido al peón; dióle varias órdenes y lo despachó a cumplirlas.

-Esta noche, Jack, quédese aquí en el borde, y verá como les hace señales a los navajos, que le contestarán desde la cumbre del Farallón del Eco -le explicó Augusto-. He mandado a buscar al mejor domador de mustangs que hay en el desierto. Dave sabe domarlos, y Piute es muy bueno para eso; pero quiero disponer del hombre mejor del país, porque se trata de un caballo extraordinario, y tengo el propósito de regalárselo a usted.

- ¡A mí! - exclamó Hare.

-Sí; y si lo enseñan bien desde el principio, le servirá fielmente y no tratará todos los días de arrancarle un brazo de un mordisco, o de romperle el cráneo a coces. Ningún blanco puede domar a un mustang de modo perfecto.

-¿Por qué?

-No lo sé. A decir verdad, tengo la idea de que se debe a nuestro carácter violento y a nuestra falta de paciencia. ¡Espere a ver a ese navajo amansando a Silvermane!

Después que Mescal y Piute se llevaron el rebaño, Jack acompañó a Naab al corral.

-Le traje su silla de montar -dijo Augusto-, y puede ponérsela al mustang que más le guste de los que hay aquí.

¡Qué placer fue para Jack verse de nuevo en la silla y sentirse con fuerzas más que suficientes para mantenerse en ella! Acompañó a Naab por todo el extremo oeste de la meseta. Llegaron por fin a una faja de terreno más alta que el suelo sobre el cual se levantaba el bosque circundante que estaba relativamente libre de árboles y maleza, y cuando Augusto la hubo inspeccionado dióse con satisfacción una palmada sobre el muslo, diciendo

-¡Excelente! ¡Mejor de lo que pude esperar! Este pedazo de tierra tiene casi una milla de largo, y es angosto por esta punta. Ahora bien, Jack, vea usted, el otro lado da frente al borde, esta parte queda contra el bosque, y al final, por allí, hay un alto muro de roca. Por añadidura, tenemos la suerte de que forme curva, en semicírculo, lo cual nos ahorrará mucho trabajo. Cortaremos cedros, los pondremos en línea y construiremos un vasto corral, utilizando las rocas como uno de sus costados. A partir de la entrada que dejemos, haremos dos largas cercas con troncos. Después perseguiremos a Silvermane hasta rendirlo, obligándole a venir a este lugar, y lo empujaremos por entre las cercas para que entre en el corral. Ningún caballo puede escaparse a través de una línea de cedros colocados bien juntos. Correrá hasta que se halle dentro de esa trampa, y por último lo cogeremos.

-¡Soberbio! -exclamó Jack, entusiasmadísimo -. ¿Pero todo eso no va a requerir un trabajo tremendo?

-Algo así -contestó Naab con indiferencia-. Nos llevará una semana el cortar los cedros y arrastrarlos, sin contar el tiempo que luego nos cueste el fatigar a ese terrible corredor. Cuando llegue el fin, quiero que esté usted cerca del corral.

Volvieron los dos al campamento y prepararon la cena. Mescal y Piute llegaron pronto, y, más tarde, Dave y Billy, con los mustangs muy cansados. Black Bolly cojeaba detrás, atada a una larga y tirante cuerda, triste, polvorienta, toda cubierta de espuma, con la cabeza gacha.

-No es gran cosa -diagnosticó Augusto, después de examinar a la prisionera-. Una pata lastimada. La tendrá buena antes de que nos haga falta para que contribuya a cazar a Silvermane. Tráiganme el linimento y un pedazo de tela y pónganla en el corral de las ovejas esta noche.

El amor de Mescal por su mustang se le reflejaba en los ojos, mientras le alisaba la revuelta crin y le acariciaba el gracioso cuello.

-¡Bolly! -le decía-. ¡Pensar que hayas podido hacer eso!.. .

Y el inteligente animal bajaba la cabeza, como si realmente se avergonzara por lo sucedido.

Cuando cayeron las tinieblas se reunieron todos en el extremo de la meseta en espera de las señales. En un espacio vacío, debajo del punto de observación, brillaba una fogata, que, mientras esperaban, fue creciendo en fuerza y brillantez.

-¡Uf! -hizo de pronto Piute, apuntando con el dedo hacia la oscura línea de farallones.

-Desde luego, él tenía que verla antes que nadie -rió Naab-. Dave, ¿no distingues nada todavía? Jack, mire si alcanza a ver una hoguera sobre el Farallón del Eco.

-No; no veo luz alguna, excepto aquella estrella blanca. ¿La ha visto usted?

-Hace rato-respondió Augusto-. Venga acá, y dirija la vista siguiendo la dirección de mi dedo índice. Guiñe un poco los ojos.

-Creo que ahora la diviso..., sí, estoy seguro.

-Bueno. ¿Y tú, Mescal?

-Sí -respondió ella.

Jack encontraba divertida la situación, porque Dave insistía en que él había visto la luz inmediatamente después que el indio, y Billy reclamaba para sí la prioridad sobre todos

ellos, incluso Piute. Para aquellos hombres, nacidos y criados en el desierto, el poseer una vista extraordinariamente perspicaz constituía la más preciada cualidad.

-¡Jack, fíjese bien ahora! -recomendó Augusto-. El peón está maniobrando en su fogata. Por medio de la manta, la oculta a intervalos. ¿Lo ve? Uno, dos..., uno, dos..., uno. Aguardemos ahora la respuesta.

Jack fijó la vista en el, espacio, sembrado de estrellas, arriba; negro como el ébano, abajo. Allí a lo lejos, a través de una gran distancia ocupada por inmensas profundidades, brillaba un punto luminoso, fijo. El indio gruñó, Augusto dejó escapar un «¡Aja!» y Jack notó que la diminuta luz titilaba como una estrella: centelleaba, se apagaba durante un segundo y centelleaba de nuevo.

-Así me gusta-dijo Naab-. Nos contestan. Todo está arreglado; sólo falta ejecutar el trabajo.

Y, se trabajó de firme, según descubrió Jack al día siguiente. Él ayudaba a los hermanos a cortar los cedros, mientras Augusto los arrastraba con su ruano. Con esta labor y las tareas ordinarias del campamento, transcurrió casi una semana. Entre tanto, Black Bolly se restableció de su cojera. En dos ocasiones avistaron los trabajadores a Silvermane, sobre la cumbre de cerros lejanos, suspicaz e inquieto, con la plateada crin ondeando al viento, y la cabeza vuelta sobre el lomo, vigilando..., vigilando constantemente.

-Valdría la pena averiguar cuánto tiempo puede pasarse ese caballo sin beber agua-comentó Dave-. Pero mañana le haremos echar la lengua fuera, hasta que le cuelgue un palmo. Tiene bien merecido el que empleemos a Black Bolly para dominarlo.

El amanecer del día siguiente fue cálido y con niebla; inmensos velos de bruma flotaban entre la serranía v el desierto; una gran cortina purpúrea se alzaba frente a los riscos del Este; pero poco a poco fue luciendo el sol su enrojecida faz.

Dave y Billy Naab cabalgaban en sus mustangs, conduciendo cada uno otro caballo de repuesto.

-Iremos hasta los cerros, separaremos a Silvermane de su manada y lo haremos entrar en calor; luego lo empujaremos hacia" este extremo-explicó uno de ellos.

Hare, en su ansia por partir también, encontraba tediosísima la espera a que le obligaba Augusto, entretenido en el campamento, ya perforando agujeros suplementarios en la correa de la cincha, ya acortando los estribos, o deshaciendo las cocas que se habían formado en el lazo. Por fin, Naab ensilló a su ruano y a Black Bolly. En esto apareció Mescal, saliendo de su tienda, ataviada para la caza; llevaba una falda corta, de piel de ante, y polainas del mismo material. El cabello, trenzado y asegurado por detrás, estaba sujeto con una doble banda, que se lo mantenía bien pegado a la cabeza. Haré rompió la marcha, a 'pie, pero llevando dos mustangs por el cabesto; Naab y Mescal montaron en seguida y se hacían acompañar cada uno por otro caballo, para recambiar. Augusto dejó, a prevención, tres mustangs atados en cierto punto del espacio llano, y otros tres en otro. Después condujo a Mescal y a Jack hasta la cima del pétreo muro que daba sobre el corral-trampa desde donde dominaban" con la vista una considerable extensión de la meseta.

Las empinadas tierras del Este, con sus cuestas revestidas de salvia y enebro, quedaban plenamente visibles. Haré notó como un relámpago blanco, e inmediatamente se vio a Silvermane lanzarse en medio de los matorrales, huyendo del bosque. Uno de los hermanos lo persiguió hasta la mitad de una dilatada ladera, y en seguida intervino el otro, desviando al perseguido para forzarlo a meterse otra vez entre los árboles. Pronto el batir de los cascos resonó a través de los cedros, cada vez más cerca. Silvermane se mostró en breve sobre el terreno llano. Corría con el mayor desahogo.

-Todavía no se ha descubierto - observó Augusto.

Hare contemplaba a la espléndida bestia con total fascinación. Al parecer, la velocísima carrera no le costaba ningún esfuerzo. ¡Qué soberbio despliegue de energía, qué

soltura y agilidad y qué hermosa su plateada melena flotando al aire! Torció hacia la izquierda, perdiéndose de vista entre la maleza, mientras Dave y Billy galopaban hasta el lugar donde Augusto había atado los tres primeros mustangs. Allí desmontaron, mudaron de cabalgadura y volvieron a su faena.

La persecución era ahora por sitios cercanos a los observadores, y toda cuesta abajo. Silvermane aparecía y desaparecía en medio de los árboles. De pronto se paró en seco, junto a la orilla. En seguida se volvió, emprendiendo de nuevo su veloz carrera hacia los riscos, perdiéndose pronto de vista. Pero reapareció en breve, pues Billy, yendo a campo traviesa, le había cortado el paso. Otra vez mostróse el perseguido en el terreno llano. Allí se enfrentó con Dave, que le aguardaba. Para evitar el encuentro, dobló a la izquierda y partió como un rayo por los páramos adyacentes. Los hermanos ahorraban trabajo a sus monturas, contentándose con mantener a su futura presa arrinconada en aquel extremo de la meseta. Entonces, Augusto espoleó a su ruano, llevándolo al campo de operaciones. Silvermane se dejó ver en el altozano que había algo más allá del llano, y estuvo un momento quieto, dirigiendo la vista atrás, en dirección a los hermanos. Cuando el gran corcel de Naab padre, atropellando los matorrales, hizo su aparición cerca de él, saltó como si le hubieran pinchado y reanudó la huída.

Los tres hombres lo tenían encerrado en un triángulo, del cual formaban la base Dave y Billy, y Augusto ocupaba el vértice superior. Entonces comenzó la persecución en serio. Augusto acosó para arriba y para abajo, llevándolo siempre a lo largo de cedros derribados, tratando de que se encaminara hacia el espacio despejado. Conseguida este propósito, la bestia se lanzó por el llano con la crin flotante y el ánimo tan decidido como al principio, pero, al poco se situó frente a los dos hermanos, incansables y obstinados. Para atajar en aquella llanura al resistente fugitivo, los tres jinetes habían de correr con tal rapidez y tal pericia, que a Haré le parecía casi imposible lo que: estaban haciendo.

Jamás vio cabalgar de aquella manera. Dave y Billy; aprovechando uno de los breves intervalos en que el valiente bruto iba hacia Augusto, recambiaron sus fatiga-dos mustangs por otros frescos.

- ¡Eh! ¡Mescal! - tronó en esto la sonora voz de Augusto.

Era el instante propició para poner a Black Boy en seguimiento de Silvermane. La extraordinaria velocidad de la yegua hizo que los otros mustangs parecieran lentos. Como un relámpago, rodeó el corral, cogiendo al caballo entre ella y el largo cerco de cedros tumbados. Profiriendo un agudo alarido de terror, el hermoso caballo gris arremetió ante sí con verdadera furia, por primera vez acometido de pánico, y alargó aún más el paso, en forma sorprendente. Recorrió la llanura con la cabeza vuelta sobre el lomo, mirando a la yegua. Al ver que iba ésta ganando terreno, rompió él en una desenfrenada huída a todo trance. No reparó en nada; pero tenía que habérselas con una competidora de primera fuerza, y aunque ganó la carrera, le costó emplearse a fondo, dando de sí lo máximo que podía. Si hubiera estado fresco, Black Bolly se habría quedado bastante atrás, pero, dadas las circunstancias, ya no le era posible eludirla.

Augusto le dejó correr, y Silvermane, pegado a la cerca, pasó por delante de la entrada, siguió hasta el borde y retrocedió a escape. La resistente yegua negra se le vino otra vez encima, manteniéndolo junto a la cerca y hostigándolo por toda la longitud del llano.

Los hermanos, vueltos a la cara, le hicieron volver, atrás, sin piedad, y ahora Mescal, orzando la carrera, lo alcanzó, le azotó la grupa con el látigo, y, quieras que no, lo hizo meterse por la puerta del corral-trampa.

Augusto y sus dos hijos venían a los alcances, y todos reunidos obstruyeron la entrada, dejándole al fin prisionero. El reinado de Silvermane estaba próximo a terminar.

-¡Quédense aquí, muchachos! -dispuso Augusto-. Voy a entrar, para obligarle a dar vueltas y más vueltas, hasta agotarlo; después, cuando grite yo, apártense a los lados y amárrenlo cuando trate de salir.

Silvermane corrió primero rodeando el interior del corral, acometió contra el escarpado y pétreo paredón, tuvo que recular, y comenzó a dar vueltas y más vueltas, tratando de evadirse de su encierro. Luego, a medida que su limitado juicio e indudable valor fueron cediendo gradualmente el puesto a un terror irracional, corrió a ciegas, desatentado. Cada vez que pasaba junto a la guardada salida, notaban los avizores guardianes que sus ojos estaban más asustados y su paso más trabajoso.

-¡Ahora! - gritó Augusto.

Silvermane se encaminó hacia la salida con algo de su primitiva rapidez. Al embocar la puerta, dos grandes anillos amarillos relucieron a la luz del sol, describiendo varios círculos, se estrecharon, y pareció que el caballo se metía voluntariamente en ellos. Uno de los lazos se abatió con fuerza alrededor de su lustroso cuello; el otro lo apresó por la cabeza. El mustang de Dave vaciló al sentir el violento choque del tirón, cayó de rodillas, luchó para ponerse de nuevo en pie, y luego se sostuvo firme. La cabalgadura de Billy, por la misma causa, resbaló hasta tocar el suelo con las ancas, desmontando al jinete. Sílvermane dio la impresión de querer trepar por el aire. En ese punto apareció Augusto en medio de una nube de polvo, disparó su lazo, y le cogió por la pata delantera derecha. Silvermane fue en seguida a tierra, de golpe, con violencia, arrancando chispas de las piedras con los cascos; bregó convulsivamente por un instante, y por último se acostó, lanzando un áspero gruñido. En un abrir y cerrar de ojos, Billy aflojó algo su lazo, aseguró la atadura mediante un nudo, haciendo de la cuerda un ronzal, y amarró el extremo libre al tocón de un cedro.
Los Naab se separaron un poco y contemplaron satisfechos su presa.

Silvermane estaba agitadísimo; el sudor le cubría por entero, formando espuma, pero ni una sola gota de sangre manchaba su piel; su magnífica piel tenía algún que otro arañazo, pero todos tan superficiales, que ninguno le llegaba a la carne. Pasado un corto rato, levantóse, resollando pesadamente, temblándole todos los músculos del cuerpo. Se daba por vencido; con la noble cabeza humillada, no demostraba el menor indicio de resistencia o salvajismo, sino sólo el temor natural en toda bestia cogida en una trampa. Miró a Black Bolly y luego a la cuerda, como si adivinara la fatal relación que existía entre la tina y la otra...

## VIII

Durante algunos días después de la captura de Silvermane -tiempo ocupadísimo para. Hare, con tareas interesantísimas -, no pudo el enamorado Jack cambiar con Mescal otras palabras que las del saludo de mañana y noche. Cuando él la buscaba, con intención de hablar de cierto asunto, que le resultaba más imperativo desde que llegara Augusto Naab, advertía, con inexplicable sorpresa y dolorosa pesadumbre, que la joven eludía deliberadamente el encuentro. No le daba ella la más mínima oportunidad de conversar a solas: su habitual lugar de descanso a la caída de la noche permanecía invariablemente vacío; apenas concluída la cena, se retiraba a su tienda.

Hare devoró en silencio el agravio por espacio de setenta y dos horas, y al cabo de ellas, aprovechando la circunstancia de que Piute estaba ausente, por haber ido al oasis a llevar un recado, y los Naab andaban ocupadísimos con cuatro resabiados caballos salvajes que tenían al mismo tiempo en el corral, marchó camino de la pradera donde Mescal pastoreaba en aquel momento al rebaño.

-Mescal -le preguntó al verla Junto a las ovejas-, ¿por qué me huyes? ¿Qué ha sucedido?

La muchacha tenía un aspecto de fatiga y tristeza, y al responder, en lugar de dirigir la vista hacia su interlocutor, miró a los lejanos riscos, diciendo:

-¡Oh!, no ha sucedido nada.

-¡Pero no es posible! Tiene que haber algo. No me" has dado ninguna oportunidad de conversar respecto a nosotros, y yo he estado deseando constantemente saber si me permitirías que le hable al Padre Naab.

-¿Al Padre Naab? Pero... ¿tocante a qué?

-Pues... tocante a nosotros, como es natural..., respecto a ti y a mí.., que te amo, y que me propongo casarme contigo.

-¡No!... ¡Eso no! - exclamó ella poniéndose intensamente pálida.

Hare hizo una pausa, desorientado, no tanto por la negativa como por la inequívoca expresión de miedo que tomó el rostro de la joven.

-¿Por que... «non»? -inquirió al cabo de algunos instantes, con una extraña sensación de disgusto. Presentía que la resistencia de Mescal se debía a algo más que a su natural timidez.

-Porque se pondrá terriblemente furioso.

-¿Furioso...? No lo entiendo. ¿Por qué ha de ponerse furioso?

La muchacha guardó silencio. Parecía tan angustiada, que Hare intentó cogerla entre sus brazos; pero ella se resistió, apartándose bruscamente de él, diciendo

-Usted no debe... hacer eso jamás.

Hare, maravillado, replicó en el acto -¡Bueno! ¿Por qué? Tienes que decírmelo, Mescal.

-Es que yo he recordado... -y bajó la cabeza.

-¿Recordado...? ¿Qué?

-Que estoy comprometida para casarme con el hijo mayor del Padre Naab.

Por un momento, Hare no acertaba a comprender. Incrédulo, estuvo contemplándola fijamente. Por último, le preguntó, muy despacio

-¿Qué has dicho?

Mescal repitió las mismas palabras, casi en un murmullo.

-Pero... pero, Mescal..., yo te amo. Y tú consentiste que te besara -repuso Hare, estúpidamente, como si no se enterara del significado de las palabras de ella. Y repitió-: ¡Tú consentiste que te besara!

-¡Oh, Jack, es cierto! -gimió la infeliz-. Pero fue porque en aquel momento me olvidé de todo. Era tan nuevo, tan extraño, el tenerle a usted aquí. Era como una especie de sueño. Y después..., después de recibir sus caricias... me di cuenta...

-¿De qué, Mescal?

Su silencio fue más elocuente que ninguna otra respuesta.

-Pero, Mescal, si realmente me amas, no puedes casarte con nadie más que conmigo - dijo Hare. Era la insistencia de un ingenuo enamorado.

-¡Oh!, usted no sabe; usted no sabe. ¡Es imposible!

-¿Imposible...? - La cólera dominaba a Hare -. ¿Y para eso me hiciste creer que había ganado tu corazón? ¿Qué clase de mujer eres tú? No eres sincera. Tus acciones eran simples mentiras.

-Mentiras, no - balbuceó ella, y volvió el rostro para no verle.

Con mano nada suave, él la cogió por un brazo, forzándola a mirarle. Pero había tal pena reflejada en los ojos de Mescal, que Jack sintióse conmovido, y, rudamente, la estrechó contra su pecho, reteniéndola abrazada fuertemente.

-No; tienes razón, no pudo ser mentir. Tú te preocupas por mí..., me amas. ¡Mírame!

Y le hizo levantar la cabeza, que ella reclinaba contra el pecho de é1. Tenía el rostro pálido y desencajado; cerrados los ojos, con gruesas lágrimas corriéndole bajo las largas pestañas; los labios, entreabiertos. Él acercó su boca a la dulce proximidad de la de la mujer amada. Y la besó con pasión, repetidas veces, murmurando:

-Mescal, te adoro con toda mi alma. ¡Serás mía..., te tendré... para siempre...! ¡No dejaré que él, sea tu dueño!

La pobre muchacha vibraba en su estrecho contacto, como un alambre muy tenso. De súbito, dejó de temblar, desapareciendo de su cara la expresión de tristeza y vergüenza y transformándose por completo. Se ' abandonó en sus brazos, flexible, dócil, animada, llena, de confianza, y por primera vez le miró francamente, con los hermosos ojos limpios de lágrimas, sin cortedad, sin miedo, antes bien con un decidido fulgor en las pupilas. -¿Me amas, Mescal? - le preguntó Hare.

-Yo... no puedo evitarlo.

Hubo una pausa, rebosante de sentimiento. Al fin dijo él:

-Cuéntame cómo ha sido eso... de que estés comprometida.

-Yo di mi consentimiento, porque no podía hacer otra cosa. Me comprometí... con él, en la iglesia de Whíte Sage. Ya no puede cambiarse. Tengo que casarme... con el hijo mayor del Padre Naab.

-¿Con el hijo mayor? -repitió Jack, como un eco, cayendo de repente en cuenta de la seria complicación-. ¡Entonces, con Snap! ¡Ah! Empiezo a ver claro. Eso..., Mescal...

-Yo le odio.

-¡Le odias, y vas a casarte con él! ¡Santo Dios...! Mira, Mescal: en mi aturdimiento había olvidado por completo que Snap tiene ya su esposa legítima.

-Sí; pero también olvidas que somos mormones.

-¿Lo eres tú? - inquirió Haré, ansioso.

-Como tal me han criado.

-Eso no es una respuesta. ¿Lo eres, sí o no? ¿Crees que bajo el cielo de Dios ningún hombre honrado debe tener más dé una esposa?

-No. Pero me han enseñado que eso nos da a las mujeres mayor gloria en la otra vida. Antes de llegar tú, hubo por acá otros hombres que me solicitaron, que -trataron de convencerme... y dudé... hasta que te vi. Después... ya supe.

-¿Y el Padre Naab no te libraría del compromiso?

-¿Librarme... él? ¡Vamos…! ¡Como que me hubiera tomado para sí, a no haberse opuesto decididamente la Madre María! Ella me detesta. Él fue quien me comprometió con Snap.

-¿Te quiere Augusto Naab?

-¿Quererme? No. Por lo menos, no de la forma que imaginas..., aunque acaso sí como a una hija. Pero los mormones proclaman que el amor viene para las esposas... después. Aunque es falso..., según he comprobado con cuantas casadas conozco. Ahí está la Madre Ruth, por ejemplo... Vive con el corazón destrozado. Me quiere mucho, y me hace confidente de sus desventuras.

-¿Cuándo se celebrará el... matrimonio?

-Lo ignoro. El Padre Naab me prometió para su hijo cuando regresé a casa, de vuelta de las tierras de los navajos. Se realizaría muy pronto si descubrieran que nosotros... ¡Jack, Snap Naab te mataría!

Esta repentina idea sobresaltó a la muchacha. Sus ojos evidenciaron el terror que la embargaba.

-Tal vez no me dejara yo matar tan fácilmente - comentó Hare con acento sombrío.

Las palabras se le escaparon contra su voluntad, como por efecto del medio ambiente en que se hallaba. Reaccionando al advertir lo dicho, trató de enmendarlo, añadiendo:

-Mescal, discúlpame..., pues involuntariamente puedo ser causante de tu infelicidad.

-¡No! ¡No! El estar a tu lado ha sido para mí como el contemplar el desierto desde el borde de la meseta la mayor dicha que he disfrutado jamás. Antes me agradaba reunirme con los niños, pero la Madre María me lo prohibió. Cuando voy por allá, que es de tarde en tarde, no se me permite jugar con las criaturas.

-¿Qué debo hacer? - preguntó Hare con pasión.

-No le hables al Padre Naab. Que ni sospeche siquiera lo que sucede. Pero tampoco me dejes aquí sola. -Hablaba en voz muy baja y lenta. No era una muchacha navaja la que en aquel instante se expresaba así. El amor había penetrado en profundidades hasta entonces no exploradas, y cierta rápida, suave impulsividad que demostraba la joven, hacía el contraste enérgico y vívido.

-¿Cómo puedo no dejarte, si él me necesita en los campos de crianza del ganado vacuno?

-No lo sé. Tienes que pensarlo. ¡Él está tan contento con lo que has hecho...! Aquí ha tenido mormones, y dos hombres que no pertenecían a su Iglesia, pero ninguno le sirvió para nada. Tú has estado muy enfermo, y, además, eres distinto. A mí me conservará con las ovejas todo el tiempo que pueda; por dos razones: porque, según dice, las manejo mejor que nadie, y porque Snap tiene aún que persuadir a su primera mujer para que me reciba en su casa.

-Permaneceré junto a ti, aun a costa de verme obligado a fingir que he sufrido una recaída en mi viejo mal -prometió Jack-. Me pasaré los días echado sobre la espalda y envuelto en mantas. Detesto la hipocresía, máxime con él, a quien tanto debo; pero, Mescal, prometida o no.... te amo, y no renunciaré a mis esperanzas.

Las manos de ella volaron de nuevo hasta la cara, tratando de ocultar su rubor.

-Mescal -continuó Hare-, deseo que me contestes a una pregunta. ¿Piensa Augusto Naab tratar de convertirme al mormonismo? ¿Es ése el secreto de su extraordinaria bondad?

-Desde luego, supone que más tarde o más temprano te harás mormón. Ése es su credo, su única religión. Ha tratado siempre de convertir a cuantos forasteros han estado aquí. Pero, aun sin esa esperanza, habría sido el mismo para todos. Desconozco el secreto de su bondad, aunque entiendo que es condición innata suya, porque es invariablemente bueno con todas las personas y hasta con todos los animales y las cosas. ¡Es tan generoso, Jack! Yo le debo cuanto soy y cuanto tengo. No consintió que los navajos me llevaran con ellos, cuando era pequeña; me crió con mucho cariño, cuidó constantemente de mi bienestar, y me educó lo mejor que pudo. No me es posible, pues, quebrantar mi promesa. Ha sido un padre para mí, y le quiero de veras.

-Yo también le quiero - contestó Hare, sencillamente.

Haciendo un esfuerzo se apartó de ella al fin, remontó la herbosa ladera y trepó muy, alto, hasta llegar a los amarillos peñascos. Allí sostuvo un combate consigo mismo. A despecho del encanto de la entrega de Mescal, y de la sinceridad del amor que él le profesaba, en su cerebro se imponían, como con fuertes martillazos, el sentimiento de la honradez, la conciencia del deber, la obligación del honor y la gratitud por la inmensa deuda contraída con el hombre que le 'había salvado la vida. Era una batalla encarnizada, que no podía decidirse simplemente con la aseveración de que lo justo era lo justo, y que tenía que prevalecer. Él amaba a Mescal, ella le amaba a él; y algo, nacido en su ser al recobrar la salud, con aquel hálito de la salvia y el enebro, con la rústica fragancia de la selva, con la contemplación de los purpúreos «cañones» y el silente atractivo del multiforme desierto, le hacía feroz y tenazmente apegado a cuanto la vida había venido a significar para él. No sentíase con ánimo para renunciar a su amada..., no podía hacerlo..., y sin embargo...

El crepúsculo ahuyentó a Hare de su elevado retiro. Encaminóse al campamento, exhausto y triste pero victorioso sobre sí mismo. Suponía haber decidido abandonar toda

esperanza respecto a Mescal... Volvía resuelto a ser leal con Augusto y con su propia conciencia. Y no permitiría que la amargura de su heroico renunciamiento le desviara del camino recto.

-Bien, Jack: hemos sometido va el último miembro de la manada de Silvermane -dijo Augusto mientras cenaban-. Los navajos vinieron a ayudarnos. Mañana tendrá ocasión de divertirse, cuando demos comienzo a la doma de Silvermane. Tan pronto como eso esté conluído me marcharé, dejando a los indios acá, para que se lleven a los otros caballos después de domarlos.

-¿Va a dejar a Silvermane aquí conmigo? -preguntó Jack.

-Seguro. Hombre, dentro de tres días, si no me equivoco mucho, estará más manso que un cordero. Estos caballos del desierto pueden convertirse en espléndidos animales de silla. He visto uno o dos. Quiero que usted permanezca aquí con el rebaño. Está mejorando tanto, que muy en breve le veremos fuerte como un tronco. Después, cuando en el otoño arreemos para abajo a las ovejas, comenzará su nueva existencia en los campos del ganado vacuno, cuidando novillos salvajes. Allí sí que se pondrá magro y duro como una barra de hierro. Y necesitará también ese caballo, muchacho.

-¿Por qué...? ¿Porque es muy veloz? -inquirió Jack, cogiendo al vuelo la velada insinuación.

Augusto asintió con un melancólico movimiento de cabeza, y dijo:

-Yo no poseo el don de adivinación, pero voy creyendo en el vaticinio de Martín Cole Holderness está construyendo un puesto avanzado pasa sus merodeadores cerca .de Seeping Springs. Carece de agua. Si trata de robarme la mía... La pausa no envolvía una amenaza; era sólo la muda confesión de la duda que de sí mismo experimentaba el recto mormón en aquel momento-. Además, Dene se está corriendo hacia acá, Se ha llevado algunas reses de Marshall, de unas tierras de pastoreo próximas a las mías. Dene se alzó con unas cien cabezas v el muy descarado ladrón las fue a vender en Lund, donde se las compró el agente de tina importante Compañía ganadera de Salt Lake City.

-¿Es, pues, abiertamente un bandido, un cuatrero? -quiso saber Hare.

-Todo el mundo le conoce como tal, Y, poco a poco, White Sage y su vecindad le, van resultando menos cómodos que antes. Cada vez que hace una visita, él y su cuadrilla se entregan a desaforados tiroteos. Ahora bien los mormones tardan en encolerizarse. Pero van despertando. Por todas partes, desde el Lago Salado hasta la frontera, han aparecido bandoleros. Nunca lograrán en este desierto el poderío que disfrutaban en las otras regiones de donde al cabo los han expulsado. Individuos del tipo de Holderness son más temibles y peligrosos. Es ranchero, egoísta, ambicioso, insaciable, sin escrúpulos, pera difícil de atrapar en actos de rapacidad y artimañas de felón. Dene es lisa y llanamente un malvado, un criminal vulgar, un pistolero. Él y todos los de su calaña serán arrojados de mala manera del territorio de Utah. Pero el otro es diferente. ¿Ha oído usted hablar de Plummer, John Slade, Boone Helm y otros varios forajidos?

-No.

-Bueno, eran hombres de cuidado. Plummer ocupaba el puesto de sheriff en Idaho: funcionario altamente estimado por sus conciudadanos, dirigía bajo cuerda la banda de criminales más audaces y desalmados que jamás se ha conocido en, el Oeste; e instigó al asesinato, o mató por su propia mano, a más de un centenar de personas. Slade era un pillo, pero donde ponía el ojo metía la bala, siempre con resultado mortal. Helm era una máquina de matar. Todos ellos probaron suerte en Utah, y tuvieron que salir de aquí. A Dene le ocurrirá lo mismo. Pero temo que tendremos que sudar un poco antes de que suceda eso. Y cuando ande usted en lo más duro de la brega, será cuando apreciará a Silvermane en todo su valor.

-Seguramente que sí. Pero aún dudo que llegue a verlo con silla y brida, comiendo avena como un caballo común, y dejándose conducir al abrevadero.

-Bien, pues, o' mucho me equivoco, o pronto lo verá acudir a usted, apenas le silbe llamándolo. Tiene usted que conquistar su cariño, Jack. Enséñele a obedecer al más ligero toqué déla rienda; a quedarse donde esté cuando tire usted la brida al suelo, y a acudir sin demora cuando le silbe. Recuerde siempre esto; se trata de un caballo del desierto, que puede vivir con pienso escaso y poca agua. Nunca le haga perder esas grandes virtudes. Jamás debe darle grano, si dispone de alguna hierba fresca, ni de beber hasta que realmente lo necesite, qué será la décima parte de lo que requiera un caballo manso de los corrientes. El día menos pensado puede usted hallarse en medio del desierto, y con esas cualidades de excepcional resistencia, Silvermane le sacará de apuros con la mayor facilidad.

A la mañana siguiente, Silvermane resoplaba desafiador en el corral de los cedros al aparecer por allí los Naab en compañía de varios indios y de Rare. Un miembro navajo, casi desprovisto de ropa, con la cara semejante a una máscara de bronce, por lo impasible, iba a horcajadas en Charger, el ruano de Augusto. La poderosa cabalgadura llevaba los ojos vendados, y por toda montura lucía una manta sobre el lomo, sujeta con una correa. El jinete tenía en las manos: un largo v grueso ronzal provisto de una gaza y un nudo. Apenas abrió Augusto la improvisada puerta, armada de agudas púas como bayonetas, hechas con las mismas ramas de cedro, penetró el indio en el corral. Los demás, simples espectadores de la escena que pronto se desarrollaría, treparon a la cumbre de una altura vecina. El enorme ruano se mostraba inquieto: golpeaba el suelo con las patas delanteras y trataba de librarse de la fuerte venda que le impedía ver.

Silvermane fue a refugiarse en el rincón más apartado del corral, y apretado contra el espeso ramaje de los cedros que formaban la cerca, observaba con atención a los recién llegados. El indio cabalgo alrededor del corral, acercándose cada vez más a su objetivo, pero aparentando no verlo. Dio muchas vueltas, aproximándose más y más, siempre con el mismo paso, seguro y constante. Silvermane salió de su rincón para meterse en otro. A los pocos minutos, siguiendo la misma táctica, Charger y el navajo rondaban de nuevo junto a su presa. Silvermane, nervioso, abandono la proximidad de las ramas, relinchando, girando de un lado para otro y mostrando, amenazadores, los relucientes cascos. Al cabo de una hora de hábiles evoluciones, el indio marchaba en círculo, teniendo al montaraz caballo en el centro, girando sin parar, amusgadas las orejas, los ojos despidiendo chispas, listo para la pelea. El círculo se estrechaba lenta pero seguramente.

De súbito, el navajo dirigió el ruano hacia Silvermane y le tiro el ronzal. Éste se abrió como un lazo, y la gaza cogió al caballo por la cabeza, se corrió hasta el nudo y quedo firme, mientras la cuerda se ponía tirante. Silvermane se irguió violentamente, agitando las manos en el aire, y el prolongado agudo grito que lanzó no fué relincho, bufido ni chillido, sino una mezcla de los tres. Volvió bruscamente a la posición normal, y no hirió a Charger con los cascos delanteros porque el otro evito el golpe gracias a un rápido movimiento de la grupa. El indio, con los músculos faciales ligeramente contraídos, empezó a cobrar cuerda, conservándola bien segura por medio de una vuelta en torno de su huesuda muñeca.

En medio de un torbellino de polvo, el ruano se aproximó gradualmente al gris, y éste arrancó de pronto a galope tendido, en desenfrenada carrera alrededor del corral. Nariz con nariz, compitieron ambos caballos en velocidad durante un buen rato, y cuando Silvermane vio que no podía escapar, abrió las mandíbulas, profirió un ronco bufido y trató de clavarle a su molesto acompañante los blancos y relucientes incisivos, tirándole un feroz mordisco. Pero el indio, alerta y prevenido, le plantó al agresor, tras de una oreja, el pie derecho, cubierto por el mocasín, obligándole a desistir del ataque. A partir de aquel instante, el ruano se pegó tanto a Silvermane, que la mitad del tiempo iba el navajo cabalgando en realidad sobre dos bestias. Si no hubiera sido por la rigidez de los brazos y el juego de las piernas, en

variable tensión, según lo requerían las circunstancias, el trabajo del domador hubiera parecido cosa trivial, tan diestro era 'él y tan perfectamente seguro se mostraba en su peligroso ejercicio. De pronto, lanzo un alarido a modo de aviso- Augusto abrió la puerta, y los dos caballos, pescuezo contra pescuezo, pasaron por ella como un rayo, desembocando en el llano.

-¡Magnífico! -grito Augusto-. ¡Déjalo correr de firme, Navy! Todo está concluído, Jack, menos la parte final del trabajo. Temí que Silvermane se ensartara en alguna rama puntiaguda de las que hay en el corral. Ahora ya no le sucederá nada malo.

Jack contemplaba a ambos caballos recorriendo el llano de un extremo a otro, a la velocidad máxima de que eran capaces; al llegar a la orilla del bosque, se volvían, para regresar con no menos rapidez. Silvermane tiraba del ruano, haciéndole ir más veloz que en toda su vida, pero el indio se mantenía invariablemente en su graciosa postura. La carrera aminoro algo a la segunda vuelta, y fué decreciendo más, milla tras milla, mientras el imperturbable jinete obligaba al ruano y al gris a seguir bien apareados, dejándoles correr a su albedrío.

Pasaba el tiempo, pero el interés de Hare por la doma del brioso animal no decaía ni un instante. Empezaba a comprender el método seguido por el indio, y se daba cuenta de lo que significaría para la indómita bestia aquel inexorable e inteligente contener y arrastrar sin tregua. Ni por un segundo podía Silvermane eludir al poderoso ruano, ni al apretado ronzal, ni al implacable navajo. El galope acabó por convertirse en trote, largo al principio, lento más tarde; y el trote lento pasó por último a ser un simple paso. Hora tras hora, sin' látigo, sin espuelas; sin pronunciar una sola palabra, el domador de mustangs persistió en su difícil tarea. Si había crueldad, era en su imperturbable y flemática paciencia, en su consciente propósito. Silvermane se hubiera matado en el transcurso de la primera hora; se hubiera hecho pedazos, corriendo a ciegas desatentadamente; pero el brazo de acero que lo sojuzgaba sólo le consintió que fuera fatigándose gradualmente; más y más, cada vez. Tarde ya, el navajo llevó al corral al agotado caballo, chorreando 'sudor, pudiendo apenas tenerse en pie, cubierto de espuma de arriba abajo; lo ató con el ronzal y lo dejó allí.

Pero después, Silvermane bebió en la artesa del corral, y no tuvo fuerza ni ánimo para oponerse a que su hábil dominador le acariciase la crin.

Al siguiente día, por la mañana temprano, el indio entró de nuevo en el corral, montado en Charger, que llevaba otra vez los ojos vendados. Sacó a Silvermane al llano y se lo hizo recorrer de un extremo a otro infinidad de veces, con una persistencia tenaz, despiadada. A mediodía 'lo volvió al corral, atándolo bien seguro. Silvermane quiso encabritarse y cocear, pero, antes de que supiera de lo que se trataba, tenía ya la silla sobre el lomo, con la cincha bien sujeta por las rápidas manos del navajo. Luego tornaron al llano, y Silvermane y Charger reanudaron la interrumpida serie de carreras, pero ahora el primero iba bien ensillado. Al comienzo de este nuevo ejercicio, la extrañada bestia trataba vanamente de huir del odioso objeto que le habían puesto encima; braceaba furiosa, demostrando de mil modos su resistencia y enfado. Pero todo fue inútil; pues al caer de la tarde regresaba al corral cansada y mustia:

En la mañana del tercer día apareció el domador solo, sin Charger, ató al gris de la manera que creyó más conveniente y lo ensilló. Después fue quitándole las ataduras, excepto la cuerda del cuello, que, haciéndola pasar por debajo de un brazuelo, le sirvió para derribar al caballo. Éste tocó la tierra, lanzando un quejido que pudiera interpretarse como la expresión de su propósito de no levantarse de allí jamás. Rápidamente, el domador apoyó una rodilla en la cabeza del postrado bruto; las diestras y oscuras manos ejecutaron un veloz movimiento; se oyó un chillido y el chocar de acero contra - hueso, p el- soberbio Silvermane recobró su posición natural, de un brusco salto, con el bocado del freno entre los dientes.

El navajo, firme en la silla, se levantó con él, y Silvermane, dando terribles botes, atravesó la puerta como una exhalación, galopando, desalado por el llano, con creciente velocidad. La blanca crin, ondeaba al viento; el semidesnudo jinete se mecía a impulso de la desaforada carrera, y, a poco, caballo y domador desaparecían entre los cedros del bosque.

No se les volvió a ver en todo el día. A la caída de la noche aparecieron en el claro. El indio cabalgó hasta el campamento y, desmontando, puso la brida en manos de Naab. No habló una palabra; su serena impasibilidad no invitaba al comentario. Silvermane estaba cubierto de polvo y manchado de sudor. Su plateada melena ostentaba la misma altiva belleza de siempre; su cuello, el mismo espléndido engallamiento; su cabeza, el mismo noble perfil; pero su fiero espíritu había sido domado.

-¡Aquí lo tiene usted, muchacho! -dijo Augusto Naab colocando las riendas sobre el brazo de Hare -. ¿No le pronostique que lo vería montado en un gran caballo gris? ¡Ah! Ya lo ve. Recíbalo, y no olvide que, desde ahora, es dueño del caballo más veloz que existe en todo el desierto.

## IX

Bien pronto quedaron solos los pastores, en medio de una quietud y apacibilidad sólo interrumpidas por los relinchos de los mustangs salvajes, el ulular de los cazadores y el chasquido de los herrados cascos al chocar en las piedras. El grito de algún águila, los balidos del rebaño y el ladrar de los coyotes fueron una vez más los ruidos familiares que acentuaban el tranquilo silencio de la meseta. A Hare le parecía que el tiempo había detenido su curso. Pensaba poco; toda su existencia estaba limitada a recibir las impresiones del exterior. Levantábase al amanecer, v nunca dejaba de admirar el espectáculo ofrecido por el sol al asomarse por detrás de los inmensos riscos; recibía con placer el contacto del agua fría de la fuente en las abluciones matinales; conducía a Silvermane por el bosque, y se estremecía de gozo cuando el noble bruto, en respuesta a su llamamiento, acudía solicito, golpeando el suelo con las patas maneadas, aprendiendo mejor cada día a demostrar su contento al ver a su amo. Cabalgaba en compañía de Mescal detrás del rebaño; cazaba durante horas seguidas, metiéndose en la fragante espesura de los cedros, entre la salvia y el enebro, y por las laderas cubiertas de frescos pastos. Regresaba al campamento con Mescal, ayudándola a azuzar el ganado, y otras veces hacía competir a Silvermane con Black Bolly, en el mismo llano donde el corcel gris, entonces en plena libertad, había sido derrotado por la ágil yegua negra. Después, el campamento, con su acogedora hoguera de vivo fuego y penachos de retorcido humo azulado; la abundante cena, que testimoniaba la eficacia de los viajes del diligente Piute a la hacienda del oasis; las puestas de sol, contempladas desde el borde de la meseta; el ilimitado y sempiternamente cambiante desierto; el susurro del viento en el follaje de los cedros; las brillantes estrellas, parpadeando en el cerúleo firmamento; y dormir a pierna suelta. Así, pasaba el tiempo sin sentirlo.

Mescal y Hare estaban juntos -o nunca muy alejados el uno del otro- desde la mañana hasta la noche. Hasta dejar a las ovejas encerradas en el corral, cada momento tenía su ocupación, consistente en trabajar en el campo, cuidar a los caballos, atender a los múltiples problemas del rebaño, etc. De modo que, al llegar el crepúsculo vespertino, tenían bien ganado el rato de reposo que disfrutaban en su observatorio. Únicamente el contacto de las manos servía de puente sobre el abismo que los separaba. Nunca hablaban de su amor, del futuro de Mescal, de la recobrada salud de Jack; una mirada y una sonrisa, apenas triste, y, sin embargo, no enteramente feliz, constituían la substancia de su ensueño. Antes Jack solía hablar del «cañón» y del desierto, mas ahora raras veces los mencionaba. Pero, en ciertos

momentos, cuando por asociación de ideas recordaba el pasado y advertía lo extraño de su situación actual experimentaba la necesidad de interrogar a Mescal.

-¿En qué piensas? -le preguntaba, curioso, interrumpiendo su mutuo silencio.

Ella se reclinaba contra las rocas, pertinaz en su mutismo, inmutable, tranquila, mirando al desierto, sin verlo realmente. Los reposados ojos, llenos de pensamiento, de tristeza, de misterio, parecían sondear la lejanía.

Después se volvía hacia él con sorpresa y expresión inquisitiva, siendo su respuesta por demás enigmática.

«¿Pensando...?», preguntaban sus ojos.

-No estaba pensando -eran sus palabras.

-Imaginé... no sé exactamente qué cosa -continuó Jack-. ¡Tenías un aspecto tan serio! ¿Alguna vez se te ha ocurrido la idea de volver con los navajos?

-No.

-¿O de atravesar el Desierto Pintado, yendo a algún lugar que pareces conocer o ver desde aquí?

-No.

-Ignoro la causa, Mescal, pero algunas veces me vienen pensamientos extrañísimos, cuando te sorprendo con los ojos fijos, mirando, mirando... Pareces sentirte feliz y desgraciada al mismo tiempo. Tú alcanzas a ver, allá a lo lejos, las cosas que para mí no existen. Tus ojos están hechizados. Creo que si me asomara a ellos distinguiría en su fondo el sol poniente, las nubes mudando de color, las sombras crepusculares adoptando mil formas distintas; y, detrás de todo ello, el secreto que me ocultas..., el misterio de ti misma... ¡Oh, no acierto a explicarme!, pero me parece que es así.

-Yo no tengo ningún secreto, excepto el que ya conoces -contestó la joven-. Me preguntas, con frecuencia, «en qué estoy pensando», y siempre me lo preguntas cuando estamos aquí. - Guardó silencio un instante; luego continuó -: No pienso, en absoluto, hasta que tú me haces caer en ello. Es hermoso lo que se ve allá lejos, pero no es la hermosura lo que me atrae. No sé cómo decirlo. Cuando me siento aquí, todo en mi interior se... se sosiega, se calma, se paraliza. Contemplo lo que tengo delante... y es diferente de como lo veo ahora, que me haces pensar. Yo observo simplemente, y veo; eso es todo.

Después de esta explicación, Hare se dio cuenta, con algo de sorpresa, que aquel mirar de la muchacha, sin propósito determinado, pero que la satisfacía por entero, había venido a constituir, para él también, parte de su ocupación habitual. Le resultaba incomprensible, pero dedujo una conclusión antojadiza y fantástica (que en vano trató de desechar): que les iba a ocurrir algo allá lejos, en el desierto.

Y después se dio cuenta de que, cuando regresaban al campamento, ambos parecían librarse de la fascinación de la inmensidad desértica. Junto a la hoguera, el círculo de luz proyectado por las llamas quedaba encerrado por las tinieblas, y lo vasto de su ambiente salvaje, porque a causa de la hora no podía verse, perdía su efecto paralizante. Hare, por la fuerza del hábito, empezó una de sus interminables charlas. A Mescal se le había desarrollado una vivacidad, un ansia de saber, que contrastaba violentamente con su modo de ser callado; se había vuelto vivaracha, curiosa, «humana», como las otras jóvenes que Jack había tratado en el Este, y le fascinaba todavía más por aquella complejidad.

Las lluvias de julio no cayeron; las brumas y lloviznas dejaron de presentarse; el rocío faltó, cesando de refrescar la hierba, y el ardiente sol comenzó a molestar considerablemente a pastores y ovejas. Unos y otros buscaban la sombra. Las flores fueron las primeras en secarse..., perecieron todas las campánulas, y se agostaron totalmente el espliego, las velloritas, los lirios de corola amarillo pálido, y hasta los cardos de penachos blancos. Sólo lucían el color magenta oscuro de los cactos y el bermellón de los «pinceles indios», flores del sol, extraordinariamente resistentes. Día tras día, los pastores escudriñaban el cielo,

tratando de descubrir nubes precursoras de tormenta, que no se presentaban. El caudal de la fuente fue disminuyendo en forma alarmante. Por último, la acequia que llevaba el agua al corral se secó por completo, y la superficie de la laguna se contrajo gradualmente. Entonces Mescal mandó a Piute en busca de Augusto Naab.

Éste se presentó en la meseta al día siguiente, con Dave, y al punto ordenó el abandono del campamento.

-Lloverá algún día -dijo-, pero no podemos aguardar más. Dave, ¿cuándo viste por última vez el abrevadero de la Estrella Azul?

-Durante el viaje de regreso desde Silver Cup, hace diez días. El charco estaba bien lleno en esa fecha.

-¿Habrá ahora agua suficiente?

-Tendremos que arriesgarnos a que salga lo que saliere. Aquí no tiene el ganado dónde beber, y no existe agua de ninguna clase en las tierras altas; por lo tanto, no se puede llevar allá el rebaño. El único recurso que nos queda es bajar hasta la Estrella Azul.

-Así es -aprobó Augusto. Sus temores necesitaban confirmación, porque sus esperanzas influían en su juicio, hasta que no quedaba esperanza alguna-. Siento no haber traído a Zeke y a Jorge. La operación va a ser difícil, aunque tenemos a Jack y a Mescal para ayudarnos.

A pesar del sofocante calor, Augusto no perdió ni un minuto. Pusiéronse inmediatamente en marcha. Piute, a pie, guiaba, y el rebaño, acostumbrado a seguirle, tomó el camino sin dificultad. Dave y Mescal cabalgaban a los costados, y Augusto, con Jack, iban detrás, con la recua de burros de carga. Lobo daba vueltas alrededor de todos, manteniendo el orden en los flancos, atajando a los corderos que se desmandaban, siempre vigilante, haciendo que la marcha fuera ordenada y rápida.

El camino, en los campos altos, era ancho y de fácil subida; al principio ondulaba en la proximidad de los riscos, y la parte siguiente trepaba por extensas laderas. Se bifurcaba antes de la cumbre, donde, oscuros picos se destacaban contra el cielo: una de las bifurcaciones ascendía, y la otra, que tomó Piute, seguía hacia abajo. No admitía que la vista fuera muy lejos, pues a cada paso la obstruían obstáculos, pero había ocasiones en que Hare podía ver una curvada corriente de ovejas hasta de media milla de largo, descendiendo. Una vez iniciado el descenso, no había medio de contener el rebaño; esto era tan claro, como lo difícil de la tarea de Piute. Había momentos en que Hare hubiera podido dejar caer un guijarro directamente sobre la cabeza del indio, y, sin embargo, entre ellos dos se extendía una línea formada por más de tres mil reses. El polvo se levantaba en espesas nubes; la grava y el esquisto resonaban en las inclinadas cuestas; el chas, chas, chas de las pequeñas pezuñas repiqueteaba sin cesar, y el constante bee-bee-bee llenaba el aire. Salvo por algún que otro desvío de corderos, que se salían del camino, y por tal cual apretujamiento de ovejas en los recodos, todo iba a pedir de boca. Hare notaba complacido que, en estos casos, los pequeños transgresores regresaban en seguida, balando, junto a sus madres, y los agolpamientos se resolvían inmediatamente, no sin peligro para los animales, a cada nueva revuelta de la senda, pero sin que, afortunadamente, ocurriera el menor percance. Se alegró también cuando, a través de una amplia brecha, divisó a lo lejos (después de seguir con la vista las paredes de un vasto desfiladero) una pendiente que conducía hasta las tierras rojas de abajo, donde el rebaño estaría en breve bien seguro y en terreno llano.

Un golpe de aire, tan caliente como si proviniera de un horno, le azotó el rostro. Venía de la mencionada brecha cargado de polvo, v arrastraba, además del olor característico de la polvareda y el hálito de la vegetación desértica, un soplo húmedo y desagradable.

Las ovejas, una vez en el llano, se agruparon, y los conductores fueron situándose en las posiciones más ventajosas para proseguir la marcha. La ruta continuaba bajo los enormes salientes de inmensos peñascos rojos, entra la base de éstos y formidables pedazos

desprendidos del murallón caídos a distancias irregulares. El viento había barrido las piedras pequeñas y abatido trozos grandísimos, excavando huecos en la roca viva. Esta zona peñascosa se unía a otra, que hacía con ella un extraño contraste: la acentuada pendiente de arena roja que fluía desde el «cañón».

Piute guió el rebaño por la izquierda, hasta un anfiteatro, y allí se detuvo. Las ovejas formaron un compacto grupo en la curva de la gigantesca muralla.

Poco hacía que habían hecho alto, cuando apareció Dave, al galope, encaminándose hacia el lugar donde estaban Augusto y Jack, y antes de alcanzarlos, gritó:

-¡Han cegado la charca!

-¿Qué? -inquirió, también gritando, su padre.

-Que está tapada, llena de piedras y arena.

-¿A causa de algún atierre?

-Creo que no. Por aquí no ha llovido nada.

Augusto espoleó al ruano, reunióse con su hijo, y ambos partieron a escape, seguidos de cerca por Hare, yendo a detenerse los tres en una fangosa ribera. Lo que antes fuera una charca de agua abundante, estaba ahora convertida en un confuso montón de esquisto, fragmentos de roca, grava y arena. No había agua alguna, y a lo lejos balaba el sediento ganado. Augusto descabalgó, para subir a la parte alta que dominaba aquel sitio y examinar bien el terreno. Pronto se le vio volver, dando grandes zancadas, cerrados furibundamente los ciclópeos puños y agitando la grisácea melena, como un león.

-¡He descubierto las huellas! -rugió-. Alguien ha subido para hacer rodar peñascos y provocar un desprendimiento. ¿Quién ha podido ser?

-La gente de Holderness. Hicieron lo mismo con Martín Cole, en el abrevadero de Rocky Point. ¿Qué tiempo tienen las huellas?

-Acaso dos días. No los alcanzaríamos ya. ¿Qué podemos hacer?

-Algunos hombres de Holderness son mormones, y otros, buenos muchachos. Si supieran lo que ha pasado, no lo tolerarían. Alguien debería ir allá y contarles esto.

-Eso es: y exponerse a que le maten a uno los bergantes que el otro tiene a sueldo para que ejecuten sus canalladas. No; de ningún modo. Esto no significa gran cosa en sí, pues raras veces usamos este lugar; apenas si un par de días al año, cuando pasamos con el rebaño. Pero me hace temer por Silver Cup y Seeping Springs.

-Pues yo también temo por las ovejas si no cambia el viento.

-¡Ah! ¡Es cierto! Me había olvidado del olor del río. No será muy fuerte esta noche. Podríamos aventurarnos, si no fuera por la faja de arena. Acamparemos aquí ahora, v continuaremos mañana, al amanecer.

El sol se ocultó, al ponerse, detrás de un velo carmesí; un mortecino resplandor se abrió en forma de abanico en el horizonte; el crepúsculo fué destiñéndose gradualmente, hasta convertirse en tinieblas; la fuerza del viento amainó, y Augusto Naab, inquieto y preocupado, paseaba de arriba abajo delante de su cansado y sediento rebaño.

-Quisiera saber -le dijo Jack a Dave- por qué esa gente ha inutilizado la charca.

-Holderness nos quiere privar del manantial de Silver Cup y este depósito de agua estaba a medio camino. Probablemente ignoraba que teníamos las ovejas allá arriba, pero aunque lo hubiera sabido, no le hubiera importado. Se ha propuesto arrebatarnos nuestros campos de pastoreo, y no reparará en los medios para conseguirlo. El porvenir se nos presenta negro. Padre nunca afloja; jamás desespera de nada. No cree todavía que estamos expuestos a perder nuestra agua.

-Si Holderness se mete en Silver Cup, ¿cómo se las compondrá para robar los campos y el agua de propiedad ajena?

-Primero edificará una cabaña, y en seguida mandará vaqueros, con ocho o diez mil reses.

-Está bien; pero, ¿esos vaqueros impedirán que ustedes usen el agua que es suya, o que dispongan de su ganado como mejor les acomode? - inquirió de nuevo Jack.

-Abiertamente, no. Cuando estemos presentes, fingirán recibirnos como amigos, y en cuanto volvamos la espalda nos robarán el ganado. Vea, nosotros somos nada más que cinco, en total, para vigilar los campos, y se necesitarían, por lo menos, cinco veces otros tantos para guardar debidamente nuestra hacienda.

-¿De modo que no pueden evitar el atropello?

-Sólo hay un medio -respondió Dave tocando significativamente la negra culata de su Colt-. Holderness piensa que puede echarnos tierra a los ojos con hablar de la gran Compañía ganadera que lo emplea. Él es la Compañía, y está a partir un piñón con Dene.

-Supongo que si su padre y ustedes fueran adonde Holderness se ha metido sin derecho, y le dijeran que se marchara, habría pelea.

-No podríamos llegar hasta él si fuéramos juntos. Uno solo, acaso lograra verle, especialmente en White Sage. Si todos nos presentáramos en su rancho, tendríamos que batirnos con su gente, antes de llegar a los corrales. Usted mismo va a sufrir muchos tropiezos cuando nos acompañe en nuestro trabajo, y si se le ocurre visitar White Sage, le recibirán de un modo que no olvidará fácilmente. Allí le siguen llamando «el espía de Dene», y los cuatreros esperan atraparle algún día. Aunque a mí, en su lugar, maldito lo que me preocuparía eso.

-¡Hombre, me gustaría saber por qué! -exclamó Hare riendo

-Pues mire: porque, si es como los otros gentiles que han andado por Utah, no tendrá escrúpulos en desenfundar para atacar a un semejante. Padre asegura que es usted habilísimo en esa maniobra, y tan rápido como él. Además, dice que, con el rifle, es el mejor tirador que ha visto, y, por añadidura, ese rifle que tiene usted, de cañón tan largo, alcanza hasta una milla. Por lo tanto, si llega el momento de andar a tiros..., bueno, usted no es manco. Y si las cosas se ponen feas, y hay que huir, ¿quién va a alcanzarle, en ese caballo de la crin blanca? Jorge y yo hemos estado hablando respecto a usted, y nos alegramos mucho de que se encuentre bien ya, y de que pueda acompañarnos en nuestras faenas.

Hasta muy tarde de la noche estuvo Jack Haré pensando en esta conversación, que le había abierto una amplia perspectiva de la existencia de vaquero, en la cual entraría pronto. Trataba de silenciar la voz interior que le acuciaba, impaciente y temeraria, para que cuanto antes diera comienzo a las largas excursiones por los vastos campos de pastoreo, combatidos por el rudo viento. Los años de enfermedad y sufrimientos pasados acudieron a su memoria, y rememoró el estrecho cuartucho de otros días, donde, a la luz de la modesta lámpara, leía, con lágrimas en los ojos, relatos de la vida rústica, y sus ansias de aventura se amargaban con la triste certidumbre de que aquellas cosas no eran para él. Y ahora, ¡qué maravillosa se le ofrecía la vida! Por fin iba a gozarla en toda su plenitud. La estaba gozando yo. Dormía a campo raso, con el cielo por techumbre. Miró el agreste farallón negro, alto como una montaña, con su agujero abierto por el viento, en forma de estrella, y sintióse en el umbral del desierto, con aquel sutil misterio que le aguardaba. Sabíase próximo a la enérgica acción en los campos de crianza, en compañía de aquellos sombríos mormones, expuesto a los mismos peligros, haciendo causa común con ellos, compartiendo su ruda existencia. ¿Y respecto a su amistad, a su confianza? ¿La merecía él? ¿Les fallaría en caso de apuro? ¡Qué hombre tendría que llegar a ser para mostrarse digno de la ingenua estimación que le demostraban! ¿Era porque había recobrado la salud y la fuerza, porque sabía tirar muy bien, porque montaba diestramente el caballo más veloz de aquellos contornos? ¿Eran éstas las razones de su amistad? No; aquello sería, a lo sumo, el fundamento de su confianza. Naab le quería. Mescal le amaba. Dave y Jorge le trataban como a un hermano.

-Les sacrificaré mi vida si es preciso -murmuró.

Los balidos de las ovejas anunciaron el alba de un nuevo día. A la luz de los primeros destellos del sol comenzó la marcha sobre la arena. Al abrigo de los farallones, la sombra era fresca y agradable; no soplaba el viento; el rebaño avanzaba con rapidez. Pero la quebrada zona de sombra quedó luego a un lado, el sol acrecentó su rigor, y se levantó en breve la ventolina. Una rojiza polvareda, formada de arena finísima, envolvía a pastores y animales, cuyo avance resultaba penoso. Piute caminaba con trabajo a la cabeza de la columna, conduciendo al morueco-rey, el viejo Socker, jefe de la numerosa manada; Mescal y Hare cabalgaban a la derecha, volviendo casi constantemente la cara para defenderse de las frecuentes rachas cargadas de molesto polvo; Augusto y Dave cubrían la retaguardia, y Lobo, como siempre, acudía solicito a todas partes, cuidándose con frecuencia de meter en cintura a los recalcitrantes. La primera hora de la expedición transcurrió sin señal alguna de zozobra; y con la mitad del recorrido de cinco millas ya vencido y dejado a la espalda, la robusta voz de Augusto Naab sonaba más alegre. El sol calentaba más cada vez. Otra hora, y la historia fué bien diferente... Las ovejas daban claros indicios de agotamiento: había que estimularlas, a fuerza de látigo, a empujones con los caballos y mediante los amenazadores ladridos del fiel Lobo. Durante las frecuentes ráfagas de aire saturado de arena se paraban por completo v no había modo humano de hacerlas mover. Así fué lentamente arrastrándose el tiempo. El rebaño se desparramó en una línea irregular; muchos carneros rehusaban proseguir hasta que lo tenían por conveniente; docenas de ovejas se echaban al suelo en procura de descanso; los corderos caían desfallecidos. Pero todo tiene término, y también lo tuvo el árido y movedizo arenal. Al cabo, Augusto Naab logró ver a los últimos rezagados sobre piso firme, en el pedregoso terreno que se extendía más allá de la terrible faja de arena roja.

El sol había pasado por el meridiano hacía cerca de dos horas; las rojas murallas del desierto iban notándose más cercanas, a ambos lados; la brecha en forma de V por donde corría el Colorado era ahora bien visible. El camino era ancho y expedito; la distancia, corta; sin embargo, Augusto Naab volvía a menudo la cara en dirección al «cañón» y sacudía la cabeza, como temeroso de algún serio contratiempo.

Pronto advirtió Hare que las cansadas bestias se comportaban de una manera nueva y singular para él. Se agrupaban densamente, en un grandísimo pelotón, empujándose unas a otras hacia delante; muchas levantaban el hocico por sobre la grupa de las que les precedían, y balaban. No iban ya con su sostenida y calmosa prisa habitual, sino que parecían nerviosas, excitadas, y continuamente miraban al Oeste, hacia el «cañón», con las narices para arriba. En la cumbre de la primera eminencia que escalaron, Hare oyó que Silvermane resoplaba como cuando se le conducía al abrevadero. El viento traía olor a agua. Hare percibió aquel olor húmedo, pegajoso. Las ovejas lo habían olfateado mucho antes, y_ al experimentar su influencia más de cerca, con mayor intensidad, rompieron todas a balar desesperadamente, a correr más de prisa, a atropellarse sin tino.

-¡Vamos a tener que bregar de firme! Manténganlas reunidas y en marcha. ¡Hagan volver pronto a las que se desvían! -ordenó Augusto.

Lo que había sido una columna bastante ordenada se trocó en un confuso tropel. Y la cosa podía pasar mientras los animales no abandonaran el camino que debían seguir. Piute tuvo que apartarse a la derecha para evitar que lo derribaran y pisoteasen. Mescal corrió a reemplazarlo. Hare, siguiendo las instrucciones de Dave, recorría un flanco, atajando para dentro a las reses desmandadas. Augusto restallaba sin cesar el látigo detrás de aquella baraúnda. Por espacio de media milla se mantuvo el rebaño en la debida dirección; luego, de súbito, y como de común acuerdo, giró en masa hacia la derecha. Esta evolución casi enloqueció a Augusto y Dave. A galope tendido pasaron al frente, y a viva fuerza obligaron a las primeras filas a volver sobra sus pasos. Pero entonces la retaguardia repitió el movimiento dominado al otro extremo.

-¡Háganlas volver! -bramó Augusto.

Hare cargó por su lado, y con ayuda de Silvermane batió a las descarriadas, asustándolas y metiéndolas en línea. Lobo nada podía contra las desobedientes; hacía falta dominarlas con el poder del caballo. Todo a lo largo de este flanco, los hocicos apuntaban para fuera; acá y allá, algunas ovejas, más atrevidas que las demás, saltaban, desprendiéndose del rebaño, para convertirse en conductoras de pequeñas manadas insurrectas, que aumentaban rápidamente en número y avanzaban moviendo a sacudidas los lanudos lomos. Mescal atendía a un sitio; Hare, a otro; Dave, a otro, y Augusto Naab, con su ruano, tronaba constantemente, recorriendo la deshecha línea. Entre tanto, a pesar de los desesperados esfuerzos de los pastores para dominar a las insubordinadas bestias, continuaba la desbandada, cada vez más rápida, hacia el Este, avanzando sin parar en dirección al «cañón». Ambos lados sacaban ventaja en su favor, pero el rebaño ganaba más terreno hacia el «cañón» de lo que los conductores conseguían hacerlo progresar hacia el oasis.

Por los roncos gritos de Augusto, por la cara seria e - incesante actividad de Dave y por el creciente barullo, Hare entendía que algún terrible peligro amenazaba al rebaño; pero no acertaba a comprender cuál sería. Hasta él llegaba claramente el bramido de la correntada del río, y, sin duda, también lo oían los soliviantados animales. Éstos se empujaban locamente; habíanse vuelto de todo punto ingobernables a causa del olor y el ruido del agua. Tenían los ojos enrojecidos como ascuas, y las lenguas colgantes. Corrían sin tino, sin objetivo aparente, yendo a ciegas detrás de sus improvisados jefes de pelotón, los cuales eran arrastrados por el olor de la cercana corriente. Y los pastores luchaban sin tregua para contenerlos, echándoles los caballos encima, adelantándoseles para dominarlas desbandadas y girando luego a escape hacia atrás, para atajar otras insubordinaciones.

La tumultuosa marcha llegó a ser una verdadera derrota, confusa y embarullada. Hare, sin amilanarse ni por un segundo, andaba en lo más espeso de la polvareda y el desorden: metido en medio de la aterrorizada muchedumbre de ovejas que saltaban alocadas, y que, a cada momento, formaban nuevas y mayores corrientes dispersas. Cabalgaba a derecha e izquierda, pasaba al frente o a la retaguardia, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, disparaba al aire su estruendoso Colt... El polvo se le metía por la boca y narices, casi asfixiándole; el sol le quemaba la piel; los pequeños guijarros que volaban por todas partes le arañaban las mejillas... Una vez columbró fugitivamente a Black Bolly en el centro de una rebujiña de polvo y ovejas; el mustang de Dave lo veía a ratos, borroso, moviéndose sin cesar; el ruano de Augusto parecía ser doble. Después, Silvermane, por iniciativa propia, salió de aquel infierno, tomando la delantera.

Las ovejas casi habían ganado la victoria: todos los ansiosos hocicos apuntaban en dirección al agua; nada podía oponerse a la desatentada carrera, mas todavía los Pastores resistían infatigables, acometiéndolas, bregando por todos lados, sin dar muestras de cansancio, sin perder aún la esperanza de imponerles su autoridad.

Al llegar al último declive, donde una suave pendiente conducía hasta la negra sima que daba frente al desierto, la derrota se trocó en velocísima estampida. Ambos flancos se desplegaron, la línea se alargó considerablemente, v alrededor de los luchadores caballos - sumergidos hasta las rodillas en lanudos lomos - se dividían un instante los arrolladores torrentes, para unirse en seguida, rebasado el obstáculo, y proseguir su violento curso, como un irresistible río desbordado. Mescal, no sin esfuerzo, sacó a Bolly fuera del peligro inminente; Dave escapó por la -derecha; Augusto y Hare fueron arrastrados por la viviente inundación, hasta que sus cabalgaduras, a la vista del negro y profundo «cañón», se plantaron en firme, como si se hubieran convertido en rocas.

-¡Se lanzarán al abismo! -gritó Hare, horrorizado. Su voz volvió a él como un murmullo.

Augusto Naab, chorreando sudor, embadurnado por el rojizo polvo, con rostro zahareño, flotándole al viento las canosas guedejas, levantó los brazos al cielo, en desesperado y silencioso ademán.

La dilatada línea de cabeceantes formas lanudas se encrespaba como la cresta de una gigantesca ola amarilla, avanzando sobre la orilla del «cañón». Con terribles tumultos de cascos y ensordecedores balidos, las insensatas bestias se volcaron dentro del inmenso precipicio... Y surgió de las entrañas de éste un horroroso fragor, semejante al estruendo de un alud.

¡Cuán interminable parecía aquella fatal zambullida!

La postrera fila de ovejas, apretadas contra las que las precedían, y, sin embargo, impelidas por el instinto de vivir, volvieron los ojos, demasiado tarde, hacia la orilla que acababan de abandonar arrebatadas por el impulso que traían.

El espeluznante ruido cesó al fin; su eco, embozado y cavernoso, fué devuelto por los farallones; luego se propagó a lo largo del «cañón», para mezclarse por último con el hosco, sordo, continuo mugir de los reciales.

Hare hizo girar el caballo para alejarse del estrecho recinto circundado de escarpadas murallas de roca. No vio, ni quiso ver, qué profundidad tenía el precipicio.

Iba va de regreso, cuando sus ojos distinguieron a un corderillo navajo que, cojeando lamentablemente, seguía las huellas del perdido rebaño, directo hacia el «cañón., tan decidido como su madre en su ciego propósito. Desmontó y se apoderó del pequeño rezagado, descubriendo, con alegría y sorpresa, que llevaba al cuello una campanilla atada con un cordel.

Era el cordero favorito de Mescal.

## X

Los pastores llegaron a su casa del oasis aquella noche, y al día siguiente la tragedia del rebaño era ya cosa del pasado. Ninguna otra circunstancia, en los cuatro meses que llevaba Hare con los Naab, le había afectado tanto como la inopinada, rápida e inevitable desaparición de las ovejas; ninguna otra cosa le había hecho conocer tan a fondo la naturaleza de la gente que habitaba aquel país de abruptas alturas e insondables abismos. Recordaba vívidamente el magnífico gesto de resignada desesperación de Augusto; y ahora éste se mostraba alegre y comunicativo, como si nada hubiera pasado, pues no daba la menor señal de sentir tan considerable pérdida. Sus tareas eran muchas, y cuando terminaba una, acometía otra inmediatamente. Si Hare no hubiera tenido ya bastantes pruebas del modo de ser y de sentir de los mormones, acaso hubiera creído que su generoso protector era un hombre de endurecido espíritu. Pero lo cierto era que Augusto Naab confiaba en Dios y en sus semejantes, y ponía el alma entera en aquello que tenía que ejecutar, fuera lo que fuese. La tragedia de las ovejas sólo había sido un simple accidente en una vida que tantos y tan diversos había tenido... Y Hare no podía menos de sentir hacia semejante persona un profundo respeto, mezclado con sincera admiración y con algo de espanto.

Mescal estaba triste y Lobo compartía su tristeza. Pensaba la muchacha que iba a quedar sin ocupación, pero ella y el fiel perro se reanimaron cuando Augusto dio a conocer su propósito de cruzar el río e ir al territorio de los navajos para negociar con ellos la adquisición de un nuevo rebaño. Naab comenzó sus preparativos sin tardanza. Las crecidas ocasionadas por los deshielos habían pasado ya; el nivel de las aguas del río era bajo, y se proponía traer las reses que adquiriera antes de que se presentaran las lluvias del verano. También deseaba averiguar qué era lo que mantenía a su hijo Snap tanto tiempo entre los indios.

-Voy a llevar conmigo a Billy, y saldremos en seguida -dijo- Dave, ve a reunirte con Jorge y Zeke en los campos de Silver Cup. Que te acompañe Jack. Marcad todo el ganado que podáis antes de que vengan las nevadas. Evitad a Dene si apareciera por allá y rehuid todo encuentro con la gente de Holderness. No quiero peleas. Pero andad con los ojos bien abiertos y fijarse cuanto hagan ellos.

Para Hare fué un alivio el que todavía no hubiera regresado Snap al oasis, pues experimentaba una sensación de libertad que de otro modo no hubiera sentido. Se pasó todo un largo y apacible día veraniego en la huerta y en los viñedos. La estación de la fruta se hallaba en todo su apogeo. Las uvas, las ciruelas, las peras y los melocotones estaban maduros y tenían un aspecto delicioso. Los niños, que en aquella época del año gozaban del período de vacaciones, invadían los árboles, igual que pájaros; la Madre Ruth solicitó los servicios de Jack para recolectar el fruto de los perales; Mescal también vino, para recibir las doradas peras que él le arrojaba desde arriba, y le sonreía amablemente; Lobo y Noddle hicieron asimismo acto de presencia; Black Bolly asomaba el negro hocico por encima de la cerca pidiendo manzanas con breves relinchos; los pavos comunes vagabundeaban de acá para allá; los pavos reales desplegaban su vistoso plumaje, y las gallinas de Guinea corrían como perdices. Salvo por los ceñudos farallones rojos, Hare hubiera olvidado dónde estaba. La sabrosa fruta, los alegres chillidos de los niños y las regocijantes risotadas de las niñas le recordaban placenteramente los picnics otoñales de lejanas épocas. Pero ante aquellas elevadas murallas rocosas, llenas de profundas cicatrices causadas por vientos furiosos, no le era posible olvidar.

Aquella noche trató Hare de ver a Mescal a solas aunque fuera sólo un momento, para contemplarla a sus anchas sin testigos, para deslizar en su oído algunas palabras, para decirle adiós; pero le fué imposible.

Por la mañana salió por la puerta del lado de los farallones, en compañía de Dave, con los caballos de carga, sintiendo en el corazón una sorda pena; porque en medio del clamoroso grupo de niños y mujeres que les despedían columbró a Mescal diciéndoles adiós con la mano y dirigiéndole una mirada tan expresiva, que la conservaría en la memoria para siempre. ¿Qué podría ocurrir antes de que él regresara, si es que regresaba alguna vez? Porque ahora sabía, con tanta certidumbre como que iba montado en Silvermane, que allá lejos, envuelta en el deslumbrante resplandor del desierto y en la blanca claridad de las faldas del Coconina, le aguardaba la verdadera vida rústica, con todas sus salvajes seducciones. Y apretó los dientes, y cerró los párpados, y le hizo cara a aquella nueva existencia con ansioso júbilo, que contrastaba extrañamente con la congoja que llevaba en el pecho.

Aquella mañana el viento soplaba del Oeste; no se notaba el olor de las aguas del río, y Hare pensó en la fatalidad con que tropezaron cuando traían el rebaño, y que excepcionalmente, aquel preciso día, hizo que la brisa húmeda enloqueciera a las ovejas haciéndolas lanzarse al precipicio por cuyas cercanías marchaban ellos en aquellos momentos. Pronto dejaron atrás aquellos lugares y la faja de traidora arena, siguiendo por entre el laberinto de peñascos donde estaba la Estrella Azul, y, más allá, por la cadena de bajos mogotes formados por aluviones blancos y áridos, Silvermane llevaba la delantera. Jack había comprobado ya que su magnífica cabalgadura no toleraba que le precediera ningún otro caballo. Su paso era rápido, sostenido, infatigable. Dave montaba su bestia preferida un fuerte caballo de los que criaban los indios navajos, mustang a medias, que tenía que ser gobernado con rienda firme. La recua de animales de carga se extendía un buen trecho, detrás, trotando lealmente, con los blancos fardos, que semejaban gibas de dromedarios, balanceándose con el ritmo de la andadura. Jack y Dave acortaron el paso de sus caballos al pie de la pedregosa línea divisoria. Era una subida de varias millas, tan larga, que no parecía empinada. Allí se les unió la cargada recua, y en lo sucesivo se mantuvo cerca de los dos jinetes.

Desde la amplia y desnuda cumbre vio Jack los campos del valle de Silver Cup, con ojos que, al parecer, magnificaban el sinuoso camino, el vasto murallón rojo, las verdes laderas, los manchones de salvia y los grupos de ganado. Después reflexionó en que, por espacio de varios meses, Había disfrutado de una visión inextinguible, había aprendido a ver, habituándose sus ojos a juzgar las distancias y las dimensiones.

El manantial de Silver Cup yacía en un lugar de brillante verdor muy próximo, debajo de una brecha abierta en la peñascosa cuesta, que pronto perdía su coloración gris, porque el desfiladero quedaba cercano a la escabrosa falda, poblada de cedros, del Coconina.

El campamento de los hermanos Naab estaba situado sobre un farallón, en una oquedad, entre dos secciones de peñas. Bien protegido contra los vientos del Norte y del Oeste, existía un terreno herboso, desde donde se abarcaban con la vista el valle y los diferentes senderos que desembocaban en él. Dave y Jack recibieron la más cordial acogida por parte de Zeke y Jorge, y Silvermane fué objeto de muchas demostraciones de admiración. Especialmente Zeke, que más de una vez había visto al soberbio corcel gris, y tratado de capturarlo, no se cansaba de dar vueltas y más vueltas en torno del hermoso bruto, acariciándole la espléndida melena plateada, palpándole los robustos músculos pectorales y palmeándole los flancos.

-Bien, bien, Silvermane -decía-. ¡Y pensar que yo viviría lo bastante para verte llevando silla y brida! Eres más grande aún de lo que yo creía. ¡Hare, esto sí que es un caballo! Nunca habrá otro igual en este desierto. Si lo ve Dene, es capaz de perseguirlo hasta la Gran Hoya Salada, para adueñárselo. Dene se vuelve loco por los caballos veloces. Él es de Kentucky, según me han dicho, y sabe apreciar un caballo de mérito apenas pone los ojos en él

-¿Cómo andan las cosas por acá? -preguntó Dave.

-No nos podemos quejar -contestó Zeke-, aunque hemos perdido un poco de tiempo, a causa de Whitefoot, que persigue a nuestros caballos. El tiempo ha estado bastante caluroso y seco. La mayoría del ganado anda por las laderas, donde aún encuentra pasto en abundancia. Unos cuantos novillos han trepado a la montaña, y otros varios se han metido por el lado de la Silla, o por el « cañón»...

-¿Han ido ustedes por la parte de Seeping Springs?

-Sí. No hay cambio alguno desde nuestra última visita. El ganado de Holderness sigue pastando en lo alto del valle. Jorge encontró huellas frescas cerca del manantial.
Suponemos que había alguien oculto, espiando, que se marchó de allí cuando nos acercamos.

-Ya nos tropezaremos con la gente de Holderness cuando vayamos de recorrida -apuntó Jorge-. Y con algunos compañeros de Dene, también. Zeke halló a «Two-Spot» Chance y a Culver allá abajo, junto al manantial, un día, y parecieron algún tanto sorprendidos.

-¿Qué día fué eso?

-Espera: a ver... Hoy es viernes, ¿verdad? Pues fue el lunes pasado.

-¿Qué traían por aquí?

-Según ellos, rastreaban a un caballo que se les había escapado, después de romper las maneas. Pero parecían algo sobresaltados, y se largaron en seguida con la música a otra parte.

-¿Notaste si el caballo de uno de ellos había perdido una herradura?

-Hombre, sí; ahora caigo en ello, al mencionarlo tú. Zeke se fijó en ese detalle al observar las huellas que dejaron junto al manantial.

-Bueno, pues Chance y Culver habían estado cerca de casa -declaró Dave-. Vi su rastro; y fueron ellos quienes cegaron la charca de la Estrella Azul..., haciéndonos perder tres mil ovejas.

Y relató la historia del traslado del rebaño, el hallazgo del abrevadero tapado con piedra y tierra, el olor de la corriente del Colorado, y la mortal zambullida de las sedientas bestias en las profundidades del «cañón».

-Únicamente salvamos una res: el corderito de Mescal, que llevaba su campanilla, como de costumbre -concluyó el narrador.

Tanto Jorge como Zeke guardaron completo silencio. Su mutismo le pareció a Hare extrañísimo. El rostro de ambos hermanos continuó tan impasible como si fuera una máscara.

Pero Hare les sorprendió en los ojos fugaces llamaradas, vibrantes como la aguja de un compás marino, meras chispas relucientes.

-Me gustaría saber -prosiguió Dave hurgando calmosamente el fuego-quién les pagó a esos secuaces de Dene para que inutilizaran la charca. Dene no hubiera hecho semejante cosa. Es muy amante de los caballos, y nadie que los profese cariño es capaz de cegar un abrevadero de este inmenso desierto.

Hare entró a desempeñar sus nuevos deberes, como vaquero, con tal celo, que casi compensaba su falta de experiencia: se esforzaba por llegar a ser la mano derecha de Dave, bajo cuya experta dirección trabajaba. Sus dotes naturales pusiéronse pronto de manifiesto. Sabía cabalgar bien, aunque su estilo de ir en la silla resultaba algo torpe; comparado con los avezados jinetes del desierto; pero Dave le pronosticó que ya iría corrigiéndose, a medida que la práctica le hiciera acomodarse mejor a la montura y habituarse más al movimiento de la bestia. La vista se le había aguzado extraordinariamente para un recién llegado a aquellos territorios, y cuando la experiencia le hubiera enseñado las lindes, los senderos, las distancias, la diferencia entre el humo y el polvo o la bruma; cuando pudiera distinguir sin error a una manada de mustangs de otra de ganado vacuno, o a vaqueros, de bandidos o de indios; en una palabra, cuando supiera en el acto, y sin vacilación, qué era lo que veía, y se hubiera acostumbrado a confiar en la rapidez y certeza de su juicio, habría ya adquirido las cualidades básicas de todo buen vaquero.

Para todo ello mostraba notable capacidad el neófito; pero en el manejo del lazo se daba muy poca traza, y ése era otro requisito esencial en su nuevo oficio.

-Es curioso -observaba Dave con inagotable paciencia-: no hay medio de que lo aprenda. Puede ser que tenga uno que nacer para enlazador. Es como con el manejo de las armas de fuego: algunas personas lo saben por instinto, y usted es una de ellas. ¡Si pudiera arrojar el lazo con tanta presteza y acierto como cuando usa el revólver o el rifle! ...

Jack se mantuvo impertérrito en el aprendizaje, sin descorazonarse por sus constantes fracasos, aunque a veces se enojaba consigo mismo al errar tiros demasiado fáciles. Es probable que jamás hubiera adelantado nada, de cabalgar en un caballo vulgar, o si se empeñara en enlazar montado en un mustang demasiado brioso. Pero Silvermane era tan inteligente como hermoso y veloz. Aprendió rápidamente los ágiles movimientos y súbitas paradas que se requerían, y en cuanto a correr a rienda suelta, nunca tenía bastante para su gusto. En campo abierto, Silvermane iba siempre con la cabeza levantada y vigilante; su vida entera había transcurrido vigilando; distinguía en seguida a las reses vacunas, a los jinetes, mustangs, ciervos, coyotes..., en fin, a todo objeto moviente. De modo que Hare, al perseguir una vaca, sólo tenía que echar tras ella a Silvermane, y luego dedicar toda su atención al manejo de la cuerda. Le costaba a él diez veces más tiempo el enlazar la vaca, que a Silvermane adelantarse al animal. Dave, en ocasiones, reía de las inhábiles hazañas de Jack; otras veces le animaba y aconsejaba; con frecuencia encomiaba sus esfuerzos, ya que no sus triunfos; v siempre, después de una carrera, miraba complacido a Silvermane, agitando la cabeza en señal de muda admiración.

Lo de marcar las vacas y añojos, y los novillos mansos que se abrevaban en Silver Cup, era un mero juego, según la versión de Dave.

-Espere a que tengamos que vérnoslas con las reses alzadas, en la montaña y en los «cañones». ¡Entonces sí que empezará lo bueno! -solía decirle a Jack, que, desfallecido, caía como un tronco, a la hora de la cena.

«Juego» sería aquello para los demás, pero lo que es al molido y asendereado Hare, ciertamente que le parecía un trabajo infernal. Dé noche estaba tan rendido, que a duras penas le quedaban fuerzas para arrastrarse hasta la cama; sentía la espalda como si la tuviera rota las piernas se le habían desollado terriblemente, y todos los huesos -le dolían. Muchas mañanas dudaba de poder levantarse, pero siempre se las componía de modo de salar a gatas de su yacija, erguirse con dificultad y, ceñudo y malparado, dar trabajosamente unas vueltas en torno de la hoguera, para estirar y desentumecer sus doloridos y lastimados miembros. Luego, cuando aparecían Zeke y Jorge con los caballos, comenzaba la labor del día.

Durante aquellas semanas de «endurecimiento» (como las llamaba Dave), Hare sobrellevó mucho dolor físico, pero no llegó a enfermar, y no faltó un solo día a sus tareas. En el período más difícil, cuando por algunos días tuvieron que ayudarle a subir y bajar de Silvermane -pues se obstinó en no quedarse en el campamento-, los hermanos le aligeraban el trabajo todo lo posible. Le confiaban la conducción de los útiles de marcar un «hierro» con la marca, un pequeño hornillo, el recipiente para el transporte del carbón de leña y un fuellecito, y con tales adminículos seguía a sus compañeros, a distancia conveniente y paso poco rápido.

Algunos días marcaban un centenar de reses. Para octubre habían señalado con la tosca cruz de Augusto Naab miles de vacas y novillos. Y todavía seguían los animales bajando de la montaña, empujados hacia el valle por el frío y por la nieve, que sepultaba completamente la hierba. Había pasado ya buena parte del mes de noviembre antes de que terminaran en Silver Cup, y entonces surgió la cuestión de si sería preferible ir a Seeping Springs, o a los «cañones » más apartados, al Oeste, a lo largo de la falda del Coconina. Jorge era partidario de lo primero, pero Dave se opuso resueltamente, diciendo

-Hay que cumplir las órdenes de padre. Quiere que dejemos a Seeping Springs para lo último, porque entonces se nos reunirán él y Snap. Allí seguramente vamos a tener tropiezos.

-Lo que yo quisiera saber -observó Jorge- es si esto de marcar el ganado va a remediar algo. Nosotros, los mormones, nunca hemos necesitado hacer tal cosa.

-Padre dice que todos tendrán que hacer lo mismo que él. El ganado de Halderness está marcado. Tal vez le ha puesto su marca a muchas reses nuestras. ¡Vaya uno a saber! Pero si las nuestras llevan nuestro hierro, a nadie le quedará duda de a quién pertenecen. Si se llevan nuestros animales, lo sabremos positivamente; y si Dene nos roba; se podrá probar el delito.

-Bueno, ¿y qué? ¿Crees que a Dene le importará mucho, ni a Holderness tampoco?

-No, pero habrá esta diferencia i que ambos cometerán entonces sus robos a cara descubierta. Nunca hemos podido probar nada, aunque de sobra hemos sabido lo que estaba ocurriendo. No teníamos pruebas. Padre les concede a esos hombres el beneficio de la duda. Y nosotros debemos apoyarlo. Sé muy bien, Jorge, que te pican las manos, con ganas de empuñar el revólver. Otro tanto me ocurre a mí. Pero tenemos órdenes estrictas que obedecer.

Muchos «cañones» y barrancos desembocaban en las laderas del Coconina, al oeste del Silver Cup, y seguían luego más allá, hasta abrirse ampliamente en los llanos del desierto. Contenían partes cubiertas de salvia blanca y de jugosos pastos, y había varias pequeñas fuentes de agua fría. Las reses vacunas que recorrían tales hondonadas eran tan bravas como fieras, y en los enmarañados breñales donde se ocultaban eran muy difíciles de coger.

Bueno fué que Hare hubiera recibido su iniciación, acostumbrándose a todo género de fatigas y al trabajo incesante, pues ahora pudo apreciar de veras la pasta de que estaban hechos aquellos mormones. Ningún obstáculo los detenía. Penetraban por las profundas cañadas, revisándolas en todos sus vericuetos, hasta el último extremo; trepaban por cuestas tan agrestes, que ni los mismos ciervos hubieran podido ascender por ellas; acometían sin la

menor vacilación contra los espesos matorrales de «manzanita», erizados de pinchos como bayonetas; se sumergían en intrincados laberintos de maleza revolviendo a diestro y siniestro, y no dejaban por examinar ni el más mínimo rincón donde pudiera esconderse un novillo. Millas y más millas de pendientes resbaladizas y de marmóreos lechos inclinados, de corrientes ahora secas, eran ascendidas a pie, porque el montaraz ganado podía encaramarse hasta lugares inaccesibles para los caballos. Lo de trepar era ya en sí empresa ardua, pero la faena más difícil y peligrosa comenzaba cuando daban con algún novillo bravo, pues teman que enlazarlo en terrenos donde resultaba casi imposible mantenerse firmes, a causa de lo escurridizo del suelo, y la operación de la marca habían de practicarla frecuentemente al borde de precipicios.

Días y semanas pasaron; ¿cuántos? Nadie los contó, ni se cuidó de averiguarlo. El disco del sol descendía cotidianamente al sur del Coconina, y las negruzcas nubes cargadas de nieve flotaban hacia abajo, próximas a las laderas del encumbrado monte. La escarcha blanqueaba la tierra al amanecer, y en los sitios sombreados no se derretía en muchas horas. El invierno venía pisándole los talones al dilatado otoño.

En lo que respecta a Hare, tal como había aseverado Augusto Naab, perdió carnes y sufrió lo indecible, pero, a pesar de que el proceso fué congojoso por demás, y extremadamente severo, persistió con tenacidad inquebrantable, hasta «endurecerse» totalmente, convirtiéndose en un perfecto vaquero, con pulmones y músculos de hierro, capaz de hacer lo que hicieran sus compañeros.

Se levantaba con el alba, echando a un lado el cobertor de lona lleno de escarcha; el agua casi helada con que se lavaba la cara le dejaba fresco y alborozado; aspiraba profundamente el aire cargado de fuertes aromas y andaba de una parte para otra con el elástico paso de un cazador de ciervos. Después de desayunarse iba en busca de su caballo, descendiendo la cuesta cercana al campamento. Ya no temía que Silvermane se escapara. El cencerro que el hermoso corcel llevaba al cuello sonaba siempre en las proximidades del campamento por las mañanas, y cuando Hare silbaba, llamándole, inmediatamente oía, en respuesta, el sonido de maneadas patas que se acercaban. Cuando Silvermane distinguía a su amo, caminando entre los cedros o cruzando el hermoso valle, relinchaba alegremente. Hare le había tomado gran cariño, y le hablaba y le trataba como si el inteligente bruto fuera un ser humano.

Cuando llegaban al campamento los mustangs de los Naab empezaba la labor del día: la misma de ayer y del día anterior, y sin embargo, con perpetua variedad, con situaciones constantemente distintas, que exigían ingenio vivo y rápido, brazos de acero, corazones animosos y energía persistente. El oscurecimiento del azul del cielo y el tocar los rayos del sol poniente en los picachos de los Farallones Bermellón eran las señales del regreso. Comían como lobos, permanecían un rato junto a la hoguera, formando un silencioso grupo, andrajoso, fatigado, y pronto iban en busca de reposo, tendiéndose en las rústicas camas, con los atezados rostros bajo la sombra protectora de los cedros.

Al principio de esta temporada tan repleta de incesante ocupación, Hare se propuso resueltamente olvidar a Mescal, y lo consiguió, por lo menos, durante algún tiempo cuando estaba tan estropeado y molido, que casi no pensaba en nada. Pero...- al cabo, el dulce recuerdo de la mujer amada volvió,- con dominio tal, que raro era el instante que la tuviera lejos de su mente. Los largos meses de ausencia, que le parecían años, desde que la vio por última vez; el cambio operado en él por el trabajo y los peligros; la creciente amistad con Dave, y hasta el afecto que le tenía Silvermane..., en lugar de borrar de su memoria a la bella joven de oscuros ojos contribuían a que su recuerdo fuera más tierno y profundo.

La nieve desalojó a los tenaces vaqueros del campamento que habían levantado en el «cañón», forzándolos a bajar a Silver Cup, donde hallaron a Augusto Naab y a Snap, llegados el día anterior.

-¿A que no adivina cuántas reses hay allá atrás, en los « cañones »? -le dijo Dave a su padre.

-No tengo la menor idea -contestó Augusto en tono dubitativo.

-Cinco mil.

-¡Dave!... -exclamó el padre con incredulidad.

-Sí. Usted sabe que no hemos estado por allá durante tres años. El ganado se ha reproducido extraordinariamente, a pesar de los leones y los lobos. Y no sólo eso, sino que está bien seguro para todo el invierno, sin que sea probable que lo descubra Dene ni nadie.

-¿Cómo llegas a esa conclusión?

-Muy sencillo: las primeras reses que trajimos acostumbraban venir a invernar aquí, en Silver Cup. Después cesaron de venir, y casi nos olvidamos de ellas. Pues bien, han hecho un sendero en tomo de la Silla, por la parte baja, y se van al «cañón» a pasar el invierno. En el verano se meten por las barrancas rocosas, pero sin conseguir escalar la montaña. Por lo tanto, no es presumible que las encuentren jamás. Además, son tan ariscas como los ciervos, y están más gordas que ningún otro ganado del que pasta en los campos de crianza.

-¡Magnífico! Ésta es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo. Y ahora, muchachos, marcharemos por la ladera de la montaña hacia Seeping Springs, arrearemos para abajo al ganado de por allí y terminaremos esta marcación. Alguien debe ir a White Sage. Necesito saber qué pasa, cuáles son las intenciones de Holderness, qué está haciendo Dene, y si están llevando a Lund vacas y novillos robados.

-Ya le dije que iría yo -expuso Snap.

-Pero no quiero que vayas -replicó su padre-. Supongo que eso puede quedar para la primavera, v entonces iremos todos juntos. Yo hubiera debido acordarme de traeros algo de ropa y botas. Estáis hechos una miseria. Jack, especialmente, parece un espantapájaros. ¿Ha trabajado tanto como demuestra por su aspecto?

-Padre, no ha perdido ni un día -contestó Dave, calurosamente-, y usted sabe lo que es andar a caballo por estos andurriales.

Augusto contempló fijamente a Jack y se echó a reír, diciendo

-Sería gracioso que Holderness tratara de golpearle ahora, ¿verdad? Yo siempre tuve la certeza de que saldría adelante, y actualmente no sólo es ya uno de nosotros, sino que, además, tendrá parte, con mis hijos, en el ganado.

Pero esta generosa promesa no bastó para contrarrestar el desagradable sentimiento despertado en Hare por la presencia de Snap. Al primer vislumbre que tuvo del afilado rostro y de los extraños ojos del mayor de los hermanos Naab, se dio cuenta Jack de que sentía un fuego íntimo, que no era nuevo, pero que nunca como ahora le había quemado con tanta intensidad, pues creía tener dentro del pecho una hoguera abrasadora. No obstante, Snap aparentaba haber cambiado mucho, su cara no mostraba el anterior enrojecimiento alcohólico ni el abotagamiento característico de los borrachos; evidentemente, durante su permanencia entre los navajos no había probado ni una gota de licor; estaba de buen humor, vivaracho, propenso a bromear, y, al parecer, había olvidado por completo su animosidad contra Hare. A éste le era fácil ver que la mala condición de aquel hombre sólo se ponía de manifiesto bajo el imperio del alcohol. Pero Jack no podía perdonar... ni olvidar. Los bellos y oscuros ojos de Mescal le obsesionaban. Tal vez estuviera ella casada ya con este rival. Y acaso fuera ésa la causa de que Snap se manifestara de tan buen talante. La incertidumbre sobre este punto le atormentaba atrozmente, pero no se animaba a preguntarle a Augusto si se había celebrado el matrimonio. Todo el día luchó para resignarse a la inevitabilidad de la costumbre mormona, tratando de olvidar a Mescal; pero, por último, dejó de esforzarse en conseguir tal propósito. Fué un abandono que iba a representar algo decisivo en su vida, aunque él no lo comprendiera. Era el entenebrecimiento de su espíritu; la muerte de su nobleza juvenil; el paso final de la juventud a la madurez viril, dura y forzada. La regeneración obrada por el

desierto no se había detenido en la parte física al fortalecer sus débiles pulmones, purificar su sangre viciada y vigorizar sus fláccidos músculos, haciéndolo un hombre robusto y enérgico, sino que había actuado también sobre su mente, sobre su corazón, sobre su alma... Sus potencias espirituales respondían más y más al llamamiento de algo exterior, siempre presente, sutilmente feroz.

En adelante no se preocupó de tratar de olvidar a Mescal; si ésta acudía a su memoria, él se confesaba lealmente la verdad: que las semanas y los meses pasados sólo habían servido para acrecentar su amor. Y aunque tal idea era a la par dulce y amarga, le servía de alivio el ser franco consigo mismo. Desistió de cerrar los ojos, y esperar, y de esforzarse en alimentar sentimientos generosos hacia Snap Naab; llamaba por su verdadero nombre al fuego interior que le consumía..., celos, celos furiosos..., y sabía que, al fin, se convertiría ese fuego en odio implacable.

En la mañana del tercer día después de abandonar Silver Cup, estaban trabajando lentamente a lo largo de la falda del Coconina, y Hare, que había arreado a unos cuantos animales, sacándolos de sus escondrijos, se encontró en un espacio abierto, en unas lomas próximas al campamento temporal que habían levantado. Al mirar casualmente en dirección del valle notó, suspendida sobre Seeping Springs, como una especie de humareda.

-Eso no puede ser polvo - monologó -. Parece azul. Estudió por algún tiempo aquella nubecilla, pero estaba a tantas millas, que no podía acabar de decidir si seria humo o no, y por último tomó el partido de ir hasta allá y asegurarse de lo que era. Ninguno de los Naab estaba en el campamento, y como ignoraba cuándo regresarían, optó por marcharse solo. Esperaba estar de vuelta antes del anochecer, pero importaba poco volviera o no, pues llevaba bajo la silla su manta de abrigo, y en las alforjas tenía suficiente grano para Silvermane y abundantes provisiones para él.

Mucho antes de que el rápido trote de Silvermane hubiera recorrido la mitad de la distancia, sabía ya Hare, sin duda alguna, qué era la nubecilla que tanto le intrigaba. Era humo. Supuso que habría vaqueros acampados junto al manantial, y determinó averiguar qué asunto les traía por aquellos contornos. Después de tres horas de viaje, alcanzó la cumbre del otero que ocultaba a Seeping Springs. Recordó que el manantial fluía desde el murallón rojo, y que la charca donde bebía el ganado estaba más abajo, entre un grupo de cedros vio que el humo ascendía en columna precisamente desde aquellos cedros, y oyó el bramido de las bestias.

-Aquí ocurre algo extraño -murmuró.

Siguiendo el camino, cabalgó a través de la arboleda y halló seco el lugar ocupado antes por la charca. No quedaba agua ninguna. Las reses, cuyo bramido había escuchado, estaban más allá de los cedros, del otro lado de la loma. Tardó poco en salir a campo abierto, y entonces, de una mirada se hizo cargo de la situación.

Una nueva charca, tan grande como un pequeño lago, brillaba a la luz solar, y, en torno, la sedienta muchedumbre de cornudos brutos se apiñaba inquieta contra un alto cercado. La corriente que traía el agua a la charca, v ésta misma, estaban defendidas por una fuerte empalizada, hasta el nacimiento del manantial.

Jack siguió descendiendo lentamente por la loma, escudriñando las cercanías, desde el bosquecillo de cedros hasta el rocoso murallón. No se veía un alma.

Cuando llegó hasta el fuego del cual se desprendía la columna de humo, pudo comprobar que era reciente, y que la hoguera estaba rodeada de huellas frescas dejadas en el polvo por las pisadas de varios hombres y caballos.

Algunos montones de troncos de pinos, labrados por una cara, probaban la intención de los intrusos de construir una cabaña.

Lleno de cólera, se tiró Jack de la silla al suelo. Y le requirió bien poco trabajo el repartir los encendidos tizones de la hoguera, colocando parte de ellos junto a la cerca, y parte

bajo los montones de troncos. La resinosa madera comenzó a arder en seguida, furiosamente, haciendo apartarse al ganado.

-Ahora voy a seguir ese rastro -dijo Jack.

Rompió parte de la cerca que rodeaba la charca, dejó que bebiera Silvermane, y sin demora lo puso al trote por el blanco camino. Las huellas que había resuelto seguir estaban bien marcadas. En días anteriores había nevado algo, y las escasas pulgadas de nieve caídas sobre el valle, al derretirse, habían ablandado la dura tierra. Silvermane sostenía su veloz paso con facilidad y resistencia características de los caballos del desierto. Augusto Naab había asegurado en cierta oportunidad que cincuenta millas por día serían un juego para el valiente corcel. Toda la tarde estuvo Hare contemplando cómo venía rápidamente hacia él el solitario camino, y cómo parecía cada vez más alta la cumbre del Coconina. Mucho antes de la puesta del sol había llegado a la falda del monte, comenzando a subirla. A mitad de la ascensión llegó a la nieve, y contó las huellas de tres caballos. Con luz todavía, se encontró en el páramo donde Augusto Naab había aguardado a sus amigos los indios navajos. Allí, en un lugar adecuado, entre las rocas, desensilló a Silvermane, le dio un pienso y, después de ocultar al animal convenientemente, encendió fuego, comió un poco de pan y carne, se envolvió en la manta y no tardó en quedarse dormido.

Antes del alba estaba de nuevo a caballo, desembocando en la vertiente oeste del Coconina, precisamente cuando el umbroso valle despertaba de su aneblado sueño para bañarse en la luz del día. Pronto los Farallones Bermellón mostraron su imponente mole, iluminados por los primeros resplandores, mudando de color gradualmente: primero, gris oscuro; luego, rosa brillante, y más tarde, rojo intenso.

La nieve disminuyó de espesor, y desapareció por completo algo más adelante, pero las marcas de las herraduras continuaban siendo plenamente visibles sobre el suelo. Al pie de la montaña, el rastro se apartaba del camino de White Sage, torciendo al Norte, en dirección a los farallones. Haré exploró la vasta extensión roja salpicada de manchas de salvia en busca del rancho de Holderness. Lo divisó al fin: un espacio oscuro, situado en los límites de la parte más elevada del valle, próximo al murallón, y puso de nuevo a Silvermane sobre el rastro, que seguía directamente hasta el rancho.

El sol, rebasando la cumbre del Coconina, calentaba la espalda a Jack; los Farallones Bermellón se erguían más v más altos frente a éste, quien, desde las cimas de las lomas, veía que el espacio oscuro era un grupo de cabañas y corrales. Al acercarse al rancho notó que el ondulado suelo era bastante rico en pastos blanquecinos, que brillaban bajo la acción de la luz, y donde pacían miles de cabezas de ganado vacuno. Aquellas tierras habían pertenecido a Martín Cole, y Haré pensó en el amargado mormón al contemplar las cómodas viviendas de los vaqueros, la amplia y pintoresca casa principal, los grandes corrales y la dilatada acequia que traía el agua desde el farallón. Uno de los corrales estaba lleno de hirsutos caballos; otro, repleto de novillos, y dos filas de animales iban una y regresaba otra de la laguna cercada donde apagaban la sed. El aire estaba saturado de polvo gris. Varios añojos lamían enormes terrones de sal gema, muy oscura de color. Frente a la casa mayor había un carro cargado de cueros.

Hare se detuvo delante de la puerta de aquella casa y lanzó una voz llamando.

En seguida apareció un vaquero de cutis encendido, hirsuta cabellera y ojos inquisidores.

-¡Hola, forastero! -dijo-. Desmonte y pase adelante.

-¿Está Holderness? -preguntó Jack.

-No. Ha ido a Lund con unos cuantos novillos. Supongo que a estas horas estará en White Sage. Yo soy Snood, el capataz. ¿Busca trabajo?

-No.

-¡Oiga!¡Ese caballo...! -exclamó, pasando su mirada de Haré al magnífico corcel-. ¡Que me encierren en un corral si no es el mismo que andaba suelto y sin dueño por ahí hasta hace poco!

-Sí; es el mismo -confirmó Haré.

Un grito de Snood atrajo a la puerta a otros tres vaqueros, y cuando el capataz les indicó a Silvermane, salieron todos afuera, con amistosas sonrisas en los labios y profunda admiración reflejada en las miradas.

-Sólo lo había visto antes una sola vez -dijo uno.

-¡Cáspita! ¡Qué caballo! -profirió Snood, caminando en torno del soberbio bruto-. Si este rancho fuera mío, lo cambiaría con gusto por este animal. Ya conozco a Silvermane. Él y yo hemos disputado más de una carrera en Nevada. Y, diga, forastero, ¿quién es usted?

-Uno de los vaqueros de Augusto Naab.

-¡El espía de Dene...! -Snood se fijó cuidadosamente en Haré, demostrando mucho interés, aunque sin el menor asomo de mala voluntad- He oído hablar de usted -continuó-. ¿Y qué se le ofrece con Holderness a un vaquero de Augusto Naab?

-Es que ayer estuve en Seeping Springs - contestó Jack, chivándole los ojos al capataz -. Hallé una charca nueva, cercada. Nuestros animales no podían beber. Además, encontré unos montones de troncos labrados. Al parecer, alguien se proponía construir una cabaña. Quemé la cerca y los troncos... y seguí las huellas frescas que había en Seeping Springs hasta este rancho.

-¡El diablo me lleve si es verdad! -rugió Snood, con la cara echando fuego-. Mire, forastero, usted es la segunda persona que acusa a mis vaqueros de hacer semejantes porquerías. Ya tengo bastante. He sido capataz de este rancho hasta este instante, pero ahora mismo dejo de serlo. Aunque era el jefe, sucedían por aquí cosas de las qué ni me enteraba siquiera. Cuando lo de Martín Cole, bien que refunfuñé y protesté. Pero ahora me largo con viento fresco. Yo no le robo a nadie el agua, ni permito que se la roben. ¿Le parece a usted bien mi actitud?

La pregunta sonaba tanto a desafío como a explicación. Snood mordía salvajemente la boquilla de su pipa. Hare le tendió la diestra, diciendo:

-Confío en su palabra. Dave Naab me aseguró que por más capataz que fuera usted de Holderness, no era mentiroso ni ladrón. Ahora lo creo, aun cuando Dave no me lo hubiera dicho.

-Esos individuos cuyo rastro ha seguido usted se presentaron aquí ayer. Ya se han marchado. No tengo más que añadir, sino que no obraban por orden mía.

-Celebro saberlo. Hasta la vista, Snood. Tengo bastante prisa.

Dicho lo cual, Hare volvió riendas, encaminándose a White Sage. Una vez fuera de los corrales, vio el pueblo más cerca de lo que esperaba. Puso a Silvermane al paso, primero, y luego al trote corto, de modo que estuvo en las afueras del poblado poco antes del anochecer. La memoria le fué fiel. Entró, recordando cómo había salido con Augusto, y llegó sin dificultad a la era de la casa del Obispo, donde dejó el caballo. En seguida llamó a la puerta de la casa. Fué preciso que se diera a conocer, pues ninguno de los miembros de la familia episcopal reconoció en él al joven casi moribundo que vieran algunos meses antes. El anciano obispo le acogió con suma cordialidad, pronunció una fervorosa plegaria en acción de gracias y le recordó la imposición de manos. Las mujeres le sirvieron de comer y los varones le trajeron un par de botas y ropa nueva, para que reemplazara los andrajos que vestía. Luego le abrumaron a preguntas respecto a los Naab, a quienes hacía casi un año que no habían visto. Todos se congratulaban de su espléndido restablecimiento, y le demostraban su satisfacción con sinceras y amistosas palabras.

Más tarde, Hare celebró una entrevista con los hijos del Obispo, a solas, y les refirió la pérdida del rebaño, la quema que había hecho en Seeping Springs, y lo del rastro que había

seguido hasta el rancho de Holderness. A su vez, ellos le advirtieron el riesgo que corría, y le dieron los informes deseados por Naab. La presa de Holderness sobre los campos de pastoreo de que querría adueñarse, y sobre las aguadas, iba lenta, pero seguramente, apretándose; no había mes que no usurpara nuevo territorio. Llevaba con regularidad ganado a Lund, y para nadie era un secreto que la mayoría de aquellas reses provenían de la vertiente oriental del Coconina. No le bastaban los vaqueros que tenía para ejecutar todo el trabajo. Poco a poco se extendía la sospecha de que no era criador de ganado vacuno, sino, lisa y llanamente, un cuatrero. Aún se hablaba de eso con extrema discreción, pero todos se inclinaban a creerlo. Su amistad con Dene se tomaba como una ofensa por los mormones, que antes estaban con él en los mejores términos. El asesinato de Martín Cole por Dene se suponía, con fundamento, ocurrido a instigación de Holderness. Cole había amenazado a este último. Poco después se encontraron Dene y Cole en la calle principal del pueblo, y el mormón cayó acribillado a balazos. La trágica muerte de este hombre honrado había sido la primera etapa de la era sangrienta que se profetizaba. La pandilla de bandidos que seguían a Dene crecía sin cesar; nadie sabía cuántos ni quiénes eran sus miembros. Chance y Culver figuraban descaradamente como lugartenientes del audaz forajido, y cada vez que se presentaban en White Sage había tiroteos y derramamiento de sangre. Además, circulaban rumores de su repugnante conducta con las mujeres decentes. Las esposas e hijas de los pacíficos mormones no se atrevían ya a poner los pies fuera de casa después de anochecido. Corría en el pueblo más dinero amonedado y se consumía mucho más whisky que antes. Lund y los demás escasos lugares situados al Norte estaban tan aterrorizados como White Sage. Era una historia bien triste.

El Obispo y sus hijos trataron de persuadir a Hare para que abandonara el pueblo a la mañana siguiente, sin entrevistarse con Holderness, haciéndole comprender lo inútil de semejante entrevista.

-Es inútil cuanto me, aconsejen -respondió él-. He venido con el propósito de verle, y le veré de todos modos.

Pasó parte del día en la casa, y cuando llegó el momento de partir se despidió con frases de agradecimiento, agregando, al notar la ansiedad retratada en todos los semblantes

-Les ruego que no se inquieten por mí. Si yo no fuera suficientemente capaz de saber conducirme como debo, y de defenderme en caso necesario, Augusto Naab nunca habría dicho que lo soy.

Si Jack se hubiera preguntado qué se proponía hacer cuando se enfrentaba con Holderness, no hubiera sabido qué respuesta darse. Sus intenciones eran valientes, inflexibles, pero en el fondo carecían de forma concreta. Su mente parecía embebida en una atmósfera cargada de rayos, pero ignoraba cómo los descargaría.

¡Qué bien recordaba la curiosa calle, tan ancha, y la iglesia, de paredes grises! Mientras iba cabalgando tranquilamente, muchas personas se detenían para admirar a Silvermane. Dobló el recodo que conducía a la vía principal del poblado. Un nuevo edificio había sido agregado a los varios establecimientos anteriores. Los mustangs, igual que antes, permanecían quietos, con las bridas por el suelo, delante de las puertas; muchos hombres holgazaneaban, recostados en las barandas de los pórticos.

Llegado al punto de su destino descabalgó y pudo oír los comentarios provocados entre los mirones por la presencia del hermoso caballo, que inspiraba general curiosidad. Entró en la tienda, donde encontró bastante gente, y entre ella al viejo amigo de Augusto Naab, Abe. No fué reconocido absolutamente por nadie, como si jamás hubiera estado en White Sage, pero su presencia despertó vivísimo interés. Pidió un par de espuelas, una navaja y algunos otros artículos, y se las compuso de forma (en un momento que él y Abe estaban fuera del alcance de la vista de los demás, ocultos por una pila de cajones) para poder decir quién era. El comerciante mormón se quedó mudo de asombro. Cuando se recobró de la

violenta sorpresa, expresó su satisfacción lo mejor que pudo, y a una pregunta del visitante contestó silenciosamente, apuntando con el índice hacia el salón contiguo, donde se hallaba instalado el bar.

Hare marchó sin demora hacia la puerta indicada por Abe. El local había sido agrandado; ahora, además, tenía el piso al mismo nivel que el de la tienda. El ambiente era casi irrespirable, a causa de la densa humareda despedida por las pestíferas pipas de los numerosos fumadores y por las emanaciones malolientes del infernal ron que trasegaban. La clientela, más o menos beoda en su totalidad, alborotaba desaforadamente. Uno de aquellos toscos y atezados mocetones estaba bailando una jiga en medio del salón.

-¡Hola, hola!, ¿quién es este pájaro? -preguntó el bailarín interrumpiendo su danza e irguiéndose con algún esfuerzo.

Fuera motivado por la súbita interrupción del baile o por la vivaz chispa que brillaba en los ojos de Hare, lo cierto es que el alboroto cesó como por encanto. Hare se había jurado no olvidar cierto rostro cruzado por una atroz cicatriz, y ahora tenía delante aquel rostro: el del bailarín, quien no era otro que Chance, el bandido.

La luz del recuerdo cruzó por el cerebro de Hare como una exhalación por el cielo de una noche oscura. Un súbito ataque de irrefrenable cólera se apoderó de él.

-¡Hola! ¿No me conoces?-dijo avanzando resuelto, hasta colocarse junto a Chance.

El bandolero se mostró irresoluto. ¿Era un viejo amigo o un enemigo aquel hombre que tenía delante? Sus ojos, redondos como cuentas, chispeaban y se movían como si quisieran examinar de arriba abajo al recién llegado, pero no se atrevía a apartarlos de la cara de éste, puesto que en ella era donde podía averiguar con certeza cuáles eran sus intenciones.

La silenciosa y forzada quietud que reinaba en el recinto fué rota por la ronca voz de alguien que cuchicheó:

-¡Fíjense cómo lleva el revólver!

Y otra voz respondió también cuchicheando

-No hay seis hombres en todo Utah que lleven el revólver de ese modo.

Chance oyó el cuchicheo, pues su mirada se dirigió al arma de Jack durante una fracción de segundo. El color ladrillo de su cara se tornó de un blanco sucio.

-¿Me conoces? -insistió Hare.

La respuesta de Chance fué un espasmódico movimiento de la mano derecha hacia la cadera. Pero el brazo de Hare se movió con mayor rapidez, y el Colt del bandido rodó en el acto por el suelo.

-¡Demasiado lento! -se burló Hare.

Luego se echó sobre su contrario, y a puñetazo limpio lo empujó hasta hacerle golpear la cabeza contra la pared de troncos. A los pocos segundos caía Chance al suelo hecho un desmadejado montón de carne.

Hare, de un fuerte puntapié quitó de en medio el revólver del forajido, y se encaró con los demás ocupantes del bar. Holderness estaba en primer término, destacándose su elevada estatura sobre los otros, apoyado en el mostrador, y sus claros ojos brillaron como la luz sobre el hielo.

-Y tú, ¿me conoces? -le preguntó Hare con brusquedad.

Holderness se inmutó ligeramente al responder:

-Ciertamente que no.

-Hace algún tiempo me golpeaste, cuando apenas podía valerme -exclamó Hare, poniéndose tan cerca del ranchero que casi lo tocaba-. Golpéame ahora si te atreves..., ¡cobarde!

En el breve instante que tuvo Hare al otro bajo su severa y desconfiada mirada, corrió un murmullo por el salón.

-¡Eres el espía de Dene! -prorrumpió de repente Holderness.

Hare, furioso, lo abofeteó. En seguida retrocedió algunos pasos, con el brazo derecho extendido hacia delante, a la altura del hombro, la muñeca rígida y los dedos trémulos.

-¡No desenfundes, Holderness! Es el ardid de Augusto Naab para sacar el arma-le bisbiseó apresuradamente uno que estaba a su lado.

-Holderness -dijo entonces Hare -, he hecho una magnífica fogata en Seeping Springs. Quemé la madera y las cercas que levantaron tus hombres, y seguí su pista hasta tu rancho. Snood abandonó su puesto en cuanto lo supo. Es un hombre honrado, y nadie que lo sea puede trabajar para un ladrón de aguadas, para un cuatrero, para un villano matador de ovejas. ¡Estás desenmascarado, Holderness! Sal del país antes de que alguien te mate... ¿me entiendes...? ¡Antes de que alguien te mate!

Holderness permanecía inmóvil contra el mostrador, rebosando sus ojos ira y odio.

Hare, paso a paso, fué retrocediendo hasta la puerta, siempre con el brazo levantado v dominando con la mirada, hasta el último instante, a la sorprendida muchedumbre. Luego salió de la tienda, dispersó al grupo de curiosos que rodeaban a Silvermane y le clavó a éste las espuelas con fuerza.

El brioso corcel gris, que en su vida había sido espoleado, salió a carrera tendida calle abajo con la velocidad de un relámpago.

Varios individuos pasaban en aquel momento por la esquina de la plaza. Uno de ellos, bajo de talla, fornido, de cutis atezado, oscura cabellera ondulada y aire garboso y alerta, era Dene, el jefe de la cuadrilla de bandidos. Se detuvo, con sus compañeros, para dejar paso al caballo.

Hare guió a su veloz cabalgadura ligeramente hacia la izquierda. Silvermane, obediente a la brida, se desvió algo en su rápida carrera, y en un par 'de poderosos saltos cayó sobre el bandolero. Dene pudo salvarse de la acometida mediante un ágil brinco de costado, pero, aun así, Silvermane le golpeó con la pata delantera izquierda, echándolo a rodar por el polvo.

Al acercarte a otra esquina, Hare miró para atrás. Muchos de los ocupantes del bar, gritando como energúmenos, salían del establecimiento, y varios de ellos hacían fuego contra el fugitivo; pero las balas pasaron silbando, sin tocarle. Luego, la casa que había en la esquina quedó interpuesta entre el jinete y sus contrarios.

Silvermane, estirado cuan largo era y tendido en su loca huída, llevaba la plateada crin flotando al viento y la nariz levantada en sentido horizontal, apuntando hacia el desierto.

## XI

Hacia el final del día siguiente llegó Jack a Seeping Springs. Un montón de ceniza marcaba el lugar donde habían estado los troncos de pino labrado. En torno de la charca había una orla oscura, formada por las pisadas de numerosas pezuñas. Hasta el borde de tablones que antes existiera allí, rodeando el abrevadero, había ardido. Estaba Jack librando a Silvermane del bocado, para que bebiera, cuando oyó que le gritaba una voz conocida.

Dave Naab salía en aquel momento, a galope, de entre los cedros, seguido a alguna distancia por su padre y sus hermanos, que traían una cargada recua.

-¡Conque ha andado usted haciendo travesuras!, ¿eh? -exclamó Dave tirándose de la silla y agarrando a Hare por los hombros, efusivamente, con ambas manos-. Ya sé dónde ha estado, y lo que ha hecho. Padre se mostrará furioso, pero no le haga caso.

Los otros Naab descendieron la cuesta al trote y alinearon sus caballos a la orilla de la charca. Los hijos miraban a una parte y a otra, con gran asombro; el padre contemplaba la escena, despacio, y por fin volvió sus iracundos ojos en dirección a Hare.

-¿Qué significa esto? -demandó con voz tonante, arrastrando las sílabas, indicio seguro de su incontenible enojo.

Hare le explicó minuciosamente todo lo ocurrido.

El rostro melancólico del patriarca mormón denunciaba la intensa labor de su espíritu en tales instantes, y en su mirada de águila lucía un extraño fulgor de presentimiento.

-Ya veo..., ya veo... -repetía de cuando en cuando, y como absorto en sus pensamientos.

-¡K!... ¡i-i-i! -aulló de pronto Dave con todo el poder de sus pulmones, la cabeza echada para atrás, abierta la boca de par en par, roja la faz e hinchados los músculos del cuello por la violenta posición en que lanzaba el penetrante alarido.

-¡Silencio y calma..., muchachos! -ordenó Augusto-. Hare, esto ha sido una locura..., pero dígame lo que haya logrado saber.

Brevemente repitió Jack las noticias que le comunicaron en casa del Obispo, y concluyó narrando la forma en que murió Martín Cole a manos de Dene.

El viejo Naab humilló la cabeza, y todo su gigantesco cuerpo se agitó bajo el impulso de la profunda impresión recibida. Martín Cole era el último de sus buenos amigos de toda la vida.

-Ese... ese bandido... ¿Y dice usted que lo derribó al suelo? -inquirió, zahareño y agitado, tratando de sobreponerse a su pena.

-Sí. No me reconoció ni supo lo que se le venía encima hasta que tuvo a Silvermane sobre él. Pero anduvo listo y esquivó el encontronazo echándose bruscamente a un lado, aunque no sin que Silvermane le hiciera rodar como un fardo.

-¿Qué consecuencias va a traer todo esto? - quiso saber Naab, y en su extremado apuro apeló al juicio de su hijo mayor.

-La suerte está echada - respondió Snap rechinando sus largos dientes, como solía hacer.

-Padre - intervino Dave gravemente -, Jack ha realizado algo magnífico. La noticia se extenderá por toda Utah como el fuego en las praderas. Los mormones somos demasiado cachazudos. Necesitarnos un jefe que nos aliente y nos guíe. ¡Tenemos que pelear como un solo hombre!

-Dave tiene razón, papá; no nos queda más recurso que luchar -gritó Jorge.

-Ha estado en un error, padre, al oponerse al empleo de la violencia -opinó Zeke, sacando hacia fuera con energía su aguda mandíbula inferior-. Ese Holderness acabará por robarles a nuestros hijos el agua y la carne que necesitan para vivir. ¡Tenemos que pelear!

-¡Vamos a White Sage! -aconsejó Snap, bailándole en los ojos las infernales llamitas-. Ensayaré mi revólver frente a Dene. Puedo hallarle con facilidad. Hemos sido bastante amigos. Quería que me uniera a su banda. ¡Yo le mataré!

Rió al levantar la mano derecha y dejarla caer sobre el costado izquierdo; el azulado Colt apareció en seguida en la palma extendida. La vida de Dene, y también la de Holderness, pendían de un hilo, entre los mortales chasquidos de los dientes de aquel lobo del desierto. Era uno de los Naab, y, sin embargo, distinto de ellos; no le importaba nada ni la religión ni la amistad, ni siquiera la vida misma.

El enorme corpachón de Augusto se sacudió de nuevo, no agitado esta vez por la pesadumbre, sino a impulso de un enérgico esfuerzo para dominar la feroz influencia de aquel impío espíritu combativo que notaba entre sus hijos.

-Me está vedado - dijo.

Su respuesta fue suave, pero en aquella suavidad se transparentaba la batalla que sostenía consigo mismo para someterse al cumplimiento de un principio.

-Llevaremos el ganado a Silver Cup -decidió-, y después nos marcharemos a casa. Renuncio a Seeping Springs. Acaso Holderness se dé por satisfecho con ese valle y esa aguada.

Cuando llegaron al oasis, Hare se sorprendió al enterarse de que era la víspera de Navidad. El recibimiento que les hicieron, después de tan larga ausencia, fue una verdadera fiesta. Con gran pesar por parte de Hare, Mescal no se dejó ver; la bienvenida careció para él de toda alegría, porque faltaba en la celebración la dulce sonrisa de ella. La Navidad trajo las primeras muestras del corto invierno de aquella región; se formó hielo en las zanjas y cayó nieve, pero ni uno ni otro pudieron resistir mucho a la acción de los rayos del sol reflejados en los inmensos muros de roca.

Las primeras horas de la mañana estuvieron dedicadas a servicios religiosos. Al mediodía sirvióse una comida extraordinaria en la sala mayor de la casa de Augusto Naab, en uno de cuyos extremos existía un gran hogar de piedra, donde ardía buena cantidad de leña.

En todos los días de su existencia jamás vio Hare semejante abundancia de manjares. Sin embargo, se hallaba en tal estado de ánimo, que no podía participar en el general regocijo de la familia. Dominando todas sus ideas y sentimientos estaba el temor de que apareciera Mescal y fuera a sentarse al lado de Snap. Cuando éste llegó y ocupó un asiento frente al de Jack, el infeliz enamorado esperaba la presentación de la muchacha con tal intensidad, que sentíase muerto para todo lo demás. Las mujeres jóvenes - Judit, Ester y Rebeca- entraron corriendo bulliciosamente, ataviadas con sus mejores galas y luciendo cintas de vivos colores en honor de la festividad. Rebeca se sentó en la silla que había desocupada junto a Snap, y Hare tragó saliva apresuradamente con una ruda contracción de la garganta. ¡Mescal no era aún esposa del mormón! Le pareció que se le quitaba un enorme peso de encima, que se le despejaba la cabeza con aquella bendita seguridad. Por último vino Mescal y tomó asiento junto a él. Sonriendo, la recién llegada le dirigió la palabra, y la sangre le latió con fuerza en las orejas.

Aquel momento le hizo feliz. Hare creyó advertir que su amada había sufrido un gran cambio. Los meses pasados habían producido en ella cierta indefinible diferencia, del propio modo que en él habían acrecentado su amor hasta los límites extremos. ¿Habría servido la ausencia para que la joven se diera cabal cuenta del estado de su propio corazón?

Por la tarde salió Hare de la casa y fue a pasear un rato con Silvermane; después vagó de un lado para otro, yendo hasta el comienzo del oasis, donde estuvo bastante tiempo sentado sobre la cerca.

Las semanas siguientes le ofrecerían una situación harto difícil de soportar, pues si bien era cierto que vería a Mescal con frecuencia, tendría la cruel confirmación de la verdad que casi le enloquecía: que ella no era para él. Allá lejos, en los campos de pastoreo, se había abandonado a los más dulces sueños; habían sido muy hermosos, le habían hecho parecer fugaces minutos las largas horas de ruda labor; pero también le habían esclavizado con cadenas que no podía romper, y ahora estaba desesperadamente preso en tales cadenas.

El ruido de cascos le sacó de su embelesamiento, que era a medias triste, a medias agradable. Mescal venía cabalgando por el llano, en Black Bolly. Detuvo ella su cabalgadura cuando llegó al lado de él y le tendió tímidamente una corbata encarnada bordada con cuentas rojas y blancas, formando símbolos navajos.

-Deseaba encontrar una oportunidad para darte esto -le dijo-. Es un modesto regalo de Navidad.

Durante algunos minutos estuvo Hare sin poder articular ni una palabra. Por fin, preguntó

-¿La hiciste para mí, Mescal? ¡Qué buena eres! La llevaré siempre.

-Póntela en seguida..., anda. Deja que te la ate yo... ¡Así!

-Pero, niña... ¿Y si... «él» la ve?

-No me importa nada quien la vea.

Le miró a los ojos con absoluta franqueza. Su modo de hablar, corto, liso, sin ambages, estaba lleno de significado. Él también la miraba, extasiado, con un anhelo y una

satisfacción que le habían sido negados en muchos días. El bello rostro era el mismo y, sin embargo, estaba maravillosamente cambiado; los rasgos y el color eran los mismos, pero muy distintos la expresión, el espíritu, el alma. El antiguo reflejo sombrío moraba aún en lo profundo de sus ojos, pero con la adición del destello de una voluntad resuelta y de un pensamiento reflexivo. La cara entera se había refinado y transformado.

-¡Mescal! ¿Qué ha sucedido? No eres la misma. Pareces casi feliz. ¿Acaso tú... o él... ha desistido?

-¿Tan mal conoces a los mormones? La situación es idéntica... por lo menos, respecto a ellos.

-Pero, Mescal... Por amor de Dios, dímelo: ¿vas realmente a casarte con él?

-¡Jamás!

Fué una respuesta genuinamente femenina, instantánea, inflexible, desesperada. Exhalando un profundo suspiro, Hare se convenció de dónde residía el cambio que había notado. Luego le advirtió

-No obstante, lo has prometido; estás comprometida formalmente. No sé cómo podrás zafarte del compromiso.

-Tampoco lo sé yo; pero lo que sí sé es que me cortaré la lengua y me quedaré muda, como mi pobre peón, antes que pronunciar la odiosa palabra que me convierta en mujer de Snap Naab.

Se produjo un largo silencio. Mescal alisaba la negra crin de Bolly. Y Jack contemplaba, sin verlos, los inmensos peñascos.

Él fue quien reanudó el diálogo, diciendo:

-Tengo miedo por ti. Snap nos estuvo observando hoy durante toda la comida.

-Está celoso.

-Supón que se fija en la corbata que me has regalado...

La muchacha se echó a reír con aire de desafío y Hare no pudo menos de admirarse al escucharla.

-Mira, Mescal, es posible que todavía me entierren allí - y, haciendo eco con su risa a la de la joven, apuntó hacia el espacio donde se veían las desnudas y toscas tumbas.

El color se le demudó a ella, pero pronto volvió la sangre a teñirle con mayor intensidad que antes la frente, las mejillas y el cuello.

-¡Bah! -exclamó impulsivamente-. Snap no es hombre para matarte a ti.

-¡Mescal!

Jack se apoderó de una de sus manos y ella movió vivamente la cabeza hacia otro lado.

-Mescal, ¿me amas?

El temblor de sus dedos y la agitación de su seno convirtió la esperanza de él en certidumbre.

-Mescal -prosiguió Jack-, estos meses anteriores han sido para mí años de grandes fatigas, de trabajos, de pensar, de cambiar, pero de amarte siempre. Ya no soy el mismo que conociste. Me he vuelto un salvaje... y agonizo con las ansias de verte y escucharte. ¡Te amo! ¡Mescal, mi flor del desierto!

Ella apoyó en el hombro de él la mano que le quedaba libre, y se inclinó, amorosa. Jack la abrazó un instante, estrechándola con ciego impulso, y' en seguida la soltó.

-¡Estoy loco, completamente loco! -exclamó con acento de reproche-. ¡A qué peligro te estoy exponiendo! Pero no lo he podido evitar. Mírame... Aunque sólo sea una vez más..., por favor..., Mescal, otra mirada tuya... Gracias... Ahora márchate.

El drama que iba desarrollándose en los días sucesivos fue de absorbente interés. Hare tenía libertad completa; su única ocupación consistía en cuidar a Silvermane. Trataba de cazar zorras en las cuevas y resquebrajaduras de las grandes peñas; cabalgaba sin rumbo por

el ancho espacio que había bajo los murallones; penetraba en el desierto libre, avanzando por él hasta verse obligado a volver atrás por la furia del viento, helado, cortante. De regreso, se presentaba en el salón de los Naab, sentándose delante del encendido hogar, donde chisporroteaba constantemente abundante leña. Aquella habitación era espaciosa, tibia, bien alumbrada, agradable, y todos la ocupaban en las horas de ocio. Mescal pasaba allí la mayoría del tiempo, trabajando en la confección de un nuevo traje de piel de ante, sobre el cual se inclinaba durante horas enteras, manejando la aguja y ensartando cuentas. Cuando se les ofrecía ocasión, ambos conversaban, hablando un lenguaje con la boca, y otro, bien diferente, con los ojos. Cuando no se hallaba ella presente, él se conformaba con mirar el rojo y resplandeciente fuego, soñando con ella.

Por las noches, cuando venía Snap a cortejarla y se la llevaba para un rincón, Hare vigilaba a los novios con mirada disimulada y celos desgarradores. En cierto modo, había llegado a mirar todas las cosas y personas a través del cristal del desierto, y su símbolo para Snap era el halcón que se cernía sobre la inmensidad arenosa. Los ojos del mayor de los hermanos Naab eran tan fieros y penetrantes como los de esa ave de rapiña; su boca y su nariz equivalían al pico voraz del volátil; sus manos se asemejaban a las garras, y las espuelas que calzaba, siempre teñidas de sangre, eran aún más significativas de su natural cruel e inexorable. Además, su forma de enamorar, su modo de conducirse con la muchacha, su fría confianza, su desdeñosa seguridad, su nada apresurado desahogo, eran como el lento vuelo, meciéndose en el aire, y el balanceo del halcón del desierto antes de arrojarse desde las alturas como un rayo para apoderarse de su presa.

A Hare se le hacía intolerable el permanecer allí por las noches, afectando jugar con los niños, que le querían mucho, o hablar con Augusto, cuando en realidad se le iban los ojos hacia la susurrante pareja refugiada en el rincón, y aguzaba el oído, inconscientemente, para atrapar al vuelo alguna palabra pronunciada entre los novios. Aquella hora era de terrible tortura para él; sin embargo, no podía decidirse a abandonar el salón. Nunca vio que Snap la tocara; nunca oyó la voz de Mescal; creía que ésta hablaba muy poco. Cuando pasaba la hora y la muchacha se levantaba de su asiento para retirarse, se disipaban las dudas de él, se calmaba su temor, se desvanecía su sufrimiento, como si jamás hubieran existido, pues al dar Mescal las buenas noches, le dedicaba siempre una mirada, rápida como un relámpago, pero rebosante de cariño y de fe, con cierta expresión indefinible que Jack no acertaba a comprender. Su serenidad de joven india y su ingénito misticismo sugerían veladamente algún misterio, algún oculto poder por virtud del cual podría eludir, al cabo, la férrea imposición de aquella odiosa costumbre mormona. Hare no sabía a qué atenerse. En aquella fugaz mirada de todas las noches había escondido un significado para él solo, y era: «¡Me mantendré leal a ti y a mí misma!»

Una vez se le ocurrió a Jack la idea de que, tan pronto retornara la primavera, le sería fácil (y probablemente sería lo más acertado) abandonar el oasis e internarse en Utah, yendo lo más lejos posible de aquella región del desierto y de los grandes .cañones». Pero inmediatamente desechó tal idea. Era absurda. Allí habíase infiltrado una nueva vida en sus venas. Amaba el soñador y adormilado oasis, con su atenuada luz solar descansando siempre en los brillantes murallones; amaba la meseta perfumada por el aroma de los cedros, donde nació su sentimental esperanza, y los vastos arenales batidos por el viento, donde la ruda existencia al aire libre y el trabajo constante le habían devuelto las fuerzas juveniles; amaba el ciclópeo «cañón» que serpeaba arrogante hacia el Coconina y se abría en insondables abismos; y, sobre todo, amaba el Desierto Pintado, con sus paisajes eternamente mudables, sus arremolinadas polvaredas, sus desnudos picachos y sus purpúreas brumas. Adoraba entrañablemente tanta insólita belleza y se sentía dominado por cierta íntima afinidad que existía entre aquella Naturaleza grandiosa y salvaje, y algo extraño, indomable, que había en su propio ser. No; jamás se alejaría de allí. Cuando se refrescara su sangre y se disipara el

tumultuoso enjambre de penas y angustias que actualmente le atormentaban, llegaría sin duda a sentirse feliz.

Un día, al comienzo del invierno, Snap obligó a su primera esposa a que le acompañara en su visita al salón de la casa paterna; y la infortunada mujer permaneció en la estancia, pálida, consumida por ardientes celos, viendo a su marido cortejar a Mescal. Hasta que no pudo resistir más. Y se produjo una violenta escena.

Hare no la presenció, pero se enteró de todos los enojosos detalles: Snap se había enfurecido; su padre, grave y taciturno, tuvo que intervenir para imponer su autoridad, y Mescal había llorado a mares, muerta de vergüenza.

En lo sucesivo, Snap vino siempre solo, pero la atribulada esposa hallaba mil medios de interrumpir los amorosos coloquios del mormón. Unas veces enviaba a los chicos a llamar urgentemente a su padre, con algún falso pretexto; otras simulaba enfermar de repente o descubría de pronto que alguien había dejado abierta la puerta del corral y que el famoso «pinto», a quien tanto cariño profesaba Snap, se había escapado... y hasta, en una ocasión, llegó a prenderle fuego a su vivienda.

Un domingo por la tarde, poco antes del crepúsculo, Hare estaba sentado en el porche en compañía de Augusto y Dave, cuando la conversación que sostenían fue interrumpida por fuertes gritos de Snap llamando a su mujer. Primero su estentórea voz sonaba dentro de su propia cabaña. Luego asomó la cabeza por una ventana y continuó su furiosa gritería. A las claras se notaba que estaba terriblemente impaciente y colérico. Era cerca de la hora de su entrevista dominical con Mescal.

-Algo ocurre - murmuró Dave.

-¡Ester...! ¡Ester...! -chillaba Snap.

La Madre Ruth salió, un tanto alarmada, para decir que Ester no estaba allí.

-¿Pues dónde diablos está?-vociferó el enojado marido, descargando tremendos puñetazos sobre el alféizar de la ventana-. ¡Que la busquen en seguida...! ¡¡Ester...!! ¡¡ Ester...!!

-Hijo mío -dijo entonces el Padre Naab, gravemente - recuerda que hoy es domingo, el día del Señor. Baja la voz. ¿Qué sucede?

-¿Qué sucede? -clamó el encolerizado hijo, dando rienda suelta a su ira -. ¡Pues casi nada!: que mientras estaba yo durmiendo, Ester me ha robado la ropa y no puedo salir de aquí. Lo ha escondido todo no sé dónde..., se ha marchado, y no tengo ni unos malditos pantalones que ponerme.

Las ruidosas carcajadas de Augusto y Dave ahogaron los chasquidos del prisionero. Hare, por su parte, trataba de disimular su regocijo por el incidente. Y Snap, desesperado y corrido, se metió dentro, cerrando con estrépito la hoja de la ventana.

-Jack -observó Augusto, risueño aún-, ni siquiera entre los mormones es apacible el curso del verdadero amor.

Hare acabó por olvidar su amargo humor para compadecer a la pobre esposa. Y Snap terminó por no hacer ningún caso de los recados y triquiñuelas de su mujer, no permitiendo que nada le distrajera de sus visitas nocturnas a Mescal. Era evidente que el mozo había avanzado mucho en la senda amorosa. Fuera lo que hubiera sido, respecto a la joven, en los primeros tiempos del noviazgo, ahora se comportaba como cabal enamorado, vehemente, inoportuno. Sus ojos de halcón se habían dulcificado extraordinariamente; se mostraba obsequioso, amable, alegre..., era un Snap Naab totalmente distinto del otro. Se acicalaba con frecuencia, lucía vistosas corbatas, y se despojó de sus ensangrentadas espuelas. Por espacio de ocho meses no había tocado una botella. Cuando ya se avecinaba la primavera, su amor por Mescal rayaba casi en locura. Y la ceremonia matrimonial continuaba siendo diferida de una fecha para otra, porque la primera esposa se resistía obstinadamente a compartir su hogar con otra mujer.

En cierta ocasión oyó Hare que Snap se le quejaba a su padre

-Si ella no acaba de decidirse pronto -le decía-, me quedaré con los chicos y la mandaré a casa de su familia.

-No seas precipitado, hijo -respondió Augusto-. Hay que darle tiempo. A las mujeres se les debe seguir la corriente. Yo me atrevería a apostar que Ester cederá antes de que florezcan los álamos, y eso no será tan largo.

Hare había tomado el hábito, a medida que los días iban siendo más templados, de pasear mucho, y un anochecer, cuando el crepúsculo bañaba el oasis y la luz había muerto por completo junto a los grandes farallones, se encaminó hacia los campos cultivados. Al pasar frente a la cabaña de Snap escuchó una voz femenina que protestaba con vehemencia y otra voz varonil que replicaba estridente y enfurecida. Poco después, estando apoyado en Silvermane, llegó a sus oídos un doloroso grito, primero penetrante, luego débil y ahogado, que le indignó. Cuando se aproximó de nuevo a la cabaña, el rumor de llanto y hondos sollozos, a duras penas contenidos, le confirmó en sus sospechas.

Aquella noche apareció Snap en el salón inusitadamente contento y decidor. Delante de todos le pidió al padre que fijara la fecha para la boda. Augusto así lo hizo, en voz alta y clara, con evidentes muestras de alivio. Luego le fueron ofrecidas a Mescal las singulares felicitaciones, al estilo mormónico. A Hare (que observaba a la extraña muchacha con la aflictiva y ansiosa intuición de todo amador desafortunado) le pareció que estaba tan satisfecha como cualquiera de los demás de que el casamiento fuera a realizarse en breve. Pero no advirtió en ella ninguna timidez, rubor ni confusión. Al inclinarse Snap para besarla -su primer beso-, Mescal volvió ligeramente la cara, de modo que los labios del futuro esposo apenas le rozaron la mejilla, y ni aun entonces perdió la novia el perfecto dominio sobre sí misma. Fue algo casi sobrehumano para Jack el aparentar que la felicitaba; no obstante, murmuró algunas palabras. Alzó ella en aquel preciso instante sus largas pestañas, y allá, muy hondo, en la sombría profundidad de sus pupilas se reflejó una angustia inenarrable. Hare sintió un espantoso choque. Se retiró a su cuarto, convencido de que Mescal había cedido; y aunque no podía culparla, pues la sabía sola e indefensa, expresó a borbotones su reproche y resentimiento. Ella le abandonaba, como por fuerza tenía que ser. Revolvíase Jack en la cama, desvelado por sus tristes cavilaciones; fijaba en las tinieblas los ojos dilatados por el sufrimiento, y en la mente le bullían las ideas como si tuviera hirviendo el cerebro. A través de las mortales horas de aquella noche aprendió lo que le costaba aquel amor.

La luz del amanecer le halló algo más resignado.

Transcurrieron lentamente los días, hasta el primero de abril, que era la fecha señalada para la boda. Augusto Naab había dicho que ésta tendría lugar antes de que florecieran los álamos; y sus botones florales empezaban justamente a desplegarse en blancas corolas. El día no era festivo, y Jorge, Zeke y Dave estaban preparándose para marchar a los campos de pastoreo; sin embargo, había en el ambiente cierto aire de jovialidad y regocijo. Snap Naab andaba con paso elástico y porte garboso. Una vez le dedicó a Hare una sonrisa semisarcástica.

Piute se disponía a conducir el nuevo rebaño hasta la meseta. Las mujeres de la casa andaban muy ocupadas y nerviosas; los niños retozaban a sus anchas.

La tarde menguó; vino el crepúsculo, y Hare fue en busca de la apacible sombra proyectada por el murallón, cerca del camino que iba al río. Tenía el propósito de quedarse allí hasta que Augusto Naab hubiera pronunciado las fatales frases que unirían para siempre a Snap y Mescal, haciéndolos marido y mujer. El apagado rugido de los reciales, traído por débiles soplos de brisa del Oeste, arrullaba mansamente, convertido en grato murmullo. Una radiante y blanca estrella parpadeaba sobre el oscuro borde del murallón. La soledad v el silencio hablaban al corazón de Hare, calmando su pena, cuando, de pronto, el dolido

enamorado oyó pasos de alguien calzado con mocasines y prestó atención, intrigado por lo insólito del caso.

La delgada y esbelta forma de una mujer hizo su aparición, doblando un recodo del inmenso muro. Era Mescal. Lobo, su hermoso perro blanco, iba acompañándola. Rápidamente alcanzó el lugar ocupado por Hare.

-¡Mescal! - exclamó éste.

-¡Chist! Habla bajo -bisbiseó la muchacha, temerosa. Y le cogió ambas manos, diciendo-: Jack, ¿me amas todavía?

Había en aquella pregunta, musitada en tono dulcísimo, algo más que exquisita dulzura femenil; Hare, comprendiéndolo, tembló como la hoja en el árbol, pues presumió que a la joven la había llevado a aquel sitio algún motivo tan poderoso como descabellado.

-¡Cielo santo! -contestó-. Vas a casarte dentro de pocos minutos... ¿Qué quieres decir? ¿Adónde vas con ese traje de piel... y Lobo en tu compañía...? ¡Mescal!

-Me falta el tiempo..., sólo una palabra..., pronto..., dime: ¿me amas todavía? - insistió, jadeando, brillando sus grandes ojos, muy cerca de los de él.

-¿Si te amo? ¡Con toda mi alma!

-Escucha -balbuceó ella, reclinándose en su pecho. La fresca brisa traía el rumor de las aguas del Colorado. Contuvo el aliento y luego repitió rápidamente-: ¡Yo también te amo...! ¡Yo también te amo...! ¡Adiós!

Lo besó y se desprendió de sus brazos. Luego, silenciosamente, semejante a una sombra, con el fiel perro blanco siguiéndola, desapareció en las tinieblas que envolvían el camino que conducía hasta el río.

Antes de que se recobrara Jack de su aturdimiento, ella se había ido. Corrió presuroso tras la muchacha; la llamó... Pero las sombras se la habían tragado y sólo el eco de su propia voz respondió a Hare.

## XII

Cuando Jack recuperó por completo la claridad de sus pensamientos, hizo alto, irresoluto. Por el bien de Mescal, tenía que aparentar no haber participado para nada en la precipitada fuga, ni saber una palabra sobre el particular.

Con furtivo paso se acercó a los álamos, se deslizó en la densa sombra que proyectaban, y casi a tientas se aproximó a la casa, buscando siempre los lugares donde no hubiera luz. Después, siempre alerta, para evitar ser observado, fue corriéndose por el lado más oscuro del edificio, gano el vestíbulo y se escurrió hasta su dormitorio. Echóse en la cama, esforzándose por sosegarse, por calmar sus vibrantes nervios, por acallar el triunfante repique de la campana de su corazón... Por un rato, todo su ser se sintió inundado de inefable gozo: ¡Mescal había recobrado la libertad! ¡Se había escapado de las garras' del implacable halcón!

Mientras, allí tendido, procuraba recuperar el dominio sobre sí, le llegaba el alegre sonido de voces y la música de un acordeón desde la gran sala, que quedaba al lado de su cuarto. En esto, unas pesadas botas golpearon el piso del vestíbulo; en seguida, una robusta mano llamó a la puerta.

-Jack, ¿está usted ahí? - inquirió la voz de Augusto Naab.

-Sí.

-Venga, pues.

Hare se levantó, abrió la puerta y siguió a Augusto. El salón resplandecía de luz; la mesa estaba dispuesta, y todos los Naab, grandes y chicos, estaban presentes, aguardando los

acontecimientos. Acababa Hare de situarse en última fila, cuando entró Snap con su primera esposa. Ésta iba tan pálida como si estuviera amortajada. Hare percibió la disimulada mirada de lástima con que la acogió la Madre Ruth, quien se llevó a su lado a la endeble mujercita. Cuando Augusto Naab empezó a hojear la Biblia cesaron los murmullos de la concurrencia.

-¿Por qué no traen a la novia?-preguntó el oficiante.

-Judit, Ester, traedla -dijo la Madre María asomándose al pasillo.

Sonaron pasos precipitados, se presentaron las jóvenes aludidas y exclamaron impetuosamente

-¡Mescal no está en el cuarto!

-¿Dónde está entonces?-demandó Augusto, saliendo hasta la puerta y llamando con energía-: ¡Mescal! Al autoritario llamamiento respondió únicamente el chisporroteo de los leños que ardían en la espaciosa chimenea.

-No se ha puesto el traje blanco de desposada - advirtió Judit.

-Y su ropa de cuero tampoco está colgada en el sitio de costumbre -añadió Ester.

Augusto puso la Biblia sobre la mesa, diciendo, con la mayor sencillez

-Siempre temí que sucediera esto.

-¡Se ha ido! -gritó Snap. Corrió al vestíbulo, fue a la habitación de Mescal y regresó a la sala arrastrando por el suelo el albo traje de novia.

-Mientras suponíamos que se estaba poniendo esto, se ha... -exclamó.

Las palabras se le atragantaron y se dejó caer en una silla, con la faz convulsa, las manos trémulas, presa de una aflicción que jamás había sentido. De repente, arrojó al fuego el inútil vestido blanco. La esposa se desmayó, cayendo al suelo. Y entonces el fiero halcón del desierto mostró las garras. Con un violento ademán se arrancó la corbata, como si quisiera librar al cuello de aquel lazo que le oprimía, estorbándole el paso a la terrible furia que le estaba ahogando; su rostro perdió todo aspecto de humanidad. Empezó a aullar como una fiera, desvariando como un loco, maldiciendo..., hasta que el padre le rodeó el cuerpo con uno de sus férreos brazos y lo sacó a la fuerza de la estancia.

Los niños lloraban desconsoladamente; las mujeres se lamentaban, a cual más, y los hombres se dispersaron por todas partes para registrar la casa, el patio, los corrales y los campos cercanos, tratando de hallar a la desaparecida. Pero no encontraron el menor rastro de Mescal. Tras largas horas de vanas pesquisas, de continuos llantos y de tristes comentarios, la excitación se calmó y todos buscaron consuelo en sus lechos.

La mañana descubrió los detalles de la huída; Mescal se había vestido adecuadamente para escapar; faltaba un par de alforjas y cierta cantidad de provisiones; Lobo no aparecía por sitio alguno; Noddle, el borriquillo, tampoco estaba en su choza; había pisadas de mocasín y huellas del burro y del perro en la arena del paso del río, y faltaba un bote. La embarcación no se divisaba en la orilla opuesta. ¿Se habría hundido? ¿Habrían cruzado la corriente los fugitivos o la fuerza del agua se los habría llevado a la deriva, camino del «cañón»? Dave cabalgó a lo largo del río, y vio el boté, una., milla más abajo de los reciales, con la quilla al aire y varado en la arenosa barra.

-Logró pasar sin dificultad y después dejó suelto el bote - observó Augusto -. Eso es un rasgo de —sangre india. Si ha subido a los farallones para refugiarse entre los navajos, todavía podremos dar con ella. Pero si se ha metido en el Desierto Pintado... -y una grave sacudida de su hirsuta cabeza completó la frase.

La luz matutina también reveló a Snap Naab una vez más bajo el dominio de su infernal vicio: completamente borracho, hasta haber perdido el conocimiento, yacía tirado como un madero en el porche de su cabaña.

-Esto será su total ruina-comentó el padre- Le quedaba una oportunidad de regenerarse: estaba loco por Mescal, y si la hubiera tenido como esposa acaso acabara abandonando la horrorosa pasión por el alcohol. ¡Ahora sólo Dios sabe lo que sucederá!

Vueltos todos a la casa, ordenó Augusto que prosiguiera cada cual atendiendo a sus obligaciones: había que llevar el rebaño a la meseta y los hijos tenían que partir para los campos de pastoreo. En cuanto a Hare, debía aprestarse para acompañarle a las tierras de los navajos para buscar a Mescal.

El río estaba bajo, pues el deshielo primaveral apenas se había iniciado, y el cruce a la otra banda prometía ser fácil, sin ninguno de los tropiezos tan temibles en épocas posteriores. Billy Naab remaría a través del paso, transportando las sillas de montar y diversos fardos. Augusto tuvo que luchar con los perezosos burros para que entraran en el agua. Silvermane se lanzó al Colorado de un salto y Charger le siguió con tanta avidez como si fuera una bestia acuática. Augusto y Jack se situaron en la popa de la embarcación, mientras Billy manejaba los remos. Cruzaron el ancho cauce rápidamente y con toda felicidad. Cargaron entonces los tres burros: dos de ellos, con los fardos, y el otro, con un pesado odre lleno de agua.

-¡Mire esto! -le dijo Augusto a su compañero, señalando unas huellas sobre la arena. Las marcas dejadas por unos pequeños mocasines tranquilizaron a Hare, quien hasta entonces había temido la posibilidad del desastre sugerido por el bote volcado.

-Tal vez sea mejor que no la encontremos - continuó diciendo Naab -. Si la traemos de vuelta, hay tanta probabilidad de que Snap la mate como de que se case con ella. Pero, de todos modos, tenemos que buscarla. Sólo que no sé qué hacer después con la muchacha.

-Démela a mí-profirió Jack sin poder contenerse.

-¡Hare! -exclamó el otro, atónito.

-Es que yo la amo-explicó Hare.

La seria expresión de la cara de Naab se desvaneció al replicar

-¡Vamos, vamos! ¡Quién iba a esperarlo!... Aunque, en verdad, no veo por qué ha de ser usted diferente de los demás. Sin duda, ese enamoramiento viene de la temporada que se pasó con ella allá arriba en la meseta. Creí que entonces estaba usted demasiado enfermo para pensar en mujeres.

-Mescal me quiere -indicó Jack.

-¡Ah! Así se explica... Y dígame, Hare, con franqueza: ¿me ha jugado limpio?

-Ambos lo hemos tratado, aunque ni ella ni yo pudimos resistir a nuestra mutua atracción.

-La chica se hubiera casado con Snap, a no haber andado usted de por medio.

-Sí. Pero eso no estuvo en mi mano el evitarlo. Usted me trajo aquí, salvándome la vida. Harto sé lo que le debo. Mescal tenía la intención de dejarse casar con Snap, cuando salí yo para los campos de cría, el otoño pasado. Pero como mujer buena que es no pudo consumar el sacrificio. Augusto Naab, si la encontramos, ¿la obligará a contraer ese matrimonio... ahora?

-Ya veremos. ¿Conocía usted su propósito de escaparse?

-Ni en sueños. Me enteré en el último momento. La encontré en el camino del río cuando se iba ya.

-Debió haberla detenido.

Hare guardó silencio.

-O, por lo menos, debió haberme avisado - continuó Naab.

-Me fue imposible. Yo no soy más que un simple ser humano.

-Bien, bien; no le censuro, Hare. También yo tuve la sangre caliente en mi época. Pero temo que el desierto va a ser demasiado pequeño para que en él vivan juntos usted y Snap. La muchacha estaba comprometida con él. No puede usted alterar las normas de la fe mormónica, impuestas por la Iglesia. En aras de la paz y la tranquilidad de todos, yo le daría a Mescal, si pudiera. Mas Snap la tendrá, de todos modos, o fa matará. Voy a recorrer el desierto antes que el, buscándola, porque él rastreará igual que un sabueso. Sería mejor verlos casados que a ella muerta.

-No estoy tan seguro de eso.

-Hare, olfatea usted la sangre como si fuera un lobo. Lo veo... hace tiempo que lo estoy viendo... Bien, recuerde: esto es ahora un asunto de hombre a hombre. Allá ustedes dos.

Mientras sostenían esta conversación rodeaban la parte inferior del Farallón del Eco, trepando gradualmente hasta llegar a un punto que estaba al nivel del desierto, en el cual penetraron por un sitio próximo a la entrada del «cañón». El camino torcía a la izquierda, siguiendo la base de los escarpadísimos peñascos. Las huellas de Noddle y Lobo eran claramente perceptibles en el polvo. Hare pensaba que si aquellas huellas seguían hasta la inmensidad del desierto libre, habría que abandonar toda esperanza de encontrar a Mescal.
Siguieron el rastro del perro y el burro hasta Bitter Seeps, manantial poco profundo, de agua salobre, y allí desaparecieron las huellas. El sendero que iba cuesta arriba, por el farallón, hasta las tierras de los navajos, era un caminillo desnudo, abierto en la roca por la acción del tiempo, y únicamente mostraba las señales grabadas en él por los años. En dirección del desierto, las ondulaciones esquistosas, los aluviones de terreno cuprífero y cuanto abarcaba la vista no ofrecía el menor indicio de la ruta seguida por los fugitivos. Augusto se encogió de hombros y encaminó su caballo hacia el farallón. Oscurecía ya cuando llegaron a la cima.

Acamparon al socaire de un elevado peñasco. Cuando calmó el viento, la temperatura dejó de ser desagradablemente fría, y Hare, viendo que Naab tenía pocas ganas de hablar y mucho sueño, salió a dar una vuelta, como solía hacer en los días de su vida de pastor de ovejas. Le era difícil separar el recuerdo de aquellos días de las impresiones que estaba recibiendo en la actual'_ dad, pues el agridulce olor de los árboles y matorrales, el tenue suspirar de la brisa, el parpadeo de las brillantes estrellas en la inmensa bóveda celeste, el silencio, la sensación del invisible vacío que tenía a sus pies, todo, en fin, provocaba en él vivas reminiscencias del pasado, del cual nada podía olvidar. Y aquel peculiar silencio traía una infinidad de cosas a la mente de quien sabía escuchar. Era un silencio impregnado de vagos y distantes sonidos mortecinos aullidos de lobo, susurro del viento, crujidos de rocas que se agrietan... Una voz fantástica, débil, inarticulada, quejumbrosa, provenía del vasto desierto, circulaba por las tortuosas oquedades, se difundía en el espacio e iba a morir en la lejanía. Advirtió también algún que otro grito de león y maullidos de gato montés, pero lo que le interesaba más era aquel extraño rumor del cual le había hablado Augusto: el misterioso reclamo del «cañón» y de la noche desértica.

La luz matutina reveló que el Farallón del Eco era de una extensión considerablemente mayor que la gran meseta de enfrente, del otro lado del río, donde había vivido Hare una temporada en compañía de Mescal y Piute. El suelo, quebrado y salpicado de cedros; los numerosos riscos; un profundo valle matizado de abundante salvia blanca, y otros detalles, daban a este lado una variedad de aspecto que difería mucho de los dos enormes escalones que constituían ambas mesetas de la altiplanicie Bermellón.

Augusto, continuando su viaje, siguió una senda que iba en dirección al río. Muchos cedros ocultaban el paisaje. Sin embargo, de cuando en cuando, desde algún punto elevado podía Hare hacerse cargo de cómo era el lugar donde estaban, y notó que hacia abajo se distinguía un valle de forma oval circundado de alturas.

Alrededor del mediodía, Augusto atravesó unas malezas y bruscamente se hallaron en un declive. Volvióse el mormón hacia su acompañante, señalando con la mano y diciendo

-El campamento de los navajos. Eschtah ha vivido ahí desde hace muchos años. Ése es el único establecimiento fijo de navajos que conozco. Esos indios son nómadas. La mayoría vive vagando de un sitio para otro, según las exigencias del pastoreo de sus reses. Esta meseta se extiende por más de un centenar de millas, más allá de donde ha llegado ningún hombre, y dondequiera que vaya uno, en los valles y rincones fértiles, tropieza siempre con chozas de los indígenas, a las que ellos llaman jogans. Por eso acaso nunca descubramos el refugio de Mescal.

La mirada de Jack recorrió el terreno que tenía delante, pasando de los bosquecillos de cedros y amontonamientos de peñas a un apacible valle moteado de jogans redondas, con listas blancas, de cuyos pináculos salían perezosas columnas de humo azulino, que se elevaban en la, atmósfera formando espirales. Mustangs, burros y ovejas pacían sueltos, mordisqueando la hierba. De las ramas de los cedros pendían mantas de un color rojo muy vivo. Los indios, lentos en el andar, iban de una parte para otra, entrando o saliendo de las viviendas. La pintoresca escena le hizo pensar irresistiblemente a Hare en el verano, en las largas tardes estivales, de muelle ocio, cuando no se fija uno para nada en las horas que transcurren...

Cuesta abajo, tropezaron con un rebaño guardado por un muchachuelo que cabalgaba en un burro pardo. Sería difícil decir quién se sorprendió más del encuentro, si el orejudo burro (que se quedó inmóvil como una estatua) o el muchacho, quien, primero, calcañeó y aporreó desesperadamente a su peludo jumento, y luego, en vista de la inutilidad de sus gestiones para escapar, saltó de la montura y se confió a la rapidez de sus propias piernas, huyendo como alma que lleva el diablo, flotándole al aire los mechones de la negra cabellera. Algo más allá, al divisar a los intrusos, las muchachas abandonaron sus faenas, buscando a escape y en silencio la segura protección de los copudos cedros.

Augusto lanzó un alarido especial al pisar el llano, y en el acto aparecieron los indios adultos, quienes rodearon a los jinetes, les dieron amistosamente la mano y los llevaron al centro del campamento.

Las jogans habitadas por aquellos salvajes del desierto eran todas iguales; únicamente la del jefe era mayor. Por fuera semejaban un montículo de arcilla y tenían varios maderos blancos semiincrustados, los cuales resaltaban sobre el fondo rojo ladrillo de la construcción de barro. Augusto apartó la manta que servía de puerta y entró, haciéndole seña a su compañero para que le siguiese. Avezado como estaba Hare al olor y al escozor del humo de leña, se quedó por un momento sin poder ver nada, y casi sin resuello; tan denso y brumoso era el ambiente. Una hoguera, cuyo tamaño atestiguaba la afición de los indios al calor, ardía en medio de la choza, enviando al exterior parte de la espesa humareda que despedía a través de un agujero circular abierto en el techo. Eschtah, con la flaca y oscura cabeza inclinada y una manta sobre los hombros, estaba acurrucado junto al fuego. Notó la entrada de los visitantes, pero inmediatamente reasumió su meditabunda actitud, aparentando no darse cuenta de su presencia.

Hare imitó el ejemplo de Naab y tomó asiento sin proferir una palabra. Sus ojos, no obstante, examinaron el recinto discretamente. El trío de esposas del anciano jefe, que estaban presentes, ofrecían grandes diferencias de edad y aspecto. La más vieja tenía el rostro surcado de arrugas y la piel parecía curtida por la acción del tiempo; cegada por sus dilatados años, ocupaba un lugar junto a su marido. La siguiente era una maciza squaw ocupada en ese instante en la laboriosa tarea de peinar a un desnudo chiquillo, empleando un peine construido con rígidas raíces delgadas, atadas fuertemente, formando algo así como un cepillo redondo. A juzgar por la agitación del chico y por sus constantes muecas, aquel procedimiento de peinar no debía tener nada de agradable. La tercera esposa, mucho más joven, tenía bonita cara y grandes trenzas de cabello negro, de las cuales, evidentemente, sentíase orgullosa. Arrodillada en el piso, delante de una plancha de roca plana, manejaba una larga piedra de forma oval, con la que molía grano, convirtiéndolo en harina. Había, además, varios mozos, de varonil belleza a pesar de su bronceado cutis, adornados con bandas que les sujetaban el renegrido pelo y con aretes de plata en las orejas, brazaletes del mismo metal en las muñecas y botones, asimismo de plata, en sus lujosos mocasines. Tampoco faltaban muchachas de diversas edades que alzaban la vista de los tejidos que traían entre manos, y después de mirar: tímidamente a los recién llegados tornaban los ojos a los telares, donde gruesos hilos iban urdiéndose en vistosas mantas. Por último, estaban los niños de ambos

sexos, todos avispados, graciosos; y los pequeñuelos, en su mayoría dormidos, bien abrigados. Donde las paredes y el techo no estaban cubiertos de trajes de cuero, armas y mantas, veía Hare las blancas costillas de madera del armazón de la choza. Aquella casa circular era una verdadera obra de arte, hecha con horcones y ramas entretejidas hábilmente para constituir la bóveda, sólida y elegante, totalmente cubierta de barro amasado.

En respuesta al leve contacto de la mano de Augusto, Hare volvió su atención al viejo jefe, y aguardó su discurso de bienvenida. La salutación dio comienzo con el levantamiento de la cabeza de Eschtah y el tenderles la diestra al estilo de los blancos. Las contestaciones de Naab eran lentas y trabajosas, pues hablaba el idioma de los navajos con escasa soltura, aunque lo entendía perfectamente.

-El Profeta Blanco sea bienvenido- comenzó a decir gravemente el caudillo indio-. ¿Le trae acá el solicitar ovejas, o guerreros, o el deseo de honrar al navajo visitando su hogar?

-Eschtah, él busca a la Flor del Desierto-repuso Augusto-. Mescal le ha dejado. Sus huellas conducen hasta las aguas amargas que hay al pie del farallón, y luego son como las de los pájaros que surcan el aire.

-Eschtah ha esperado, pero Mescal no ha venido a él.

-¿No ha estado aquí?

-La sombra de Mescal no ha alegrado la puerta del navajo.

-Ha debido trepar por los riscos, o extraviarse por los «cañones». El Padre Blanco la ama y tiene que encontrarla.

-Los bravos que siguen a Eschtah y sus mustangs están al servicio de su amigo. El navajo la hallará, si ella no es como el grano de arena que vuela por el desierto. Pero, ¿procede el Profeta Blanco con la mucha sabiduría de sus años? ¿No será mejor dejar que la Flor del Desierto arraigue en la tierra de sus antepasados?

-Eschtah es sabio y prudente, pero en esta ocasión se acuerda sólo de la sangre india que la joven lleva en sus venas. Mescal es también blanca, y sus costumbres son las del hombre blanco. Ni tampoco piensa Eschtah en el amor del hombre blanco.

-El desierto la ha llamado. ¿Dónde está la sagaz visión del Profeta Blanco? La sangre blanca y la sangre roja jamás se mezclan. La sangre india palidece en las venas del que es a medias blanco, o se enciende con el sol, con la inmensidad y con la vida salvaje. Los padres de los padres de Eschtah, que duermen aquí, en medio del silencio, han llamado a la Flor del Desierto.

-Es así. Pero el hombre blanco está obligado a ciertas cosas; no puede ser como el indio; no se contenta con la vida tal cual es; espera y ora, para que mejore; cree en el progreso de su raza sobre la tierra. Por lo tanto, el amigo blanco de Eschtah busca a Mescal; él la ha criado como si fuera hija suya; quiere devolverla al hogar para seguir amándola más cada día, confiado en el futuro.

-Los modos del hombre blanco son sus modos, distintos de los nuestros. Eschtah comprende. Recuerda a su hija, que yace aquí. Él llamó a esa niña con el nombre de la flor que se mece al soplo del viento, en los lugares silenciosos. Eschtah le dio la hija de su hija al amigo blanco. Y ella ha sido prenda de alianza entre los dos. Ahora, ella ha huido, y el Padre Blanco recurre al navajo. Que mande él como crea más conveniente. Eschtah ha hablado.

El indio puso al servicio de Naab un grupo de jóvenes guerreros, guiados por varios jefes que conocían todos los senderos de aquellas regiones, todas las fuentes y manantiales, todos los vericuetos y hasta las grietas de las peñas donde pudiera esconderse un animal selvático. Iniciaron sus pesquisas por la parte del río y, avanzando hacia el Este, escudriñaron minuciosamente todo el terreno, revisando los llanos, los cerros y los valles, subiendo a los riscos y explorando con sus perros las malezas y las cuevas. A partir del campamento de Eschtah, las fogans disminuían en número, hasta que solamente se descubría alguna que otra, oculta entre peñascos o escondida en medio de algún bosquecillo de cedros. Cuantos indios

encontraban eran sometidos a severos interrogatorios por los jefes, revisadas minuciosamente sus viviendas y observado palmo a palmo tanto el terreno de las cercanías como el que rodeaba a los escasos abrevaderos. Milla tras milla fue escrupulosamente batida la meseta entera, examinando los matorrales uno por uno y penetrando los astutos indios en las más intrincadas espesuras, donde su agudo instinto de maravillosos cazadores no dejaba escapar ni siquiera una madriguera de conejos. Transcurrieron los días; el disco del sol se remontaba cada vez más alto; las grandes capas de nieve que hubo antes en los sitios elevados desaparecieron; y la búsqueda prosiguió, ahora hacia el Oeste. Acampaban donde les cogía la noche; a veces, donde había agua y hierba; otras, en lugares pelados, secos. La vasta meseta se ensanchaba en dirección occidental. Escabrosos cerros se erguían acá y allá y ásperos riscos hendían el cielo, erizados como los dientes de una inmensa sierra irregular. Y después de mucho andar, mucho ascender y mucho buscar sin tregua ni descanso, llegaron a una divisoria que marcaba el límite de los dominios de Eschtah.

La tenaz persistencia de Naab y la inquebrantable lealtad de los navajos le hizo penetrar en el territorio de los indios moki, que era una tribu clasificada como esclavos por la altiva gente de Eschtah. Allí indagaron por todas partes, registraron las aldeas, las antiguas tumbas, las ruinas...; pero de Mescal no hallaron ni huella.

Hare cabalgaba tan diligentemente y buscaba tan infatigablemente como Augusto, pero nunca alentó en realidad ninguna esperanza de encontrar a la muchacha. La búsqueda, no obstante, a despecho de su infructuosidad, le causaba cierta melancólica satisfacción, pues jamás estaba Mescal lejos de su pensamiento.

Ni tampoco dejó de serle útil aquel mes pasado en compañía de los navajos. Hízose amigo de los indios, y aprendió muchas palabras de su idioma. Y poco a poco fue adquiriendo el conocimiento de innumerables tretas, triquiñuelas y variadísimos recursos empleados por los indígenas en su forma de vida, luchando constantemente con la Naturaleza y con las enormes dificultades del desierto. Tocante a trepar por riscos, al parecer inaccesibles, a conseguir agua y hierba donde aparentemente se hubiera creído que no las había, al mejor medio de soltar a Silvermane por las noches y encontrarlo fácilmente por las mañanas, a señalar huellas en las rocas y terrenos durísimos, y, en fin, en cuanto atañía al prodigioso uso de todos los sentidos, adquirió una práctica tan útil como interesante. La entera vida exterior de los indios estaba íntimamente relacionada con el aspecto material de la Naturaleza: con el polvo, las rocas, el aire, los vientos, el humo, los árboles, las bestias del desierto... Estas cosas le absorbían todo el día. Los navajos profesaban el culto de las cosas materiales; el sol era su dios supremo. Al apuntar el alba, cuando el grisáceo crepúsculo matutino se coloreaba de rosa, entonaban un canto al astro diurno. Al anochecer, permanecían un buen rato vigilantes y silenciosos, con la cara vuelta al poniente. También los mokis - según pudo observar Hare - tenían sus prácticas religiosas, por la mañana, en honor del gran dispensador de la luz. En la penumbra de la madrugada, antes de que el día asomara por el Este, y cuando todo estaba aún sumido en un gris blancuzco, los mokis surgían de sus pequeños habitáculos construídos con lodo y piedra y tomaban asiento en los techos, envueltos en mantas, con las cabezas reverentemente inclinadas.

Un día, Naab expresó en pocas palabras el enorme significado que tenía el sol en la existencia de los habitantes del desierto.

-Tenemos que volvernos ya -le dijo a Hare-. El sol calienta demasiado, y pronto se derretirá la nieve de las montañas. Si el Colorado crece mucho, nos será imposible atravesarlo.

Dos días invirtieron en el regreso a la aldea. Eschtah los recibió en digno silencio, expresivo de su pena por el fracaso. Cuando los dos blancos se dispusieron a partir para su casa, el indio los acompañó hasta el comienzo del sendero más próximo, que empezaba al pie

del pico Saweep (el punto más elevado del Farallón del Eco). Este pico era la atalaya que utilizaban los navajos para vigilar el Desierto Pintado.

-Mescal está allí -observó Augusto, apuntando al desierto -. Está allí, con el esclavo que le regaló Eschtah.

Él la guía. ¿Quién podrá hallarlos en semejante lugar?

El anciano caudillo detuvo su caballo al principio de la senda ahuecada por el peso de los siglos y de los hombres, y después de hacer con la diestra un amplio gesto de despedida al fiel amigo, señaló, con grave ademán, la ilimitada extensión arenosa. Era un saludo de guerrero a aquel vasto mundo indomable. Hare advirtió en los perspicaces ojos del viejo jefe idéntica expresión de ardor, de fuego, de pasión íntima, que enardecía la mirada de Mescal cuando contemplaba la desierta lejanía.

Eschtah dijo entonces:

-El esclavo sin lengua es un lobo. Olfatea los senderos y sabe descubrir las aguas. Los ojos de Eschtah han envejecido vigilando aquí, pero nunca ha visto ningún indio que pueda aventajar al esclavo. Eschtah yacerá un día más lejos, para siempre, pero ningún indio conocerá jamás la senda que conduzca al lugar de su eterno sueño. El rastro de Mescal se ha perdido en la arena. Nadie lo encontrará. Las palabras de Eschtah están inspiradas por la sabiduría. ¡Mirad, si no!

Augusto y Hare miraron, en efecto (aunque era innecesario), y quedaron una vez más convencidos de que era el más desatinado de todos los empeños humanos el obstinarse en buscar a una criatura viviente en aquellas ilimitadas regiones de infinitas dunas, de arenas movedizas arrastradas por el viento, de gigantescos tules purpúreos que envolvían como en un sudario cumbres y llanos... Aquello parecía el multicolor reino donde sólo el sol imperaba. En el primer instante, sólo la incomparable belleza del espectáculo impresionó a Hare: vio la faja de terreno cuprífero, junto a los farallones; los blancos lechos de álcali y aluviones de cieno claro; más allá, los «cañones» horadados por los furiosos vendavales y los polvorientos cerros formando interminables cadenas de este a oeste; las resecas laderas de los ajarafes; los cráteres de los montículos volcánicos, que arrastraban la mirada hasta las cortinas de vapores que rodeaban los hendidos peñascos..., y así sucesivamente, sin término visible, hasta lo infinito... Después, Hare penetró algo de su significado. Era, lo que tenía ante sí, un mundo pintado y regido por el sol. Allí estaba la Naturaleza, recóndita, majestuosa, eterna e inmutable. Pero sólo a través de los ojos de Eschtah pudo distinguir la parte tétrica: la aridez, la impenetrabilidad, la desolación, la muerte...

Cuando de nuevo desplegó los labios el caudillo navajo, presintió Hare cuáles serían sus austeras palabras, cuyo sentido no podría menos de agravar su dolor, y todo su ser se sobrecogió.

-El Profeta Blanco ha perdido a su hija de sangre roja -dijo Eschtah-. La Flor del Desierto es como un grano de arena movediza.

## XIII

Augusto Naab esperaba que Mescal hubiera vuelto mientras estaban ellos ausentes; mas para Hare tal espera era vana. Las mujeres del oasis los recibieron con rostros melancólicos, que presagiaban malas noticias, mostrándose reacias a decir cuáles fueran éstas. La fuga de Mescal habíase olvidado ante la desgracia que ocurrió poco después, mucho más seria y triste.

La esposa de Snap se hallaba gravemente enferma, víctima de la brutalidad de su borracho marido. Éste, por espacio de varios días después de la partida de Augusto y Jack, estuvo sumido en un constante estupor, ebrio siempre. Cuando se le agotó la provisión de

alcohol, salió de aquel estado de inconsciencia, para caer en un frenesí de loco furioso. Intentó matar a su esposa y destruir su cabaña, siendo milagrosamente evitado el que ejecutara ambas atrocidades por la oportuna intervención de Dave, el único de sus hermanos que se atrevió a acercársele: Luego tomó el camino de White Sage, y no se supo más de él.

El anciano mormón desplegó toda su habilidad médica y quirúrgica para salvar la vida de su nuera, pero admitía que alentaba muy escasas esperanzas de que se repusiera. Mas nada logró afectar su paciencia, su benignidad y su alegría. Mientras hay vida hay esperanza, decía Augusto. A Hare le ordenó, en cuanto hubo descansado algo, que cogiera lo necesario y se fuera a los campos de crianza, y que les dijera a los hijos que él iría más adelante.

Era un alivio para Jack el abandonar el oasis, cosa que puso en práctica aquel mismo día, llegando por la noche a Silver Cup. Al aproximarse al campamento, mientras andaba todavía entre los cedros de bajo ramaje, se fijó bien en quiénes eran los que rodeaban la hoguera. Pero ninguna de las caras iluminadas por el rojo fulgor de las llamas era la de Snap Naab.

-¡Hola, Jack! -gritó Dave apenas le divisó- Ya sabía que era usted el que venía. Silvermane camina de una manera tan especial, que parece que repicara con los cascos en las piedras. ¿Cómo está usted? ¿Y mi padre?

¿Encontraron a Mescal? Apuesto a que la muchacha les hizo trabajar de firme.

Hare refirió detalladamente toda la historia de la infructuosa búsqueda.

-Es, ni más ni menos, lo que yo esperaba -comentó Dave-. No existe persona alguna que sea capaz de descubrir al peón. Mescal es lo mismo que un mustang salvaje recién capturado que logra romper la cuerda y escaparse. Morirá en lo más intrincado del desierto, o se convertirá, por obra de algún sortilegio, en una planta del cacto indio cuyo nombre lleva. Es lástima, porque es una buena chica..., demasiado buena para mujer de Snap.

-¿Y ustedes, qué cuentan? - inquirió Hare.

-¡Oh!, nada de particular- repuso Dave, de buen humor-. La invernada del ganado ha sido excelente. Hemos tenido bien poco que hacer, fuera de dar alguna que otra vuelta, de cuando en cuando. Zeke y yo tratamos un día de cazar a Whitefoot, y tuvimos que acercarnos bastante a Seeping Springs. Nos tropezamos con Joe Stube, un vaquero que antes fue amigo de Zeke. Está ahora con Holderness, y dice que han vuelto a cercar la fuente, han hecho una cabaña y tienen una docena de hombres por allí. Stube nos dijo que Snap había andado a tiros en White Sage, y que ha matado a Snood. Tuvieron un terrible altercado respecto a usted.

-¿Respecto a mí?

-Sí. Al parecer, Snood salió en defensa suya, y Snap no pudo contenerse. ¡Es algo sumamente lamentable! Snood era un buen muchacho. Es mejor no hablar Snap está yendo demasiado lejos. A ese paso...

Y se calló, pero su silencio era más significativo que cuanto pudiera añadir.

-¿Qué dicen los mormones de White Sage sobre la muerte de Snood por Snap?

-Muchas cosas. Eso de entenderse a tiro limpio lo encuentran disculpable cuando el asunto que se ventila es entre pistoleros y bandidos, pero, entre mormones, consideran que una muerte así es pura y simplemente un asesinato. Ya han proscripto de su seno a Culver, y pronto harán lo mismo con Snap.

-Su padre ha insinuado que el desierto va a resultar demasiado pequeño para que vivamos en él Snap y yo.

-Mire, Jack: ande con cuidado. Quería hablarle de esto. El mejor día se presenta por acá Snap, y entonces...

La pausa que hizo Dave tenía poco de tranquilizadora.

Sólo habían pasado tres días desde que sostuvieron esta conversación, cuando bajando Hare por la montaña, con un ciervo que había cazado, miró a lo lejos y vio al «pinto» de Snap que venía con su dueño para Silver Cup. Junto a Snap cabalgaba un individuo alto, en un gran

bayo. Apenas arribó al campamento Jack, les contó a Jorge y Zeke lo que había visto, y supo, en respuesta, que ya Dave había divisado a los jinetes y estaba a la margen del bosque de cedros, para recibirlos. Mientras trataban de eso, apareció a escape Dave, diciendo

-Son Snap y Holderness. ¿Qué hace mi hermano con semejante granuja? ¿Para qué lo trae aquí?

-No me agrada la cosa-replicó Zeke, preocupado.

-Jack, ¿qué hará usted? - preguntó Dave, con precipitación.

-¿Qué haré...? ¡Qué sé yo! Desde luego, no voy a echar a correr porque vengan al campamento unos sujetos que no me quieren bien.

-Pues acaso fuera lo más acertado.

-¿Me aconseja que huya, para eludir el encuentro con su hermano?

-No tanto, pero... -y a Dave se le colorearon las mejillas-. Sin embargo, ¿se batiría con él?

-Mal puedo batirme con un hijo de Augusto Naab, y hermano de usted.

-Es cierto: usted es mi amigo, aunque Snap no lo tendrá en cuenta para nada. Y, entonces, si llega el caso, ¿desenfundará contra Holderness?

-¡Por mi vida, que me pone en un compromiso, Dave! -respondió Hare dando grandes zancadas de un lado para otro-. Algo muy grave tiene que ocurrir, antes de que yo me decida a matar a nadie. Desenfundare, supongo, en defensa propia. Aunque, ¿de qué me serviría sacar el arma demasiado tarde? Dave, esto es lo que yo temía. No le tengo miedo a ninguno de ellos, por lo menos, de igual a igual y cara a cara. Lo que me pasa es que no creo llegado el momento. Pero dígame: ¿atacarían a un hombre desarmado?

-¡Por Dios!, espero que no; casi lo afirmaría. Aunque usted tiene encima el revólver.

-Eso pronto se arregla.

Y Hare, despojándose del cinturón-cartuchera, del cual pendía su Colt, lo colgó de la perilla de la silla de montar; después fue a ocupar uno de los asientos de piedra, junto a la hoguera.

-¡Ahí vienen! -murmuró Zeke poniéndose en pie; Jorge le imitó.

-¡Tranquilidad, muchachos! -advirtió Dave con una mirada imperiosa-. Déjenme hablar a mí.

Holderness y Snap, saliendo de entre los cedros, avanzaron al trote hasta colocarse a pocos pasos de la hoguera, y detuvieron entonces en seco sus cabalgaduras. Dave se puso delante de Hare, cubriéndole con su cuerpo, mientras Jorge y Zeke se situaban a cada lado de aquél.

-¿Cómo están, amigos? -exclamó Holderness, por vía de salutación, acompañando sus palabras con una sonrisa que brilló como la luz sobre la superficie de un lago helado. Sus ambarinos ojos miraban con fijeza, contraídas las penetrantes pupilas hasta parecer dos minúsculos puntos amarillos.

Dave estudió al ganadero con frío desdén, y, rehusando hablarle, dirigió la palabra a su hermano.

-Snap - le dijo-, ¿qué significa esto de presentarte aquí con ese sujeto?

-Yo soy el nuevo capataz de Holderness -contestó el interpelado-. Andamos revisando los campos.

Las duras líneas del rostro, la expresión adusta, la crueldad de ave de rapiña, se habían acentuado extraordinariamente, y su mirada era centelleante.

-¡El nuevo capataz! -profirió Dave, quedándose boquiabierto de puro asombro -. ¡No... ! ¡Imposible...! No puedes querer decir eso... ¡ Estás borracho, sin duda!

-Pues es tal como he dicho -gruñó Snap.

-¡Mentira! -gritó su hermano, tiñéndosele de rojo las atezadas mejillas.

En su incontenible furia, avanzó de un salto hacia su interlocutor.

-Es verdad, Naab: es mi nuevo capataz - interpeló Holderness melosamente-. «Cien» mensuales... en oro... y tengo otro puesto tan bueno como ése para usted.

-¡Por...! - Dave dejó caer los brazos y se puso lívido -. ¡Holderness...!

-Ya sé lo que va a decir - le ininterrumpió el ranchero -. Pero será mejor que lo calle. Usted no es tonto. ¿Y de qué servirá que nos peleemos? Vengo a proponerle un trato. Le...

-A mí no me propone usted trato ninguno, ni me habla de nada-le atajó bruscamente Dave.

Y, volviéndose a su hermano

-Repítelo, Snap Naab. ¿Te has dejado alquilar por este hombre para trabajar a sus órdenes?

-¡Eso es!

-¿E irás contra tu padre, contra tus hermanos, contra tu propia carne y tu propia sangre?

-Yo no voy contra nadie. Mi punto de vista es muy distinto.

-Entonces eres un desgraciado borracho, un mentecato que se deja llevar y traer. Este hombre no es ranchero y tú lo sabes. Es nada más que un cuatrero vulgar. Arruinó, despojó e hizo asesinar a Martín Cole, el padre de tu primera mujer. Nos roba el ganado, nos quita el agua y está tratando de sumirnos en la miseria. ¡Por amor de Dios! ¿Has dejado de ser hombre?

-Las cosas me han ido mal-repuso Snap, hoscamente, revolviéndose en la silla-, y he decidido manejármelas a solas, sin preocuparme del resto.

-¡Perro de mala ralea! ¡Pervertido! ¡Bah! Al fin y al cabo, no eres más que medio hermano mío. Siempre supuse que acabarías mal, pero nunca creía que deshonrarías tu apellido hasta ese extremo, destrozando el corazón de tu padre. Bueno: acabemos. ¿Qué quieres aquí? ¡Despacha pronto! Estos campos son nuestros, y ni tú ni tu patrón tenéis nada que ver con ellos. Carecéis hasta del derecho de abrevar a los caballos. Hablad, pues, sin rodeos, ¡y aprisa!

Hare, absorto en la contemplación de la escena, hasta el punto de olvidarse de sí mismo, sintió de pronto una súbita frialdad en la cara, cuya piel se contrajo, al mismo tiempo que se le hinchaba el pecho. Bailáronle los ojos a Snap, bajó la diestra a un costado, y casi instantáneamente brilló un destello rojo y se escuchó una fuerte detonación. Instintivamente se agachó Jack, haciéndose a un lado, pero, a pesar de ello, el ligero impacto de algo así como un soplo de aire trocóse pronto en un quemante dolor desgarrador. Deslizóse el herido hasta el asiento de piedra, apoyando en su pecho una mano ensangrentada.

Dave saltó con la agilidad de un tigre, y después de desviar el Colt hacia arriba, sujetó el brazo a Snap como con unas tenazas.

Jorge le dio un vigoroso puntapié en el vientre al caballo de Holderness, que hizo dar tal respingo al brioso bruto, que a poco más desmonta a su jinete. Zeke corrió en auxilio de Hare, recostándolo lo mejor que pudo contra el asiento roqueño, mientras gritaba a voz en cuello -¡Tranquilícense! ¡Esto se acabó!

-¡Dios mío..., Dios mío! -exclamó Dave con voz entrecortada-. ¿No... no ha muerto?

-¡Le atravesó el corazón!

Dave, entonces, sacudió a Snap con tanta fuerza, que casi lo tiró del caballo, diciéndole al mismo tiempo

-¡Maldito seas! ¡Huye..., huye en seguida, o te mato! ¡Y usted, Holderness, recuerda esto bien! Dondequiera que nos encontremos, saque al punto el revólver, porque le juro que no voy a andarme con contemplaciones.

Desgajó una rama de un árbol y pegó con ella, sin piedad, a ambos caballos, los cuales partieron como dos centellas, golpeando furiosamente las piedras, atropellando los matorrales y desapareciendo por último entre los cedros.

Dave, ciego de furor, se volvió a sus hermanos, exclamando

-¡Zeke, esto es horrible! ¡Otro asesinato cometido por Snap! ¡Y mi amigo...! ¿Quién se lo dirá a padre?

Hare, al oírlo, se incorporó, buscando sostén en la piedra. Tenía abierta la camisa, y uno de los hombros le sangraba copiosamente. Muy pálido, pero sonriente, dijo a su apenado amigo:

-No se apure tanto, Dave. Aún no estoy muerto.

-Desde luego que no -añadió Zeke-. Acertó a agacharse a tiempo, y la bala le tocó en lo alto de un hombro.

Dave vino a sentarse al lado del herido, sombrío y silencioso; la mano que apoyó en una rodilla de éste le temblaba un poco.

-Cuando vi a Jorge ir en busca de su revólver -pro-siguió Zeke -, presumí que se iba a armar aquí algo muy gordo si no se evitaba rápidamente, y por eso se me ocurrió gritar que habían matado a Jack.

-Entonces, ¿creen ustedes que vinieron por mí? -interrogó Hare.

-¡Qué duda cabe! -respondió Dave secándose el sudor de la frente-. Yo lo sabía desde el primer instante, pero me sulfuré de tal forma al enterarme de que Snap se había pasado al lado de Holderness, que perdí la cabeza y no me fijé en la maniobras de mi hermano hasta que fue demasiado tarde.

-Escucha: por ahí vienen caballos - observó Zeke desatendiendo un momento sus manipulaciones para curar a Hare.

-Es Billy, por el camino de casa -añadió Jorge-. Sí, y padre le acompaña. ¡Santo Dios! ¿Le daremos lo que ha hecho Snap?

-Es preciso. Alguien tiene que comunicárselo - indicó Dave.

-Pues díselo tú, que eres quien siempre lleva la palabra.

Augusto Naab, a todo galope, llegó en seguida, y saltó inmediatamente de la silla, inquieto, deseando enterarse de lo ocurrido.

-Oí un tiro -dijo, ¿Qué ha sido...? ¿Quién está herido...? ¡Hare! ¡Hombre, que desgracia...! ¿Cómo se siente?

-No del todo mal-repuso Hare.

-¡A ver! -y Augusto apartó a Zeke, para examinar la herida-. Un balazo... por encima mismo del hueso..., no es cosa seria. Véndalo fuerte, Zeke. Mañana me lo llevaré a casa... Hare, ¿quién ha estado aquí?

-Vino Snap, y dejó saludos.

-¡Snap! ¿Tan pronto? Bueno..., sabía que así habría de ser..., lo estaba viendo. La Providencia le ha salvado, muchacho, porque la herida no es de peligro. ¿Snap le cogió de sorpresa, pues?

-No. Sabía que venía.

-Jack colgó su cinto, con el revólver, en la silla de Silvermane -explicó Dave-. Pensó que no debía disparar sobre Snap, ni sobre Holderness...

-¡Holderness! ...

-Sí. Se presentó con Holderness. Y Hare supuso que si le encontraban desarmado, no le atacarían. Pero Snap opinaba de distinto modo.

-¿Estaba borracho?

-No. Venía ex profeso para matar a Jack.

Dave narró punto por punto lo ocurrido, y agregó:

-Y... y no es eso todo, padre: Snap se ha echado definitivamente a la mala vida.

Dave, extraordinariamente apenado y evitando mirar la respetable cara del autor de sus días, comunicó a éste la infame traición del hermano; los otros se apartaron, con hondo disgusto, y Haré cerró los ojos.

Durante largo rato imperó el silencio, interrumpido sólo por el ruido de las vigorosas pisadas del patriarca mormón, quien, agitadísimo, iba y venía de un lado para otro. Por último cesaron los paseos, y Haré, abriendo los ojos, vio la prócer figura de Naab, erguida, los brazos en alto y rígida la melenuda cabeza.

-Hare - le dijo Augusto con voz pausada-, yo soy responsable del cobarde ataque de que le han hecho víctima. Yo le traje a usted aquí. Es la segunda vez que le ofenden villanamente. ¡Guárdese de que ocurra otra vez! Sí..., comprendo..., comprendo; pero, dígame, bendito de Dios: ¿no le previne que debía enfrentarse con Snap, de hombre a hombre?

-Es cierto.

-¿No quiere usted vivir?

-Claro que sí.

-¿Profesa la religión mormona?

-¡Oh, no! -repuso Haré, extrañado.

-¿Para qué cree que le he enseñado mi ardid en el manejo del revólver?

-Supongo que para que pueda defenderme mejor, en caso de necesidad.

-Entonces, ¿por qué deja que le tiren a sangre fría? ¿Por qué colgó su arma? ¿Por qué no le hizo frente a Snap? ¿Acaso por tener en cuenta a su padre, a sus hermanos, a su familia?

-En parte, aunque no del todo - contestó Haré lentamente-. Antes ignoraba lo que ahora sé. Mi conciencia se ha rebelado ante la idea de matar a un semejante... ni siquiera en defensa propia..., y, vamos, que matar... a su hijo...

-¡Ese no es mi hijo! -vociferó Naab con voz de trueno-. Recuérdelo bien, cuando le encuentre de nuevo. No quiero que la sangre de usted pese sobre mí. ¡No se deje degollar como un cordero! Si opina que el deber hacia mí le obliga a tener miramientos, desde este instante le relevo de toda obligación, en absoluto.

Zeke había terminado de vendar la herida. Arregló una vasija con varias mantas, ayudó a Jack a tenderse en ella le abrigó bien y le recomendó que procurara movérselo menos posible. El herido experimentaba una extrema lasitud, una agobiadora modorra que le penetraba hasta los huesos. A intervalos olvidaba su situación; otras veces, centenares de estrellas fulguraban en el interior de sus ojos, oía el viento, el cencerro de Silvermane, murmullos de voces... Sin embargo, todo le parecía remoto, intangible, como si estuviera soñando.

Al día siguiente cabalgó camino del oasis, inclinado sobre la silla, y, sintiéndose desfallecer al término del viaje, tuvo Augusto que irle sosteniendo con un brazo. Ya en la casa, le fue practicada una minuciosa cura, le metieron en el lecho y durmió la mayoría del tiempo; en los ratos que estaba despierto, cavilaba.

Tres semanas más tarde andaba de nuevo a caballo, atravesando la roja faja de arena, en dirección a los campos de pastoreo. Durante la convalecencia comprendió que había llegado a »la sombría línea decisiva», donde se definiría su destino. Tenía que escoger; una de dos: o retrocedía deliberadamente, demostrando su ineptitud para sobrevivir en el desierto, o tenía que «cruzar la línea., decidido a todo. Era un dilema muy serio, que le preocupaba enormemente. No obstante, sabía que, en el momento crítico, la decisión habría de ser fulminante.

Prefería, más que nunca, andar solo, y, como Silvermane, siempre estaba alerta, vigilando, escuchando... Sus; obligaciones le llevaban hasta la mitad del camino que conducía a Seeping Springs, a través del valle, hasta el' murallón rojo, cuesta arriba por el Coconina, lejos, en el interior de la espesa selva de majestuosos pinos... Y así, parte confiando en el maravilloso olfato y la agudísima vista de su hermoso corcel, y parte en su propia vigilancia incesante, jamás escapó nada a su despierta observación, ya fueran vaqueros, caballos salvajes o simples ciervos, los que se cruzaban a su paso.

Transcurrían los días; la primavera hacía ya tiempo que había cedido el puesto al verano; más tarde, los rigores del sol y las rachas de viento cálido, cargado de polvo cegador, fueron sucedidos por la fresca brisa que soplaba desde la montaña; octubre trajo las primeras ráfagas de nieve, y noviembre, las oscuras nubes tormentosas.

Hare fue el último jinete expulsado de la montaña por la crudeza del tiempo. Los Naab le aguardaban en Silver Cup, y en cuanto vino, levantaron el campamento y regresaron a casa.

Augusto, con silenciosa sorpresa, escuchó los detalles de los trabajos realizados durante su ausencia. Holderness y Snap se habían mantenido alejados de Silver Cup, después de la supuesta muerte de Hare. De vez en cuando, algunos jinetes pasaron por el valle, o por el camino, al alcance de la vista de Dave o de sus compañeros, pero nunca ocurrió que se encontraran con aquellos visitantes. Ni siquiera les habían robado ni un solo novillo; y excepto por la constante amenaza indicada por el humo que flotaba sobre Seeping Springs, las usuales tareas pastoriles se habían desarrollado sin incidente alguno digno de mención.

Para Hare, los meses habíanse deslizado con extraordinaria rapidez; aunque, al recapacitar después sobre este período de su existencia, le parecía que había durado años. El invierno en el oasis procuró ocuparlo lo mejor que le era dable: jugaba con los niños en el patio, cuidaba a Silvermane, paseaba por las cercanías del murallón y ayudaba a cuanta labor se ofrecía. Pero durante las largas noches, de forzosa inactividad, se sentía deprimido, y le atormentaban los recuerdos del pasado. Bastaba un atisbo de la puesta del sol, desde la puerta que daba al Oeste, para que sus pensamientos se pusieran en turbulenta agitación; amaba y odiaba, simultáneamente, al Desierto Pintado. Mescal estaba allí, envuelta en sus sombras purpúreas. Soñaba con ella, despierto, contemplando las rutilantes ascuas del hogar. La veía, montada en Black Bolly, con la cabellera flotando a merced del viento. Y no podía desprenderse de la dulce v a la par triste visión de su amada sentada en un rincón de aquella sala, silenciosa, baja la cabeza, mientras el odiado rival le murmuraba palabras de cariño. La memoria de aquella escena le torturaba. Era como una chispa encendida que le cayera en la herida que le produjo el Halcón del Desierto, cuando le atacó alevosamente. Pero asimismo era como una luz que brillara en "la sombría línea decisiva., que, más pronto o más tarde, tendría que trasponer.

## XIV

La noche del aniversario de la desaparición de Mescal, aquella misteriosa voz que tan frecuente y extrañamente había oído Hare, llamándole, le despertó, y le hizo sentarse rápidamente en la cama, trémulo y atento. El cuarto estaba a oscuras, y tan silencioso como una tumba. Se tendió de nuevo entre las mantas, temblando de emoción. Ya no pudo dormir más; permaneció en un estado de febril ansiedad aguardando el amanecer, y cuando despuntó el alba tenía tomada una firme determinación.

Después del desayuno le preguntó a Naab

-¿Puedo ir al otro lado del río?

El anciano se le quedó mirando un momento, para preguntarle a su vez:

-¿Mescal?

-Sí.

-Lo veía venir desde hace tiempo. -Sacudió la cabeza y extendió las manos-. No necesito explicarle lo que es el desierto. Estoy seguro de que, si regresa, será con ella. Sí, puede ir. Lo que va a acometer es una empresa digna de cualquier hombre. ¡Que Dios le guarde!

Hare no comunicó su proyecto a nadie más; llenó una alforja grande con grano, otra con carne salada, pan y frutas secas, aseguró con correas un odre con cinco galones de agua, detrás de la silla, y partió hacia el río. En el paso le quitó a Silvermane los arreos y la carga y los colocó en un bote. En aquel momento, un prolongado aullido, como el de los perros a la luna, le sobresaltó, arrancándole a sus meditaciones; sus ojos examinaron toda la ribera de arriba abajo y después la orilla opuesta. Un animal, al cual tomó primero por un lobo gris, de los del bosque, coma a lo largo del banco de arena donde estaba el desembarcadero.

-Demasiado blanco para ser un lobo - murmuró Jack -. Tal vez sea un perro navajo.

La bestia, sentándose sobre las patas traseras y alzando la flaca cabeza, lanzó de nuevo un lastimero aullido. Después reanudó su trote a lo largo del banco de arena, deteniéndose de cuando en cuando, para avanzar hasta el borde del agua. De pronto divisó a Hare y se puso a ladrar furiosamente.

-Es un perro, desde luego-dijo Jack -; quiere cruzar a esta parte. Pero, ¿dónde lo he visto antes?

Súbitamente se puso en pie, a riesgo de volcar el bote, exclamando

-¡Se parece a Lobo! -Fijóse mejor y con el corazón latiéndole apresuradamente, gritó -. ¡Ky-yi! ¡Lobo! ¡Tus! ¡Tus!

El perro saltó en el aire, y en seguida comenzó a avanzar y retroceder rápidamente, aullando desesperado.

-¡Es Lobo! ¡Mescal debe andar cerca! -clamó Hare. Un velo le oscureció la vista, y todas las venas de su cuerpo se pusieron como tensos cordones-. ¡Lobo! ¡Lobo! ¡Ya voy! ¡Ya voy!

Con temblorosas manos ató la brida de Silvermane al asiento de popa, y empujó el bote río adentro. En su avidez por cruzar cuanto antes, remaba demasiado aprisa, sumergiendo bajo la superficie del agua la cabeza del caballo, exponiéndolo a ahogarse. Tuvo, pues, que moderar su ardor. Una y otra vez repitió sus llamamientos al fiel perro. Por fin, la proa rechinó en la arena, y Silvermane emergió del río, sacudiéndose y resoplando.

-¡Lobo, vejo amigo! -gritó Hare. ¿Dónde está Mescal? Lobo, ¿dónde está?

En su entusiasmo, abrazó al animal, rodeándole el cuerpo afectuosamente. Lobo gruñó complacido, le lamió la cara y, desprendiéndose de los brazos de Jack, corrió por el arenoso camino, volviendo atrás en seguida, para repetir la operación. Ya no ladraba, pero esperaba a ver si Hare le seguía.

-Perfectamente, Lobo... Ya voy.

Nunca había ensillado Hare con mayor rapidez, ni montado con mayor presteza. Echó a Silvermane tras el perro, por el camino bordeado de sauces, por las escarpadas rocas y luego por el sendero que corría bajo los salientes del gran muro de piedra. Lobo le condujo hasta el llano situado entre el «cañón» y el Farallón del Eco, e inmediatamente partió en línea recta para el Desierto Pintado. Después de trotar un poco, se volvía, a intervalos, para asegurarse de que el jinete le seguía.

La duda, el temor, la incertidumbre, cesaron para Hare. Al recibir en el rostro la primera ráfaga de aire polvoriento, se convenció definitivamente de que Lobo; le llevaba adonde estaba Mescal. Se convenció asimismo dé que aquella misteriosa voz que le había llamado, despertándole, era la de ella, y de que la imprecisa y muda promesa del desierto comenzaba a cumplirse. El, alborozado, respondía al llamamiento de la vasta extensión que tenía delante. El horizonte, cada vez más dilatado, se extendía a su frente, y las llanuras desprovistas de árboles, los repechos tostados por el sol, la sucesión de elevadas planicies ondulantes, todo, en fin, parecía darle la bienvenida. Su alma entonaba un himno triunfal.

Porque Mescal estaba allí. Lejos, muy lejos, sin duda, estaría: un mero grano de arena, perdido en aquel inmenso arenal movedizo. Acaso enferma, o herida, pero viva,

aguardándole, invocando su auxilio, clamando en su soledad y aislamiento con una voz que nada en el mundo podría silenciar.

Jack no consideraba los ásperos peñascales como barreras infranqueables, ni las «mesas» y áridos montículos como lugares donde acechaba la muerte, ni los sedientos arenales como hostiles enemigos ávidos de la sangre de animales y personas. Aquella policroma tierra de maravillas había resguardado a Mescal durante un año entero. Y él había amado aquella tierra, por su varia coloración, sus sempiternas mudanzas, su arcano sigilo. La amaba, sí, porque no había sido un sepulcro para Mescal, sino un próvido refugio, un acogedor hogar. Por lo tanto, se rió de los engañosos espejismos de las amarillentas mesetas del primer término y de la adormecedora perspectiva purpúrea del lejano horizonte. El viento le soplaba al oído un delicioso canto; la arena le sabía dulce al masticarla entre los dientes, y las temblorosas olas de calor, que envolvían al desierto en la transparente bruma de sus flotantes velos, enmarcaban bellos cuadros para placer de sus ojos.

Lobo conservaba la delantera, y, aunque había cesado de detenerse, todavía miraba hacia atrás de cuando en cuando para cerciorarse de que le seguían el hombre y el caballo. Hare se había fijado apenas en el perro durante las primeras horas del viaje, pues sus ojos estuvieron ocupados principalmente en la contemplación de la quebrada línea que ofrecía el desierto por el Oeste, los lejanos contornos del Farallón del Eco y los accidentes del terreno que iban recorriendo en aquellos momentos. Aquí y allá aparecían señales de vida, ya en la escuálida figura de algún coyote deslizándose furtivamente en medio de los cactos, ya en la presencia de algún sapo cornudo arrebujado en el polvo, o en la forma de tal cual lagarto de vistosos ojos tomando el sol repantigado sobre un pedrusco. Sólo cuando la excitada fantasía del viajero se hubo calmado un tanto consagró éste mayor atención a su leal guía. A no ser por el color de la piel, lo hubiera confundido con un lobo cualquiera. Andaba con la cabeza baja, las orejas gachas y la cola caída entre las piernas. Cojeaba de la pata delantera derecha.

Hare se detuvo a la sombra de una peña, descabalgó y llamó al perro. Lobo acudió al llamamiento, pero sin prisa, sin el menor interés, sin nada de su antigua efusiva amistad de los días de pastoreo. Tenía los ojos tristes y raros. Hare, al notarlo, sintió un súbito presentimiento, que desechó en seguida, negándose decididamente a tomarlo en cuenta. No obstante, le quedó cierta preocupación. Examinó la pata lastimada: la parte muscular que tocaba al suelo, lacerada, gastada, evidentemente de tanto caminar. Para remediar como pudo este inconveniente cogió un pedazo de cuero curtido y se lo ató a modo de improvisado mocasín. La bestia, agradecida, le lamió las manos, pero la luz de sus ojos continuó siendo tan triste como antes. Miraba continuamente hacia el Oeste, como ansioso por continuar la marcha sin más demora.

-Está bien, está bien-le dijo Hare -. Ya nos vamos; pero anda despacio. A juzgar por el aspecto de esa pata, tu viaje anterior ha debido ser larguísimo.

De nuevo dieron cara al Oeste, guiando el perro, siguiendo el hombre, y encaminándose a una subida bastante pronunciada. Cuando la hubieron escalado, Hare vio que su recorrido sólo le había traído a través de una especie de antesala; el verdadero portal se abría ahora ante los expedicionarios; allí empezaba en realidad el Desierto Pintado. La inmensidad de aquello abrumó a Hare, con sus millares de colinas, de "cañones., de altos y bajos, v en un ambiente sempitemamente purpúreo. Los brazos del desierto le envolvieron, y sintió un escalofrío, a pesar de la cálida temperatura reinante.

Descendió a un valle, siguiendo siempre de cerca a Lobo, y fijándose en que se orientaba directamente hacia una cordillera volcánica. Le sorprendía que el perro, aunque continuamente tenía que rodear laberintos de rocas, salvar profundos desfiladeros, cruzar terrenos a cual más difíciles y llenos de obstáculos, jamás perdía el rumbo, siguiendo impertérrito su derrotero, con tanta exactitud como la brújula señala al Norte.

A medida que avanzaba, el aire era más caliente y sofocante. Al mediar la tarde, llevarían recorridas unas treinta millas, y Jack estaba bañado en sudor de pies a cabeza, y la piel de Silvermane no estaba mucho más enjuta que la de su amo. Mirando hacia atrás, Hare tuvo la vaga sensación de poder hallarse extraviado: el Farallón del Eco había desaparecido tras la línea del horizonte, y, suprimido ese punto de referencia, no le quedaba medio de orientarse.

El crepúsculo vespertino le obligó a detenerse, tanto por el cansancio como por la falta de luz. Hare acampó junto a un enorme peñasco que les defendería contra el viento. Tendió en el suelo la manta, para que le sirviera de cama, y por almohada puso la silla de montar. Dióle a Silvermane un morral lleno de agua, y luego, otro con pienso. Alimentó al perro y, por último, atendió a sus propias necesidades. Cuando acabó, sólo un tenue resplandor gris alumbraba el desierto; el aire caliente había sido reemplazado por una fresca brisa, y cerraba la noche. Excavó en la arena un hueco para descanso de las caderas, dióle un último vistazo a Silvermane, que estaba atado a la roca, y, llamando a Lobo, tendióse a descansar. Estaba habituado a dormir al raso, teniendo por techumbre el alto cielo, y no le afectaban lo más mínimo ni el rugido del viento ni la volante arena; sin embargo, aquella noche encontraba muy distintas estas viejas circunstancias. Porque se hallaba en el Desierto Pintado; Lobo estaba echado junto a él, y Mescal reposaba, tal vez cerca, bajo la misma luz blanco-azul de aquellas estrellas.

Despertó, y se levantó antes de que matiz alguno insinuara la proximidad de la aurora. Dió de comer a sus leales compañeros irracionales, y, mientras éstos terminaban sus respectivos desayunos, comenzó a asomarse el alba por un extremo del firmamento. Un ligero tinte rosáceo apareció por el Este. El aire era tibio y transparente. Esforzábase por animar a Lobo arrancándole de su melancolía, pero fracasó en su generoso empeño.

Listo todo para reanudar la marcha, saltó a la silla, El día prometía ser rico en emociones, y, aunque había dominado mucho la exuberancia de su primer entusiasmó; todavía resonaba su voz con desbordante alegría al decirle al perro:

-¡Adelante, Lobo! ¡Vamos adelante, viejo compañero!

El sol surgió en la distante lejanía, y las grises cortinas que pendían sobre la inmensa extensión fueron levantándose, empujadas por fulgores rosados, blancos y color de oro.

Apenas puestos en movimiento, la manera de conducirse el perro le indicó a Hare que Lobo no regresaba por el mismo camino que trajo anteriormente, sino que ahora viajaba impulsado por el instinto. Había tramos que requerían estudio antes de aventurarse a cruzarlos, y áreas rocosas que exigían largos rodeos, y escarpadas «mesas» que interceptaban el paso, y anchas fajas de arena suelta y honda, y «cañones» intransitables en casi su totalidad. Pero el inteligente perro hallaba siempre medio de vencer la dificultad, y siempre volvía a tomar la dirección de la negra cordillera observada por Hare. Ésta todavía se destacaba con pronunciado relieve, no más cercana que antes, pues parecía más bien alejarse a cada paso, como si fuera un hito ilusorio, del cual empezaba Jack a desconfiar.

Luego, de improviso, la cordillera se desvaneció, absorbida por la ingente mole de las Montañas Fantasmas. Hare las había visto varias veces, aunque nunca tan claramente. Las cumbres purpúreas, las estribaciones de ciclópeas rocas, los abruptos desfiladeros, tan claro y palpable todo ello a la luz matutina..., ¡cuán difícil de creer que no existieran, puesto que no eran más que producto del engañoso espejismo del desierto! Mas, pese al testimonio de los sentidos, así era: hasta para los navajos no eran otra cosa que montañas-espíritus.

El piso, hasta allí principalmente pedregoso, cambió; penetraron en un área de pura arena. Lobo aminoró considerablemente su trote, y los cascos de Silvermane se hundían profundamente. Hare desmontó, para seguir, como escaso trabajo, al lado de su caballo, sintiendo que el intenso calor le traspasaba las botas y le quemaba las plantas de los pies. Tan animoso como al principio, proseguía, infatigable. Una vez hizo alto para atarle a Loba otro

mocasín en una pata lastimada (ahora, la delantera izquierda), y con frecuencia abría la espita del odre para refrescarse los resecos labios y la garganta. Las olas de las dunas se asemejaban a las del mar. No se atrevía a mirar hacia atrás, temeroso de ver cuan poco habían adelantado. Enfrente tenía millas y millas de montículos de formas graciosas: cadenas de serranías en pequeño, onduladas elevaciones de arena movediza, todas diferentes y sin embargo de contornos regulares y armoniosos, montones y más montones, dunas y más dunas, en oleadas sin término. El viento arrebataba el fino polvo de las crestas, remontándolo en el espacio, como blancas cintas y guirnaldas, y pálidas nubes de la misma substancia rellenaban unas oquedades, mientras en otros sitios se formaban nuevos vacíos. La fuerte brisa matinal, soplando del Oeste, rizaba la superficie de aquel mar sin agua, como la marea durante un vivo flujo oceánico.

Silvermane lanzó un bufido, irguió las orejas y miró en dirección al Oeste, hacia unos grandes nubarrones amarillos, muy bajos, que ascendían desde el desierto.

-Una tempestad de arena -dijo Hare, y llamando a Lobo se encaminó a la roca más próxima, de suficiente tamaño para ofrecerles refugio.

Las nubes de arena, girando como trombas, arremolinándose furiosamente, fueron creciendo y creciendo, hasta abarcar distancias enormes, cubriendo el desierto, engolfando las dunas, oscureciendo la luz... Faltó la claridad del sol; el día se tornó casi noche.

Una densa y agitada niebla arenosa envolvió a Hare. Lo último que vislumbró, antes de taparse la cara con un pañuelo de seda, fueron las inmensas sabanas de arena que pasaban volando junto a su guarida. La tormenta venía con un bajo, suave, sibilante rugido, semejante al ruido que se oye en los grandes caracoles marinos, aunque muy ampliado. Respirando a través del pañuelo, Hare evitaba inhalar la arena que le golpeaba el rostro, pero las partículas más finas traspasaban esa defensa y le ahogaban. Primero temió perecer sofocado; falto de aliento, tosía y daba boqueadas; pero luego, cuando pasaron las nubes más espesas, logró aspirar aire suficiente para mantener el funcionamiento de los pulmones. Después esperó pacientemente, mientras continuaba el rugir de la tormenta, y el ala del sombrero se le doblaba sacudida con furia, y el peso que- le oprimía los hombros tenía que sacudírselos continuamente, y la trampa que le sujetaba los pies subía y subía... Cuando cesó el batir del viento, descubrióse la faz y vio que estaba aprisionado hasta las rodillas en amarillento polvo, que también cubría el lomo de Silvermane y la silla. La tempestad corría hacia el Este. La atmósfera estaba rojiza y el sol brillaba apenas a través de la gigantesca polvareda.

-Bueno, bueno-murmuró Haré-. Ésta se acabó ya; pero, ¿cuántas más nos esperan?

El tono de su voz quería ser alegre e indiferente, pero, en realidad, no las tenía todas consigo, porque harto sabía que tales tormentos eran caprichos frecuentes del viento en aquellas latitudes. Antes de una hora tuvo que recurrir al amparo de otra roca para esperar el paso de una nueva ventolera, si bien no fue tan fuerte como la anterior. Algo más tarde fue sorprendido al descubierto sin piedra alguna a la vista donde guarecerse. Compelido a volverse de espaldas, esta tercera tempestad-la peor de todas-le sacudió terriblemente. Bregó lo mejor que pudo para que no le agobiara la violencia de los primeros choques. La arena caía a torrentes y parecía no acabar nunca. Después de aquel verdadero suplicio, su ánimo decayó considerablemente: marchaba con la cabeza baja, fatigado, junto a Silvermane, temeroso de lo que aún tendría que sufrir en la interminable distancia que faltaba para pisar tierra firme. Pero, con infinito alivio, pronto descubrió que era inútil tratar de calcular las distancias en el desierto. Lo que poco antes parecían millas de penoso recorrido, resultó ser un trecho bastante corto.

Era agradable, en verdad, ocupar de nuevo la pilla y respirar aire sin polvo. A lo lejos asomó otra vez la negra cordillera, rodeada por grupos de «mesas» con laderas de salvia, coloreadas de verde. Aquello seguramente significaba la terminación de esta ruda etapa; las verdosas manchas prestaban verosimilitud a la suposición de que encontrarían agua. Por allí

tenía que estar Mescal, escondida en algún umbrío desfiladero. Y Haré sintió renacer su esperanza.

Así, pues, aceleró el paso de su cabalgadura. Iban en ese momento por un llano pequeño salpicado de enormes pedrejones, cruzando el cual entraron en otra llanura de escasa vegetación donde algunos seres vivos - un halcón cerniéndose a poca altura, varios lagartos huyendo presurosos vara ocultarse en sus cuevas y un ave rastrera que corría veloz- acentuaban con su presencia la falta de vida del yermo. Más tarde penetró en una zona de dunas de arcilla de tonos violeta y heliotropo, y después, en una faja de lava y cactos. Rojizos puntos tachonaban el desierto, y aquí y allá crecían desmedradas hierbas blancas. Lejanos, miríadas de cactos ostentaban su rara configuración, como un ejército de retorcidos soldados de caballería. Al avanzar algo más, faltó la hierba totalmente, y torrentes de dentada lava fluían, petrificados, en todos sentidos. Espesas capas de ceniza delataban la furia de una erupción volcánica. En breve Haré tuvo que desmontar para ponerle a Lobo mocasines en las patas traseras y para dirigir cuidadosamente a Silvermane por encima de la resquebrajada lava. Durante un buen rato dieron con franjas de terreno libré de lava que albergaba algún que otro grupo de cactos, pero pronto todo espacio no cubierto por la rojiza y férrea materia eruptiva sustentaba tupidos macizos de esas espinosas plantas, hasta el punto de impedir el avance. Las había de todas clases en forma de tremendos barriles, de largas varillas erizadas de pinchos, de anchas y carnosas pencas con púas amarillas; en fin, todas las variedades de cactáceas, a cual más ruda y punzante. Haré tuvo, pues, que abandonar aquel suelo y volver a caminar por terreno volcánico.

El fatigado caminante pensaba que aquello tenía por fuerza que terminar alguna vez, pero la perspectiva del momento era que jamás acabarían de salir de aquel infierno. Con la piel chamuscada por el ardiente calor, pinchado por las espinas, lastimados los pies por el difícil progreso sobre la desigual y áspera lava, sintióse tan exhausto que decidió dar por concluída la jornada de aquel día. Al preparar el campamento, hizo el lamentable descubrimiento de que el odre había dejado escapar su contenido, o que el agua se había evaporado en gran parte, pues sólo quedaba líquido para veinticuatro horas más. Parcamente satisfizo la sed del perro y el caballo, en silencio, revolviendo en su cerebro la angustia de la situación.

La pequeña hoguera que hizo con la poca leña que pudo conseguir proyectaba un pálido círculo luminoso en medio de la penumbra circundante. Ningún sonido daba ni él más levé indicio de vida. Hubiera escuchado con gusto aunque fuera el ladrido de un coyote. Silvermane, inmóvil, humillaba la fatigada cabeza. Lobo se había tendido, mohíno, sobre la arena. Haré, envuelto en la manta, procuró descansar.

Soñó que era todavía niño y que vagaba por las feraces lomas de la granja paterna en medio de campos de trébol húmedo por el rocío; que pescaba en la tranquila corriente, allá en Connecticut. Era en la época de las vacaciones escolares, libres y placenteras. Después estaba en el remanso donde nadaban, y sus camaradas de juego le hacían nudos en la ropa, dejándole tiritar en la orilla, mientras ellos, traviesos, escapaban exhalando infantiles chillidos de gozo.

Cuando despertó, ya el radiante globo solar brillaba sobre el horizonte, iluminando toda la extensión del valle. Hare reflexionó acerca de la conveniencia de usar inmediatamente el agua que le quedaba o de reservarla para más adelante. Aquella bola de fuego en el cielo, tan encendida como una esfera de hierro al rojo blanco, le decidió. El día iba a ser muy caluroso, y el líquido que no se derramara se evaporaría; por lo tanto, compartió con Lobo parte del agua y dio el resto a Silvermane.

Durante una hora, las ficticias montañas de tonalidades lila lucieron en lontananza y luego palidecieron en la intensa luz. El día era callado y sin viento; las reverberantes ondas de calor se levantaban del desierto igual que oleadas de humo. Para Haré, la realidad con que tenía que enfrentarse era: los bancos de recocida arcilla, a través de cuya quebradiza costra

superficial penetraban las patas de Silvermane a cada paso; los lechos de álcali, de los que se levantaban nubes de finísimo polvo; las profundas grietas, llenas de guijarros; los matorrales de mezquite y abrojos, que le taladraban la piel con sus espinas; los agotadores rodeos para eludir =cañones» insalvables; las subidas por escarpadísimas cuestas para llegar de una planicie a otra... Lo irreal, lo deceptivo, lo falaz; los tentadores y rielantes depósitos de agua, en cada hondonada; las quiméricas montañas flotando en el aire; las verdegueantes laderas irguiéndose casi al alcance de la mano; los bultos de hermoso color azul oscuro, que navegaban por los lejanos arenales como barcas monstruosas surcando el mar; los mudables contornos de las cosas, que a cada instante variaban de forma y de color, siendo unas veces brumosas y rosadas, mostrándose otras como envueltas en velos purpúreos o en blancos cendales... todo pura ilusión; misteriosas supercherías del espejismo.

En el rigor del mediodía, Haré cedió a la influencia de la temperatura, deteniéndose a la sombra de un mogote de pizarra. Tenía la cara hinchada y medio desollada; los labios, secos, agrietados y con sabor a álcali. Pero la detención fue breve. Al poco rato reanudó Lobo su acompasado trotecillo; Silvermane le seguía de cerca, y Hare cabeceaba en la silla, con los ojos cerrados, tanto por el amodorramiento como para defenderlos del hiriente resplandor solar; además, era un consuelo no ver aquellas desoladas soledades. Y así transcurrió la tarde.

Silvermane tropezó, sacudiendo a su amo del sopor en que iba sumido. Ante los viajeros se dilataba un inmenso campo de cantos rodados, sin la más mínima elevación. Hare se frotó los ojos. ¿Sería ésta otra ilusión visual?

Cuando Silvermane continuó la marcha, Hare pensó en la costumbre de los navajos de confiar en el instinto de sus caballos y perros en circunstancias análogas. Las nobles bestias habían nacido y se habían criado en el desierto, y poseían una vista y un olfato que aventajaban al entendimiento humano. Estaba a merced del instinto de Lobo y de la resistencia de Silvermane. La resignada conformidad con el destino le trajo cierta tranquilidad de espíritu, fresca como el contacto de una mano fría contra las mejillas de un enfermo febril. Recordaba el desértico secreto de los ojos de Mescal: él estaba próximo a descubrir este secreto. Se repitió las palabras de Augusto Naab: «Es una empresa digna de cualquier hombre. Si así era, él había llevado a cabo la intención, aunque el éxito no coronara sus esfuerzos. Se acordó también del tributo rendido por Eschtah a la inmensidad del yermo. «Eschtah yacerá un día allá lejos, para siempre, y nadie conocerá la senda que conduzca al lugar de su eterno sueño.» Rememoró aquel algo para siempre jamás cercano a acontecer; el sutil llamamiento de lo desconocido, que se le revelaba en el pétreo abrazo del desierto. Este lo había recibido en su seno, resplandeciente y lleno de peligros, bello en sus mudanzas y colores, inescrutable en su multiforme encanto. Después de invitarle a entrar, se había cerrado a su espalda. Ahora el visitante lo miraba cara a cara, en su ingente y peculiar disposición, en sus extrañas ruinas calcinadas por el fuego, en su ineludible crueldad.

## XV

El infatigable corcel gris, al sentir sueltas las riendas sobre su cuello, trotó rápidamente hasta alcanzar al perro, que se había adelantado, y en lo sucesivo le siguió pegado a sus talones. Con la puesta del sol, se agitó la brisa, y fue refrescando a medida que caía la noche, despejando la pesadez de la atmósfera. Luego, las tinieblas cubrieron con su manto todo el llano.

La oscuridad aplacó el dolor que sentía Hare en los ojos, semicegados por la acción de los rayos solares. Servíale también de consuelo el no ver la inasequible línea del horizonte. Mas, gradualmente, la opaca lobreguez le hizo experimentar (como no lo había hecho la claridad diurna) la sensación de su absoluto aislamiento. Estaba solo, total y terriblemente solo, en aquel inmenso reino de árida esterilidad e impenetrable sombra. Sus mudos

compañeros eran todo el mundo para él. Lobo marchaba el primero, guía silente y leal; y Silvermane seguía, con pie seguro, a despecho de la oscuridad, fiel a su dueño. Todo el anterior cariño de Hare por su caballo era como nada comparado con el que llegó a tomarle en aquella noche inolvidable. Echando unas veces por la derecha, otras por la izquierda, entrando aquí, saliendo por allá, dando constantes rodeos, siempre evitando obstrucciones, siempre zigzagueando, Silvermane no se apartaba de Lobo, y los enarenados espacios que existían entre las peñas acallaban por completo el ruido de las pisadas. Perro y caballo, libres en la elección del camino, trotaban, siempre adelante, recorriendo millas y más millas.

Una pálida luz, en el Este, fué poco a poco creciendo hasta convertirse en un fuerte resplandor dorado, y por último surgió en el firmamento el disco lunar, haciendo que se destacaran las siluetas de los peñascos, resaltando contra el fondo que les ofrecía el horizonte. El astro, prosiguiendo su curso, se mostraba como deformado, pues lo que debiera ser una esfera parecía un óvalo color de naranja -extraña luna-, no plácidamente brillante, plateada, suave, como siempre la había conocido Hare, sino un orbe mortecino, apagado, melancólico, amarillento, elevándose tristemente sobre la vastedad del desierto. Para Hare fué un nuevo y penoso recordatorio de la carencia de vida que le rodeaba, y un adecuado complemento del pedregoso mundo por donde estaba viajando.

Silvermane empezó a cojear. Jack desmontó en seguida, para averiguar la causa. Un pequeño guijarro se le había introducido en el casco delantero derecho, entre la herradura y el córneo vaso. Hare se lo extrajo con la punta del cuchillo, montando de nuevo. Lobo, bastante adelantado en la imprecisa ruta, lanzó de pronto un prolongado aullido, como un lamento, que hizo estremecer al jinete. El silencio, que antes le había parecido opresivo hasta no poder más, ahora lo encontraba terrible, enloquecedor. No era el silencio de la vida corriente. Lobo lo había roto con su triste aullido, y al restablecerse en toda su intolerable solemnidad, sin el más leve eco, imperó con mayor fuerza. Era el tétrico silencio de la muerte.

Jack cuidó de no retrasarse otra vez. No quena volver a oír aquel aullido de Lobo. El perro marchaba silenciosamente; el caballo le seguía con pisadas absolutamente sin ruido, pues la arena las apagaba por completo. La luna ascendía y el desierto brillaba con su claridad. Los peñascos parecían aumentar de tamaño, y los espacios, entre ellos, hacerse mayores.

Así fue pasando la noche. A Hare le pesaban horriblemente los párpados, y su cuerpo entero, exhausto ya, clamaba por un poco de descanso y olvido. Adormilada en la silla, el movimiento de la cabalgadura le mecía para atrás y para delante; a ratos despertaba, aunque sólo para volver a adormecerse en seguida.

El Oriente dio a luz la estrella matutina. La blancura del firmamento sirvió de heraldo al nuevo día. Hare, no sintiéndose con ánimo bastante para afrontar los rigores diurnos, de furioso resplandor y temperatura abrasadora, se detuvo a la entrada de una cueva excavada por el viento en una alta roca. Apenas se echó en el polvoriento suelo de la caverna, se quedó profundamente dormido. Pasadas varias horas despertó, pero tuvo que cerrar los ojos, dolorosamente heridos por el fulgor de la luz. Allí se quedó envuelto en la manta, hasta que el sueño volvió a dominarle.

El perro vino a despertarlo, frotándole la cara con su húmeda nariz, gruñendo. Otro crepúsculo había caído. Hare, casi a rastras, obedeció al llamamiento de su cuadrúpedo guía; tenía rígidos y doloridos los miembros, y le atormentaban el hambre y la sed. Hizo un esfuerzo para comer, pero no pudo pasar ni un bocado. La garganta le ardía, la cabeza le daba vueltas, y veía rojas llamaradas flotándole ante los ojos. Lobo rehusó la carne que le ofreció, y Silvermane, después de oliscar el grano, sin probarlo, prefirió morder unas cuantas briznas de hierba del desierto.

Pocos minutos después pusiéronse en camino. La noche desplegó pronto su negrura. Soplaba del Oeste un viento tibio; las estrellas fulguraban, y a su tiempo hizo su aparición la

luna, con rostro fantástico y luz cadavérica. Inmensos pedrejones de formas grotescas saliéronle al encuentro a Jack: túmulos, pilares y estatuas de los difuntos de la Naturaleza, tallados por el viento y la arena. Pero algunos de estos peñascos tenían vida para la alterada imaginación de Hare. Se asomaban, erguíanse, se movían a hurtadillas, le acechaban, y observaban sus movimientos con mirada fija y profunda...

Hare luchó consigo mismo para librarse de tales alucinaciones y recobrar el dominio de sus facultades. Era necio -se decía- el dejarse abatir y debilitar. Allí estaba Lobo, que no era un fantasma ni mucho menos; ya se las ingeniaría para encontrar agua, y aquello significaría el retorno a la vida normal. Y en cuanto a Silvermane, resistente como el acero, acabaría por sacarle de este báratro de piedra y arena. Se esforzó por animarse, por levantar su propio espíritu, por recuperar su vacilante energía..., pero la batalla no parecía decidirse a su favor. Todo lo que le rodeaba era silencio... silencio absoluto... silencio implacable... el inanimado e insufrible silencio de todas las edades del universo. Los espectros danzaban en la sombra. La luna, gastada y fúnebre, alumbraba lóbregamente el solitario yermo, sólo poblado de visiones.

La más espantosa desolación se escondía bajo la perturbadora penumbra.

Hare se sostuvo a caballo toda la noche, se desplomó de la silla al despuntar la aurora, durmió cuanto pudo, y, apenas logrando mantenerse en pie, subió al oscurecer sobre su noble cabalgadura, que también daba señales de cansancio. Ya sus ojos estaban ciegos por el agotamiento extremo, imposibilitándole distinguir las formas; le bullía el cerebro, y la lengua le llenaba la boca por completo.

Silvermane iba casi pisándole los calcañares a Lobo; repuesto de su pasajero decaimiento, demostraba una vez más su maravilloso poder: alta la cabeza, largo el pasó, libre de todo asomo de fatiga, olfateaba el viento, y resoplaba, como si oliera algo especial que le llamara la atención. A poco de andar, dejó atrás al perro, y en adelante conservó la delantera.

Hare se agarraba con ambas manos a la perilla de la silla, mareado, inclinándose sobre la cruz de su montura. Silvermane descendía, paso a paso, con metálico chocar de las herraduras contra el pedernal de las rocas. Que descendiera o no, le era igual al desfallecido jinete, quien, cerrados los ojos, murmuraba incoherentemente; como hablando consigo mismo. Para abajo, siempre para abajo, paso tras paso, haciendo rechinar las piedras con sus herrados cascos, el corcel proseguía su camino, con tanta seguridad como pudiera hacerlo una cabra montés. Por último se detuvo, resolló con fuerza y bajó al suelo el testuz.

La negra comba del reborde de un «cañón» se ofreció borrosa a los irritados ojos de Hare. Un rumor particular, como de una corriente, penetró en su aletargado cerebro. Sus oídos le engañaban, sin duda..., lo mismo que los ojos. ¡Otra ilusión, otro embaimiento! Así como antes le había torturado la falsa contemplación de lagos y arroyos que no existían, ahora venía a torturarle el sonido de aquella corriente, igualmente ilusoria. No obstante, escuchó; pues, aun siendo falso, el rumor se le antojaba dulce y consolador. ¡Qué murmullo más agradable y musical, como argentinas campanillas sacudidas por el viento! ¡Suave susurro deslizante, parlero gorgoteo, grato ruido de salpicaduras; de líquido que mana!

Súbitamente, Silvermane, alzando la cabeza, interrumpió el silencio de la cañada con un gran suspiro de contento. Al oírlo, la mente de Hare salió de su letargo. Aquel suspiro, y el sonoro resoplido que le siguió, eran las señales de satisfacción habituales en la dócil bestia después de beber a sus anchas.

Hare se tiró de la silla. El perro estaba echado a corta distancia, en la oscuridad. Jack fué arrastrándose hasta llegar a su lado. Palpó el terreno con las ardientes manos. Sintió el contacto, primero, de frío mármol; después, al avanzar más, de resbaladiza pendiente, húmeda en seguida, que le llevó al anhelado manantial. Sacudido por un intenso estremecimiento, bebió y bebió hasta no poder más. Después se tendió de espalda sobre la

roca. La perturbación de todo su ser, que había estado a punto de enloquecerle, se disipó con los primeros albores de la madrugada, y durmió tranquilo y satisfecho.

Cuando despertó, vió que estaba en un angosto desfiladero, cuyos rojos muros subían hasta una altura considerable, donde el azul del cielo se divisaba a través del espacio que dejaban entre sí ambos muros. El canto del agua corriente sonaba próximo a sus oídos. Miró hacia aquel lugar: un abundante manantial brotaba de una grieta de la pared. Silvermane mordisqueaba unas malezas, y Lobo, pacientemente sentado sobre las patas traseras, aguardaba, pero ya sin tristeza en los ojos ni aspecto extraño.

Jack se levantó, con la mente algo confusa todavía. Examinó el sitio minuciosamente, y poco a poco llegó a serenarse del todo. De sus ojos habían desaparecido las huellas del malestar que le conturbaba la vista; el ardor de la piel se le había calmado; los músculos no le dolían tanto, y la hinchazón de la lengua se había reducido totalmente.

Bebió de nuevo hasta hartarse, y después, con la cabeza despejada y el corazón agradecido, besó la blanca frente de Lobo y le echó a Silvermane los brazos en torno del cuello. Dióles a ambos una buena ración, y comió también él, no sin dificultad, porque tenía tumefactos los labios y la lengua como un pedazo de estopa. El alimento le devolvió las fuerzas.

A una palabra del jefe, Lobo, meneando la cola, chapoteó en el lecho de grava de la corriente. Hare le siguió a pie, conduciendo a Silvermane por la brida. Encontraron pequeños bancos de piedrecillas, trechos cubiertos de arena, y cortos escalones que lamía el agua. El desfiladero era estrecho y tortuoso; Hare no podía distinguir la entrada ni la salida, puesto que los paredones, con sus paralelas sinuosidades, cerraban la perspectiva tanto para delante como para atrás. En lo alto, la franja de cielo se veía muy azul, y la luz, abajo, era poco brillante. El suelo iba en acentuado declive. Por espacio de una hora descendieron continuamente, y cuanto más bajaban, más áspero resultaba el camino. Peñascos atravesados en lugares angostos daban origen a espumosas cascadas de no mucha elevación que Silvermane salvaba sin gran dificultad.

La corriente, insignificante y somera en su nacimiento, acrecentaba su caudal de agua con los aportes de varios afluentes -fuentecillas que rezumaban de las paredes del desfiladero y algún que otro arroyuelo-, llegando a alcanzar la dignidad dé un verdadero arroyo, ya que empezaba a correr con mayor rapidez y hondura. La altura de los saltos, la elevación de los acantilados laterales y el tamaño de las galgas aumentaban con el descenso. Lobo chapaleaba a más y mejor, avanzando impávido; había un nuevo brío en sus movimientos, y cuando miraba a sus compañeros, que se rezagaban, sus ojos tenían cierta expresión de amistosa protesta. El talante de Silvermane indicaba a las claras que adonde llegara un perro llegaría él también. Tenía la sangre revuelta; el desierto era cuento viejo, que se sabía de memoria; en esta ocasión le había fatigado y resecado la garganta; aquel desfiladero, lleno de escalones y saltos de agua, cada vez más profundo, le era desconocido y excitaba su temple, y su existencia libre y salvaje por toda clase de terrenos le había dotado de una maravillosa seguridad al andar.

El desfiladero se angostaba a medida que se hacía más hondo; las paredes que lo formaban parecían unidas en lo alto cerrándole el paso a la luz; el cielo se advertía como una delgadísima cinta, para ver la cual tenía Hare que echar la cabeza bien atrás y mirar en sentido completamente vertical.

-La subida será más fácil, Silvermane... -dijo Jack jadeante-, en el supuesto de que subamos por aquí algún día.

Habían desaparecido la arena, la grava y el esquisto; al presente, todo era roca compacta, lisa y pelada. En muchos sitios, el arroyo fallaba como vía de marcha, pues se despeñaba en blancas torrentadas sobre grandes lajas muy oblicuas y musgosas. Haré, en tales casos; contemplaba desesperado el obstáculo que le cerraba el camino, pero Lobo

hallaba siempre medio de seguir por las orillas, y Silvermane jamás se achicaba. Por último, Jack retrocedió ante un abismo que le pareció insuperable. Hasta Lobo vaciló. El desfiladero apenas medía allí veinte pies de ancho; el piso terminaba en un precipicio; la corriente se vertía en una oscura y profundísima grieta, de la cual no salía ruido alguno. A la derecha había un saliente en la roca, a modo de cornisa, de menos de un pie de anchura en su parte más angosta, que luego desaparecía totalmente, al parecer. Haré miró y volvió a mirar a todas partes, sin saber qué partido tomar.

Mientras dudaba, se lanzó Lobo a la comisa y Silvermane piafaba impaciente. Con un desesperado temor de perder a su querido caballo, Haré soltó la brida, y él también comenzó a recorrer el peligroso paso. Andaba aprisa, porque el ir despacio era arriesgado, y una pisada en falso equivalía a la muerte. Tras de sí oyó el sonoro golpear de las herraduras de Silvermane, y con el alma en un hilo prestó atención con verdadera angustia, esperando a cada instante escuchar el ruido de un resbalón, un relincho y la caída que fatalmente se produciría. Pero no vino semejante ruido. Sin querer fijarse en nada más que en la estrecha repisa donde ponía los pies, por fin salió a un espacio mucho más ancho, sobre unas rocas planas. Con inmenso alivio vio pronto aparecer a Silvermane, quien en pocos minutos estuvo a su lado.

Jack lo recibió con ruidosas muestras de alegría.

A partir de allí se ensanchaba el desfiladero; había una clara línea de demarcación, donde los muros cambiaban de color, pasando del rojo al amarillo. El arroyo no se veía ya, seguía un curso subterráneo. La extrema tensión nerviosa que había soportado, añadida a sus anteriores fatigas, hicieron que Haré casi olvidara el objeto de su misión; la fuerza de su concreto propósito se había trocado en un automatismo mecánico: marchaba adelante, siempre adelante, pero sólo consciente del sufrimiento físico que le causaban sus manos y pies lastimados, y sus exhaustos pulmones.

Transcurría el tiempo, y el sol brilló en medio de la faja de cielo, cada vez más ancha, que cubría el espacio entre los elevados paredones. Una prolongada cuesta desembocaba en una planicie con alguna vegetación, la cual cruzó Haré, satisfecho de contemplar cactos florecidos. Descendió a un barranco de suelo muy quebrado, por donde el avance fué difícil y lento. En el fondo se halló en una senda casi plana, cerca de la cual existía una corriente poco profunda, bordeada de sauces. Lobo siguió la dirección del agua. Haré consagraba su pensamiento exclusivamente a Mescal, y su esperanza se avivaba al compás de los frecuentes latidos de su corazón.

Miraba hacia delante, aguzando la vista. De repente, los grandes paredones presentaron una brecha. Un adormecido rumor, de gran masa de agua en movimiento, llegó a sus oídos, extraño recordatorio del oasis, del rugido del Colorado y de Mescal.

Su desfalleciente energía recobró súbito vigor con la terminación del desfiladero y la presencia de un hermoso valle, a plena luz, blanco y dorado por la profusión de flores, verde por la hierba, y con bastantes álamos. El viento, perfumado con el aroma de las flores, traía de nuevo aquel embozado rugido del río, parecido a un trueno lejano.

Lobo partió a escape hacia los álamos. Silvermane relinchó de contento y púsose a arrancar bocados de hierba. Para Haré, la grata y luminosa escena contenía algo más que belleza; la brisa, algo más que agradable fragancia. Todo aquello se le representaba desbordante de significado... de posibilidad de lograr en breve el éxito de su empresa.

Lobo apareció entonces en un claro, saltando alrededor de una delgadísima figura vestida de oscuro. -¡Mescal! - gritó Haré.

Con otro grito no menos ansioso corrió ella a su encuentro, tendidos los brazos, flotante el cabello y los ojos rebosantes de alegría.

## XVI

Durante un breve momento el cerebro de Jack vaciló, atontado, y los entrecortados murmullos de Mescal carecieron para él de expresión comprensible. Mas en seguida se repuso recobró el dominio de sus facultades y estrechó a su amada contra el pecho, con tal ímpetu, como si jamás hubieran de volver a separarse. Mescal, por su parte, se asía al cuerpo de Jack con tanta vehemencia que éste llegó a temer por el equilibrio de la razón de la pobre muchacha, pues había algo de locura en la extraordinaria tensión de aquellos brazos y en la ciega ansia con que buscaba a tientas el contacto de ambos rostros.

- ¡Mescal! ¡Soy yo; tu Jack, sano y salvo! -exclamó él-. ¡Déjame mirarte!

Al sonido de su voz, la rigidez de los miembros se cambió en confiado abandono: echóse hacia atrás, sostenida por sus brazos, y le miró atentamente. Hare tembló ante aquella mirada que recordaba tan bien, y como de los oscuros ojos comenzaron a fluir las lágrimas, hizo apoyar en uno de sus hombros la adorada cabeza. Se había olvidado de prepararse para hallar una Mescal diferente de la que había conocido. A despecho de la trémula sonrisa de felicidad que vagaba en los labios de ella, sus ojos revelaban hondo sufrimiento. El oval contorno del rostro y el intenso colorido de las mejillas habían desaparecido. Aún tenían belleza aquellas facciones, pero era solo la sombra de la belleza anterior.

-¡Jack! ¡ Jack…! ¿Eres... realmente... tú? -le preguntó.

La respuesta fue un ardiente beso sobre los descoloridos labios.

La joven, roja y sin aliento, deslizóse de los amantes brazos que la aprisionaban, diciendo

-¡Cuéntamelo todo...!

-¡Huy! Hay mucho que contar -contestó Jack-; pero no empezaré hasta después de que me hayas besado. Recuerda que hace ya más de un año, desde la última vez...

-¡Un año nada más! ¿Sólo hace un año que falto yo de allá?

-Sí, un año. Pero eso ya pasó. ¡Bésame, Mescal! Un beso tuyo me compensará de tan larga ausencia, aunque me ha destrozado el corazón.

Tímidamente colocóle ella las manos sobre los hombros y unió, amorosa, su boca con la de él.

Luego dijo

-Sí, me has encontrado, Jack. ¡Gracias sean dadas a Dios! ¡Y justamente a tiempo!

-¡Mescal! ¿Qué ocurre? ¿No estás bien?

-Bastante bien estoy; pero si tardas algo más me hubiera muerto de hambre.

-¿De hambre?... Déjame buscar las alforjas..., en ellas traigo carne y otras provisiones.

-Aguarda un poco. En este instante no me apremia Mucho la necesidad. Lo que realmente he querido decir es que muy pronto hubiera carecido de alimento en absoluto.

-Pero ¿y tu peón... el indio mudo? De fijo él podía conseguir algo que comer. ¿Qué es de él? ¿Dónde está? -Ha muerto. Hace algunos meses (ignoro cuántos) que murió.

-¡Conque murió! ¿Y de qué?

-No lo sé. Una mañana encontré su cadáver y lo enterré en la arena.

Mescal llevó a Hare hasta unos álamos, y desde allí le señaló la tumba del indio. Más allá, en medio de un círculo de árboles, se levantaba una pequeña jogan hábilmente construida con ramaje; el borde de una manta roja asomaba por la puerta; una hoguera, casi extinguida, humeaba en un tosco hogar hecho de piedras, cerca del cual se veían vasijas de barro. Las blancas y peludas semillas de los álamos volaban como ligeras plumas; los ciruelos ostentaban su floración rosada; había viñas enroscadas por todas partes, y a través de las aberturas del follaje lucía el azul del cielo y se alcanzaba a distinguir el rojo color de los farallones. Macizos de plantas florecidas, aquí y allá, recibían dorados y brillantes rayos del

sol. El gorjeo de los pájaros y el zumbido de las abejas eran casi ahogados por el suave aunque sonoro rumor de agua corriente.

-¿Es el Colorado eso que se oye? - inquirió Hare. -No: es el río Tronador. El Colorado está más abajo, en el Gran Cañón.

-¡Más abajo...! Mescal, yo he debido venir cosa de una milla desde el borde del «cañón» hasta aquí. ¿Dónde estamos?

-Casi a la orilla del Colorado y directamente frente a la cumbre del Coconina. Podemos divisar la montaña desde la brecha que hay en el valle.

-Bueno. Ahora ven acá: vamos a sentarnos juntos, a la sombra de este árbol, para que me refieras cómo llegaste a este lugar.

Mescal le contó cómo, guiada por el peón, recorrió un largo trecho, desde Bitter Seeps, acampando en el desierto, junto a los abrevaderos, y al cuarto día de marcha bajaron hasta el río Tronador.

-Al principio me sentía contenta. Aquí es verano siempre. Abundaban los conejos, las aves, los castores, la fruta... Nos sobraba qué comer. Yo exploraba el valle con Lobo, o montada en Noddle recorría estos contornos. Después murió el peón y tuve que arreglármelas sola, como pude. Llegó una época en que los castores emigraron del valle, y Lobo y yo teníamos que hacer que un conejo nos durase varios días. Entonces pensé que si no cruzaba el desierto para reunirme con los navajos me moriría de hambre. Titubeé mucho antes de decidirme, porque ni conocía el camino ni tenía la certeza de dar con los abrevaderos. Mientras duraba mi indecisión, un día se marchó Noddle para no regresar. Después de eso, imposibilitada como estaba de salir de aquí, me invadió la nostalgia. Los días no eran tan malos, porque tenía que pasármelos buscando alguna comida, pero las noches se me hacían insoportables. La tristeza y la soledad me mataban. No podía dormir. Me estaba horas y horas escuchando el río, v por último oía murmullos, y cantos, y música, y ruidos raros, y truenos apagados... sobre todo, truenos... muchos truenos... Y no es que tuviera miedo, sino que me sentía muy sola, y el «cañón» era tan lóbrego y estaba tan lleno de rumores... En algunas ocasiones sonaba que había vuelto a la meseta contigo, Jack, y con Bolly y las ovejas, y cuando despertaba, en medio de la soledad, prorrumpía en terribles gritos de desesperación...

-¡Mescal, yo oí esos gritos! -la interrumpió Hare-. Era extraño... cómo me sentía. Me figuro que si no te hubiera conocido... y amado, Jack, me hubiera olvidado del viejo hogar. Después de haber vivido aquí una temporada, me parecía que mi existencia había sido distinta de lo que fué en realidad. Era como si en tiempos remotos yo misma, u otra yo, hubiera vivido en el «cañón», y recordaba mil cosas de esa vida pasada. La sensación era muy fuerte y trastornadora; pero siempre tu recuerdo y el del mundo exterior me tornaban a la desventura presente, con su horrible soledad y el miedo a morir de hambre. Al fin determiné mandar a Lobo a casa. ¡Qué trabajo me costó hacerle ir! Pero al cabo lo vi salir para allá trotando de mala gana, volviendo a cada momento la cabeza para mirarme Y yo... esperé..., esperé...

Mescal, reclinada contra Jack, había tenido la diestra apoyada en un hombro de su compañero. Al terminar su historia, buscó la mano de él y sus dedos se entrelazaron.

Hare comprendió que la joven, al contarle todo esto, había aminorado considerablemente los peligros y privaciones de aquel largo año. Se había sentido muy sola en la tenebrosa oscuridad del «cañón»; había mandado a Lobo a buscarle, y luego esperó... Todo quedaba explicado con eso. Pero, con mayor claridad que con cuantas palabras pudiera emplear, se revelaban sus penas en su enflaquecido cuerpo, en su demacrado rostro, en sus debilitadas manos. Y a Hare se le oprimió el corazón con una tristeza horrible. Ni por un segundo, desde su llegada, se había desprendido ella completamente de sus brazos, de sus manos o de su contactó en alguna forma. Había vívido la infeliz tanto tiempo en aquel tremendo mundo de soledad, de silencio, de sombras movibles y aguas murmurantes, que

ahora necesitaba palpar la substancia de sus esperanzas para convencerse de la realidad del hombre amado.

-¿Y mi mustang... Bolly...? Háblame de ella -dijo Mescal.

-¡Oh, Bolly está espléndida! ¡Gorda, lustrosa, haragana! Desde que te fuiste no ha hecho otra cosa que pastar en el campo, suelta. No se le ha puesto la brida ni una sola vez. Muchas veces la he visto asomar el hocico por encima de la cerca, mirando el sendero que va a la casa. No te olvidará nunca, Mescal.

-¡Oh! ¡Cómo deseo verla! Cuéntame más..., dímelo todo.

-Espera un poco. Déjame traer a Silvermane para que encendamos fuego y comamos. Después...

-No, no; dímelo ahora.

-Bueno, Mescal, pronto está dicho.

Y le comunicó los hechos más salientes acontecidos desde su fuga. Al mencionar el incidente de Silver Cup, donde resultó herido, Mescal se puso en pie, con el sena agitado y los ojos llameantes.

-No fue nada..., apenas me dolió -la tranquilizó él-. Lo malo fue la intención. No hemos visto más a Snap ni a Holderness. Lo peor ha sido que la mujer de Snap ha muerto.

-¡Oh! ¡Cuánto lo siento..., cuánto lo siento! ¡Pobre Padre Naab! ¡Cómo debe odiarme, por ser yo la causa de todo! Pero no podía quedarme... Era imposible que me casara con Snap.

-No te apenes, Mescal, ni te culpes de nada. La conducta posterior de Snap, de haberse casado contigo, es mera conjetura. Tal vez hubiera renunciado a la bebida por una temporada. Pero ese hombre es malo hasta los tuétanos. Dave Naab, su propio hermano, así lo cree, y se lo ha dicho en mi presencia. Snap se hubiera ido con Holderness más pronto o más tarde. Y al presente es un vulgar cuatrero... ó algo peor.

-Así, pues, ¿ellos creen que Snap te mato? -Sí.

-¿Qué va a suceder cuando te encuentres con Snap o con alguno de sus amigos?

-Alguien se llevará una sorpresa - contestó Hare riendo.

-Jack, no es cosa de risa. - Con ambas manos le cogió las solapas de la chaqueta y le miró con ojos entristecidos-. Nunca más podrás repetir lo de colgar el revólver.

-Es cierto. Pero tal vez no me sea difícil mantenerme a distancia de esa gente, especialmente de Snap. Mescal, te olvidas de Silvermane y de cómo corre.

-No me olvido, no. Corre mucho, ¡ya lo creo!; pero... ¡no le gana a Bolly! -Esto último lo dijo con cierta travesura, que le hizo recordar a Jack a su antigua Mescal. En seguida agregó, mudando de tono-: Jack... ¿quieres llevarme a casa?

-¡Por supuesto! ¿Qué esperabas, si no, al mandar a Lobo?

-No esperaba, realmente, nada en concreto sobre el particular. Quería verte a ti o a alguna otra persona y había pensado irme con los navajos. ¿No me permitirían vivir con ellos? O, si te parece bien, ¿por qué no nos quedamos aquí o nos instalamos a la otra margen del Colorado, donde abunda la caza?

-Yo voy a llevarte al oasis, y Padre Naab te casará... con... conmigo.

Sobresaltada, Mescal buscó refugio en Jack, echándole los brazos al cuello, y durante un buen rato estuvo sin moverse ni hablar.

Luego interrogó -¿Se... lo has dicho? -Sí.

-¿Y qué te contestó? ¿Se enojó mucho? ¡Cuéntame! -Se mostró tan bueno y generoso como siempre. Me dijo que, si te encontraba, la cuestión sería entonces entre Snap y yo, de hombre a hombre. Tú continúas aún comprometida con Snap, según los preceptos de la Iglesia mormónica, que son inquebrantables. Supongo que aunque él fuera un proscrito del mormonismo, tu estado legal sobre ese punto no cambiaría.

-Snap no dejará crecer la hierba en los caminos que conducen al oasis -manifestó Mescal muy seria- Tan pronto se entere de que he vuelto a la vida me tomará para sí. No lo conoces, Jack. ¡Tengo miedo de ir a casa!

-Querida mía, no tenemos otro lugar adonde ir. No podemos vivir como los indios.

-Pero, Jack, ¡piensa en lo que sufriré cada vez que te vea alejarte de mi lado! ¡Considera que estaré constantemente temiendo ver presentarse a Snap! No lo podré soportar. Me he debilitado mucho en este año de ausencia.

-¡Mescal, mírame! - Su voz resonó vibrante y resuelta al contemplarla cara a cara-. Tenemos que decidirlo todo. Ahora bien... ¡dime que me amas!

-Sí..., sí. -Dilo. -Te... amo..., Jack.

-¡Di que te casarás conmigo! -Me casaré contigo.

-Escucha, pues: voy a sacarte de aquí y a llevarte a casa. Eres mía, y como mía te guardaré. -La estrechó fuertemente entre sus brazos, pálido el semblante, sombría la mirada, y agregó-: No deseo encontrarme con Snap Naab. Procuraré apartarme de su camino. Espero que podré hacerlo. Pero, Mescal, tú y yo nos pertenecemos mutuamente. Tu felicidad..., tal vez tu vida... dependen de mí. Eso constituye una diferencia fundamental. ¡Entiéndelo bien!
Silvermane se presentó en el claro con la cincha tan apretada que le costó a su amo repetidos esfuerzos el soltarla de la hebilla. Evidentemente, la jugosa hierba del «cañón» del río Tronador le había gustado al noble animal.

-¡Oye, oye, buen amigo! -le dijo Hare bromeando-. ¿Cómo vas a poder sacamos de aquí si comes y bebes tanto?

Quitóle la silla y lo ató a un álamo con el ronzal. Lobo vino de allí a poco, trayendo orgulloso un conejo que había atrapado.

-Mescal, ¿se puede cruzar el Colorado e ir hasta el Coconina? -quiso saber Jack.

-Sí, estoy segura. Mi peón, que nunca se equivocaba al orientarse, me explicó cómo había que hacer para llegar allá, y, además, los navajos, en sus correrías, han trazado un sendero.

Las sombras se habían acumulado en los farallones, y la rosada luz que iluminaba las alturas habíase ya desvanecido cuando Hare y Mescal se sentaron a cenar. Lobo, echado al lado de la muchacha, reclamaba su parte en el modesto festín. Después de satisfecho su apetito, ambos enamorados, muy juntos, contentos y silenciosos, escuchaban el ahogado tronar del río. Largo tiempo después de que Mescal se hubo retirado a descansar en su jogan, Hare, tendido en el suelo delante de la puerta, y teniendo la silla por almohada, permanecía aún despierto, oyendo el bajo rugido, el embotado rumor gutural, el somnoliento murmullo de las turbulentas aguas. El lugar era muy parecido al oasis, aunque mucho más escondido entre los farallones. Varias estrellas parpadeaban en el oscuro azul del firmamento, y una estaba colgada, como remota linterna, sobre la cúspide de un altísimo risco. A veces imaginaba que aquel valle era tan profundamente callado como el desierto durante la noche, y otras le parecía escuchar el rodar de aludes o la acompasada marcha de ejércitos. Más tarde, las voces que Mescal oía en su perturbador aislamiento le hablaron también a él: a ratos eran como carcajadas; luego, tristes lamentos, o dulces cantos, o cuchicheos y susurros... Sus últimos pensamientos, antes de quedarse dormido, fueron acerca del incesante rugir del río Tronador y de que él había venido para sacar a su amada de aquella torturante soled.

Apenasamaneció dejó el duro lecho y cuando la niebla recogió sus grises velos, ahuyentada por la proximidad del sol, se prepararon para la marcha. Hare ayudó á Mescal a subir sobre Silvermane. Él la acompañaba a pie y Lobo les precedía. Anduvieron un buen trecho bajo los álamos, siguiendo una senda bordeada de fresca hierba y de lirios cuyas grandes flores tenían forma de estrella... El río estaba todavía oculto a la vista, pero llenaba el ambiente con su apagado tronido. Gradualmente disminuyó el número de árboles, el suelo

fue siendo más y más arenoso, encontraban frecuentes peñas y pronto, dejar atrás los últimos álamos, divisó Hare la parte inferior del valle; con su escabrosa salida.

-¡Mira allí! - exclamó Mescal

Y Jack miró río brotaba con extraordinaria fuerza en la base del murallón. Primero eran os, espumosos raudales que a poca distancia se unían formando una ruidosa cascada.

De escalón en escalón, la corriente se precipitaba, .por la profunda garganta, revueltas oleadas cubiertas de espuma, y al final del valle daba el último salto; sumergiéndose en un abismo, para ir: a unirse al Colorado, siguiendo un cauce subterráneo.

El perfume de las flores y el sordo y prolongado retumbar del río persistieron en la brisa mucho después de quedar atrás el valle por encima del camino que seguían los viajeros; pero finalmente cesaron. El aire se hizo pesado entre los inmensos paredones; disminuyó la intensidad de la luz; las piedras resonaban como campanas; las voces de Jack y su compañera; tenían un sonido hueco y cavernoso. Silvermane recorría, el fácil sendero a un paso tan vivo, que obligaba con frecuencia a, Jack a pasar de la rápida marcha a la veloz carrera. Pronto la hondo- nada se abrió sobre una meseta, por cuyo centro, en amplio y negro seno, serpenteaba el Colorado, rojas sus aguas, hosco su mugido, bramador, jamás callado ni tranquilo. Aquí existían distancias por las cuales pudo Hare empezar a comprender la inmensidad del «canon», y sentíase perdido, anonadado, entre aquellas ciclópeas terrazas que conducían hasta a mesas de un tamaño tal, que comparados con ellas resultaban insignificantes el Farallón del Eco y los otros accidentes geográficos que conocía. Todo era roca desnuda, de colores variados, reverberando bajo los rayos del sol.

-Jack, esto es mescal - dijo la joven señalando unas plantas muy altas.

Por doquiera los cactos erguían sus tallos, que subían en espiral, y lucían en sus ápices hermosos penachos de flores amarillas. El viento mecía las floridas ramas, en cuyo torno zumbaban las abejas.

-Mescal -contestó Jack-, siempre tuve deseos de conocer «la flor del desierto» cuyo nombre llevas. Es muy bonita.

Hare rompió un tallo seco de una planta cercana, e inmediatamente tuvo que huir, acosado por un turbión de ' abejas que brotaron furiosas del hueco tronco, zumbando. Dos de los enojados insectos insistían tanto en atacarle, que tuvo que abatirlos a sombrerazos.

-No debes saquear sus casas - rió Mescal, regocijada por el incidente.

-Con tal de oír nuevamente tu risa, soy capaz de saquear una docena y hasta dejarme picar -replicó Hare. Concluyeron de atravesar la meseta y, metiéndose por una cañada, descendieron un acentuado declive, de una roca tan dura, que las herraduras de Silvermane ni la rayaban siquiera. Luego, tras un tramo de camino parejo, alcanzaron la arenosa margen del río.

-Está un poco crecido -observó Jack con acento irresoluto-. Mescal, no me gusta el aspecto de esos «rápidos». Sólo se veía un pedazo de la corriente, de unos cuantos centenares de metros. Frente a Hare, el ancho raudal corría veloz, pero no agitado. Más arriba, donde el «cañón» formaba un recodo, el río se desviaba con majestuoso giro, tomaba una curva abierta y suave, se estrechaba después y se encrespaba, saltando en rojizas ondas. Hacia abajo se notaba un recial, rápido y turbulento, que lanzaba sus arremolinadas aguas contra la margen donde estaba Hare con acompañamiento de torbellinos y espumantes oleadas.

-Me parece que tendremos que aventuramos a pasar por aquí -concluyó Jack, recordando con terror las abrasadoras rocas, la arena y la lava del desierto.

-No hay peligro si Silvermane es buen nadador -repuso Mescal-. Tomaremos el río por la parte más alta, v de ese modo, con la corriente a favor nuestro, la fuerza del agua nos ayudará.

-Silvermane nada como un pez. Para él, la empresa será fácil. Pero no puede llevarnos a los dos y es imposible hacer dos viajes. Yo cruzaré a nado.

Sin perder más tiempo ni gastar más palabras, considerando la realización de una faena que cuanto más se pensara más formidable iba a parecer, Hare guió al caballo hasta el límite extremo del banco de arena. Allí se quitó la chaqueta y la aseguró detrás de la silla; se despojó del cinto, con los cartuchos y el revólver, y de las botas, sujetándolo todo en la perilla.

-Y Lobo, ¿cómo se las compondrá? Me había olvidado de él.

-¡Oh!, no te apures por eso. Me seguirá sin gran trabajo.

-Bueno, Mescal, allí está el sitio que tenemos que alcanzar..., aquel banco..., ¿no ves?

-Perfectamente. Aunque tal vez podríamos salir bastante más arriba.

-¡Hum! ... Ya nos daremos por satisfechos si logramos no dejarlo atrás. Guía a Silvermane hacia allí. Mira, aquí está mi Colt. Procura que no se moje. Sosténlo sobre la perilla... así. Cuídame también el rifle. ¡Vamos, Silvermane! ¡Vamos, Lobo! ¡Al agua!

-¡Manténte corriente arriba! -le aconsejó Mescal al ir a zambullirse Jack-. ¡No te dejes arrastrar más abajo de nosotros!

A los primeros pasos se sumergió Silvermane hasta el lomo, mojándose Mescal hasta la cintura. Con la nariz a ras de agua, flotante la crin y la cola, nadaba vigorosamente, luchando con la corriente.

Hare encontró el agua fresca y agradable (después de todo el calor que había soportado), pero de una calidad extraña. Manteniéndose más arriba que el caballo, y al mismo nivel que éste, nadó con grandes brazadas hasta la cuarta parte de la distancia, aproximadamente. Pero cuando tropezaron con los remolinos empezó a sentir cansancio. El agua era densa y pesada: le oprimía los pulmones y le entorpecía el movimiento de los pies. A pesar de sus esfuerzos para adelantar, no hacía más que dar vueltas, arrebatado por el empuje giratorio del líquido, y vió que Silvermane estaba en idéntica situación. Por fin, a fuerza de bregar, logró zafarse de las traidoras olas. Al golpearle la cara una onda, sintió la boca llena de arena y comprendió en seguida a qué se debía la densidad y pesadez que había notado en el agua: aquí, lo mismo que en el desierto, la arena imperaba, agobiadora. Ni aun en las profundidades del «cañón» podía librarse de ella. A medida que aumentaba la impetuosidad de la corriente se le hacía más difícil mover los brazos. Cambió de estilo para nadar, pero como perdía terreno respecto a Silvermane, retornó a su primera forma de natación. Gradualmente se le iban para abajo los pies, el agua le apretaba con mayor presión y los brazos le resultaban casi inútiles. Entonces recordó que Augusto Naab solía decir que los navajos nunca intentaban cruzar a nado el río cuando estaba crecido y lleno de arena. Cesó de luchar con lo imposible, se abandonó al impulso de la corriente, que pronto lo arrastró hasta cerca del caballo, y se agarró a una correa de la silla.

-¡Ahí no! ¡Ahí no! -le gritó, asustada, Mescal-. Podría golpearte con la pata. Cógete a la cola.

Hare siguió el consejo: se colocó detrás del animal, cuya cola agarró fuertemente, y se dejó remolcar. Las olas le pasaban por encima del cuerpo, después de batir contra el pecho de Mescal. La corriente aumentaba de intensidad, empujando a Silvermane fuera de la línea que le hubiera conducido al pie de un negro acantilado que a cada minuto se acercaba más y más. Mescal, temiendo que se estropeara el rifle, lo llevaba en posición vertical, con el extremo de la culata apoyado en la parte más sobresaliente de la silla. El ruido de los reciales pareció perder su volumen, y pronto dejó de oírse, ahogado por el fuerte chapuceo y el furioso borbotar de los rompientes más cercanos. Mescal se volvió hacia Jack, brillándole los ojos, v haciendo bocina de la mano libre, curvada junto a los labios, gritó

-¡No puedo llegar al banco! ¡Tenemos que atravesar a este lado de los .rápidos»! ¡Ánimo...!

Casi ensordecido por el creciente estrépito, Hare experimentaba la irresistible tracción de la violenta torrentada. Agarrado con ambas manos, haciendo enérgicos esfuerzos para no

soltarse, vio que de súbito se hundía Silvermane en una rápida caída del río. Hare rodó también por la pendiente líquida. El descenso terminó en un lugar lleno de olas con rojizas crestas, más allá del cual había un caos de aguas agitadísimas. Jack columbró a Mescal inclinada todo lo que podía, encogidos los hombros y baja la cabeza; después, tras un blanco destello de la crin del corcel, la perdió de vista, en medio del oleaje y las violentas salpicaduras. A Hare lo arrastró una ola hacia delante... El golpe lo cegó, dejándole casi privado de sentido, y a poco más le arranca los brazos, pero tenía las ruanos tan enredadas con la cola de Silvermane, que no las soltó. La corriente le arrojaba de onda en onda. Rodaba en medio de una inmensa caldera bullente, ciego por los golpes, sordo por el tremendo ruido. Luego, el furioso embate de las olas disminuyó, el revuelo de las encontradas corrientes quedó atrás y pudo volver a respirar normalmente. Silvermane tiraba de él sin interrupción, y, ¡por fin!, sus pies tocaron tierra. Apenas podía ver tan llenos de arena tenía los ojos-; pero distinguió a Mescal saliendo del río sobre Silvermane, quien, dando fuertes resoplidos, ascendía por la ribera. Hare emergió del agua tambaleándose, y en cuanto estuvo en seco se dejó caer en la arena.

-Jack, ¿cómo te encuentras? -inquirió la muchacha. -Perfectamente, aunque bastante molido y con los ojos llenos de arena. ¿Y tú?

-Calada hasta los huesos -contestó riendo- Me costó mucho trabajo sostenerme, con una mano ocupada por el rifle. La primera ola me desmontó. Temía que fuéramos a golpear contra alguna roca, pero el agua era honda. Silvermane es una maravilla, Jack. Lobo cruzó más allá de los «rápidos., y nos estaba esperando cuando tomamos tierra.

Hare se quitó la arena de los ojos y se puso en pie, sintiéndose bien poco molesto por la audaz aventura. Mescal exprimía el agua que había empapado sus cabellos, sonriente, con las mejillas coloreadas. La blusa y la corta falda de piel de ante se le pegaban al cuerpo. Estaba tan graciosa, y parecía tan poco afectada por el peligro que acababa de correr, que Hare, dejándose llevar de un tierno impulso de orgulloso cariño y dulce posesión, la oprimió entre sus brazos y la besó hasta que las suaves mejillas le echaron fuego a la enamorada joven.

-¡Completamente mojado todo! -exclamó él-; tú, yo, nuestra ropa, las provisiones, las armas..., absolutamente «todo».

-Hace calor, y pronto nos secaremos -respondió ella-. Éste es el «cañón» y éste el arroyo que tendremos que seguir para llegar al Coconina. El peón me los trazó un día en un mapa que me hizo en la arena. Probablemente será una subida demasiado larga.

Haré vació el agua de las botas, calzóselas de nuevo, ayudó a Mescal a montar, y cogiendo al caballo de la brida, tomó el rumbo de un «cañón» de negra boca, por el cual se deslizaba una clara corriente. Lobo chapoteaba junto a él. Del lado de allá de la roca marmórea, este «cañón» se abría en una gran extensión, con maravillosas paredes. Haré sólo tenía ojos para los bancos de grava y someros pasos del arroyo; absorto en la búsqueda del camino más fácil para la noble bestia, sin preocuparse de otra cosa, caminaba sin reparar en el tiempo que transcurría. Ni siquiera conversaba con Mescal, porque la tarea era ardua, y no quería distraerse. Chapaleando en el agua, martilleando en las piedras con los cascos, Silvermane mantenía el hocico junto a la espalda de su dueño. Subieron varias colinas para cortar terreno; volvieron luego al sinuoso curso del arroyo; anduvieron millas y más millas; pasaron a la sombra de escarpados cantales revestidos de helechos, y sobre hermosos montículos, y a través de amarillentos mimbrerales... A medida que proseguían la vía demarcada por el arroyo, subiendo siempre, ascendiendo sin cesar, las grandes murallas disminuían imperceptiblemente de altura. El sol, abrasador, lucía en el cenit. Confusas aglomeraciones de cantos rodados, extensos tramos de blanca grava, eminencias pobladas de salvia, bloques de granito, matorrales de «manzanita», empinadas cuestas amarillas, riscos semidesintegrados, bosquecillos de cedros y macizos de espinoso «piñón»..., todo fue pasado en la persistente y

laboriosa subida. El «cañón» se angostaba hacia su extremidad; el arroyo empobrecía su caudal; manchones de nieve fulguraban en los sitios defendidos contra el calor, y, por último, los paredones surcados de vetas amarillentas desembocaron en una oquedad cubierta de hierba, desde donde se admiraban los gigantescos pinos que sombreaban las nevadas laderas del Coconina.

-¡Por fin! -jadeó Jack-. ¡Ya estamos arriba! ¡VaYa extensión! ¡Cinco horas! Un día más... ¡y en casa! Silvermane empinó las orejas; Lobo ladró. Dos ciervos grises saltaron de entre unas malezas, volviendo las testas con expresión inquisitiva. Echando mano al rifle. Hare lo amartilló, pero el mecanismo rechinó con el ruido característico que produce el roce de la arena, y funcionó con gran dificultad, golpeando sin fuerza alguna. No era posible tampoco sacar el cartucho de la recámara para poner otro en su lugar.

-¡Malo! -exclamó Jack frunciendo el ceño después de examinar el arma-. ¡Fuera de servicio! Está lleno de arena. Mescal, no me gusta mucho esto.

-Usa el Colt -insinuó la joven.

La distancia era excesiva. Haré erró el tiro, y los ciervos, brincando asustados, se metieron en el bosque.

Jack encendió una buena hoguera, al resguardo de un corpulento pino, donde la nieve no cubría la suave alfombra de blanda pinaza, y mientras Mescal sacaba las mantas y asaba la última porción de carne que les quedaba, él construyó con ramas y follaje un refugio contra el viento.

Después de comer (sin haberse olvidado de Lobo), Haré le dio a Silvermane los últimos y no muchos puñados de grano, atándolo más tarde con una larga cuerda en un sitio de abundante pasto. La luz del día menguaba y la noche venía aprisa. El antiguo y familiar mugido del viento entre los pinos era inquietante: tanto podía presagiar únicamente el silbar y sacudir de las rachas nocturnas, como podía ser precursor de ruda tempestad del Norte, cargada de nieve. Ululaba y gemía, barriendo las escasas hojas de algún que otro roble; arrebataba las ascuas menudas de la hoguera, que iban a apagarse, chirriando, en la nieve, y, soplando sobre los encendidos leños, hacía brotar de ellos fugaces llamaradas.

Mescal durmió en el improvisado cobertizo de ramas con Lobo acurrucado junto a ella. Haré se tendió próximo al fuego.

Despertó a medianoche. La hoguera estaba medio extinguida, y él sentíase entumecido por el frío. Añadió suficiente combustible para que durara hasta la mañana, y se acostó de nuevo, pero no pudo dormir. La aurora le mostró una sombra gris suspendida sobre el bosque: era una nube, que se fué extendiendo, diseminando por todas partes su penumbra húmeda y helada. Desvanecida poco después, la atmósfera se aclaró y brillaron los fulgores del alba.

- Mescal – le dijo Hare, mientras ensillaba a Silvermane-, si estamos. Como creo, en las estribaciones del Cocona, debe de haber unas diez millas de aquí a Silver Cup. Monta y salgamos de este agujero para orientarnos.

A medida que en su marcha iban ascendiendo, revolvía Hare en su imaginación las diversas probabilidades que se le ocurrían para llegar en línea recta al punto de destino.

-¡Oh, Jack! – exclamó de improviso la muchacha-. ¡Mira, mira: los Farallones Bermellón! ¡Estamos cerca de casa!

-Eso quiere decir que he descrito en mi viaje un verdadero círculo –contestó Jack.

Mescal estaba extasiada ante el panorama. Los farallones brillaban tan rojos como una rosa. La basta resquebrajadura que marcaba la situación del oasis destacaba fuertemente su contorno contra el azul del cielo. Millas de cauce del Colorado se ofrecían a la vista. Hare se dio cuenta de que se hallaba en la parte más alta del Coconina, del lado del Gran Cañón, teniendo enfrente el Desierto Pintado, a gran distancia. Se fijó en el pasmoso

abismo que dormía a sus pies, arrebujado en azulina niebla, y luego dejó vagar la mirada por el inmenso desierto, que empezaba a despertarse con los primeros rayos del sol.

-Mescal – dijo Hare- tu «cañón» del río Tronador es una insignificante grieta en estas rocas. Está completamente perdido en medio de la grandiosidad de todo esto que vemos ahora.

-Perdido, y bien perdido. Ni siquiera alcanzo a distinguir el picacho que domina el valle, que parecía tan elevado.

Tomando a la izquierda, observaba Jack los Farallones Bermellón y la faja de arena roja que resaltaba en sus cercanías, y, calculando su posición, continuó hacia el Norte, camino de Siñver Cup. A causa de la nieve y de lo empapado del terreno, la primera milla de recorrido fue penosa para Hare y para Silvermane, que con frecuencia se atollaba. Una vez fuera de la estribación de la montaña, las cosas fueron mejorando mucho, pues la nieve fue disminuyendo, hasta desaparecer completamente, y el suelo estaba duro y seco en los pasadizos del bosque.

Entonces ocupó Hare la silla, y, con Mescal a la grupa, puso a Silvermane al trote. Dos horas después dieron con una senda que Hare reconoció en seguida, pues iba directamente al manantial que buscaban. En término de otra hora alcanzaron la inclinada falda del Coconina, vieron el murallón rojo que les era familiar y divisaron grises manchones de salvia, allá abajo, a través del pinar.

-Siento olor a humo-indicó Hare.

-Es que los muchachos deben de estar en el manantial-repuso la joven.

-Puede ser... De todos modos, voy a cerciorarme de si son ellos o no. Dejemos el sendero y deslicémonos por entre los árboles, hacia la izquierda. Desearía acercarme por el lado de casa; pero ya que no es posible, pasaremos por aquí.

Con muchas pausas, para atisbar cada vez que encontraba un claro, Hare atravesó la pendiente en sentido diagonal, cruzó la zona de los cedros y llegó al borde del valle una milla, o más, pasado Silver Cup. Luego dio la vuelta, encaminándose hacia el manantial con grandes precauciones, guiando a su cabalgadura bien resguardada por la espesa maraña que cubría toda la orilla del bosque.

-Mescal, hay demasiado ganado en el valle-observó, mirándola significativamente.

-De fijo, no es nuestro todo-contestó ella- ¿Qué opinas tú?

-Que Holderness anda de por medio.

Y al pronunciar el odiado nombre, su rostro adquirió una expresión grave y resuelta. Continuó, llevando cautelosamente al caballo bien oculto, cuidando de no hacer ruido al pasar por matorrales o sobre piedras. De cuando en cuando llamaba a Lobo en voz baja, para que no se apartara de ellos. De este modo inspeccionó el campo, siguiendo la curva formada en la ladera por el borde del boscaje, hasta que le detuvo en su avance el combado muro de roca.

-Ganado vacuno, exclusivamente, y ningún caballo -fué el resumen de su inquisición- Tenemos ahora una magnífica oportunidad de cortar por esta curva, ganando el camino sin demora. Si perdemos tiempo en subir, para convencernos de quiénes andan por el manantial, se nos puede malograr el viaje. No creo que Dave y los muchachos estén allí.

Recapacitó un momento, y luego dirigió su corcel hacia la parte despejada del valle. Pronto estuvieron en medio del ganado, y no experimentó la menor sorpresa al ver que las reses ostentaban en los flancos la marca H.

-¡Jack, mira ese «hierro»! -dijo Mescal señalando a un novillo blanco-. Hay una marca vieja, como una cruz (la cruz de Padre Naab), y otra marca nueva: una sola barra. ¡Juntas, forman una H!

-¡Mescal! ¡Has dado en el quid! Me acuerdo bien de ese novillo. Costó un trabajo terrible marcarlo. Es propiedad de Augusto Naab, y Holderness ha añadido la barra, para hacer una tosca H. ¡Qué treta de cuatrero estúpido! No engañaría ni a un niño.

Habían tomado el camino por los cedros, cuando Lobo comenzó a olfatear el viento suspicazmente.

-¡Mira! -cuchicheó Mescal distrayendo la atención de Jack, que se fijaba en el perro-. ¡Mira! ¡Un corral nuevo!

Inclinándose para seguir con la vista la línea indicada por el dedo de la muchacha, Hare miró a través del ramaje, y distinguió una cerca hecha con pinos descortezados. Más allá había pilas de troncos sin descortezar, y junto al manantial se advertía una cabaña nueva, de cuya chimenea de piedra brotaba humo. Jack sacó a Silvermane del camino, para continuar por terreno más blando, y prosiguió la marcha. Trepó por la cuesta, pasó por la antigua charca (convertida en un lodazal) y cruzó la vieja acequia, deteniéndose de repente. Lobo, inquieto, se había parado, husmeando hacia la izquierda, y Silvermane enderezó las orejas. En esto, Hare oyó batir de cascos .fuera del bosque, y antes de que pudiera determinar de qué dirección provenía el sonido, tres caballos y un hombre aparecieron en un espacio iluminado por el sol.

Quiso la suerte que Hare se hallara en aquel momento oculto tras un grueso cedro; y puesto que existía la posibilidad de no ser descubierto, prefirió quedarse donde estaba. Silvermane y Lobo no se movían. Hare sintió que las manos de su compañera se agarraban nerviosas a su chaqueta, y, para animarla, se las oprimió en silencio. Atisbando desde su escondite, vió al hombre, en mangas de camisa, conduciendo a las bestias. Era un individuo poco corpulento, afeitado, de pelo negro: ¡Dene!

La sangre latió con fuerza en las sienes del observador, y su diestra, impaciente, empuñó la culata del Colt. Dene iba silbando, con los extremos de los ronzales de dos caballos en una mano, mientras que con la otra sujetaba por la crin al tercer animal (su mustang bayo). Hare notó que el forajido no llevaba el cinturón; estaba, por lo tanto, desarmado. Los caballos sólo tenían los cabestros y las maneas.

Jack dejó el revólver en la funda.

Dene andaba despacio, silbando Dixie[5]. Al llegar al camino que seguía Jack, en vez de cruzarlo, como éste esperaba, tomó por él, acercándose al refugio de los viajeros.

Hare, entonces, con una vara que había desgajado de un sauce, golpeó a Silvermane, quien partió como una flecha. El ruido de la vegetación atropellada por el fogoso bruto, y el resonar de los cascos, espantaron a los caballos de Dene, que huyeron. Pero el bandido palideció intensamente, y pareció clavado en el suelo. No era el miedo al caballo y jinete, que se le echaban encima, lo que le tenía inmóvil y aterrado, sino un súbito horror ante aquella sobrenatural aparición del otro mundo. Creyendo difunto a Jack, le contemplaba con ojos llenos de pavor.

El robusto corcel (que venía a carrera tendida) golpeó violentamente a Dene con el pecho y lo echó, rodando, del camino. Al volver rápidamente la cabeza, Hare vió al bandolero caer a tierra, levantarse en seguida, indemne, y, luego, amenazarle furioso con el puño, para acabar echando a correr hacia la cabaña, dando gritos de alarma.

[5] Dixie: canción popular de los Estados Unidos, especie de himno patriótico.

## XVII

-Jack! ¡La silla se cae! -gritó Mescal cogiéndose a él con mayor fuerza.

-¡Pues sí que es suerte! -murmuró Hare apretando los dientes y tirando vigorosamente de la brida. Pero el desbocado anima! no obedecía; a despecho de los tirones, galopaba desaforadamente.

Hare, sin dejar de emplear las riendas, reforzaba sus esfuerzos con la voz, repitiendo

-¡Soo...! Silvermane, ¡soo, soo...! ¡Para...! ¡Soo...! ¡Detente...! ¡Soo...!

Por fin, el caballo hizo alto.

Hare se bajó, y al ayudar a Mescal a apearse, cayó la silla al suelo.

-Ha sido una fortuna el que no fuéramos despedidos. La cincha está rota. Estaba mojada, y la correa estalló al secarse. -Hare, a toda prisa, comenzó a reparar el desperfecto, valiéndose de unas tiras de cuero que encontró en una alforja.

-Escucha. ¡Se oyen alaridos! ¡Oh, por Dios, apresúrate! -suplicó Mescal.

-Yo no estoy habituado a montar en pelo -respondió él-. Márchate tú, y yo me ocultaré hasta que oscurezca. Después iré andando hasta casa.

-No... Eso no. Tenemos tiempo; ¡pero date prisa!

-El caso es que si la compostura no queda bien fuerte no servirá para nada -masculló Jack, bregando con la correa y tirando con toda su fuerza-. Vamos a tener que galopar de firme. Y si esto no resulta..., ¡buenas noches!

Los amplios músculos pectorales de Silvermane se movían, sacudidos por la impaciencia, y el inteligente animal piafaba desasosegado. Lobo gruñía inquieto, mirando constantemente hacia atrás. Mescal colocó el sudadero bien extendido en cuanto Jack se dispuso a ensillar de nuevo. Los alaridos habían cesado, pero el repiquetear de las herraduras en el pedregoso camino era una amenaza mayor. Todavía maniobraba Hare, con manos presurosas, terminando su faena, cuando ya Mescal había montado, situándose detrás del borren.

-Ocupa la silla-ordenó Hare, dando un salto y cayendo a horcajadas delante del arzón[6]-. Afírmate bien... ¡rápido...!, y agárrate a mí. ¡Vamos! ¡Silver…!

El apresurado batir de los cascos ahogó el ruido de los perseguidores. Un vistazo hacia atrás alivió la ansiedad de Hare, porque las nubes de polvo de los otros jinetes quedaban vanos centenares de metros a retaguardia. Puso a Silvermane al galope, sin forzarlo mucho. El camino iba cuesta arriba, y era lo suficiente escarpado para que pronto agotara hasta a un resistente corredor del deserto, si se le hostigaba en demasía.

-¡Mira hacia atrás! -le rogó Mescal-. ¿Los distingues bien? ¿Viene Snap con ellos?

-Los árboles me estorban para ver con claridad -con-testó él-. Y además hay mucho polvo. Les llevamos una buena delantera... No temas, Mescal. Si no perdemos terreno, no nos alcanzarán.

Los cedros eran muy espesos en la parte superior de la subida, y terminaron de pronto en una extensión pedregosa, donde la carrera tuvo que ser más lenta. Cuando Silvermane emergió en la arboleda entrando en el terreno cubierto de piedras, Hare volvía a cada' instante la cabeza para mirar atrás. Las nubes de polvo avanzaron hasta la orilla del boscaje, y de entre los cedros salieron en tropel media docena de jinetes, los cuales rompieron el fuego con sus armas apenas estuvieron en campo abierto. Algunas balas rebotaban en los peñascos, arrancando rojos fragmentos, y otras silbaban en el aire.

-¡Dios santo! -exclamó Hare-. ¡Están tirando contra nosotros! ¡Esos canallas son capaces de asesinar a una mujer indefensa!

[6] Téngase en cuenta que la mayoría de los caballos norteamericanos son de lomo muy largo, y Silvermane, según el autor, era un animal excepcionalmente grande. N. del T.

-¿Hasta ahora no sabías de lo que son capaces? -preguntó indignada la muchacha.

Jack acució a su corcel con la vara que le servía de látigo. Pero Silvermane no necesitaba látigo ni espuela no era la primera vez que le hacían fuego, y bastó el zumbido de una bala que le pasó cerca para que convirtiera el galope en desenfrenada carrera. De ese modo, la distancia entre él y sus perseguidores aumentó rápidamente; presto estuvo fuera del alcance de los proyectiles.

Los gritos que entonces lanzaron los forajidos parecieron al principio provenir de su cólera al verse burlados, pero el clamor de espanto que dejó escapar Mescal demostró que era bien distinto su significado: otros jinetes se presentaron al frente, hacia la derecha, corriendo cuesta abajo, con manifiesto propósito de interceptar el paso. Evidentemente venían de retorno desde la curva occidental del Coconina.

La dirección en que huía Silvermane era la única posibilidad de escape que tenía Hare. Si torcía a la izquierda, tropezarla en seguida con terreno quebrado y en áspera cuesta. Había, pues, que seguir adelante, pero era forzoso no sólo aventajar a esta segunda banda, pasándola antes del punto donde el camino comenzaba a descender, al otro lado de la línea divisoria, sino que también había que procurar no ponerse al alcance de sus rifles.

-¡Vamos! ¡Silver! ¡Anda! ¡Anda!

Veloz era el andar del noble bruto; velocísimo; pera aun así, respondió a la excitación de su amo. Estaban en campo abierto, libre de piedras y matorrales, y el estampido de los rifles vibraba estridente en el aire. El viento se precipitaba en los oídos de Hare, llenándolos de un cavernoso mugido; la tierra se deslizaba a su vista como un agitado y borroso lienzo rojizo. Los jinetes que corrían a su encuentro diagonalmente redujeron la distancia que los separaba, de medra milla, a un cuarto; después, a menos, y todavía a menos, hasta que Jack pudo reconocer a Chance, a Culver y a Snap Naab en su «pinto» color de crema. Convencidos de que no podrían atajar al invencible caballo, que se les escurría casi de entre las manos, se desviaron algo más a la derecha, para intentar coparlo en la divisoria. Pero Silvermane pasó como una centella, cruzando la línea con una ventaja de más de trescientos metros, dejó atrás la cumbre e inició el descenso, siempre tenazmente perseguido, pero cada vez menos expuesto a que lo vencieran.

Después, con el agudo detonar de los rifles, comenzaron de nuevo a atravesar la atmósfera mortíferos mensajeros de plomo, que zumbaban en el aire, sobre las cabezas del corcel y sus cabalgadores, yendo a rebotar en el rojo esquisto, delante del fugitivo perro.

-¡Oh...Silvermane! -exclamó Hare, en el mismo tono con que hubiera podido dirigirse a un ser humano que comprendiera la apurada situación de su amo v lo que la rapidez del paso significaba en tal momento.

La dura tarea de ganar la carrera había cesado de depender de la inteligencia del hombre. Ahora todo estribaba en la velocidad y la resistencia de la generosa bestia. Mas no había temor de fracasar: ¡Silvermane llevaba la delantera! Volaba como una arrolladora exhalación. Hare sentía las instantáneas pausas entre cada dos fulminantes saltos, el funcionamiento de los poderosos músculos, el esfuerzo, la tensión, y en seguida la tremulante expulsión de fuerza. Era una corrida peligrosísima, hacia abajo, por la roja pendiente; y el peligro no consistía tanto en las balas, que no dejaban de silbar con frecuencia, como en los aluviones y barrancos que Silvermane salvaba con magníficos brincos. El fugitivo se estremecía de salvaje gozo, disfrutando con la maravillosa proeza de ser monarca del desierto, y saboreando la primitiva alegría instintiva de escapar a la furia de sus enemigos con la mujer amada.

-¡Ganamos! -gritó, con ojos centelleantes. Mescal llevaba el pálido rostro apoyado en la espalda de él-. ¡Silver los ha vencido! Continuarán persiguiéndonos hasta que alcancemos la faja de arena, esperanzados en que alguna demora nuestra les dé tiempo para aproximársenos. Pero se van a llevar un buen chasco.

Los cuatreros proseguían la caza, disparando sus armas de cuando en cuando, hasta que Silvermane les aventajo tanto, que ni siquiera la lentitud con que había que andar en la arena les permitió tener a tiro a los que huían, Así, pues, en el borde del arenal abandonaron la persecución.

-Se han vuelto, Mescal -dijo Hare-. Ya estamos salvados. ¡Caramba! ¡Estás tan pálida como el día que casi te mata el oso!

-Preferiría verme entre las garras de un oso, mejor que en poder de Snap -contestó la joven-. Jack, ¿le viste?

-¿Si le vi? ¡Apenas...! Apostaría que casi ha derrengado a su «pinto». Y dime: ¿qué piensas ahora de Silvermane? ¿Sabe correr? ¿Le ganaría a Bolly?

-Sí..., sí. ¡Oh Jack, qué cariño le he tomado! Mira de nuevo. ¿Estamos seguros? ¿Lo estaremos alguna vez?

Aún era de día cuando traspusieron el portal del oasis y entraron en la senda que tenía a un lado el paredón y al otro la cerca de postes. Lobo se les adelantó, corriendo, y a los pocos minutos un coro de ladridos anunció que se había reunido con los otros perros. Silvermane relinchó alegremente, y los caballos y mustangs que había en los corrales se agruparon ruidosamente en sus encierros, sacando curiosos la cabeza por encima de las barras superiores para ver al recién llegado.

Un navajo -antiguo conocido de Hare -suspendió su faena de partir leña, y con el hacha ociosa junto al montón de troncos contemplaba admirado a los viajeros. Judit Naab, que andaba por allí, próxima al indio, dejó caer un brazado de varillas y, dando un grito de alegría, corrió al encuentro de la muchacha. Antes de que Silvermane detuviera del todo la marcha, ya Mescal se había tirado a tierra. Abrazó al valiente animal y lo besó agradecida. Luego, después de recibir las efusivas congratulaciones de Judit, corrió al corral, donde un esbelto mustang negro había comenzado a relinchar, a piafar nerviosamente y a tratar de saltar el cercado.

Augusto Naab, descubierta la cabeza, con la hirsuta cabellera sacudiéndole a cada paso, avanzó desde el porche, y sus robustas manos alzaron a Hare de la montura.

-Todos los días vigilaba el río, esperando verle a usted -dijo. Tenía los ojos humedecidos por la emoción, y su gigantesca diestra oprimía la de su protegido cordial y vigorosamente-. ¡Mescal...!, ¡chiquilla...! -continuó, al verla venir corriendo hacia él-. Sana y contenta. Él te ha devuelto a nosotros. ¡alabado sea Dios! -La estrechó contra su pecho e inclinó su encanecida cabeza sobre la de la joven.

Después, la muchedumbre de los Naab, grandes y chicos, brotó de la casa y fué hasta la sombra de los álamos a darles ruidosamente la bienvenida a Mescal v Hare.

-Jack, tiene usted traza de estar agotado -observó Dave, solícito, cuando ya había cambiado con su amigo los primeros saludos y la Madre Ruth se había llevado a Mescal para el interior de la casa-. Y Silvermane también... Está sudado y resopla mucho. ¡De seguro que ha corrido!

-Sí..., un poco -repuso Hare mientras desensillaba al fatigado animal.

-¡Ah! ¿Qué es esto? -preguntó augusto, con una mano puesta en la grupa de Silvermane. Palpaba un profundo y rojo arañazo, y la bestia rehuía el contacto-. ¡Hare, esto lo hizo una bala!

-Sí.

-Entonces, ¿no vinieron ustedes por el paso de los navajos?

-No. Vinimos por Silver Cup.

-¿Por Silver Cup? Pero, hombre de Dios, ¿cómo se le ocurrió ir por allí?

-Salimos del «cañón» por vía del Coconina, y nos acercamos al manantial.

-Bien..., bien. Ya nos contará la historia más adelante.

Aunque presumo lo sucedido... desde que estuvo por Silver Cup. Venga, Jack, venga dentro... Dave se ocupará de la bestia.

Pero Hare no consintió que nadie atendiera a Silvermane. Lo frotó cuidadosamente de arriba abajo, le dio de beber, lo condujo al corral y se despidió de él acariciándolo en la misma forma que Mescal. En seguida fué a su cuarto, para asearse y mudarse de ropa, y se presentó en el comedor con un apetito mayúsculo. Mescal y él comieron solos, pues habían llegado después de la hora habitual de la cena. Las mujeres se desvivían por atenderlos, y todo les parecía poco abundaron las frases amables y las sonrisas; pero a pesar de ellas, predominaba en el ambiente cierto sombrío malestar. Los otros no estaban francamente serenos; el andar de los de la casa era cohibido, las voces no sonaban realmente alegres.

Naab y sus hijos aguardaban a Hare en el salón, y en cuanto entró cerraron la puerta. Todos estaban graves y silenciosos, especialmente el padre, quien luego dijo, con la mayor sencillez

-Cuéntenoslo todo.

Mientras refería Jack sus aventuras, ni una palabra, ni un gesto le interrumpió, hasta que llegó al incidente de Dene, cuando Silvermane lo derribó al suelo.

-¡Ésa ha sido la segunda vez! -advirtió Naab-. ¡Todavía lo matará!

Hare concluyó su narración.

-¡Cuánto le debe usted a ese torbellino de caballo! - exclamó Dave.

Ningún otro comentario salió de labios de los oyentes.

-¿Sabían ustedes que Holderness se había apoderado de Silver Cup? -inquirió Jack.

Augusto le respondió con un afirmativo y melancólico movimiento de cabeza.

- ¡Ya lo creo que lo sabíamos! -añadió Dave-. Mientras estaba yo en White Sage y los muchachos aquí en casa, Holderness se fué un día al manantial y tomó posesión de él. A mi regreso, traté de entrevistarme con ese hombre, pero no lo conseguí. Snap actuaba de jefe, y tenía a sus órdenes un grupo de vaqueros. Dene también estaba allí.

-¿Y penetró usted hasta el campamento? --averiguó Hare.

-¡Claro! Mi intención era hablar personalmente con Holderness: Los vaqueros eran como veinte, en total. Conversé con varios de ellos, mormones v, antes, buenas personas, además, cambié algunas palabras con Dene, quien me dijo: «Siento que Snap despachara a mi espía antes de que yo pudiera hacerlo. Tenía unas ganas terribles de verme con él; y, ahora, voy a coger su caballo blanco. Snap, Dene y todo el resto de ellos creían que usted ocupaba la tumba número treinta y uno en el cementerio de mi padre.

-¡Aún no! -protestó Hare-. Dene, ciertamente, parecía tener delante a un fantasma cuando le atropelló Silvermane. Bueno, ahora está en Silver Cup. Todos ellos se encuentran reunidos allí. ¿Qué debe hacerse? No son más que una banda de ladrones. La nueva marca que le han puesto al ganado lo prueba de sobra.

-Nunca oí cosa semejante -manifestó augusto-. Si hubiéramos presumido que iba a recurrir a esa artimaña, nos habríamos podido ahorrar el trabajo de marcar nuestros animales.

-Pero ese subterfugio de Holderness, alterando la marca de usted, es una prueba de culpabilidad.

-No es asunto de pruebas, sino de usurpación y de posesión efectiva. Holderness me ha robado el agua y las reses.

-Son más que cuatreros; mucho peores; el hecho de tirar contra Mescal y contra mí lo demuestra sobradamente.

-¿Por qué no hizo usted uso del rifle? -le interrogó Dave, curioso.

-Porque se me había inutilizado con el agua y la arena. Y ahora caigo en que tengo que limpiarlo. Ni pensé siquiera en devolverles los disparos. Silvermane corría demasiado aprisa.

-Jack, comprenderá usted que me hallo en el peor aprieto de mi vida -dijo Naab -. Mis hijos me han convencido de que me he dejado despojar de mis campos con excesiva mansedumbre. Creo que Martín Cole tenía razón: su profecía se está cumpliendo. Dave trajo de White Sage noticias que son casi increíbles. Holderness se ha proclamado, o se ha hecho elegir, sheriff. Ejerce su autoridad sobre los mormones, a quienes saquea. Casi no hay día en que no ocurran asesinatos en el pueblo.

Los mormones al norte de Lund, hartos de aguantar abusos, se unieron, ahorcaron a unos cuantos cuatreros y expulsaron a los demás. Muchos de ellos han venido a nuestra comarca, y Holderness dispone actualmente de una fuerza numerosa. Pero los mormones se rebelarán. Lo sé; lo veo. Estoy esperándolo. Nosotros somos gente pacífica, temerosos de Dios, encariñados con la vida, lentos para encolerizarnos... Mas...

El profundo sonido de su voz evidenciaba una emoción demasiado honda para expresarla con palabras.

-Ustedes necesitan un jefe -apuntó Hare con decisión.

-Padre calcula del modo siguiente -explicó Dave-: Por un lado, nos quedamos sin agua y sin ganado, pero sin derramamiento de sangre. En el oasis, nadie nos molesta, y tenemos con que vivir aquí hay muy pocas cosas que puedan excitar la codicia de nadie. Nuestra existencia acaso transcurra apacible si abandonamos nuestros derechos a otros lugares. Por otro lado, supongamos que padre recurre a los navajos, que nos unimos a ellos y acometemos a Holderness y a su cuadrilla. Sería una lucha sin cuartel, a sangre y fuego. Por supuesto, acabaríamos con los asesinos y ladrones, pero más de uno de nosotros perecería... y hay que tener en cuenta a las esposas y a los hijos. ¡Ya ve, pues, que la cosa no es tan fácil!

-¿Recuerdan lo que dijo Snap? -preguntó entonces Hare-. Que bastaría un hombre decidido para matar a Dene. Pues bien: igualmente bastará otro hombre para acabar con Holderness. Muerto él, terminarán las fechorías de su banda de malhechores.

-¡Ah! ¡Estamos de acuerdo! -asintió Dave alzando el brazo derecho con gesto amenazador-. Usted lo ha dicho. Ésa tiene que ser la obra de un hombre solo, ¡Maldito Snap! Él habría podido, acometerla si no se hubiera pasado a la parte contraria, haciéndose tan perverso como ellos. Pero no es empresa fácil. Yo traté de entendérmelas con Holderness y fracasé. Debió olerse el poste, porque no sólo no se dejó ver el pelo, sino que sus hombres, muy cortésmente, me dijeron que agradecían la visita, pero que no la repitiera...

-¡Un hombre que mate a Holderness! - murmuró Hare como hablando consigo mismo.

Augusto Naab se agitó, como queriendo libertarse de algo que le dominaba.

-Todavía soy el amo aquí-dijo, y su voz demostraba el dominio que ejercía sobre sus pasiones-. Renuncio a Silver Cup y al ganado. Quizás Holderness se contentará con eso.

Pasaron algunos días agradablemente para Hare, mientras descansaba de sus fatigas anteriores. Naab y su familia, recobrada su alegría tradicional (después de tomada por el jefe la heroica decisión), volvieron a su vida cotidiana, igual que si nada hubiera ocurrido. Los hijos labraban los campos durante el día y por la noche se ejercitaban en varios juegos inocentes. Las mujeres amasaban el pan, cosían, cantaban... Las plegarias de augusto eran más fervorosas que nunca, y hasta rezaba por el alma del hombre que le había robado. Las mejillas de Mescal pronto se redondearon, y sus ojos brillaban con mayor expresión de felicidad que nunca ambos enamorados se complacían frecuentemente en hacer competir en veloces carreras a sus respectivos corceles y Mescal olvidó pronto que había admitido la superioridad de Silvermane sobre Black Bolly. Los álamos despedían la sedeña pelusa de su floración fructificada, y las cabañas se veían invadidas por los flotantes copos. Los pájaros alborotaban por todas partes. El sol besaba las lustrosas y rojas cerezas. Y el distante rumor del río parecía el zumbar de una inmensa colmena.

-Oiga, Jack -le dijo augusto una mañana-: coja una pala y venga conmigo. Tenemos que arreglar un desperfecto de la acequia.

Hare obedeció el mandato, y los dos marcharon a lo largo del cercado, en dirección a la represa.

-Bueno, Jack -iba diciendo Naab-, supongo que uno de estos días me pedirá la mano de Mescal.

-Así es -contestó el otro.

-Cuando llegue la oportunidad, le contaré algo que atañe a la muchacha.

-Cuéntemelo ahora.

-No. Todavía no. Me alegro mucho de que la haya encontrado y traído. Nunca la he visto tan contenta, ni siquiera cuando era niña. Y, además, actualmente se llevan mejor ella y las demás mujeres de la casa. El antiguo antagonismo ha desaparecido. ¡Bien, bien! La vida es así.

Sinceramente deseo que las cosas vayan bien para ustedes. Pero tengo cierto temor..., me parece que veo...

Hare, me he quedado pobre. No puedo hacer por usted lo que tanto quisiera. No obstante, ya veremos... Tengamos esperanza en lo por venir.

Hare, por su parte, era perfectamente dichoso. Las reflexiones de su protector no le conturbaban lo más mínimo. Ni siquiera la idea de su conflicto con Snap turbaba su satisfacción. El presente le placía tal como era, y al escucharlo Naab, sonreía benévolamente.

Nunca había sido el tiempo más agradable que aquel día en el oasis. Los verdes campos, los rojos murallones, el cerúleo firmamento..., todo parecía bañado en más intensa luz y mayor placidez que de costumbre. El canto del viento en los riscos, el murmullo del río, el gorjeo de los pájaros, los varios rumores halagaban los oídos del mozo con deliciosa música. El sentirse vivir sano y fuerte, el firmamento azul, todo era encantadoramente bello. Y la certidumbre de que Mescal le esperaba completaba la actual felicidad de Hare.

El trabajo que ejecutaban no había aún adelantado mucho, cuando de repente lo interrumpió Naab alzando la cabeza para escuchar.

-¿Oyó usted algo? -preguntó.

-No - repuso Jack.

-El ruido del río es bastante fuerte aquí. Quizá me he equivocado. Creí oír tiros. -Luego continuó manejando la pala, pero se interrumpía a cada momento, intranquilo, como si no pudiera librarse de algún pensamiento que le atormentaba. De súbito, soltó el instrumento que tenía en las manos, y sus ojos relampaguearon -. ¡Judit! ¡Judit! -gritó-. ¡Estoy aquí!

Hare se volvió presintiendo alguna desgracia, y vio a Judit corriendo apresurada al encuentro de ellos. Tenía la cara pálida como la de una difunta; se retorcía las manos, v sus angustiosos lamentos dominaban el fragor del río. Naab saltó a su encuentro, y Hare le siguió a escape.

-¡Padre...! ¡Padre...! -sollozó la joven-. ¡Venga... pronto..., los bandidos...! ¡Los bandidos...! ¡Snap también...! ¡Con Dene...! ¡Oh..., por Dios...! ¡Corra..., corra...! ¡Han matado a Dave... y se llevan a Mescal!

Un escalofrío mortal sacudió a Jack, y luego sintió hervirle la sangre en las venas. Quiso adelantarse, pero le contuvo Naap enérgicamente, diciendo:

-¡Necio! ¿Quiere hacerse matar estúpidamente? Vaya con cautela. ¡Sígame... por aquí... al abrigo de los árboles!

Tomando las debidas precauciones, atravesaron los alfalfares. Había instantes en que Hare desfallecía y temblaba; otros, en que hubiera saltado como un tigre, para acometer y matar.

Al llegar más cerca, extremaron el cuidado, yendo cautelosamente, aunque lo más rápidamente posible, ocultos por el boscaje. Los alaridos y lamentaciones de las mujeres convirtieron en certeza sus dudas y temores.

-Veo nada más que a las mujeres y los chicos..., no..., hay un hombre..., Zeke -dijo Hare, agachándose para espiar por debajo de las ramas.

-Despacio, despacio... -murmuró augusto.

-Los asaltantes se fueron... detrás de Mescal..., que huyó... -explicó Judit, jadeante.

Hare, espoleado por estas palabras de la semienloquecida muchacha, abandonó toda precaución y partió como un rayo. Naab imitó su ejemplo.

En una esquina del porche vieron a toda la chiquillería, atontada y muerta del susto, hechos un lacrimoso montón.

Jorge y Billy se inclinaban sobre Dave, sentado, palidísimo, en los peldaños de acceso a la casa. La sangre le manaba por entre los dedos de la mano que tenía apoyada en el pecho. Zeke hacía esfuerzos sobrehumanos por aplacar a las mujeres.

-¡Dios mío! ¡Dave! -exclamó Jack-. No está malherido, ¿verdad? ¡No..., no...! ¡No me lo diga!

-Muy... malherido..., Jack..., mi buen amigo -balbuceó Dave, procurando sonreír. Tenía el rostro blanquísimo, cadavérico.

Augusto Naab, horriblemente apenado, gimió

-¡Mi hijo...! ¡Mi hijo...!

-Padre..., quité de en medio... a Chance y Culver allá están... en el camino... ¡Los maté... cara a cara l Hare vió los inertes bultos de dos hombres tendidos cerca del portalón de entrada a la hacienda; uno descansaba con el rostro pegado al suelo, el brazo derecho extendido y el Colt empuñado en la rígida diestra; el otro había caído de espaldas y tenía las espuelas hundidas en tierra, como si las hubiera clavado allí en la postrera convulsión de la agonía.

Entre augusto y Zeke transportaron al herido al interior de la casa. Las mujeres y los niños los siguieron; Hare, con Billy y Jorge, entraron los últimos.

-Padre..., estoy en las últimas... Me han atravesado... de parte a parte -dijo Dave, cuando lo depositaron en el lecho-. Me alegro... de haber sido yo... quien ha empezado... la pelea... alguien tenía... que hacerlo.

Naab hizo salir de la estancia a las muchachas más jóvenes y a los niños. Las mujeres permanecían calladas, excepto la esposa de Dave, que sollozaba junto al marido moribundo. Éste les dirigió a todos una rápida y tranquila sonrisa, y luego, tendiéndole la mano a Hare, tartamudeó

-Jack, hemos sido... buenos amigos... No lo olvide... Cuando encuentre... a Holderness. Me tiró... escondido... detrás de Chance y Culver... y después de caer... los maté a los dos... tratando de herirlo... a él. .. No vuelva a colgar jamás el revólver..., ¿eh?

Hare estrechó la helada diestra que apenas podía ya oprimir la suya.

-¡No, Dave, no! -respondió. Y en seguida huyó, con los ojos llenos de lágrimas.

Por espacio de una hora estuvo en el porche, esperando, angustiado, el fatal desenlace. Jorge y Zeke salieron al fin sin hacer ruido seguidos por el padre.

-¡Todo acabó, Hare!

Otra tragedia había caído sobre aquel patriarca del desierto, sin abatir su prodigiosa fortaleza de espíritu; pero su solemne mutismo y la reposada melancolía de su férreo rostro eran más impresionantes que cualquiera otra manifestación de pesadumbre.

-Padre, y usted, Hare, vengan conmigo al camino -dijo Jorge.

Más allá de los de Chance v Culver había otro cadáver era el de un hombre de talla mediana, que yacía cara al cielo, abiertos los brazos, con el largo y negro cabello en el polvo. En la frente se le veía un horrible magullamiento de forma curva.

- ¡Dene! -profirió Hare, extrañado.

-¡Muerto por un caballo! -exclamó Naab-. ¡ah! ¿Por cuál?

-¡Por Silvermane! -respondió Jorge.

-¿Quién ha andado con mi caballo...? ¡Dígamelo...! ¡Pronto! -gritó Hare, enfurecido.

-Fué Mescal. Escuche. Déjeme explicarle cómo ocurrió todo. Yo estaba en la fragua, cuando oí el galope de muchos caballos que se aproximaban. No llevaba el revólver, pero de todos modos corrí a enterarme de qué era aquello. Cuando llegué a la casa hallé a Dave hablando con Snap, Dene y una partida de cuatreros. Vi a Chance en seguida, pero no a Holderness. Había en conjunto una veintena de hombres.

-Vengo por Mescal - dijo Snap.

-Pues no te la llevarás - replicó Dave.

-¡Ya lo creo que nos la llevaremos, y a Silvermane también! -intervino Dene.

-¿De modo que también robas caballos? -le increpó Dave.

-Mira, Naab: déjate de pamplinas. Snap busca a la muchacha, y yo quiero el caballo, y, además, deseo saludar a ese condenado espía.

Entonces habló Holderness, desde las últimas filas:

-Naab -dijo-: será mejor que nos dejes despachar este asunto cuanto antes, si no quieres que le peguemos fuego a la casa.

Dave desenfundó en el acto, y Holderness le disparó desde donde estaba, cubierto por sus compinches. Cayó Dave, herido; pero, de todos modos, hizo fuego. Mató a Chance y a Culver, y el revólver se le escapó de las manos. Con el tiroteo y el escándalo, las mujeres empezaron a gritar, y Mescal se presentó diciendo que si no causaban más daño acompañaría a Snap.

-¡Espléndido! -exclamó Snap-. ¡Coge un caballo..., aprisa..., aprisa...!

Entonces Dene desmontó encaminándose al corral, diciendo:

-Pues lo que es yo, no me voy sin Silvermane.

Mescal se adelantó a Dene, advirtiéndole: ¡ande con cuidado, que ese animal no es manso! No le conoce, y le coceará si se le acerca.

Ella abrió la tranquera y fué hacia el caballo, que resoplaba encabritándose. Lo tranquilizó y se subió a la cerca para desatarlo. Cuando lo tuvo desatado, montó de un salto, gritando y sacudiéndole con el extremo libre del cabestro. Silvermane, bufando como un demonio, salió disparado igual que una bala. Dene quiso agarrarlo, pero la bestia lo echó a rodar por el suelo, a una distancia de veinte pies. Estaba para levantarse, cuando el caballo le pisoteó con furia. El bandido no se movió más. Una vez en el camino, Silvermane apretó el paso... ¡Señor, cómo corría! ... Mescal se tendió a lo largo del cuello, como los indios, y había desaparecido en medio de una nube de polvo antes de que Snap y los otros se dieran cuenta de lo ocurrido. Snap fué el primero en reaccionar, y vociferando, revólver en mano, emprendió la persecución. El resto de los cuatreros galopó en su seguimiento.

Augusto le puso a Hare una mano sobre el hombro, diciéndole en tono alentador

-¡Ya ve, muchacho, que las cosas no son nunca tan malas como parecen al principio! ¡Más fácil le será a Snap coger a un pájaro en el aire que atrapar a Silvermane!

## XVIII

Mescal está a estas horas bastante lejos de ellos. No lo dude, Hare -continuó Naab -. El engaño de que se valió para burlarlos se lo inspiró su sangre india. Mañana por la noche entrará en White Sage con Silvermane allí se esconderá. El Obispo le dispensará su paternal protección, y, por el presente, no hay nada que temer. Vamos ahora a enterrar a estos hombres. Mañana..., a mi hijo. Después...

-Después, ¿qué? - inquirió Hare, irguiéndose.

Inexpresable pena ensombrecía el semblante del mormón. Por un instante su cara se contorció espasmódicamente, aunque pronto se transformó en una máscara de piedra.

-¡Ha llegado la hora! -expresó Jorge.

-Sí - replicó su padre ásperamente.

Una gran calma imperó sobre Hare; su sangre y sus nervios se calmaron; su mente se aquietó. En la resuelta afirmación de augusto advertía que el vigoroso anciano se había encontrado a sí mismo. Al fin iba a practicar la dura enseñanza del desierto: pegar primero, y duro.

-Zeke -dijo augusto-, engancha una carreta. Pero... no; aguarda un momento aquí viene Piute. Oigamos lo que tiene que contar.

Piute apareció en el zigzagueante camino del murallón, galopando' furiosamente en un burro.

-Ha visto a Silvermane y a los cuatreros -insinuó Jorge mientras se acercaba el pastor.

Naab tradujo las entrecortadas frases del excitado indio, que hablaba una mezcla de los idiomas piute y navajo. -Snap a la cabeza de los jinetes... Silvermane lejos, muy lejos, delante de Snap..., corriendo mucho..., mucho... ¡Diablo!

-Mescal trata de aventajarles lo más posible, para llegar cuanto antes a la faja de arena -observó Jorge.

-Piute: tres hogueras grandes, esta noche... en la Atalaya.

Esta orden era el comienzo de la ejecución de los planes de augusto. Llamaba apresuradamente a los navajos. Después, con un ademán, despidió al indio y se sumió en un torvo silencio que nadie se atrevió a interrumpir.

Naab y sus auxiliares condujeron los cuerpos de los bandidos al famoso cementerio, junto al paredón rojo a Dene lo enterraron en la tumba número treinta y uno, que era la que el forajido había supuesto ocupaba Hare. Chance y Culver fueron sepultados juntos. Y es digno de notar que no hubo ceremonia alguna en el acto de sepultar a Culver, antiguo mormón, a quien sus correligionarios apreciaron antes, por haber sido un sujeto de buenas costumbres. Tampoco se rezaron las preces de ritual por los otros difuntos.

¿Qué se proponía hacer augusto Naab?

Ésta era la pregunta que se formulaba Jack al salir de la casa poco más tarde.

El día estaba en calma; hacía calor, aunque el sol lo cubrían algunas nubes grises. Los pájaros no cantaban en los árboles; no se oía el rebuzno de los burros ni la clarinada de los pavos reales, y hasta el rumor del río se había trocado en absoluto silencio.

Hare vagó por el campo y por el rojo sendero entregado a sus cavilaciones. Las escasas palabras de Naab estaban preñadas de trascendente significado; la fúnebre melancolía en que había caído (que tan rara era en él) le parecía a Jack impresionante en extremo.

Hare recordó lo que el desierto había influido en la transformación de su propio carácter, infiltrándole aquel impulso de pelear que ahora sentía, de defenderse, de sobrevivir. Si él, extraño en aquel ambiente, había sido moldeado de tal modo en el formidable crisol que solo le había contenido tan corto tiempo, ¿qué sería augusto Naab, nacido allí, que había dormido sobre la arena cinco noches de cada semana durante sesenta años?

¡El desierto! Hare temblaba al querer abarcar todo su significado. Luego, gradualmente, lo interpretaba a su manera: allí existían las distancias inconmensurables que educaban a los sentidos y le enseñaban al hombre a refrenar sus impaciencias y sus inmoderados impulsos, las intransitadas sendas, los movedizos arenales, las espinosas malezas, la quebrada lava que desgarraba las carnes, las inaccesibles alturas y los insondables abismos... Y por encima de todo ello, el sol, rojo y ardiente.

Las agostadas plantas desérticas luchaban tenazmente por la vida, creciendo alejadas entre sí, extendiendo sus enormes raíces a través de la arena y agrietando las rocas para obtener humedad.

Los otros seres vivos soportaban los crueles rigores solares, subsistían casi sin agua y se movían en incesante guerra. El halcón estaba dotado de vista más perspicaz que sus congéneres de las tierras fértiles, poseía un pico más aguzado, alas de mayor envergadura y garras más fuertes y terribles. Para él había bien poco alimento algún conejo hoy; alguna rata Dios sabe cuándo. En la implacable lucha por la existencia triunfaba siempre el más fuerte.

Hare durmió mal aquella noche. Soñó con un gran corcel gris que saltaba en el cielo, de nube en nube, lanzando rayos y centellas con los cascos y agitando furiosos vendavales con su flotante y plateada crin. Soñó asimismo con los dulces ojos de Mescal. Eran oscuras portadas del desierto, abiertas sólo para él, por las cuales penetraba para perseguir a las estrellas hasta el límite de la purpúrea inmensidad. Otro de sus sueños le hacía sentirse a sí mismo esperando, con serena confianza, un impreciso acontecimiento que forzosamente tenía que ocurrir.

Despertó ya bien entrada la mañana, y halló la casa sumida en solemne quietud. El día transcurra en silenciosa calma, no perturbada por ruido alguno, ni siquiera por el soplo de la brisa, como si hasta los elementos se asociaran al luto de augusto Naab. Poco después de las doce, una lúgubre procesión guió sus pasos hasta la sombra del murallón, y, una vez llenado su triste cometido, regreso tan taciturna y grave como a la ida.

De repente, un prolongado y agudo alarido rompió el silencio de aquella hora trágica anunciaba la proximidad de los navajos. De uno en fondo avanzaban por la senda, y cuando Eschtah descabalgó delante de su amigo, la dilatada fila de guerreros aún se extendía más allá del recodo del farallón. Detrás del caudillo principal venía Pechocortado, el ceñudo cacique de guerra de los indios. Sus secuaces se fueron internando en el boscaje. Los membrudos .cuerpos broncíneos, semidesnudos, brillaban, todavía húmedos por el agua del río. Eran más de un centenar: fuertes, ágiles, sigilosos, excelente tropa del desierto.

-Las hogueras del Profeta Blanco ardieron con fuerte luz-dijo el caudillo-. Eschtah está aquí.

-El navajo es amigo leal -contestó augusto- El hombre blanco necesita consejo y ayuda. Sobre él pesan días malos.

-Eschtah ve guerra en los ojos de su amigo.

-¡Guerra, sí, jefe, guerra! Que el navajo y sus guerreros descansen y coman. Después hablaremos.

A una voz de mando se dispersó la fila de jinetes. Soltaron los mustangs para que pastaran en el campo, descargaron los fardos que traían los burros y extendieron las mantas a la sombra de los álamos.

Cuando decayó la tarde y la sombra proyectada por el murallón del Oeste fué invadiendo el oasis, vino de su cabaña augusto Naab vestido de piel de ante con un formidable Colt pendiente de la cintura. Ordenó a sus hijos que echaran bastante leña a la hoguera, y cuando se congregaron los indios principales, formando círculo en tomo a las crepitantes llamas, dispuso que las mujeres trajeran abundante alimento y bebida.

La aparente calma demostrada por Hare hasta este momento desapareció en cuanto notó el aspecto de Naab al reunirse con los indios. Un frío sacudimiento le recorrió todo el cuerpo apoyado en el tronco de un árbol, oculto en la sombra, observaba al encanecido gigante, que se paseaba de un lado para otro delante de sus amigos indígenas. Largo rato estuvo recorriendo el círculo de luz hasta que, por último, se detuvo frente a los caudillos y rompió con su sonora voz el imponente silencio diciendo

-Eschtah ve ante él a un amigo herido en el corazón. Hombres de su mismo color le han estado ofendiendo durante mucho tiempo y aún viven. Cinco hijos había ya conducido al sepulcro; sin embargo, su corazón no se endurecía. Su primogénito tomó la senda del agua de fuego, y ahora está proscrito del seno de su gente. Muchos enemigos tiene él, y uno de ellos es un jefe, que ha matado a amigos del hombre blanco y le ha robado el ganado y el agua.

Hoy el hombre blanco condujo otro hijo a la tumba. ¿Qué opina el jefe? ¿No aplastaría él al escorpión que le atacase?

El anciano navajo respondió:

-Eschtah respeta a su amigo, pero no cree que ha obrado con acierto. Él es un jefe; sus ojos son como el relámpago, su brazo es tan fuerte como el pino de la montaña; sin embargo, no ha golpeado. Eschtah lo lamenta. Él no desea verter sangre por gusto. Pero el amigo de Eschtah ha dejado que muchos hombres perversos crucen sus campos y beban en sus manantiales. Sólo unos pocos pueden vivir en el desierto. Que quien primero halló las fuentes y trazó los senderos los conserve como suyos. Y los que vinieron demasiado tarde, que se vayan a otra parte a buscar. Que demuestren ser valientes o que sus huesos blanqueen sobre la arena.

-El gran Eschtah pronuncia palabras sabias -dijo Naab- El Profeta Blanco se siente reconfortado por ellas y buscará al enemigo.

-Eso está bien.

-El enemigo del hombre blanco es fuerte - continuó el mormón-. Tiene muchos hombres, que pelearán. Si Eschtah manda a sus bravos con su amigo, habrá guerra. Muchos valientes caerán. El Profeta Blanco desea evitarlo, si puede. Él irá solo, a relatar a su enemigo. Si el sol se pone cuatro veces y el hombre blanco no está aquí, entonces Eschtah mandará a su gran jefe de guerra y a sus guerreros que maten a los que estén cerca de los manantiales del hombre blanco. Y después de eso, la mitad del ganado que le han robado al hombre blanco será de Eschtah, para que en lo sucesivo vigile él los campos y el agua.

-Eschtah saluda a su jefe -contestó el indio-. El Profeta Blanco sabe que matara a su adversario, pero ignora, si regresará. Él no está seguro de que los otros malvados que acompañan a su enemigo escaparán como arrebatados por el viento, pero espera que así suceda. Por eso retiene al navajo a sus espaldas hasta el último momento. Eschtah observará cuatro veces la puesta del sol. Si su amigo blanco vuelve, se alegrará. Pero si no volviera, el navajo enviará inmediatamente a sus guerreros.

Augusto Naab salió presuroso del círculo de luz, hundiéndose en las tinieblas; sus fuertes pisadas resonaban en el porche y en el vestíbulo. Sus tres hijos se encaminaron a sus respectivas cabañas, bajas las cabezas, silenciosas las lenguas. Eschtah se ciñó la manta al cuerpo y se retiro a la penumbra de la arboleda seguido de sus acompañantes.

Hare permaneció al resguardo del álamo, donde su presencia había pasado inadvertida. No había movido ni un músculo desde que oyó las manifestaciones de Augusto. Una palabra de su protector se le había quedado grabada en la mente: «solo,). ¡Naab iría solo! Este vocablo le había herido en el corazón y en el cerebro, dejándole paralizado, revelándole algo que inconscientemente latía en su espíritu: el propósito de adelantarse a Naab, vengar la muerte de Dave y matar a Holderness. Aceptaba fría y serenamente su «herencia del Desierto».

Los dos años de su ruda educación desértica se mostraban a los ojos de Hare como las páginas de un libro abierto. La vida, que le debía a Augusto Naab, la salud la fuerza, restablecidas por los paternales cuidados del anciano y por el poder curativo de la meseta y los campos de pastoreo... eran puntos culminantes en la larga, curva trazada por su existencia desde el día que Naab lo recogió moribundo en el campo de White Sage y este otro día en que el bondadoso mormón pasaba por tales angustias y zozobras. Larga, muy larga era esa curva al comienzo tenía el villano e insultante golpe que le propinó Holderness, y, al final, el asesinato de su excelente amigo Dave! Porque Hare recordaba siempre aquel golpe, y nunca olvidaría las últimas palabras de su agonizante amigo. No obstante, por muy inolvidables que considerara esas palabras, era el .deber», antes que la «venganza», lo que le impelía. Augusto Naab pasaba por horas de inmenso dolor, de necesidad de resolver su ya intolerable situación. A Hare le tocaba combatir en favor del anciano mormón, ocupando el puesto de este en la

batalla decisiva. Jack recordaba cuán humildemente expreso en cierta ocasión su gratitud hacia Naab y la aparente imposibilidad de poder corresponderle adecuadamente, y la respuesta que entonces le dio el anciano: «Muchacho, nadie sabe lo que un hombre puede hacer en beneficio de otro.» Hare se hallaba actualmente en condiciones de solventar su deuda y de pagar al mismo tiempo la contraída por tantos otros desdichados que, como él, habían encontrado un afectuoso hogar en la morada del mormón bienhechor. Aquellos otros protegidos de Naab se agitaban ahora en sus tumbas; y desde el humilde cementerio, a la sombra del inmenso farallón, la voz del innominado padre de Mescal murmuraba: «¿No hay nadie que se levante en defensa de este generoso y viejo héroe del desierto?»

Cautelosamente se deslizó Jack en su habitación. Púsose la chaqueta y el cinto, cogió el rifle y salió sigilosamente, con tanta astucia como si fuera un indio. Entre las sombras que envolvían al cobertizo de las carretas buscó su silla, la halló y, a tientas, recurrió al cajón donde se guardaba el grano. Llenó una alforja con alimento para la cabalgadura que se proponía utilizar. Luego, con la silla a cuestas salió al patio y se encaminó a los corrales. Los mustangs más briosos, al verle, pusiéronse a patear y a dar resoplidos, y los que estaban con Black Bolly se apiñaron junto a las barras de la cerca. Hare acarició a la yegua, manteniéndose a la expectativa, esperando y escuchando, mientras se aquietaba el tumulto provocado por su presencia. No era raro que los mustangs se agitaran y revolvieran ruidosamente sin causa alguna y en cualquier momento; así, pues, Hare confiaba en que aquella agitación pasaría pronto, sin que nadie se preocupara de averiguar el motivo de ella.

Gradualmente fueron cesando los inquietos pateos y los suspicaces resoplidos, y Hare, abriendo la tranquera, sacó a Bolly al sendero. En un instante tuvo ensillada a la yegua. El freno colgaba en el sitio de costumbre -sujeto a la perilla-, y con ágiles dedos acortó las correas para acomodarlas bien a la cabeza de Bolly. Después cerró la tranquera, volviendo a su lugar las barras que había quitado.

Antes de montar pensó detenidamente en las cosas que iba a necesitar en su arriesgada expedición: grano para Bolly, provisiones de boca para él, su Colt, el Winchester, suficientes cartuchos, la cantimplora, los fósforos, el cuchillo... Metió la mano en una de las alforjas, esperando encontrar allí unas cuantas lonjas de tasajo. La alforja estaba vacía. Probó en otra, y allí, debajo del grano, estaba lo que buscaba. La cantimplora para el agua copaba su sitio usual: entre las vueltas del lazo, atada a la silla. Palpó la gruesa cubierta de lona y la sintió húmeda por el líquido que contenía: estaba llena. Satisfecho de su examen, introdujo el largo Winchester en la funda de cuero adherida a la silla y montó.

La casa de los Naab estaba a oscuras y en silencio. La mortecina hoguera proyectaba vacilantes sombras. Los navajos dormían al abrigo de los álamos. La débil brisa que hacía susurrar el follaje traía consigo el hosco mugir del río...

Hare hizo marchar a Bolly sobre la parte más polvorienta del sendero para amortiguar las pisadas, dejó suelta la brida sobre el cuello de la inteligente bestia para que ella misma eligiera el camino y, sigiloso y decidido, partió envuelto en la negrura de la noche para cumplir su terrible misión.

## XIX

Conteniendo el resuello para escuchar mejor, marchó Hare hacia la puerta de salida de la hacienda, y cuando hubo dejado atrás el recodo del murallón rojo, lanzó un gran suspiro de alivio. En seguida espoleó a Bolly, poniéndola al trote largo, y prosiguió su camino, poseído de extraño júbilo. Habíase escapado del oasis sin ser visto ni oído, y lo menos hasta bien entrada la mañana no descubriría su ausencia Augusto Naab, quien acaso tardaría más en adivinar su propósito. Para entonces, Hare llevaría una considerable delantera. Se estremeció, con una sensación análoga al miedo, al imaginar la cólera del anciano, y consideró qué

cambios produciría ésta en sus planes. En su imaginación, ya veía a Naab y. a sus hijos y a la tropa de jinetes navajos volando tras él para salvarlo del furor de los bandidos.

Pero el futuro se arreglaría como se arreglara... Lo importante ahora era el presente; y consagró todas sus facultades a trazarse una línea de acción. La faja de arena que existía cerca de la Estrella Azul tenía que cruzarla de noche, proeza aún no ejecutada ni por los mismos navajos, cuya audacia era proverbial. Sin embargo, no se amilanó ni titubeó siquiera: tenía que pasar por allí y pasaría fuese como fuese. Igual que se sintiera atraído al Desierto Pintado por una misteriosa voz, ahora le empujaba hacia delante algo inexplicable pero irresistible.

En la oscuridad de la noche le parecía que iba cabalgando por un vasto pasadizo abovedado, barrido por una corriente de aire. La temperatura era fría, las estrellas brillaban con mayor fulgor y el rugido del río había dejado de oírse cuando Bolly mudó súbitamente de andadura: su sonoro trote se transformó en lento, silencioso y oscilante paso. Había llegado al arenal. Haré divisó la Estrella Azul en el alto farallón, y de nuevo dejó sueltas las riendas sobre el cuello de Bolly. Ésta se detuvo, tascando el bocado y volviendo la negra cabeza hacia el jinete, cual si quisiera indicarle que necesitaba el gobierno de un brazo firme. Mas como la indicación no obtuvo el menor éxito, la noble bestia continuó la marcha.

Con las manos descansando sobre la perilla, Hare se abandonó en la silla cómodamente. Las onduladas dunas reflejaban la luz estelar, cuyos destellos iban después a perderse en la oscuridad. Mientras tuvo a la vista la Estrella Azul, Jack supo con certeza la dirección que llevaba, pero en cuanto desapareció aquélla, se desorientó por completo. La ruta de la yegua parecía tan sinuosa como el dentado perfil de los farallones. Subía en línea recta pequeñas lomas, que luego bajaba describiendo caprichosos ángulos; doblaba bruscamente al tropezar con zanjas excavadas por el viento; daba tortuosos rodeos; zigzagueaba en tramos llanos, que relucían como pisos bruñidos, y, por último, según le pareció a Haré, tomó el camino en sentido contrario al que convenía. Los farallones retrocedían cada vez más tras las olas de arena; los astros cambiaban de posición, viajando en círculo por la bóveda celeste, y las pocas estrellas que él conocía acabaron por desaparecer bajo el horizonte. Bolly no sólo no retardaba el compás de su andar, sino que., antes bien, lo aceleraba; iba como la bestia que se dirige a la querencia: indiferente a la dirección, por estar segura de ir bien encaminada, y ansiosa de terminar la jornada, porque ya faltaba poco. Hare sintióse satisfecho, aunque no sorprendido, cuando su fiel mustang, lanzando un breve relincho, golpeó con las herraduras una gran laja en la orilla del arenal. Sonrió, con los labios apretados, al penetrar en la sombra de una elevada roca, que conocía bien. Bolly había cruzado la traidora zona de dunas y aluviones, yendo a desembocar exactamente al comienzo del camino, en el otro lado.

El largo trecho de peñas socavadas por el viento, al pie de los farallones; los cerros del desierto; las millas de lenta ascensión hasta la fragosa línea divisoria; la gradual bajada hasta los cedros..., todas estas etapas de su fatigoso recorrido consumieron las horas nocturnas y terminaron cuando por la parte de Oriente asomaban los primeros albores del amanecer. A cosa de una milla de Silver Cup desmontó Hare para envolverle los cascos a Bolly con unas almohadillas de ante plegado en varios dobleces. Apagado así el ruido de las pisadas, adelantó cautamente por el camino unos centenares de metros, para desviarse luego a la derecha, despacio, evitando chocar con piedras o quebrar ramas, y a cada pocos pasos se detenía para escuchar. No se advertía otro sonido que el del viento entre el follaje. De pronto advirtió con sobresalto los restos de una hoguera extinguida recientemente. A partir de ese instante, sus movimientos fueron tan quedos, tan cautos, como los de un escucha indio. La aurora bañaba con su luz el rojo murallón al salir Jack al camino nuevamente, más allá del manantial.

Rodeó la curva del valle y condujo a Bolly algo cuesta arriba, a través de la arboleda, hasta un tupido soto de tiemblos, en una oquedad. Este soto circundaba un pequeño y herboso prado. Hare apartó las flexibles ramas de los tiemblos para que pudiera entrar Bolly, y la dejó allí, suelta. Extrajo el Winchester de la funda y, después de asegurarse de que no se podía ver ni oír al mustang desde abajo, comenzó a subir la pendiente, dirigiendo sus pasos en sentido diagonal.

Como conocía el terreno palmo a palmo, ascendió rápidamente hasta llegar al sendero de la montaña. Luego, descendiendo, penetró en medio de los cedros. Por último, alcanzó un punto que quedaba directamente sobre el campamento del acantilado donde había pasado tantos días, que dominaba el lugar donde Holderness había construído la cabaña. Deslizóse por entre árbol y árbol, de matorral en matorral. El sol, rojo como la sangre, alzaba su brillante disco por encima del murallón; la niebla que envolvía el valle iba disipándose; el ganado se encaminaba al bebedero. Procurando no sacudir ni una rama, ni tropezar con las piedras, Hare bajaba ahora la cuesta con los ojos bien abiertos y el oído aguzado hasta su máxima intensidad. Pronto el borde del farallón de abajo ocultó el bosque de cedros. Echóse a descansar un poco, siempre alerta, siempre prevenido. Después prosiguió hasta el extremo de la pendiente, la cual concluía en un reborde de piedra que daba cara al valle. Este espacio era descubierto y abundaban en él los pedruscos y seroja, lugar difícil de atravesar sin hacer ruido. Circunspecto en la elección de la ruta, muy prudente en cada uno de sus movimientos, Hare siguió andando con tal cautela, que ni él mismo oía sus pisadas. Cuando estuvo cercano a la extremidad, se echó al suelo. Había una cortina de plantas junto a su observatorio; podía llegar a ellas fácilmente y, bien oculto, espiar el campamento. Así lo hizo.

Una pequeña columna de humo salía de la chimenea; hasta su escondite llegaban diversos ruidos: las apagadas voces de varias personas que conversaban, un alegre silbido, el canturreo de una canción... Hare tenía la boca seca v le latían las sienes, mientras meditaba en qué sería lo mejor que debería hacer. En breve, como si la subconsciencia le hablara resueltamente, llegó a esta conclusión: «Esperaré a que salga Holderness, le llamaré la atención con un grito, le daré tiempo para que me vea y saque el revólver, y entonces... ¡lo mataré! »

Continuando la inspección de lo que había en el campamento, se fijó en el corral, donde estaban unos cuantos peludos mustangs en compañía de un magnífico caballo gris. Hare dudó del testimonio de sus propios ojos. Cual si estuviera soñando, vió el hermoso perfil del espléndido bruto: su esbelto lomo, su arqueado cuello, su abundante y plateada crin ondulando graciosamente...

-¡Silvermane!... -balbuceó-. ¡Dios mío! ¡Así, pues, lo han cogido... al fin!

Anonadado por la sorpresa, quedóse tendido en el suelo, oprimiendo el rifle con mano convulsa, trémulamente consciente de haber recibido un tremendo golpe y tratando de comprender...

-¡Silvermane!... -repitió-. ¡Lo han cogido! ... -Y luego, en un destello de angustiosa comprensión, agregó-: ¡Y Mescal!... ¡Mescal!...

Se revolcó, a impulso de la desesperación; luego, tenso el cuerpo, apretados con furia los dientes, clavó las uñas en la culata del rifle. Gradualmente, la rigidez de los músculos fué cediendo y los sollozos lo sacudieron de cabeza a pies. Al fin, algo calmado, sentóse, con el semblante ceñudo y los ojos centelleantes.

Silvermane fué capturado, probablemente por cuatreros que esperaban a sus compinches del lado de acá del arenal. Mescal había caído en manos de Snap Naab. Pero Mescal estaba seguramente viva, y Snap se encontraba allí con los otros. Lo mataría..., su larga carrera de desenfrenada crueldad tocaba a su término. Algo muy poderoso le decía que así tendría fatalmente que ocurrir. La grave determinación de suprimir a Holderness, el ardiente propósito de pagar la deuda contraída con Augusto Naab, no eran nada comparados

con este imperioso propósito. En su justificada furia, sentíase libre y fuerte, como un iracundo león escapado de la jaula de sus apresadores.

Se asomó nuevamente para otear el campamento con mayor atención.

La cabaña, cuya cerrada puerta quedaba enfrente de él, distaba apenas doscientos pies desde el escondite. Uno de los cuatreros cantaba junto a la hoguera mientras atendía a las ollas puestas sobre las brasas; otros, en un banco, aguardaban el desayuno; algunos más, saliendo de entre las mantas que les sirvieron de cama, se desperezaban con grandes bostezos, calzábanse las botas y se encaminaban al manantial. El último en levantarse fué Snap, quien había dormido con la cabeza reclinada sobre el umbral de la puerta. Evidentemente, Snap tenía encerrada a Mescal en la cabaña, y nadie hubiera podido entrar o salir sin tropezar con él. El capataz de la pandilla de granujas capitaneados por Holderness no se había desprendido durante toda la noche del cinturón con sus dos tremendos Colts, y ni siquiera se quitó las botas. Haré reparó en estos detalles y frunció el ceño. En aquel momento, Holderness, erguido, reluciente la faz, fulgurante su barba doradorrojiza, volvía una esquina de la cabaña, silbando. Haré siguió espiando: presenció el desayuno de los cuatreros; cogió al vuelo alguna que otra palabra, pronunciada en tono demasiado alto, y le llamó la atención lo despreocupada y cachazudamente que andaban, cual si no. debieran temer nada de nadie. Snap tomó una vasija con comida y una taza de café, las llevó al interior de la cabaña y salió en seguida, cerrando la puerta.

Concluído el desayuno, la mayoría de aquella gente s ocupó en diversas tareas. Hare los observaba con el interés de un lince que acecha a un ciervo. Varios hombres preparaban objetos para ser transportados, y la lentitud de sus operaciones era extrema; otros andaban por las cercanías del corral. Holderness, después de liar un cigarrillo, se inclinó sobre la hoguera para coger un tizón. Snap se paseaba delante de la puerta de la cabaña. De toda la banda, él era el_ único que demostraba inquietud, y más de una vez dirigió la mirada al camino que cruzaba la línea divisoria, hacia el oasis de su padre. Holderness también, de cuando en cuando, miraba en sentido opuesto, en dirección a Seeping Springs. De pronto se oyó su sonora voz

-Créame, Naab: no hay prisa alguna. Nos iremos mañana.

Mil ideas acudieron a la mente de Hare..., un turbión de preguntas y respuestas. ¿Por qué miraba Snap ansiosamente el camino del oasis? No era que temiese sólo a su padre y hermanos, sino que tomaba asimismo en cuenta la posibilidad de que se presentaran los navajos. ¿Por qué no tenía Holderness prisa en abandonar Silver Cup? ¿Por qué se demoraba allí cuando, si esperaba vaqueros de su rancho, podía salirles al encuentro, sencillamente, ahorrando tiempo y poniendo mayor distancia entre él y las personas a quienes había agraviado? ¿Era excesiva temeridad, o se traía entre manos algún juego sagazmente preconcebido? Holderness y todos sus secuaces, excepto el sombrío Naab, desdeñaban el peligro que les amenazaba desde más allá de la divisoria. ¿Cuánto tardaría en aparecer Augusto? ¿Vendría solo? Ya viniera solo o a la cabeza de los belicosos salvajes, llegaría demasiado tarde. La adustez de Snap, sus largas zancadas, el nerviosismo con que constantemente mantenía su diestra sobre la culata del Colt, o muy cerca de ella, revelaban la sutileza de su instinto, amaestrado por el desierto. ¿Habría herido a Mescal? ¿Por qué mantenía cerrada la puerta de la cabaña y la vigilaba tan estrechamente?

Mientras Jack vigilaba y meditaba, iban transcurriendo las horas. Holderness mataba el tiempo y Snap montaba impertérrito su silenciosa guardia. Los demás miembros de la pandilla fumaban, dormían o vagaban de un sitio para otro. El día tocó a su término, y la sombra del acantilado envolvió a la cabaña. Para Hare, el tiempo había pasado sin darse cuenta: se extrañó de que el sol hubiera traspuesto ya el horizonte, ocultándose detrás del Coconina. Si Augusto había partido del oasis al amanecer, tenía que estar ya cerca de la divisoria, a menos que hubiera retrasado su marcha alguna tempestad que le sorprendiera en

el arenal rojo. Hare ansiaba divisar al corcel ruano sobre la cercana cumbre; sentía una loca impaciencia por contemplar a las navajas con sus penachos de plumas agitadas por el viento, y a sus retintos mustangs, brillando a la rojiza luz del crepúsculo, descender como un alud, dejando atrás la pedregosa eminencia y metiéndose por entre los cedros.

«Si vienen -murmuró-, desde aquí mismo mataré a Holderness, a Snap y a quienquiera que trate de abrir esa puerta.

Así, esperó, vigilando constantemente, con la vota puesta unas veces en la quebrada línea divisoria, y otras en él campamento. A lo lejos, en el valle, era aún de día, pero a la sombra del acantilado estaba bastante oscuro. Durante su espionaje, Hare había tenido que aguzar mucho el oído para poder enterarse de lo que decían los de abajo, y, buscando remedio a esta dificultad, se le ocurrió que podía bajar por una grieta del farallón hasta un sitio bien disimulado desde donde Dave y Jorge solían vigilar el manantial sin ser vistos. Aquel sitio quedaba muy cerca del ocupado por los cuatreros. El descenso hasta allí era arriesgado, pero, como podía ver y oír mejor, decidió aventurarse. La ocasión era propicia, porque todos andaban en ese momento distraídos: unos atendían a preparar la cena, otros arreglaban las mantas en que dormirían más tarde, y los restantes se paseaban, charlaban o se entretenían en diversas formas. Hare retrocedió algunos metros, y luego, con sumo cuidado, llegó hasta la grieta.

Ésta era una hendidura angosta y muy empinada. La bajada por ella suponía dos riesgos: el de caerse, porque se le soltaran las manos, y el posible choque contra las piedras. Con la cara hacia delante, se fué deslizando imitando el serpentino movimiento de las culebras hasta que alcanzó, sin tropiezos, el lugar adonde se dirigía. Una vez allí se tendió en la hierba, inmóvil y atento. Las voces de los de abajo, que bromeaban y reían, le tranquilizaron por completo. No le habían oído. Su nuevo observatorio era mucho mejor, puesto que desde él no sólo veía y oía más cómodamente, sino que, en caso necesario, podía retirarse con rapidez y sin ruido, ganando los cedros en un instante. Echado sobre el vientre, serpeó cauteloso hasta el borde extremo, donde había unos matorrales.

Exploró las cercanías. La hoguera estaba bien encendida. Los cuatreros seguían charlando y riendo. La puerta de la cabaña estaba abierta. Mescal, en ella, maniatada, se oponía a que Snap le quitara las ligaduras.

-¡Déjame soltarte, te digo! -gruñía el hombre.

Mescal se desprendió de las garras de su guardián y dio unos pasos atrás. Tenía las manos atadas por delante del cuerpo, y con enérgicos movimientos extendió los brazos para alejar al otro. El desgreñado cabello casi le tapaba los ojos, en los cuales fulguraba una mirada desafiadora, preñada de odio. Parecía una leona sacudida por la furia, demostrando combatividad en todas las líneas de su agitado cuerpo.

-Muy bien..., no comas, pues. ¡Muérete de hambre! -refunfuñó Snap.

-¡Prefiero morir antes que comer lo que tú me des!-replicó ella.

Los que presenciaban la escena soltaron una carcajada. Holderness, que estaba entre ellos, lanzó una bocanada de humo y sonrió. Snap fulminó con la vista a su prisionera, y luego miró ceñudo a sus risueños compañeros. Uno de éstos, un individuo de tez muy colorada, avanzó hacia la joven diciendo

-¡Cálmese, Snap, cálmese! No vamos a permitir que esta chica se muera de hambre. No ha probado un bocado en todo el día. A ver, miss, déjeme desatarla... Eso es... ¡Pero...oiga, Naab! ¡Maldito sea...! ¡La pobre muchacha tiene las manos tan amoratadas que dan lástima!

-¡Cuidado...! ¡El revólver...! -chilló Snap.

Con la rapidez del relámpago Mescal le había sacado a su protector el arma de la funda; y la levantaba, cuando el otro le agarró el brazo violentamente. La joven retrocedió, dolorida, dejando caer el Colt.

-¡Vaya con el diablo de la indiecita! -exclamó el cuatrero, con más admiración que enojo-. Siento lastimarla, y siento más todavía no dejarle hacer fuego. Pero no me parece nada bien que me tire con mi propio revólver, cuando acabo de portarme como un caballero. ¿No es cierto?

-Ya no quería... tirarle a usted - balbució Mescal. -¡Naab...! -exclamó el hombre-. ¿Ésta es la clase de mujercitas que se gastan ustedes, los mormones...? ¡Pues que les aprovechen...! ¡Aunque no niego que es la gatita más atrevida y más linda que he visto!

-Los mormones, ni hablamos de nuestras mujeres ni aguantamos que hable nadie - rezongó el aludido, bailándole en los ojos una terrible expresión de enojo-. Usted es de Nebraska, ¿no?

-Sí, señor mío: de Nebraska. Un simple cuatrero nebrasqueño, ladrón de ganado vacuno, y un perfecto canalla, aunque todavía no me ha dado por cazar mujeres a la fuerza.

En respuesta, Snap alzó lentamente el brazo hasta tenerlo extendido hacia delante, tenso e inflexible, mientras sus raros ojos despedían chispas.

-Mire, Naab -dijo el de Nebraska fríamente-: ¿a qué viene eso de querer buscar camorra? ¿No ha matado ya a bastantes amigos suyos? admito que no tengo ningún derecho para mezclarme en sus asuntos; pero lo hice sin mala intención y únicamente en defensa de la señorita. Ella se ve que es buena persona. Le ha descubierto a usted el juego, que no es limpio. Y eso es todo. Y le juro que me importa un bledo el que sea usted mormón o no. ahí está Holderness. Apuesto mi caballo a que me da la razón.

-Snap, lo que dice éste es verdad -intervino Holderness en tono conciliador-. No hay por qué ser tan quisquilloso respecto a Mescal. Ella misma ha demostrado lo poco que le interesa usted. Si tiene que amarrarla como a una yegua cerril, hágalo, pero no la lastime. Y ahora, vamos a cenar. Mescal, siéntese ahí, en el banco, y pórtese bien. No quiero que ande a tiros con mi gente.

Snap volvió la espalda, huraño y displicente. Holderness hizo que Mescal se sentara cerca de la puerta, y le trajo de comer y beber. La pandilla, acuclillada alrededor de la hoguera, suspendió toda conversación para dedicarse al importante quehacer de la comida.

A Hare le había producido aquella escena una tempestad de emociones: placer, a la vista de Mescal; satisfacción inmensa, al verla indemne; orgullo, por su espíritu combativo; todo ello, junto con sincera gratitud hacia el bondadoso cuatrero nebrasqueño; una extraña v cada vez más profunda sospecha (casi certidumbre) de cuál era el juego de Holderness, e inextinguible odio contra Snap Naab. Y, superándolo todo, estaba su resuelta voluntad de libertar a Mescal, aunque momentáneamente se veía forzado a proceder con inexorable juicio y tenía que continuar esperando. Esperó, pues, con fe ciega en lo que tenía que acontecer, y no olvidando el recurso supremo: el rifle que oprimían sus ansiosas manos. Entro tanto, descendieron las tinieblas, el fuego produjo más luminoso resplandor y los cuatreros terminaron de cenar. Mescal abandonó su asiento y traspuso el umbral de la puerta de la cabaña.

-¡Alto ahí! -le ordenó Snap, acercándose con paso presuroso-. ¡A ver las manos!

Algunos de los miembros de la banda protestaron, y uno gritó

-¡Eh, Snap, qué diablo; no la ate! ¡Eso no!

-¿Quién se atreve a decir eso? -averiguó el mormón, chocando los dientes en la forma habitual en él.

Al encararse con el grupo de los protestantes, el Colt brillaba en su diestra, amenazador.

Holderness rió, en la misma boca del arma, v dijo:

-¡Ande, hombre, ande; ate, ate a su dulce amada! ¡Si siempre sigue tan complaciente, le va a resultar una esposa encantadora! ¡Átela, pero no le haga daño!

Algunos de los del grupo refunfuñaron, v otros tomaron a risa el incidente. Snap volvió a su tarea. Mescal, de pie en el hueco de la puerta y encogiéndose por la aversión que le inspiraba su tirano, extendió ambas manos, unidas, mientras Holderness se aproximaba al fuego, con tal expresión en el rostro, que delataba cuál era su oculto propósito. Snap ligó fuertemente las manos de la cautiva, la empujó para el interior, estuvo indeciso un rato y, por último, cerró la puerta.

Las cosas fueron complicándose. De improviso, Holderness dio señales de impaciencia: la gente que, al parecer, aguardaba por el camino de Seeping Sprins, no llegaba. Snap, apoyado contra una de las jambas de la puerta, estudiaba, frunciendo el entrecejo, a los cuatreros que tenía delante. La tensión que se advertía en el ambiente aumentaba por segundos. El ceñudo mormón presentía más que nadie que se preparaba algún suceso extraordinario a semejanza del halcón desértico, podía ver muy lejos. Repentinamente empujó la puerta con la espalda, abriéndola a medias, dando la cara a los individuos de la cuadrilla.

-¡Cuidado! -gritó Holderness con voz de mando, tan cambiada, que parecía provenir de otra persona -. ¡Ahí no entra nadie!

-¿Por qué no? Voy a sacar a la muchacha para llevarla a White Sage -explicó Naab con afectada calma.

-¡Bah! Ésa es una excusa para entrar en la cabaña con la chica anoche ya lo intentó, y tuve que impedírselo. ¡Cierre la puerta, Naab, o aquí va a ocurrir algo!

-¡Va a ocurrir más de lo que se figura, Holderness, si no me deja en paz! No se meta en lo que no le importa. Yo me voy.

-Bueno, pues, hasta la vista... ¡Pero a la muchacha no se la lleva!

Snap salió fuera, cerrando de golpe la puerta tras de sí.

-¡Ajá! -exclamó con sorna-. Para esto me hizo capataz, ¿eh?

Su ganchuda mano se movió casi imperceptiblemente hacia arriba, mientras con los ojos trataba de sondear las verdaderas intenciones de su patrón. El jefe de los cuatreros debía disponer de algún misterioso recurso, a juzgar por su impasibilidad y por su sardónica sonrisa:

-Naab- insistió Holderness-, la muchacha no se la lleva.

-¿Quizá la quiere para usted? -siseó Snap.

-¡Así es, en efecto!

Seguramente, jamás el furor impulsó la diestra de Snap con mayor rapidez que en el caso presente. Su Colt relampagueó a la luz de la hoguera. ¡Tac! ¡Tac! ¡Tac!... El percutor golpeó en el vacío.

-¡Demonio! -rugió el chasqueado.

Holderness le contestó con una sarcástica carcajada, añadiendo:

-¡Con él te voy a mandar ahora mismo! -y disparó, atravesándole el corazón, agregando-: ¡Bah! ¡Que me vengan a mí con el famoso ardid de Naab...!

Snap se desplomó, cara al suelo, golpeando la tierra con los brazos, como bate las alas una perdiz en la agonía. Sus dedos agarraron el polvo; todo su cuerpo se agitó convulsivamente, se estiró y luego quedó inmóvil.

Holderness gritó entonces, acercando el rostro a la cerrada puerta de la cabaña

-¡Mescal, alégrese! ¡Acabo de librarla de su aspirante a esposo!

Luego, señalando al muerto, les dijo a los circunstantes más próximos

-Llévense esto de aquí y échenlo a los coyotes.

El primero que se agachó para cumplir la orden fué el nebrasqueño, quien, por curiosidad, cogió el revólver, que había rodado por el suelo, y abrió la recámara.

-¡No hay cartuchos! -exclamó.

En seguida le quitó a Snap el otro Colt que tenía en el cinto, repitió el examen y comentó

-¡Tampoco los tiene éste! ¡Bueno, bueno...! ¡Lo embromaron!

Recorrió con la vista el grupo de sus ceñudos camaradas, ninguno de los cuales tuvo nada que decir. Holderness rió de nuevo, ásperamente, y dedicando su atención a la puerta de la cabaña, la aseguró bien, valiéndose de un lazo.

Hare tardó en reponerse de la sorpresa que le había causado el descubrimiento de la villana intriga que ponía a Mescal a merced de Holderness. Snap Naab .era malo -¡qué duda cabía!-; pero, con toda su maldad, iba a casarse con la muchacha, y tal destino era infinitamente preferible al que la amenazaba ahora. Hare cambió de postura y se preparó a vigilar y esperar durante toda la noche. Cada hora que demoraran Holderness y su gente en Silver Cup apresuraba la ejecución de la sentencia que sobre ellos pendía. La extraña presciencia que tenía Hare de la fatalidad que perseguía a aquellos hombres había recibido su primera confirmación en el alevoso asesinato de Snap. El intrigante y traidor Holderness, confiado en que su numerosa banda de malhechores era suficiente protección para su seguridad personal, estaba sentado, fumando, sonriente, cerca de la hoguera. No tenía para nada en cuenta las veladas insinuaciones hechas por Snap tocante al serio riesgo que amenazaba a la pandilla. Sin embargo, por el camino del oasis venía un hombre que; una vez desechado su horror por el derramamiento de sangre, y decidido a. matar sin piedad, sería tan inflexible y cruel como el Hado a su espalda aguardaba una tropa de valientes navajos, tan ligeros como águilas, tan sanguinarios como lobos, empedernidos guerreros del desierto, cuya sangre había sido caldeada por el sol a través de incontables generaciones. Mientras Hare vigilaba y esperaba, concentrado todo su ser en su inexorable misión, casi sentía lástima por Holderness. Su fin estaba próximo. En dos ocasiones que el malvado jefe de los cuatreros se acercó a la puerta, como si se propusiera entrar, Hare lo encañonó con el rifle, esperando... ¡ay de él si pasaba el umbral...! Pero se contuvo a tiempo, y el dedo del vigilante Jack aflojó ambas veces la nerviosa tensión sobre el gatillo.

La noche cerró muy oscura; en el nublado cielo no lucía ni una estrella; se levantó el viento, y mugía entre los cedros. Uno por uno se envolvieron los cuatreros en las mantas y fueron quedándose dormidos, mientras la hoguera iba extinguiéndose lentamente. Las horas nocturnas transcurrían arrulladas por el rumor de la brisa, la cual, de cuando en cuando, traía en sus alas las salvajes notas del aullido de los coyotes.

Hare, desde su guarida, vió que se movía una de las yacentes figuras. El hombre se alzó un poco, con mucha cautela; miró a sus compañeros, y luego, detenidamente a Holderness, tendido junto al moribundo fuego. Después se acostó de nuevo suavemente. Jack se preguntó qué se propondría hacer aquel individuo, quien, de nuevo, irguió la cabeza, volviéndola, como para escuchar atentamente. Sus compañeros, inmóviles, roncaban a pierna suelta. Con suma lentitud y extremo cuidado, el sujeto se despojó de las mantas y comenzó a ponerse en pie. Procedía con tal detenimiento y precaución, que tardó bastante en levantarse del todo. Con los pies cubiertos sólo por sus gruesos calcetines, pasó por entre sus dormidos camaradas, semejante a una sombra, y se dirigió hacia la puerta .de la cabaña.

Al acercarse al sitio ocupado por Holderness, extremó su cautela, y Hare notó que en la diestra empuñaba un reluciente revólver. La resolución de Jack de matarlo antes de que alcanzara el punto de su destino varió ante este detalle. ¿Qué significaban los furtivos movimientos de aquel individuo, y el pasar junto a su jefe con el arma preparada? Una vez más, la vida de Holderness pendía de un hilo. ¡Si se movía...!

Hare comprendió al instante que aquel hombre tenía que ser un mormón, fiel a sus creencias, amigo de Snap y deseoso de salvar a la mujer que su difunto correligionario había elegido para compañera. Iba, pues, a libertar a Mescal.

Si alguna vez en su vida rezó Jack con absoluto, fervor, fué entonces. ¿Qué ocurriría si se despertaba alguno de la pandilla? Cuando llegó el hombre a la puerta, un momentáneo

llamear de la hoguera le alumbró el atezado semblante. Desató el lazo y abrió la puerta sin hacer el más mínimo ruido.

Hare murmuró

-¡Santo Dios! ¡Si entra, ella gritará...!

Holderness oirá los gritos... y entonces tendré que tirar... ¡tendré que tirar forzosamente!

Pero el mormón debía de ser tan prudente como audaz y precavido.

-¡Chist! -hizo asomando la cabeza- ¡Chist! Mescal debía de estar despierta; seguramente comprendió el significado de aquel discreto llamamiento, pues en el acto apareció en el hueco de la entrada, y, sin proferir una sílaba ni perder un instante, extendió las ligadas manos. El hombre deshizo con singular presteza los apretados nudos y señaló en dirección a los cedros, hacia el corral. Veloz y sigilosa, como una sombra fugitiva, Mescal se sumió en las tinieblas. El mormón regresó a su cama, con tantas precauciones como a la salida, y se envolvió en las mantas.

Hare se irguió, sacudido por un impulso indomable: el de dar cima a su empresa, quitándole la vida a Holderness. Muy pronto, Mescal, a lomos de Silvermane, correría por el camino de White Sage, y esta vez no habría obstáculos que le cerraran el paso. Pero no era posible matar, al infame mientras dormía, y como el despertarlo equivaldría a revelarle a la banda la fuga de la joven, el conturbado vengador quedóse en su puesto, sin saber qué hacer en definitiva y mirando a su adversario tendido tranquilamente en el suelo.

«¿Por qué -se decía Jack- no acabar la obra justiciera? ¿Por qué no matarlo ahora, poniendo fin a sus fechorías?»

No, no. Sería una locura, y Hare, entendiéndolo así, resistió la tentación.

Lo que debía hacer, como más acertado, era cooperar a la huída de la prisionera; ayudarla, en todas las formas imaginables, a refugiarse en lugar seguro; y luego él ya sabría encontrar de nuevo a su enemigo... Éste era el proceder que convenía a quien, tras largo aprendizaje en el desierto, sabía esperar...

Sin abandonar la protectora sombra del acantilado, Hare buscó la pendiente cubierta de cedros, salió en seguida al camino y rápidamente bajó a la oquedad donde dejara a Bolly. La oscuridad dificultábale la tarea, pero por fin alcanzó el soto de tiemblos penetró en él y, guiado hacia la yegua por los suspicaces resoplidos de ésta, la encontró, yegua tranquilizó con la voz y las caricias, y pocos segundos más tarde cabalgaba por el valle.

Las nubes se habían disipado un poco, permitiendo que se filtrara algo de luz a través de ellas. Por todas partes tropezaba con reses echadas bajo la espesa penumbra, que sólo era penetrable con la vista hasta escasa distancia. El suelo parecía una alfombra de mullida hierba, y los cascos de Bolly no emitían ruido alguno. El noble animal levantó de pronto la cabeza, haciendo que el jinete observara con acentuada atención, esforzándose por atravesar con la vista la niebla nocturna. El rumor de un rápido galope rompió el silencio, y una vaga forma gris se presentó a sus ojos. Reconoció a Silvermane, y llamó tan fuerte como le permitía la prudencia. El veloz corcel se confundió con la nebulosa cortina; el batir de los cascos fue amortiguándose y en breve cesó completamente. Hare espoleó a Bolly sin compasión, obligándola a correr cuanto podía, pero, como su empeño resultaba inútil e innecesariamente agotador para el cuadrúpedo, desistió de continuar la carrera, poniendo entonces la yegua al trote.

Siguió trotando durante el resto de la noche, y cuando el cielo se iluminó por el lado del Este, halló el camino, y poco después de la alborada estaba en Seeping Springs. Las huellas de Silvermane se notaban claramente junto al bebedero. Jack descansó un corto rato, dio parcamente de comer y beber a Bolly, y de nuevo emprendió la marcha.

Desde la cumbre del cerro columbró a Silvermane, en el valle, a varias millas de allí. El día le pareció más corto que el anterior; lo pasó observando a su querido caballo disminuir de tamaño, cada vez más, en la lejanía, hasta desaparecer en la falda del Coconina.

El temor de Hare de que Mescal pudiera ser atajada por los vaqueros que Holderness esperaba, procedentes de su rancho, aminoró considerablemente cuando la fugitiva alcanzó la espesura de los cedros. Tuvo por cierto que la muchacha le daría algún respiro al valiente corcel, en la charca de los navajos en la montaña. Tarde ya en la noche, llegó a aquel sitio, sin descubrir la menor señal que probara que ella había hecho alto, ni siquiera el tiempo necesario para que su cabalgadura apagara la sed. En vista de lo cual, desensilló y se echó a dormir hasta el alba.

Cruzó luego la meseta e inició el descenso. Antes de haber recorrido la mitad de la bajada, el sol, cálido y brillante, había despejado ya las brumas del valle. Allá a lo lejos, en el sinuoso camino, se movía una pequeña mancha. Era Silvermane, casi fuera del alcance de la vista.

-Diez millas... o quince... o acaso más -dijo Hare-. Mescal estará pronto en el pueblo.

Las sucesivas horas de viaje volaron como alados momentos. Las ideas de tiempo, distancia, monotonía, cansancio, designio, estaban alejadas de su mente, ocupada por una calidoscópica danza de imágenes exclusivamente de Mescal. La liberación de su amada, la certidumbre de que todo peligro había pasado para ella, hacía desbordar la fuente de la felicidad.

El sol se aproximaba al ocaso cuando Jack llegó a White Sage, tomando por las afueras, se dirigió a la residencia del obispo Caldwell John, uno de los hijos del eclesiástico, estaba en la era, y corrió a abrir la puerta de entrada

-¿Y Mescal? - le gritó Hare.

-En salvo-contestó el mormón.

-¿La han escondido ustedes?

-Sí; en una cueva secreta que utilizamos para refugio de las mujeres y cuya existencia conocen muy pocas personas. Esté tranquilo, pues la seguridad de ella es absoluta.

-¡Alabado sea Dios...! Eso, por lo menos, está solucionado ya.

Y respiró a sus anchas, como si, se hubiera librado de un enorme peso.

-Mescal nos ha referido lo que pasó en la hacienda de Naab, cómo la sorprendieron a la salida de la faja de arena y de qué modo pudo escapar del poder de Holderness, en Silver Cup. ¿Resultó Dene herido?

-Muerto, y bien muerto. Silvermane lo mató.

-¡Santo Dios! ¡Lo que son las cosas! Yo vi cuando lo derribó usted aquella vez, en White Sage. Debía de estar escrito. Y, dígame: ¿fué el mismo Holderness quien le hizo fuego a Snap?

-Sí.

-Y del viejo Naab, ¿qué me cuenta? ¿No querrá ponerse ahora al frente de los mormones para combatir a los cuatreros?

-Ha hecho que los navajos crucen el río. Se proponía salir solo, para matar a Holderness, manteniendo en reserva a los indios por unos días. Si no regresaba en el plazo fijado, los navajos caerían entonces sobre los bandidos. Pero es probable que haya modificado su plan, porque yo me adelanté a él.

-¿Por qué? ¿Por Mescal?

-No. Por Holderness.

-¿Lo matará usted?

-Sí.

-¿Vendrá pronto...? ¿Cuándo?

-Mañana, tal vez al amanecer. Quiere a Mescal, de todos modos. Existe la posibilidad de que Naab haya llegado a Silver Cup antes de que saliera Holderness, pero lo dudo.

-¿Querría usted comunicarme su plan? -El mormón titubeó, mientras su varonil rostro se iluminaba con un destello de atrevida decisión-. Tengo serios motivos...

-¿Mi plan...? Es bien sencillo. Ocultar a Bolly y Silvermane en el bosquecillo que hay detrás de la huerta. Quedarme fuera esta noche, dormir un poco, porque estoy muerto de cansancio, y vigilar desde que salga el sol. Holderness vendrá acá, con su gente, para llevarse a Mescal, al principio, acaso no proceda abiertamente. Querrá valerse de alguna estratagema. En cuanto se presente le saldré al encuentro... Eso es todo.

-Me parece bien. Le ruego que no mencione nada de esto delante de mi padre. Entre. Necesita comer y descansar. Más tarde ocultaré los caballos.

Hare se presentó con gran serenidad ante el Obispo y su familia, pero su llegada, siguiendo tan de cerca a la de Mescal, acrecentó la alarma colectiva. Todos le miraban con miedo, aunque con simpatía. Jack comió en silencio. John Caldwell no vino a cenar, y sus hermanos, con aire de misterio, abandonaron la mesa antes de concluir la comida. Un apagado murmullo de voces se filtraba en la estancia a través de la ventana abierta.

La oscuridad nocturna halló a Hare envuelto en una manta, bajo los árboles. Necesitaba que el sueño pusiera en orden sus ideas, disipara las confusiones de su vista, aliviara el dolor de su cabeza y diera descanso a sus músculos, molestas circunstancias de las que, repentinamente, se había sentido presa. Más de una vez estuvo a punto de quedarse dormido, cuando se lo impidieron ya el ruido de pasos cautelosos sobre la grava del sendero, ya el rumor de voces apagadas, ya el cerrar con lentitud la puerta de afuera. Estos discretos sonidos se prolongaron hasta muy tarde, y cuando logró conciliar el sueño, soñó con ellos. Despertó al ser de día: un día muy claro y luminoso a su lado llegó el repique de una campana. Estaba tan nervioso, que no podía estar quieto en ningún sitio: sus movimientos eran sutiles y rápidos. Sus manos se agarraban tenaces a cuanto tocaba. Se paseaba, inquieto, san dejarse ver, y observando atentamente. Sus pensamientos eran claros y precisos, pero uno predominaba en su cerebro. La mañana era excepcionalmente apacible y callada. Los hijos del Obispo habían desaparecido en forma harto extraña... En el aire flotaba la impresión de una inminente catástrofe.

Un grupo de jinetes se presentó en el camino, trotando hacia la cabaña algunos iban enmascarados. Holderness cabalgaba al frente, con su rojiza barba resplandeciendo bajo brillantes rayos solares. El rítmico clip clop de los cascos y el retintín de los estribos de hierro alteraron la quietud y el silencio matutinos. Holderness, con dos de sus hombres, desmontó ante la portada. Los otros trotaban aún por el camino. El sonido de la risa de Holderness precedió al ruido del aldabón de la puerta.

Hare se mantuvo calmoso y frío, en su escondite, observando a los tres hombres, que recorrían el sendero de acceso a la casa. El jefe se quitó de los labios el cigarrillo y despidió una bocanada de humo al acercarse al porche. El Obispo apareció entonces, saliendo de su morada con torpe paso de anciano, golpeando el piso con el bastón.

-Buenos días, Obispo-le saludó el visitante amablemente, descubriéndose.

-Muy buenos los tenga usted, señor -respondió el anciano con su trémula voz, reparando en él atavío del cuatrero. Holderness se adelantó a sus compañeros: gallardo, cortés, sonriente, completamente dueño de sí.

-He venido... -comenzó a decir.

-¡Holderness! - gritó entonces Jack mostrándose de improviso.

El interpelado giró con rapidez sobre sus talones.

-¡El espía de Dene! -exclamó, boquiabierto.

Su semblante se transfiguró. El miedo le bailó en los ojos al encararse con su contrario; en seguida, su rostro expresó sorpresa, cólera y el terrible e instintivo temor a la muerte que le amenazaba.

-¡El ardid de Naab! - dijo Hare, con el brazo en alto.

La alusión contenida en estas palabras, la significativa mirada del que las pronunció y lo imprevisto del caso paralizaron a los tres sujetos. La sorpresa era la mayor ventaja del atacante.

En los ambarinos ojos de Holderness se leía la desesperada lucha que estaba sosteniendo consigo mismo al calcular las probabilidades de éxito que le ofrecía el encuentro. La sombría mirada de Hare, imposible de eludir, su vigoroso cuerpo, ligeramente contraído, su fría y deliberada mención al c ardid de Naab » y, más que nada, la posición de aquella mano amenazadora, llenaron al cuatrero de un pavor tan grande, que en vano se esforzaba por disimularlo. Se le retaba claramente a pelear, pero no podía decidirse a desenfundar el arma.

-¡El ardid de Naab! -repitió Hare, burlonamente.

De pronto, Holderness llevóse la diestra al cinto, hacia el revólver.

La mano de Hare ejecutó un movimiento rapidísimo fulminante.

Un destello azul... una llamarada roja... un fuerte estampido...

Holderness vaciló, inclinó hacia atrás la blonda cabeza; el ámbar de sus ojos se oscureció, la vida que había en ellos se transmutó en vidriosa expresión, y el gallardo cuerpo desplomóse como un leño, conservando la diestra agarrada a la culata del Colt que había desenfundado a medias.

## XX

Llévense el cadáver..., pronto! -les ordenó Imperiosamente Hare a los compañeros del muerto. Un delgado rizo de humo fluía de la boca del cañón del arma, que aún mantenía levantada.

Los bandidos despertaron de su inmovilidad de estatuas y cogiendo a su difunto jefe por los brazos lo fueron llevando a rastras por el sendero del jardín, en cuya grava dejaron dos pequeños surcos las tintineantes espuelas.

-Señor Obispo, será prudente que se retire. Quizá vuelvan esos hombres - indicó Hare, quien, subiendo presuroso los peldaños de la entrada, sostuvo en un brazo al vacilante anciano.

-¿Era Holderness ése?

-Sí, señor.

-¡Las perversas acciones de los malvados, tarde temprano recaen sobre sus cabezas! ¡Tal es la voluntad de Dios!

Hare acompañó al Obispo al interior de la casa, cuy h salón estaba lleno de mujeres que se lamentaban a voz en cuello, y de niños que les hacían coro. Ninguno de los jóvenes se hallaba presente y Jack no pudo menos de fijarse en esta inexplicable ausencia. Trató de tranquilizar a la afligida familia. Los pequeños, niños y niñas, atendieron sus bondadosas y persuasivas palabras, cesando en su clamoroso llanto, pero las mujeres no le prestaron la menor atención.

-¿Dónde están vuestros hijos? -preguntó Jack.

-No lo sé -contestó el anciano-. Deberían de estar aquí, al lado de usted. Es muy extraño. No lo comprendo. Anoche vinieron muchos hombres a visitamos. Acudían en pequeños grupos hasta muy tarde. No durmieron en casa. No sé qué pensar.

Hare recordó la enigmática expresión de la cara de John Caldwell.

-¿Eran realmente los bandidos? -quiso saber una de las mujeres más jóvenes, con los ojos enrojecidos y la faz bañada en lágrimas.

-Sí, lo eran -respondió Jack-. Diecinueve en total. Los conté uno por uno.

Hare dejó la cabaña. Empuñó el rifle y, atravesando la huerta, se llegó al sitio donde estaban escondidos los caballos. Silvermane, con sus cabriolas y resoplidos, evidenció su agrado por la presencia del amo. El rey del desierto estaba en excelentes condiciones, listo para lo que se le ofreciese. Black Bolly pacía tranquilamente la abundante hierba. Jack ensilló su corcel a fin de tenerlo preparado para cualquier eventualidad, y retornó a la parte frontera del patio.

Oyó un disparo allá abajo, lejos; luego, otro, seguido por varias detonaciones más, en rápida sucesión. Un distante murmullo, como de gente enardecida, v el tumulto de pasos precipitados le atrajo hasta la portalada. Algunos mustangs sin jinetes galopaban por el camino; varios muchachos corrían despavoridos por la plaza; no se veía un solo hombre. Estallaron tres tiros más, y aquel murmullo se convirtió en un ronco clamoreo. Hare conocía este ruido, por haberlo oído en otras ocasiones: era el violento bullicio de las turbas excitadas. Una compacta muchedumbre apareció en la calle principal, en dirección a la plaza. La agitada procesión marchaba con cierto orden, precedida y flanqueada por jinetes. Pero los numerosos brazos agitados en el aire, los cuellos vueltos en determinado sentido, los nerviosos saltos de muchos de los de la multitud, el apremio con que todos se aprestaban para comprimir la masa hacia dentro, y la espantosa gritería, no dejaban lugar a duda: aquello era un motín.

-¡Dios me valga! -exclamó Hare -. Los mormones se han alzado contra los cuatreros. ¡Ahora comprendo! John Caldwell se pasó la noche organizando la revuelta. Los vecinos del pueblo han sorprendido a los granujas. ¿Qué irán a hacer con ellos?

Hare echó a correr camino abajo. Los amotinados, en número de cien, o más, habían hecho alto a la sombra de los copudos álamos. Jack entendió en seguida el terrible significado de aquellas robustas y extendidas ramas, y de esta idea surgió otra, que le impulsó a acelerarse más aún, todo lo que le permitían las piernas.

-¡Abran paso! ¡Déjenme entrar! -vociferaba, empujando a diestra y siniestra-. ¡Despejen un poco! ¡Por vida de...!

Su penetrante voz acalló momentáneamente el airado murmullo.

Más de uno de los sublevados, con rostro feroz y el arma prevenida, se hizo a un lado al reconocerle, exclamando

- ¡El espía de Dene!

El apretado círculo fué abriendo y cerrando, hasta dejarle en el centro. Allí vió a los cuatreros, maniatados, bajo la severa custodia de los capturadores, bien armados. Cuatro cuerpos inmóviles yacían en tierra, entre ellos el de Holderness, boca arriba, ostentando una gran mancha rojo-oscura en la camisa gris. Mormones de pétreo rostro, tan implacables ahora como mansos fueron antes, rodeaban a los cautivos. John Caldwell, que los capitaneaba, les dirigió la palabra

-¡Mormones, he aquí al «espía de Dene», el valeroso hombre que mató a Holderness cara a cara!

El auditorio profirió un breve y entusiasta vítor, como si aclamaran a un caudillo.

-¿De qué se trata aquí? -demandó Hare.

-Vamos a juzgar sumariamente a estos bribones, para colgarlos sin demora-repuso John Caldwell. El siniestro rumor de la irritada turba se dejó oír de nuevo, con mayor fuerza.

-A dos de estos individuos les debo gratitud, por acciones nobles. Pido que no se les ahorque.

-Muy bien. Diga quiénes son. - Un relámpago de emoción pasó por el sombrío semblante de Caldwell.

Hare se dirigió a los prisioneros, diciendo

-¡Nebraska, dé un paso al frente!

-Me figuro que se equivoca -replicó el cuatrero, clavando fijamente los ojos en Hare -. Yo no lo he visto a usted nunca, y no soy capaz de perjudicar al hombre que quiere proteger.

-¿No fué usted quien desató las manos a la muchacha?

-Sí. ¿Cómo lo sabe?

-Porque lo presencié.

-¿De veras? ¡Hombre, hombre...!

-Nebraska, ¿si le salvo la vida, dejará de robar ganado? Usted no debió nacer para ladrón.

-Si no me ahorcan, prometo ser en adelante honrado y decente. Tómeme a su servicio, amigo, y verá si le miento.

-¡Suéltenlo y dejen que se vaya! -ordenó Jack.

Después examinó a los demás presos, puestos en línea. Varios tenían la cara tapada con antifaces negros.

-¡Quítenles las máscaras! -dispuso Haré.

-¡No! Ésos van a la tumba enmascarados -objetó Caldwell con acento triste pero decidido.

-¡Ah! ¡Vamos! ¡Ya me hago cargo! -dijo Haré. Luego añadió rápidamente-: Al otro no sé cómo reconocerle. En realidad, no sé quién es. Pero Mescal sí lo sabe. La salvó, y yo le salvaré a él. Pero, ¿cómo?

Todos los cuatreros -excepto los enmascarados, graves y silenciosos - empezaron a clamar que uno de ellos era el que debía ser salvado.

-Corra a casa -cuchicheó Caldwell al oído de Jack-. Consulte con Mescal. Averígüelo y regrese a escape. El tiempo urge. Sólo dispone de escasos minutos, pues los mormones empiezan a impacientarse.

Haré se deslizó por entre la multitud, voló camino arriba, traspuso la cerca de un salto e irrumpió sin ceremonia en la sala donde estaban el Obispo y su familia.

-No hay peligro..., no se alarmen..., todo va bien -exclamó, jadeante-. Los cuatreros han sido capturados. Necesito hablar con Mescal. ¡En seguida! ¿Dónde está? Que alguien la traiga.

Una de las mujeres salió de la habitación. Jack oyó el ruido de una aldaba, el cerrar de una puerta, cavernosas pisadas descendiendo sobre piedra y yendo a morir bajo el piso del edificio. Pronto escuchó nuevos pasos - ascendentes esta vez-, que en breve se hicieron rapidísimos. Como un torbellino penetró en la estancia Mescal, flotante el cabello, relucientes los ojos.

-¡Vida mía! -y, olvidándose de los mormones, la estrechó entre sus brazos-. ¡Mescal...! ¡Mescal...!

Cuando alzó la cara de entre la revuelta masa de negros cabellos, el Obispo y su familia habían dejado el salón.

-Escucha, Mescal. Ten calma. Estoy en salvo. Los cuatreros están presos. Uno de ellos te libró del poder de Holderness. Dime cuál fué.

-Lo ignoro -contestó ella-. Es inútil que trate de acordarme. No le vi la cara y ni siquiera recuerdo su voz.

-¡Piensa! ¡Piensa! Será ahorcado si no recuerdas algún detalle que sirva para identificarle. Merece que se haga algo por él. La pandilla de Holderness estaba formada por ladrones y asesinos; pero dos de esos hombres no eran totalmente malos. Lo probaron la noche que estuviste en Silver Cup. He salvado, a Nebraska...

-¿Estabas tú también en Silver Cup? ¡Jack...!

-Calla..., no me interrumpas... Tenemos que salvar a ese individuo que te libertó. ¡Piensa, Mescal, piensa!

-¡Oh! ¡Es que no se me ocurre nada! ¿Cómo podría yo...?

-Dame un detalle cualquiera. Dime cómo era la chaqueta que llevaba... o el pantalón... Tienes que haber notado algo. ¿Le viste las manos?

-Sí... mientras me desataba. Eran grandes, largas, con dedos muy fuertes. Se las toqué. En una tiene una gran verruga, muy áspera. No sé en cuál. Además en una muñeca llevaba una banda de cuero.

-¡Con eso basta!

Haré volvió a escape a la plaza. La turbulenta muchedumbre le dejó pasar en seguida. Tropezó en un montón de lazos que no estaban antes allí. Los mormones aguardaban, y los cuatreros tosían nerviosos y no podían tener quietos los pies. John Caldwell, muy pálido, miró a Haré con expresión interrogadora. Jack se inclinó para examinar a los muertos, y después de un rápido escrutinio se encaró con la fila de prisioneros, a quienes dijo:

-Enséñenme las manos.

Uno por uno todos obedecieron el mandato; pero el sexto de la fila -un sujeto alto, completamente enmascarado -rehusó hacer lo que se le pedía. Haré insistió dos veces en su petición; pero el otro se negaba obstinadamente, ocultando las atadas manos bajo la chaqueta.

-¡Déjeme verlas! -repitió Hare, agarrando por un brazo al prisionero, quien se resistió aún con mayor violencia, y de un vigoroso empellón casi lo tira al suelo a viva fuerza, aferrado el cautivo, consiguió vencer la furiosa resistencia de éste, y allí estaban los largos dedos, la grande y áspera verruga y la banda de cuero en la muñeca.

-¡Éste es mi hombre! -exclamó Jack.

-¡No! -protestó el cuatrero, con voz ronca, sudando a mares y respirando convulsivamente.

-¡Grandísimo idiota! -profirió su salvador, maravillado y resentido-. ¡No me cabe duda alguna! Le he reconocido perfectamente. ¿Prefiere que le ahorquen a seguir viviendo? ¿Cuál es su secreto? - Y de un tirón le despojó de su negro antifaz.

Era el hijo mayor del Obispo.

-¡Santo Dios! -gritó Hare, retrocediendo ante aquella cara alterada por el furor y la vergüenza.

-¡Hermano! -gimió John Caldwell-. ¡Oh! Siempre temí que sucediera esto.

Los camaradas del desenmascarado prorrumpieron en soeces juramentos y acerbas risotadas, burlándose luego

-¡Ahí lo tenéis! -decían -. ¡Véanlo bien! ¡Es Pablo Caldwell en persona! ¡ja, ja, ja...! ¡Hijo de un obispo nada menos...! ¿Creíais que andaba pastoreando ovejas...?

-¡Maldito seas, Hare! -vociferó el culpable mormón, cegado por la rabia y la ignorancia-. ¿Por qué no has dejado que me ahorquen? ¿Por qué no has permitido que me enterraran con el rostro cubierto?

-¡Caldwell! -replicó Jack, reponiéndose de su penosa sorpresa-. ¡Lo veo y no lo creo! Pero no: a usted no lo ahorcan. Retirémonos inmediatamente. Venga conmigo ¡a ver, buena gente: abran paso!

La turba, muda ahora por el vergonzoso incidente, bajas las cabezas y eludiendo mirar al infamado correligionario, abrió camino a Hare y a Pablo Caldwell.

Después, el improvisado tribunal dio comienzo a la tarea de juzgar a los presos restantes. Sonaron frías y severas voces, interrogando, y se oyeron las primeras órdenes para la sumaria ejecución de los terribles fallos.

El constante pisoteo de muchos pies, el áspero bullicio de numerosas voces indicaron que por el Este se acercaba una columna de indios a caballo, marchando de cuatro en fondo.

-¡Es augusto Naab con sus indios! -comenzó a vocear Jack, para calmar a la multitud-. ¡Es Naab con sus indios! ¡No teman!

La columna seguía avanzando, con Naab a la cabeza montado en su gran corcel ruano.

Naab refrenó su caballo en el centro de la plaza, y los avizores navajos se alinearon en formación cerrada a sus espaldas. La mirada de águila del patriarca mormón recorrió una por una las formas humanas que pendían de las ramas de los álamos; luego interrogó a los mormones presentes

-¿Dónde está él?

-¡Allí! -contestó John Caldwell señalando el cadáver de Holderness.

Naab miró fijamente al enemigo difunto, como si quisiera asegurarse bien de la sombría realidad. Luego exclamó

-Jack se me adelantó; pero, en fin, se ha hecho justicia.

## XXI

Dorados destellos del sol estival lucían bajo los rutilantes murallones rojos del oasis. Sombras de blancas nubes, que flotaban como velas en un mar de intenso color azul, oscurecían los anchurosos campos de alfalfa. Retorcidas columnas de humo ascendían de entre los álamos enturbiando la sosegada atmósfera. El pintoresco rojo de las mantas de los navajos salpicaba alegremente el verdor del boscaje.

Broncíneos indios semidesnudos se tendían a la sombra de los árboles, reposaban en los porches de las cabañas o tomaban el sol en los claros, formando perezosos grupos. Llevaban el atavío de tiempos de paz. Una solitaria pluma de águila blanca, con la extremidad negra, se erguía sobre la banda que ceñía cada renegrida cabellera. Miraban jugar a los niños en el espacioso patio. Silvermane ramoneaba bajo los copudos árboles, y muchas nervudas manos, de rojiza piel, le acariciaban la ondeante crin. Black Bolly relinchaba su celoso descontento desde el corral, y los mustangs patrullaban, coceaban y resoplaban. Los pavos reales limpiaban y componían su vistoso plumaje, emitiendo de cuando en cuando sus estridentes clarinadas. Los belicosos pavos comunes se contoneaban de un lado para otro, erizando las plumas y desplegando en abanico la levantada cola. Los mirlos cantaban y las golondrinas gorjeaban para expresar su satisfacción por haber encontrado de nuevo sus viejos nidos en las ramas y bajo los aleros. Y sobre toda esta diversidad de acciones, colores y sonidos, dominaba el sordo y solemne rugido del majestuoso Colorado, en plena crecida. Era la mañana del día de la boda de Mescal.

Augusto Naab, por una vez siquiera desocupado, estaba sentado a horcajadas sobre un gran tronco que había cerca del sendero, y tenía a Hare, de pie, junto a sí, mientras le decía:

-¡Cinco mil novillos, muchacho! ¿Por qué los rehúsa? En Salt Lake City los pagan a diez dólares por cabeza. No es mal comienzo para un hombre joven.

-No. Todavía estoy en deuda con usted.

-Entonces, ¿quiere participar con mis hijos en el trabajo y las utilidades?

-Sí. Eso lo acepto gustoso.

-¡Magnífico! Jack, veo en lo futuro mucha felicidad y prosperidad para usted. ¿Se acuerda de aquella noche, en el camino de White Sage? ¡Ah! Bueno: lo peor ya ha pasado para usted. Los días en lo por venir serán mejores. No es probable que vuelvan los cuatreros al territorio de Utah. Pero, de todos modos, este desierto jamás se verá completamente libre de luchas, de una clase v otra.

-Háble me de Mescal -le pidió Hare.

-¡Ah! Sí. Ya llegaremos a eso.-Naab bajó por un momento la cabeza y se puso a golpear distraídamente el tronco con su cuchillo, haciendo saltar pequeñas lascas de madera. Luego dijo-: Jack, ¿le agradaría ingresar en la Iglesia mormónica?

Hacía mucho tiempo que Jack esperaba que algún día le fuera formulada esta pregunta, y ahora la contestó con firmeza, aunque procurando no herir la susceptibilidad de su excelente protector y amigo.

-No, augusto -le respondió, en el tono más amable y respetuoso que pudo- Me es imposible. Mis ideas difieren fundamentalmente de las de ustedes... respecto a las mujeres. ¡Si no fuera por eso...! Yo lo considero a usted como a un padre y estoy dispuesto a complacerle absolutamente en todo, menos en ese punto. Para mí es usted la mejor persona del mundo. ¡Pero...! No acierto a expresar bien mis sentimientos... Enséñeme lo que tenga a bien; tráteme como a su más ferviente discípulo, y se lo agradeceré de todo corazón; pero, Augusto, no me pida... eso.

-Bien, bien -suspiró Naab.

La grisácea claridad de sus ojos de águila se ensombreció y su rostro se puso triste. Su aspecto era el de un hombre sabio y fuerte que cree oír llamar a la duda y al fracaso a la puerta de su credo inconmovible.

-Respecto a Mescal -murmuró-, poco puedo decirle.

-¿Pero su padre...? ¿Qué más sabe usted de él?

-Bien poco más de lo que ya le he contado. A las claras se veía que era persona de cierta distinción. Sospecho que debió ocurrirle alguna desgracia que le arruinó la vida, y se hizo aventurero. Su salud estaba quebrantadísima cuando le traje aquí, pero en el transcurso de un año se restableció por completo. Era un individuo de un físico espléndido, hermoso. Casi nunca hablaba, y no recuerdo haberlo visto sonreír jamás. Su paseo favorito era el camino del río. Un día me lo encontré allí, moribundo. Me pidió que me hiciera cargo de Mescal. Y expiró balbuceando una palabra ininteligible..., acaso un nombre de mujer.

-La orfandad de Mescal me hará quererla más aún -aseguró Jack.

-Sí, quiérala mucho. Se lo merece. La ceremonia nupcial de hoy le dará un apellido, el de usted, en sustitución del ignorado de su padre. Sabemos que lleva también en las venas la sangre de un gran jefe indio. Es bella y buena. La crié para nuestra Iglesia, pero, al fin y al cabo, Dios es quien dispone, y yo...

Un agudo y estridente sonido hendió la apacible y cálida quietud del ambiente: el prolongado y sonoro rebuzno de un pollino.

-¡Jack! -exclamó Naab, interrumpiéndose-. ¡Mire allá!... ¡Parece Noddle!

A la sombra del murallón rojo se divisaba un borriquito gris trotando calmosamente, con una oreja levantada y la otra caída.

-¡Sí, por cierto! -corroboró Jack-. ¡Noddle es, ni más ni menos! Ha regresado desde el «cañón». ¡Qué contenta se va a poner Mescal!

-¡Eh! ¡Madre María! -gritó augusto en dirección a la cabaña-. ¡Que venga Mescal en seguida! aquí le tenemos un regalo de boda.

Riendo sorprendidas, las mujeres acudieron todas al patio. Mescal se presentó la última, tímida la mirada N - sonrojadas las mejillas.

-¡Mescal! ¡Un regalo procedente del río Tronador! ¡Acabadito de llegar! -dijo Naab alegremente, aunque' con grave voz por efecto de la satisfacción que bien sabía iba a producir la noticia-. «Un burro», polvoriento, sucio, peludo, muerto de hambre, con las orejas gachas y tan haragán como siempre... ¡Noddle!

La muchacha, al oírlo, echó a correr por el sendero, y, lanzando una exclamación de júbilo, que sonó a medias como un sollozo, cayó de rodillas, abrazándose al cuello de la bestezuela. Ésta movió perezosamente sus largas orejas, con no menor pereza sacudió el blanco hocico, y luego, considerando sin duda terminado el incidente, volvió a su somnolencia habitual.

-¡Noddle! ¡Noddle querido! -murmuraba la joven con los ojos llenos de recuerdos de lo pasado-. ¡Conque has vuelto del «cañón»! ¡Y hoy precisamente!... ¡Oh! ¡Aquellas

interminables noches, tan oscuras, con el tronar del río y con las extrañas voces que no callaban nunca, en medio de la soledad!... ¡Cómo me acuerdo de ellos! ... ¡Lobo, Lobo, aquí está Noddle, nuestro viejo y fiel Noddle!

Augusto Naab casó a Mescal y Hare al mediodía, bajo la sombra de los álamos. Eschtah, espléndidamente ataviado con su traje de gran gala, acompañaba a los novios. Los numerosos miembros de la familia Naab y los graves navajos formaron un atento círculo alrededor de la pareja. La ceremonia fué breve. Cuando hubo terminado, el patriarca mormón alzó la cabeza y los brazos, para pronunciar la invocación de ritual:

-Dios Todopoderoso, impetramos Tu bendición sobre este matrimonio. Diversos e inescrutables son Tus caminos; extraños los modos de manifestarse Tu voluntad; portentoso el designio que ha juntado a este hombre y a esta mujer. Vela por ellos, en la nueva senda que van a emprender; socórrelos en los momentos de prueba; y en la hora suprema, cuando hayan alcanzado el limite de sus días, después de haber conocido el gozo de vivir y terminado su jornada, acógelos en Tu seno, en la morada eterna donde todos esperamos reunirnos con tus elegidos, ciertamente, y que los malvados sean también purificados y salvados por Tu gracia. Amén.

Vinieron en seguida las efusivas congratulaciones de los mormones adultos, el bullicioso arrojar flores de los pequeños, las danzas y cantos nupciales de los navajos... Con esto y el banquete celebrado en la arboleda fue pasando la calurosa tarde a la conclusión del festín, Eschtah irguió su prócer figura y, fijando los ojos en los desposados, dijo:

-Los cien varones de Eschtah sonríen complacidos delante de la juventud. El brazo del jefe Blanco es robusto; el beso de la Flor del Desierto es dulce. Que Mescal y Jack descansen sus cabezas en una misma almohada, y duerman bajo los árboles, y canten cuando la aurora luzca en Oriente. Con la sabiduría de sus muchos años, el navajo les aconseja que se amen todo lo que puedan. Hija de mi raza, recibe la bendición del navajo.

Breve rato después, Jack alzó a Mescal para colocarla sobre Black Bolly, y él montó en Silvermane. Piute, haciendo visajes de puro contento, hasta sacudir con fuerza los aretes, arreó la recua de burros camino de la meseta. Lobo abría la marcha, volviendo de cuando en cuando la cabeza para demostrar su impaciencia por la demora. En medio de llantos, agitar de manos y voces de alegre despedida, iniciaron la zigzagueante subida.

Cuando llenaron a su antiguo campamento, el sol se ponía, más allá del Desierto Pintado. Con las manos entrelazadas, observaron los últimos resplandores del crepúsculo y vieron extenderse por la inmensidad desértica las purpúreas sombras, precursoras de la noche.

Cayeron las tinieblas. Piute hurgaba las rojas ascuas del centro de la llameante hoguera. Lobo, tendido a lo largo, con el agudo hocico reposando sobre las patas delanteras, miraba atentamente a Mescal. Hare también la miraba. En los bellos ojos de la joven brillaba la negrura de la noche, el fulgor del fuego, la antigua expresión mística provocada por el espíritu del desierto... y algo más. En la penumbra sonaba el golpeteo de los maneados cascos de Silvermane, mientras que el cencerro de Bolly tintineaba rítmicamente. Balaban las ovejas. Un solitario coyote aullaba en la lejanía. Las rutilantes estrellas parpadeaban en la bóveda del firmamento, y la brisa nocturna susurraba mansamente entre los cedros...